

ISABEL SAN SEBASTIÁN LOS AÑOS DE PLOMO



Isabel San Sebastián

Los años de plomo

MEMORIA EN CARNE VIVA DE LAS VÍCTIMAS

Saga

Los años de plomo

Copyright © 2003, 2021 Isabel San Sebastián and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726890402

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

A los olvidados

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Iggy y a Leire por ser mi inspiración y mi fortaleza. A Salva, por su paciencia. A Ñata, por su eficacia.

Gracias a Fernando Benzo por embarcarme en este viaje fascinante. A Ana María Vidal Abarca, por su brújula y su guía. A Ymelda Navajo, por su comprensión.

Gracias a Esther Esteban por su leal amistad.

Gracias a María Teresa Campos y a Luis Herrero por cobijarme en la tormenta con valentía, independencia y solidaridad.

Gracias a Fernando y Aarón por cuidar de mí y garantizar mi libertad.

Gracias a Marta, María, José Mari, Mari Carmen, Rosa, la otra Rosa, Álvaro, Manoli, Francis y José Antonio, por abrirme sus heridas, regalarme sus recuerdos y enseñarme mucho más de lo que puedo expresar. Gracias, en fin, a todos los que no se han rendido. Mi alma y mi gratitud les acompañan.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Hay en la historia de España épocas de gloria y otras de opresión, silencio y sometimiento. Tiempos oscuros de ceguera y de mordaza, en los que sólo unos pocos redimen, con su valentía, la maltrecha dignidad de la mayoría acobardada. Entre esos paréntesis sombríos en el largo combate contra ETA, de memoria infausta pero imprescindible, destacan los «años de plomo» que conoció nuestra democracia; años de sangre, violencia y claudicación frente al terror, en los que el miedo se abatió sobre las conciencias y una amnesia tan deliberada como colectiva relegó al olvido el profundo sufrimiento de las víctimas, abandonadas a una suerte casi siempre mísera.

Fueron para esas personas tiempos de soledad e injusticia, de vergüenza sobrepuesta a la impotencia, tiempos en los que los depredadores etarras ocuparon los desvelos de los responsables políticos y los escaparates mediáticos, mientras sus presas eran relegadas a los desvanes más inhóspitos de una sociedad concentrada en consolidar las recién recuperadas libertades democráticas, que prefería volver la vista hacia otro lado antes que afrontar la taladrante mirada de una viuda, una madre o un huérfano del terrorismo. ¡Y sabe Dios que eran muchos!

Entre 1975 y 1990, en nombre de la independencia de Euskadi, ETA asesinó a 603 inocentes, en su mayoría miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado, sin hacer ascos tampoco a niños de corta edad, ancianos, mujeres, transeúntes casuales que se cruzaban en el camino de los dinamiteros, o cualquiera que entorpeciera mínimamente los designios criminales de la organización armada, a la que desde los sucesivos gobiernos se intentaba apaciguar con medidas políticas de distinto signo.

No es el propósito de este libro analizar la estrategia seguida desde el poder ejecutivo frente a los sicarios del hacha y la serpiente, pero baste

decir que a lo largo de aquel periodo se aprobó una Constitución que dio lugar al Estatuto de Autonomía de Guernica, avalado por la inmensa mayoría del electorado vasco. Se produjeron dos amnistías generales, una en 1976 y otra en 1978, que no sólo no acabaron con el derramamiento de sangre, sino que originaron, durante los años 1979 y 1980, la mayor oleada de atentados mortales de toda la historia de la banda, con el trágico balance de 168 personas asesinadas. Poco después, en 1982, y tras arduas negociaciones más o menos secretas, se logró que una de las dos ramas del terrorismo etarra, la de los denominados «polimilis», anunciara su disolución y renunciara a la lucha armada, a cambio de lo cual sus más de trescientos activistas fueron indultados y se incorporaron plenamente a la sociedad, sin la menor tacha en sus expedientes ni, por supuesto, la menor explicación a los deudos de aquéllos a quienes habían robado la vida. Y, por si todo ello no bastara, hasta finales de 1995 se mantuvieron encuentros constantes entre políticos relevantes del Gobierno e importantes dirigentes terroristas: conversaciones formales, como las de Argel, o «tomas de temperatura», sistemáticamente negadas pero jamás interrumpidas, con el fin nunca logrado de conducir a ETA a la vía pacífica.

Ni una sola de aquellas iniciativas contó jamás con las víctimas. Ellas no desempeñaron papel alguno en aquellas reuniones de altura, ni en las múltiples iniciativas destinadas a facilitar la reinserción de los presuntos «arrepentidos», ni en el diseño de las políticas antiterroristas. Ellas no tuvieron voz, porque los medios de comunicación en su conjunto prefirieron prestar oídos a los verdugos, muy hábiles en el arte de la entrevista y en la elaboración de comunicados propagandísticos, con especial maestría en los destinados a justificar a base de calumnias y mentiras el miserable porqué de sus asesinatos. Ellas fueron dejadas a su suerte, sin asistencia jurídica o psicológica, sin información ni asesoría legal, sin reconocimiento social alguno y con pensiones de miseria, en la mayoría de los casos, que el Estado pretendía complementar con limosnas de uno o dos millones de pesetas procedentes de los fondos reservados, entregadas a escondidas y dejando bien entendido que nadie sabría nada. Ellas eran el recordatorio enormemente molesto de un problema doloroso para España, sí, pero que ni la sociedad en su conjunto, ni la universidad, ni la clase política, ni el

mundo de la cultura, ni la judicatura, ni el arte, ni la intelectualidad, ni el periodismo, consideraban como propio.

Aquéllos fueron años de plomo calibre 9 mm Parabellum, densos como el silencio cómplice que cayó alrededor de los asesinados. Años de puertas cerradas y evasivas más o menos educadas, en los que una bandera española colocada sobre el féretro de un policía caído en el País Vasco daba lugar a que el sacerdote se negara a seguir oficiando el funeral y el director general del cuerpo cesara al intrépido coronel que había osado incurrir en semejante «provocación». Años en los que un tiro en la nuca de un guardia civil no dejaba más recuerdo que un pañuelo empapado en sangre y guardado en una caja. Años en los que los etarras salían de la cárcel al cabo de un tiempo de condena irrisorio y se reían por la calle en las barbas de sus víctimas, cuando no aprovechaban el encontronazo para insultarlas a gritos.

Son historias tan reales como la pena que anida todavía hoy en el corazón de quienes las relatan. Historias que se multiplican por millares de padres, viudas e hijos, agrupados a menudo en una asociación que durante mucho tiempo fue el único sostén que tenían para mantenerse a flote en el océano de dificultades en el que navegaban, pese a las innumerables dificultades encontradas en el camino.

La primera rueda de prensa que convocó la Asociación de Víctimas del Terrorismo para anunciar su creación, allá por los primeros ochenta y bajo la incansable batuta de tres mujeres de una pieza capitaneadas por Ana María Vidal Abarca, tuvo lugar en un salón del madrileño Hotel Velázquez, alquilado gracias a un donativo del diario *ABC*. Allí fueron convocados todos los medios de comunicación acreditados en la capital, pero tan sólo acudió un periodista, corresponsal de la revista militar *Reconquista*. Eso da una idea del interés que despertaban esos incómodos testigos de la lacra terrorista que azotaba a nuestra joven democracia.

Inasequible al desaliento, Vidal Abarca solicitó una entrevista con Juan José Rosón, a la sazón ministro del Interior, para pedirle oficialmente la creación de una Oficina de Víctimas, que vio finalmente la luz... en 1997, tras la llegada de Jaime Mayor Oreja a ese mismo despacho ministerial. También demandó la presidenta de la asociación al titular de Interior que desde la Dirección General de Instituciones Penitenciarias se les avisara de

las sucesivas excarcelaciones de etarras, con el fin de poder exigirles el pago de las indemnizaciones a que hubieran sido condenados en concepto de responsabilidad civil. La respuesta fue tajante: que llamara la asociación cada día al departamento competente para recabar información.

La lista de agravios sería tan extensa que excedería el formato de esta obra. Baste dejar constancia aquí de la gran labor desarrollada por este colectivo durante aquellos años plomizos en los que las víctimas lo fueron no sólo del terrorismo etarra y de su inmenso dolor, sino del miedo y el silencio de quienes las rodeaban. Baste expresar mi gratitud personal a Ana María por su coraje y su valor, que de alguna manera nos redime a todos.

Es hora de devolver la voz a quienes nunca deberían haber caído en el olvido. Éstos son sus relatos, los recuerdos que han permanecido intactos en el pequeño núcleo de sus hogares, el testimonio que por vez primera desgranar desde lo más hondo de su corazón. Ésta es la memoria en carne viva de las víctimas de los años de plomo, que fluye por nuestras conciencias como un río purificador.

MARTA BERGARECHE

Madre de Eduardo Moreno Bergareche, *Pertur*,
asesinado en julio de 1976

La tristeza no ha apagado la luz azul de unos ojos que se expresan con más elocuencia de la que alcanzan las palabras. El dolor infligido por la bestia terrorista no ha podido con ella, pero ha marcado su vida con un hierro indeleble y cruel: el de la ausencia del hijo amado, el de la incertidumbre en torno a su muerte y su agonía, el de la imposibilidad de llorar sobre su tumba.

Marta es una mujer menuda, frágil, casi quebradiza bajo el peso de tanto sufrimiento y, sin embargo, absolutamente sólida en sus convicciones democráticas y vitalistas. ETA le arrebató al segundo de sus siete vástagos cuando a sus ojos era apenas un muchacho que tocaba la guitarra en un conjunto de amigos. Más tarde le quitó la vida, pero a ella le queda el consuelo de pensar que no le robó la conciencia ni le forzó a apretar el gatillo...

Eduardo Moreno Bergareche, un chico de «familia bien» de San Sebastián, hijo de la burguesía acomodada y educado en los marianistas, fue uno de tantos vascos de su generación que entró en la organización terrorista en los estertores del franquismo, más atraído por la vertiente marxista de la banda que por su faceta separatista. Fue de la quinta de Mario Onaindía, de Jon Juaristi y de tantos otros que después abandonaron el hacha y la serpiente cuando se hizo inconfundible el carácter sanguinario de su credo y sus acciones. A él no le dieron tiempo. Un día de julio de 1976 un pistolero traidor, probablemente Francisco Múgica Garmendia, Pakito, hizo desaparecer al compañero discolo que pretendía

convertir en partido político lo que otros habían transformado ya definitivamente en una cuadrilla de asesinos.

Su cadáver nunca ha aparecido. Sus padres, sus seis hermanos y la que fuera su novia ignoran cómo murió y si dejó algún mensaje para ellos. La larga sombra del terrorismo ha perseguido a esta familia desde hace más de veinticinco años, y la voz de Marta se quiebra en algún momento al hablar de ese pasado, pero no lo silencia.

Desde su casa de San Sebastián, una hermosa villa rodeada de vegetación y asomada a la bahía de la Concha, esta vasca de corazón fuerte y compromiso sólido con la libertad, reiterado en cada concentración convocada contra la barbarie, esta madre desgarrada, esta víctima por partida doble, desgrana así su testimonio...

«Eduardo era un chico muy extravertido, muy alegre... Cuando era pequeño, con el colegio solía ir a unas colonias, y en una ocasión, a la vuelta del campamento me dijo que quería ser misionero. Era muy idealista. Yo le contesté: “Bueno, tú terminas el bachiller y cuando seas mayor, pues ya lo pensaremos.” Luego llegó a esa edad en la que, como a todos los chicos, le dio por la guitarra, la música, los Beatles... Tuvo un conjunto que se llamaba Los Amis, cuyos integrantes todavía le recuerdan con muchísimo cariño, no sabes qué cariñosos son... Más tarde empezó... No sé qué edad tendría, fue más o menos cuando aquí se produjo el estado de excepción, en el 68, ¿verdad? Entonces había aquí un ambiente muy antifranquista y yo no creía que estuviera tan metido en estas cosas...»

En 1968 Ángel Moreno Bergareche, más tarde conocido como «Pertur» y militante de la primera ETA, tenía dieciocho años de edad y estudiaba empresariales en la EUTG, la universidad de los jesuitas de Deusto, después de haber pasado por el colegio de los marianistas, compartiendo curso con Jaime Mayor Oreja y otros hijos de la burguesía donostiarra. Su biografía política, coincidente con uno de los periodos más turbulentos del sangriento historial de la banda terrorista y de la atormentada transición que se vivió en el País Vasco, no había hecho más que empezar...

UN ADIÓS SIN DESPEDIDA

«El caso es que cuando nos trasladamos a vivir aquí —llevaríamos justo un año— murió un chico que había querido salir por la frontera después de un atentado, en un enfrentamiento con la Guardia Civil. Y yo no sé si ya para entonces Eduardo escondería algunos papeles o tendría alguna causa comprometida, pero el caso es que desapareció de casa, se fue sin hacer la maleta y sin despedirse. Se marchó a Bilbao una tarde de septiembre de 1972 y no volvió.»

Pregunta: —¿Vosotros no sabíais nada? ¿No sabíais que estaba en ETA? ¿No os había dicho nada?

Respuesta: —No sabíamos nada. Nunca nos había dicho nada. Las únicas que sabían eran mi hermana Mari Asun, que conocía mucho a Juan Mari Bandrés y tenía más contacto con ese mundo, y mi hija Marta, que cuando vino aquí la Guardia Civil me dijo: «Está en Francia.» La verdad es que fue un *shock* terrible porque, hombre, no era...

A Marta le cuesta hablar, pero sigue adelante. Desgrana recuerdos sin perder la serenidad ni dejarse derrotar por la emoción que, sin embargo, se le asoma poco a poco a la expresión a medida que avanza la conversación.

R.: —Éramos decididamente antifranquistas. Mis padres habían sido muy liberales y muy republicanos, pero no nacionalistas. Ni mi madre ni mi padre. Por eso nos quedamos de una pieza. Cuando por fin pudimos, pasamos a Francia y estuvimos con él, la verdad es que fue un golpe terrible.

P.: —¿Él qué decía?

R.: —Que si la situación en España, que había una injusticia social terrible... Tampoco nos quería decir mucho, porque comprendía que para nosotros el disgusto era tremendo. Simplemente se mostraba siempre muy cariñoso, y naturalmente nosotros seguimos tratándole, seguimos viéndole, porque un hijo siempre es un hijo. Me acuerdo de que poco después

celebramos las bodas de plata y las celebramos en Urrugne, porque fuimos a Francia a estar con nuestro hijo, cosa que a ciertas personas les pareció muy mal. Pero bueno... en aquel momento todavía no tenía más que ideas políticas. Él estaba allí pero...

P.: —¿No os había dicho que estuviera en ETA?

R.: —Sí, pero... Luego ya fuimos teniendo más confirmación y siempre nos hacía poca gracia ir a Francia. Álvaro, su padre, era el que más discutía y hablaba mucho con él, pero ya era mayor de edad y digamos que respetábamos sus ideas, siempre que, ¡por favor!, no se metiera en nada más, que rechazara la violencia. Además recuerdo que para entonces ya había empezado ETA con lo del «impuesto revolucionario» y Álvaro se lo echaba en cara. Él decía que parte de ese dinero tenía que ser para los obreros... Creo que era mas bien marxista y pensaba que ciertas cosas eran como inevitables, que había que tener una justicia social, que había que reformarlo todo.

P.: —Para entonces vuestro hijo ya era conocido en toda España como «Pertur» ¿Quién le puso ese apodo?

R.: —Creo que fue, fíjate tú, uno del bar Astelena, un amigo suyo que decía que Eduardo siempre solía hacer gansadas y les perturbaba todo, porque se asomaba a la ventanita y les hacía discursos, imitaba a Franco... Que perturbaba a la clientela.

P.: —¡Ah! O sea, que «Pertur» viene de perturbador, no de perturbado.

R.: —Eso mismo: «¡Pertur, Pertur, la que me estás organizando... Vamos a tener un follón!» Eso me contaban sus amigos.

P.: —¿Llegasteis a averiguar quién le metió en ETA?

R.: —Pues hija mía, no lo sé. Quizás fuera en la universidad, que estaba ya bastante emponzoñada. La verdad es que tampoco quise indagar mucho quién podía ser, porque de los amigos que yo le conocía, que eran con los que tocaba la guitarra, ninguno estaba en esa órbita y todavía hoy siguen siendo unos chicos aficionados al trabajo, la música y nada más. Y de los otros amigos que tenía aquí en San Sebastián, ninguno ha ido por ese camino.

P.: —¿Cómo vivía Eduardo en la clandestinidad, le ayudabais vosotros o...?

R.: —Pues hombre, alguna vez le dábamos algo de dinero, ropa... Si es que lo único que dejó fue su guitarra, porque no tenía ni otro par de zapatos, porque si le dábamos zapatos o le comprábamos ropa, yo creo que la repartía allí con todos. O sea, es que no tenía nada. Es que cuando nos entregaron... Nos dieron la guitarra suya y nada más; que ahora, por cierto, la tiene su hermano Pablo.

EL TRIUNFO DE LA BARBARIE

P.: —Cuando él ya estaba en Francia, ¿os habló alguna vez de la lucha que había dentro de ETA entre los «milis» y los «polimilis», en la que él tomó partido por los segundos y llegó a convertirse en uno de sus dirigentes?

R.:—Eso es lo que nunca nos contó. Para entonces ya estábamos en el año 75. Fue cuando se produjo el secuestro de Ángel Berazadi y recuerdo que Eduardo aparecía aquí en los periódicos como si fuera un personaje importante en ETA, como si fuera un dirigente. Yo creo que él más bien lo que hacía eran muchos escritos políticos y cosas de ésas, pero de ahí a que fuera un dirigente, no lo sé, me cuesta creerlo, porque la verdad es que en ETA siempre han mandado los más brutos, los que tenían las armas.

Según nos cuenta la hemeroteca, en marzo de 1976, fecha del histórico secuestro y posterior asesinato de Ángel Berazadi, *Aingeru*, un conocido industrial de Elgóibar, militante del PNV, vascoparlante y enormemente popular en su pueblo, Pertur estaba vinculado al denominado «frente cultural» de la organización terrorista y dirigía la revista *Hautsi*, boletín interno de los «polimilis». Cuando los *bereziak* («especiales», según la traducción literal, y en realidad pistoleros o asesinos a sueldo de la citada facción etarra) se llevaron al industrial, Moreno Bergareche y Francisco Javier Garayalde fueron los encargados de mediar ante sus compañeros para conseguir su liberación...

R.: —Álvaro fue a hablar con él y Eduardo le dijo: «Estáte tranquilo, que no le va a pasar nada.» Luego supimos que los que cogieron y mataron a Berazadi lo hicieron sin consultar a la dirección, ni nada. Parece que fue Apala [Miguel Ángel Apalategui] el que dio la orden a tres chicos muy jóvenes, que se encontraron sin saber qué hacer y le pegaron dos tiros. Eso fue otro *shock* terrible para nosotros, porque incluso nosotros, en ese momento, no teníamos ahí ni arte ni parte, pero hubo alguien a quien se le ocurrió que si nos secuestraban a nosotros, al padre o a la madre, pues que podrían hacer algo así como un canje y conseguir liberarlo. Alguien que tuvo una idea de esas «magníficas», que llegó a oídos de Álvaro, el cual se

fue a Francia. Yo, a mi vez, fíjate qué cosa más... La verdad es que tengo que agradecer la actuación del comisario de aquí, de Irún, que fue un hombre encantador y se portó divinamente con nosotros, porque incluso nos habíamos quedado sin pasaporte toda la familia y él nos proporcionaba pases para que pudiéramos cruzar la frontera. Cuando se produjo la amenaza que te acabo de contar, no sé si dijeron que me tenían que detener, pero no creo, ya que él me llevó a su casa, porque era un caballero, y yo estuve en su casa, en la comisaría, en calidad de invitada. En todo caso, fueron unos días muy duros, y una vez que mataron a Berazadi... Es que ya se me cayó el mundo, porque yo no sabía la responsabilidad que pudiera tener ahí mi hijo. No lo sabía...

P.: —¿No hablaste de ello con tu hijo, no se lo preguntaste?

R.: —Sí, hablamos su padre y yo y nos dijo que no había creído nunca que le fueran a matar, que eso había sido una barbaridad. No nos dijo quién era el que había dado la orden, ni que él estaba amenazado, ni que tenía problemas con ellos. La verdad es que cada vez le veíamos en lapsos de tiempo más largos y además cambiaba de domicilio continuamente. Es más, a raíz del asesinato de Berazadi, nosotros nos tuvimos que ir de San Sebastián y estuvimos en Barcelona, en casa de unos hermanos de Álvaro, ya te digo, un poco como amenazados, y él, Eduardo, estuvo escondido. Posteriormente supimos que había tenido un enfrentamiento muy duro con Apala y con los que llamaban los *berezis*.

Moreno Bergareche desempeñó un papel protagonista en la etapa de ruptura de ETA en dos facciones, y fue el encargado de redactar, por cuenta de los «polimilis», la ponencia *Otsabiaga*, que se aprobó con la durísima oposición de los citados grupos asesinos comandados por Miguel Ángel Apalategui. Pese a ello, persistió en su empeño de impulsar la conversión de la banda terrorista en un partido político, que más tarde vería la luz con el nombre de «Eusko Iraulzako Alderdia» (Partido para la Revolución Vasca), aunque no vivió para ver culminada su tarea...

R.: —Él no nos decía nada —prosigue el relato Marta, en una evocación que va haciéndose más dolorosa a medida que le obligo, bien a mi pesar, a hurgar en la memoria—. Sí que sabíamos que las medidas de seguridad que

adoptaba eran mucho más exigentes y cada vez que queríamos ponernos en contacto con él sólo podíamos hacerlo a través de su novia y de otra chica que tenía aquí a su marido en la cárcel y que era la que nos servía de enlace. Lo que no sabíamos era por qué estaba tan escondido, por qué no conocían su paradero más que muy pocos dentro de su organización, por qué era todo tan secreto. Estuvimos viviendo un año muy angustiados, porque de eso sí nos dábamos cuenta, eso sí lo percibíamos con mucha claridad.

SINIESTROS PRESAGIOS

R.: —Fíjate, unos días antes de que desapareciera [el 23 de julio de 1976, a los veintiséis años de edad, en San Juan de Luz], habíamos estado cenando con él, y como allí, en San Juan de Luz, había fiestas y mucho follón, nos fuimos a Sokoa. Allí hablamos largo y tendido. Nos dijo que estaba muy contento y que nos tenía que dar una buena noticia: «Vamos a hacer, a promover un partido político.» Fue un alegrón para nosotros, porque ya se hablaba de que iba a haber una amnistía. Ya era el año 76 y parecía que todo se iba a regularizar, que iba a entrar en el cauce democrático. Efectivamente, así fue. Poco a poco fueron regresando todos sus amigos, y para nosotros fue tristísimo porque volvieron todos...

Marta se desmorona. Por primera y única vez a lo largo de esta dura entrevista rompe a llorar desconsoladamente, aunque pronto se recupera.

R.: —Me alegraba por ellos, no creas, me alegraba sinceramente por los que volvían a casa, pero se me partía el alma de pensar que él, que había tenido esa ilusión que nos había contado y que había trabajado para ello, pues se había quedado allí.

P.: —En aquellos primeros meses de 1976, ¿Eduardo tenía miedo, estaba asustado?

R.: —Sí, él sabía que estaba en peligro, porque tenía tomadas unas medidas de precaución muy grandes.

P.: —¿Tenía miedo a su propia gente o a los grupos de extrema derecha que con distintos nombres operaban por aquel entonces y a los que en un primer momento se acusó de su asesinato, probablemente porque la propia ETA propagó esa intoxicación?

R.: —Un poco por todo. Después, cuando desapareció... Fue en julio, el día 23, pero a nosotros nos lo dijeron el día de Santiago, el 25. Entonces fuimos a Francia (que por cierto, por no sé qué razón al principio no nos dejaron pasar y tuvimos que hablar con el comisario de aquí, que inmediatamente nos dio paso para cruzar a Hendaya) y tampoco la policía

francesa nos ayudó mucho. Yo creo que tampoco ellos querían saber nada de esos líos internos que tenían los de ETA entre ellos, ni nada. El caso es que estuvimos buscándolo... Pero cuando nos dieron la noticia, cuando nos dijeron que había desaparecido, yo tuve la certeza de que estaba muerto, y Álvaro también.

En aquellos días, los periódicos españoles publicaron toda clase de hipótesis sobre la desaparición y posible asesinato de Pertur: El diario *ABC* del martes 27 de julio informaba: «Según un comunicado de ETA, Moreno Bergareche ha sido secuestrado por un comando anti-ETA.» *La Gaceta del Norte* (un matutino de Bilbao encuadrable en la línea más conservadora), en su edición del día 28 y bajo el título «Sin noticias sobre Eduardo Moreno», señalaba a su vez que «en la gama de especulaciones cabe desde los ajustes de cuentas entre dos ramas de ETA terrorista, la de los militares y la de los políticos militares —aunque es bastante improbable—, a la del grupo que se ha identificado en Barcelona como Alianza Apostólica, totalmente desconocida en medios políticos y policiales españoles, o bien la de mercenarios contratados por familiares de víctimas de ETA o de personas que se ven amenazadas constantemente por la organización —quizá en este momento la más probable de las hipótesis— o alguna otra motivación todavía ignorada». Así se escribía la Historia entonces. El *Diario Vasco* de San Sebastián, por su parte, daba cuenta dos días más tarde de una reivindicación del Batallón Vasco Español recibida en su redacción, a la que la familia no otorgaba la menor credibilidad, al haber recibido otras comunicaciones contradictorias de presuntos grupos de extrema derecha...

R.: —Yo sabía que estaba muerto —recuerda la madre de Eduardo Moreno Bergareche— porque él jamás habría desaparecido sin darnos aviso de dónde estaba y porque teníamos ya desde hacía tiempo esa sensación de que él se escondía, de que tenía miedo. Entonces, al principio hubo unas reivindicaciones del Batallón Vasco Español y de otros grupos, luego esas cosas terribles, que si había aparecido un cadáver... ¡Fue terrible! Algunas veces nos llamaban. Me acuerdo de que mi hijo Álvaro fue alguna vez a Francia porque le llamaron para reconocer un cuerpo, que luego resultó no

ser el de su hermano. En suma, era un estar convencidos de que Eduardo había muerto, y luego, de vez en cuando, sin poderlo evitar, concebir esperanzas y perderlas.

P.: —¿Quién creíais vosotros que le había matado, ETA o alguno de los grupos que reivindicaron su muerte?

R.: —Pues al principio llegamos a pensar que sería efectivamente algún grupo de éstos. Más que grupo político, ni de Policía ni de Guardia Civil... Bueno, entonces había ciertos grupos de extrema derecha que operaban por aquí. Porque además, precisamente en octubre o noviembre del año anterior, nada más morir Franco o estando muy enfermo, nos pusieron una bomba allí abajo, en el jardín, e hicieron estallar unas granadas en la puerta de afuera. O sea, no pensábamos que llegaran a eso de matar, pero... Ahora bien, al no aparecer el cuerpo ni aquí ni allí, ya entonces nos resultó rarísima la hipótesis del grupo de extrema derecha, porque aquéllos normalmente pegaban un tiro, ya fuera en Francia o en España, y allí dejaban el cadáver, no se molestaban en esconderlo.

En ese momento, Álvaro, que hasta entonces había asistido mudo a la conversación, interviene para precisar los hechos relatados por su esposa:

R.: —Una mañana, era el día 20 o 21 de noviembre, ¿no? Era justo la víspera de que muriera Franco. El caso es que ese día se iba a celebrar la boda de nuestra hija Marta, y a las siete de la mañana, o cosa así, ¡pam, pam, pam!, sonaron unos disparos de ametralladora, yo salí a la calle y me encontré con que allí estaban las tapas de arriba de las bombas de mano que usaba la Guardia Civil.

P.: —¿Os había arrojado bombas la Guardia Civil?

R.: —No era la Guardia Civil, pero en aquel momento era gente que estaba cerca, que tenía acceso a esas armas. Las tiraron desde el paseo de allí abajo [Álvaro señala desde la ventana en la dirección en cuestión] y luego ¡pam, pam, pam! Dispararon.

P.: —Eduardo ya estaba en Francia para aquel entonces, si no me equivoco. ¿Tú discutías con él cuando ibais a verle?

R.: —Yo le decía que tenía que dejar la violencia, sí, siempre. Es más; el último día que estuvimos con él, precisamente me dijo: «Papá, te tengo que dar una noticia: que dejamos la violencia, nos hacemos un partido político.» Y ese día se despidió de nosotros. Me dio un largo abrazo, luego le dio un abrazo a mamá, a Marta, y se quedó así como agarrado a ella... Y cuando nos metimos en el coche comentamos: «Yo creo que se ha despedido de nosotros.»

R.: —Y ya al cabo de unos cuantos meses —retoma Marta el hilo de la conversación— empezaron a llegar los «polimilis» que estaban en Francia, que ya estaban a punto de dejarlo, y nos contaron cosas que tampoco sabíamos, como que Eduardo había estado retenido por Echebeste y Apala (los «*berezis*») cuando se presentó la ponencia en la cual algunos proponían crear un partido político que luego fue EIA. Nos contaron que éstos, que se oponían absolutamente, se lo llevaron y le impidieron asistir a la asamblea en la que se presentó la ponencia y le tuvieron retenido hasta que todos los que habían ido del territorio español, de los que estaban aquí de ETA, como quien dice, le reclamaron. Y también vino entonces la novia de Eduardo, Lourdes, que la pobre había tenido una crisis terrible y que al principio no quería hablar nada, pero que luego ya contó y le enseñó a mi hermana la carta que había recibido de mi hijo antes de morir. La carta en la que él decía «que esto no es una organización política, esto es una organización de locos donde no puedes opinar libremente, donde enseguida te consideran el enemigo». O sea, una acusación abierta contra sus propios compañeros.

Álvaro, que asiste nuevamente mudo a la entrevista, se pone a la tarea de buscar la carta en cuestión entre los muchos papeles y recuerdos que nutren la memoria gráfica que del hijo desaparecido se conserva en esa casa, donde hoy el sol y el verde del paisaje entran a raudales por las ventanas mientras Marta continúa narrando lo sucedido hace veintiséis años.

R.: —Esa carta se la había escrito Eduardo a su novia antes de que le retuvieran, antes de la ponencia y todo eso... Y cuando ya nos contaron todo y fuimos atando cabos y Lourdes dijo que entre ellos, los amigos de Eduardo, ya tenían la casi sospecha de que había sido ETA, mi hermana

Mari Asun fue a hablar con los «milis» a ver qué sabían, porque los *berezis*, encabezados por Apala y Pakito se habían pasado a los «milis». Y Txomin en persona [Domingo Iturbe Abásolo], que por cierto tuvo luego también una muerte muy rara, le dijo a mi hermana que no le extrañaría nada que hubieran sido los «milis», que luego estuvieron en su organización.

NI VIVO NI MUERTO: ¡DESAPARECIDO!

R.: —El caso es que cuando nosotros fuimos a San Juan de Luz para intentar enterarnos de algo, no sé quién nos dijo: «¿Y por qué no habláis con el famoso Telesforo Monzón?» Yo no le conocía para nada, pero a los pocos días nos recibió y nos dijo lo que ya sabíamos: que los últimos que le habían visto vivo eran Apala y Pakito, cosa que nos extrañó mucho, porque si éstos eran los que le habían retenido y estaban opuestos completamente a su idea política, y estaban tan enfrentados a él, ¿cómo era posible que fuera en coche con ellos? Claro, llega un momento en que dices: «¡Qué cosa tan rara todo!»

P.: —Y entonces es cuando tuvisteis la certeza de que estaba muerto...

R.: —Sí, la certeza de que estaba muerto. La verdad es que fue una época muy dura, porque no le hemos hecho nunca ni un funeral. Misas sí, porque hacíamos misas aquí, pero te quiero decir que... No estaba muerto, no le podíamos dar por muerto, ni estaba vivo. ¡Desaparecido! Entonces hicimos ya una declaración los familiares diciendo que habíamos tenido unas noticias posteriores que nos indicaban que podía ser obra de ETA. Fuimos otra vez a la policía francesa y no les extrañó nada lo que les dijimos. Nos dijo la persona con la que hablamos que Pakito era una persona muy peligrosa y que cualquier cosa que pudiera venir de él le parecía muy creíble, aunque era muy difícil de demostrar, porque no aparecía el cadáver. Esa gente además lo negaba todo.

P.: —Música Garmendia, *Pakito*, está vivo en una prisión española. ¿Nunca has intentado hablar con él?

R.: —No, pero no tendría inconveniente en hacerlo. Posiblemente me mentirá, pero bueno, yo no tendría ningún inconveniente en preguntarle dónde está el cadáver de mi hijo. ¡Es que no tengo nada que perder!

P.: —Tiene que ser terrible que hayan pasado casi treinta años y no saber dónde está.

R.: —Pues han pasado veintiséis años, no sabemos nada y hemos sufrido grandes desengaños. Es más: hace ahora cinco años, por el mes de septiembre, una de las cosas que yo creo que al pobre Bandrés no te diré

que le causó el derrame, pero sí que le dio un disgusto terrible, fue cuando un policía le dijo que le había llegado un soplo de que Eduardo estaba enterrado en Biriattou. Yo recuerdo que mi nuera me dijo por esas fechas: «Oye, me ha dicho a mí una persona que quería hablar con alguien, que él ayudó a enterrarle, que está tan arrepentido que no puede vivir...» Yo no le hice caso, ni le dije nada a mi marido, que ya había tenido alguna pequeña cosa de corazón, porque aquello me sonaba a una de esas gentes que con tal de aparecer, o de que hablen de ellos, o de tener un poco de protagonismo, se inventan lo que sea. Hombre, me dijo mi nuera: «Es uno que bebe mucho», y yo pensé que habría tenido una curda. Pero un día, era fin de agosto, nos llamó Juan Mari Bandrés para que fuéramos a hablar con él. Estaba en Guetaria, y nos dijo: «Mirad, una persona de toda solvencia me ha dicho que ha tenido un soplo de que Eduardo está enterrado en el cementerio de Biriattou.» Entonces claro, yo le dije que a mí también me habían dicho eso, pero que no lo había creído. Él precisó: «Está en tal tumba...» Y, efectivamente, la tumba ésa correspondía a una en la que la última persona enterrada era del año 1914 y que a veces, según nos dijo el párroco, había servido para dar sepultura un poco clandestina a inmigrantes o gentes que habían muerto, sobre todo en ciertas épocas, al cruzar la frontera. Yo, la verdad, cuando oí eso ya di crédito a todo lo demás, y entonces denunciábamos todo lo que sabíamos a la policía francesa y al juzgado. Nosotros habíamos guardado un secreto total y no queríamos decir nada, pero apareció la noticia en un periódico de Pamplona. Nos sentó que no te puedes imaginar, porque todo lo que hubiera que hacer queríamos hacerlo con la máxima discreción, y fue todo lo contrario. ¡No sabes lo que recibimos de llamadas, de preguntas, de gente que quería interrogarnos! Fueron unos días terribles.

»Dio al final permiso el juez para abrir la tumba, porque desde el momento en que ya un abogado como Juan Mari Bandrés dijo de quién le venía el soplo, que resultó que era de un antiguo comisario de Pamplona, aquello le merecía credibilidad. Antes de hacerlo recuerdo que fuimos con Juan Mari y su mujer, antes de que le diera el *tantarantán* al pobrecito Juan. No te digo más que hasta rezamos un padrenuestro allí, porque nos dijeron: «Es aquí, éste es el sitio, la cruz y todo.» Nosotros ya estábamos

convencidos de que estaba muerto, pero bueno, nos faltaba la cosa humanitaria de haberle enterrado, porque siempre dices: «¡Dios mío, dónde estará! ¡Qué le habrán hecho!» La cosa es que abrieron aquello y, ¡nada! Eran unos restos de una pobre mujer... No te puedes imaginar lo que fue para nosotros. Pues ya, ¡la puntilla! Porque ya te has resignado, ya sabes que está muerto, pero piensas: «Bueno, pues a ver si con esto ya llegamos a saber qué ha pasado», y nada. Ese que había dicho que había enterrado a Eduardo se fue a Cuba y el pobre Juan Mari, que quiso tener una entrevista con el comisario que le había dado la información, no pudo hacerlo, porque la cabeza la tiene bien, pero ya comprenderás que no le vas a hacer pasar por ese trago, porque ya el hombre se llevó en su momento un disgusto horroroso.

El momento de mayor tensión ha pasado. La entereza de esta mujer marcada por la tragedia, que revive el horror de aquellos días sin titubear ni sucumbir al llanto, me deja perpleja. No puedo saber en ese momento que a esta entrevista seguirán otras y que todas, absolutamente todas las víctimas que voy a ir conociendo y obligando a regresar al pasado, me darán la misma lección de fortaleza y de valentía.

P.: —¿Alguna vez habéis recibido algún mensaje de ETA, de algún arrepentido, quizás?

R.: —No, nunca. Y fíjate si es extraño que nadie, ni un sacerdote que hubiera podido oír, ni alguien que no haya podido guardar ese silencio tanto tiempo, nadie contara lo sucedido a nadie. Yo estoy convencida de que esto no ha salido de tres o cuatro personas, porque cuando más de cuatro saben, las cosas acaban por aparecer. Y fíjate que un amigo nuestro ha estado hablando con una serie de sacerdotes que podían estar un poco por allí, por San Juan de Luz o por Hendaya, algunos que andaban por pueblos, a ver si sabían algo, y nunca le han dicho nada. Y eso que ya corrimos la voz, además, en su momento, de que aunque fuera nos dijeran dónde estaba enterrado, o qué habían hecho con él. Pero no valió de nada.

P.: —¿Habéis dejado de buscar?

R.: —Pues yo sí. Y es que ya no sé si volveremos a tener alguna información, pero en estos momentos no hay quien pueda ya investigar, ni quien se interese ya por saber qué fue lo que pasó, cómo desapareció o quién lo mató.

P.: —¿Está Eduardo incluido en la lista de víctimas del terrorismo? ¿Habéis cobrado la correspondiente indemnización y esas cosas?

R.: —Pues está reconocido como una víctima de ETA, porque cuando nombraron a Jaime Mayor Oreja ministro del Interior fuimos a hablar con él, que nos recibió muy cariñoso y movilizó lo que pudo, porque vinieron aquí policías que indagaron, que dijeron que habían preguntado a algunos presos de la banda, y que no se les podía sacar nada a esa gente, que decían que ellos no sabían nada. A pesar de ello, el propio Jaime fue el que dijo que él consideraba que Eduardo era víctima del terrorismo. Y antes que él nos había recibido Ardanza, siendo *lehendakari*, poco después de la detención de Pakito y del hallazgo de los papeles de Sokoa, y Ardanza también declaró que aunque no había pruebas materiales, él tenía también la certeza moral de que efectivamente habían sido éstos [los de ETA] los que habían acabado con Eduardo. Cuando ya hicieron la Ley de Víctimas, nosotros le escribimos una carta a Jaime [Mayor Oreja] diciéndole que le agradecíamos muchísimo que él hubiera declarado públicamente que consideraba víctima del terrorismo a Eduardo, que estaba desaparecido, pero que no habiendo dejado viuda, ni hijos, nosotros ya éramos mayores y no pedíamos indemnización alguna, aunque sí el reconocimiento y la consideración de víctima del terrorismo.

DRAMÁTICA PROFECÍA

P.: —¿Cómo han vivido tus otros hijos la tragedia de su hermano?

R.: —Hombre, ¡pobres! Pues muy cariñosos, muy unidos, nos han arropado muchísimo. Ya después de muerto Eduardo, me acuerdo que aquel verano me dijo Marta, mi hija, que estaba esperando un niño, y yo le dije que era la única noticia buena que había oído en mucho tiempo. Aquel niño, que se llama también Eduardo, es mi nieto mayor. Todos están muy unidos, los hijos, los yernos, los amigos... Cuando se cumplieron los veinte años de lo de Eduardo, todos los amigos hicieron aquí, en un hotel de San Sebastián, un homenaje o un recuerdo, y yo lo encontré precioso, porque se habían reunido todos, desde los que habían tocado con él la guitarra, hasta compañeros de colegio, su grupo de chicas, sus amigas, los que habían estado con él en Francia y ya estaban aquí, un hermano de Kepa Aulestia... También vinieron cantidad de chicos que eran de ETA y luego fueron de Euskadiko Ezkerra, aquel partido que luego se integró en el PSOE. ¿Cuántos nos reunimos allí abajo? Pues cincuenta o así, fue muy bonito. Muy bonito, porque había algunos que ni se conocían, simplemente no tenían más nexo común que el hecho de haber sido todos amigos de Eduardo.

P.: —¿Vosotros habéis vivido con miedo estos años?

R.: —No. No sé, si te he de decir la verdad, Isabel, pues no es que nos preocupe mucho. Ása es la última de nuestras preocupaciones. Y si alguna vez vemos un coche parado allá [me señala el otro lado de la calle], pues no le hacemos mayor caso.

P.: —¿Se habla de Eduardo en esta casa? ¿Habláis de él a menudo?

R.: —Sí. Hombre, ya han pasado muchos años, pero precisamente hace unos días, el día de san Eduardo, pues hicimos comentarios, porque habría sido, además, su cumpleaños. Habría cumplido cincuenta y dos años.

P.: —¿Qué pensaría Eduardo de la ETA de hoy?

R.: —Pues lo que piensan todos sus compañeros: Onaindía, Aulestia...

La entrevista toca a su fin y Álvaro aparece, por fin, con la carta que Eduardo Moreno Bergareche escribiera a su novia, Lourdes, unos días antes de desaparecer definitivamente en alguna cuneta de la carretera entre San Juan de Luz y Biriattou. Leída veintiséis años después, resulta de una lucidez estremecedora. Mientras me despido de la mujer a la que acabo de reabrir una vieja herida que todavía sangra, camino de otras historias merecedoras de ser rescatadas del olvido, puedo escuchar la voz de Pertur profetizando desde su tumba:

«Estos bestias han creado un clima tal en la organización, que han transformado ETA en Euskadi Norte no en un colectivo revolucionario, sino en un Estado policial donde cada uno sospecha del vecino y éste del otro. No logro zafarme de esta dinámica infernal de las conspiraciones, del infundio, de la mentira; de esa dinámica que tiende a eliminar rivales políticos no por medio del debate político, sino a través de sucias maniobras en nombre de la disciplina, de la seguridad, valores éstos que nunca pueden anteponerse al debate y a los criterios políticos.»

MARÍA MARTÍN PEÑA, MARÍA TERESA y MARÍA JESÚS DE FRUTOS MARTÍN PEÑA

Viuda y huérfanas del cabo de la Guardia Civil
Antonio de Frutos Sualdea, asesinado el 3 de mayo de
1976

La dramática profecía de Pertur empezó a cumplirse antes incluso de que su autor la hiciera realidad en sus propias carnes. El 3 de mayo de aquel año, 1976, el cabo primero Antonio de Frutos Sualdea, un hombre moreno y guapo, de 44 años de edad, natural de un pueblecito de la provincia de Segovia, recibió al filo de las 9 de la mañana la orden de comprobar un aviso recibido en el cuartel de Legazpia, donde prestaba sus servicios. Según rezaba textualmente el parte de incidencias de aquel aciago día: «En la presa Patricio Echevarría —barrio Urtazar— se encuentra colocada una bandera separatista de la que pende un objeto sospechoso, por lo que se ordena al cabo y a dos guardias más que se personen en el lugar y procedan a su destrucción, si pueden hacerlo sin riesgo.» Dados los medios disponibles en aquel entonces, eso de «sin riesgo» casi parecía un sarcasmo. Ante la carencia de un vehículo oficial en el que desplazarse, ya que el único adscrito al pequeño acuartelamiento guipuzcoano se encontraba en otro sitio, el cabo y sus compañeros fueron hasta el lugar indicado en el Seat 850 del guardia Pinzón Ayala, para comprobar in situ que, efectivamente, de la «bandera separatista» (¡cuántos inocentes han muerto en nombre de esa bandera, hoy enseña oficial de la Comunidad Autónoma Vasca!) colgaba un paquete sospechoso. Dos hombres se quedaron montando un servicio de vigilancia para evitar que alguien

pudiera resultar herido, mientras el tercero volvía al puesto para dar el correspondiente aviso. Evidentemente, no había teléfonos disponibles, ni radio, ni coches blindados, ni nada que se le pareciese. A eso de las 9.50, al iniciar el descenso por el camino que conduce al embalse, de regreso a Legazpia, una fuerte explosión hizo saltar por los aires el pequeño utilitario en el que viajaba De Frutos. Su cuerpo, con el cráneo destrozado, apareció a cincuenta metros del lugar de la deflagración. Seis kilos de dinamita accionada a distancia acabaron con su vida, mientras corría a alertar de otra bomba, oculta bajo una ikurriña, que resultó ser una trampa.

Hasta ahí llega la historia de un guardia civil cualquiera, muerto a manos de ETA en la larga lucha de este cuerpo policial contra el terrorismo vasco. Hasta ahí la crónica de un atentado, como tantos otros, que ni siquiera mereció una información de portada en los periódicos de la época. A partir de esa fecha, de ese maldito día, comienza la lucha de una familia por sobrevivir a la tragedia, al miedo, a la miseria económica y al abandono de una sociedad cuyos máximos representantes políticos nunca han llamado a su puerta.

Ésta es la historia de una madre viuda a los cuarenta años de edad, que hubo de mandar a sus tres hijas a un colegio de huérfanos por falta de medios para alimentarlas, y de unas chicas que crecieron sin padre y en la soledad de un internado, porque las arrancaron de las manos vacías de su madre. La historia de una familia que, a pesar de todo y como tantas otras, ha logrado salir adelante y permanecer unida.

«Ya en el 64 habíamos estado en Vergara —relata María—, donde nació nuestra hija mayor, y luego en el 71 Antonio ascendió a cabo y nos destinaron a Legazpia. En aquellos años, a todo el que ascendía le mandaban allí, y los que salían de guardias civiles también pasaban, la mayoría, por el País Vasco. Pero entonces estaba todo tranquilo. En el 64, cuando nació María Jesús, no había nada todavía, aunque de todos modos nunca nos gustó, y en cuanto pudimos nos fuimos para Riaza, para que al cabo de un tiempo nos mandaran de vuelta allí.»

P.: —¿Cómo era vuestra vida en Legazpia?

R.: —La vivienda estaba bien. Cuando llegamos estaban para arreglar el cuartel y nos alquilamos una casa en el pueblo, pero luego, cuando arreglaron y ampliaron el cuartel, nos dieron viviendas allí a todos. Nosotros, a pesar de todo, estábamos bien, dentro de que el año anterior habían puesto una bomba en la garita del puesto de guardia del cuartel, que fue desactivada. Fue la víspera de la Purísima, en diciembre, y nos pilló en el cine, pero desde ese momento ya no estuvimos a gusto para nada y como ya habíamos comprado el piso en Madrid, mi marido decía: «Yo pido lo que sea y nos vamos cuanto antes.»

P.: —¿Tenía miedo Antonio a morir en atentado?

R.: —Pues mira, si te he de decir la verdad, desde ese día sí tenía miedo, porque dijo: «Que conste que yo me quedo aquí por las niñas, para que terminen el curso y eso. De lo contrario, me marcharía mañana mismo a Madrid; como fuera me marcharía, porque yo hasta ahora no he tenido miedo, pero ahora ya es pánico lo que tengo.» Sin embargo, él seguía haciendo su servicio, como todos, con sus precauciones y sus cosas, pero cumpliendo.

P.: —¿Y tú tenías miedo?

R.: —Yo sí. Aparte de que dos años antes, por Navidad, habíamos ido a Mondragón a un funeral de dos guardias civiles que mataron, uno de los cuales era el sargento que había tenido Antonio cuando estaba en Vergara, que para entonces ya era subteniente.

Desde el saloncito de su casa, un piso modesto en un barrio de la periferia madrileña, presidido por dos grandes fotografías de Antonio enmarcadas en plata, a las que acompañan con toda intención los retratos de las bodas y de los nietos, María y dos de sus tres hijas rememoran aquellos días lejanos con serenidad, pero con honda pena, e incluso en ocasiones con retazos de nostalgia.

P.: —¿Cómo os relacionabais con la gente del pueblo, fuera del cuartel?

R.: —Teníamos muy buenas amistades, e incluso yo estuve trabajando con una máquina de punto mientras vivíamos en el pueblo. Y después, cuando nos fuimos al cuartel, seguían yendo allí a pedirme encargos. Yo

trabajaba con otra mujer, vasca ella y casada con un vasco, a la que le preguntaron, antes de darnos faena para un almacén, si no le importaba trabajar con la mujer de un guardia civil. «¿No le importa a usted trabajar con una señora del cuartel?», le dijo la jefa. Y ella contestó: «No, no, a mí, en absoluto.» Y estuvimos cuatro años trabajando juntas y salíamos a tomar café los dos matrimonios, y todo, o sea que muy bien. Estábamos bien en el pueblo.

«SU MARIDO HA MUERTO»

P.: —¿Cuánto cobraba Antonio?

R.: —Pues al principio, cuando llegamos allí en el 71, me parece que eran 7.000 pesetas, y 2.000 pesetas más de complemento, creo que eran 9.000 en total. En el 76 ya cobrábamos 40.000, porque subieron bastante el año anterior, que mi marido ni se lo creía. Hasta entonces no pagaban pagas extraordinarias ni nada, pero a partir del 75 cobraba treinta y nueve y pico, casi las cuarenta, porque tengo que decir que les daban 10.000 pesetas de plus por estar en el País Vasco. Gracias a eso pudimos empezar a comprar el piso.

P.: —Pero todo se acabó el 3 de mayo de 1976...

R.: —Sí, tengo la cinta de aquel día grabada. Eso no se olvida. Él salió de servicio por la mañana, que ni le tocaba a él, porque libraba ese día, pero había ascendido un cabo a sargento y el sargento estaba de vacaciones. Total, que se fue a hacer el servicio, porque decían que habían puesto una bomba en un pantano. La verdad es que si hubiera sido cierto, el agua se habría llevado a todo el pueblo, pero fue mi marido y dijo que no. Cuando venía a dar el parte al teniente, una trampa que estaba preparada para coger al otro coche de la Guardia Civil, cargado con diez o doce hombres, le tocó a él, y ¡adiós!

»Yo estaba en casa y sentí una explosión; sentí algo, y salí y le pregunté a la vecina de enfrente: «Isabel —se llamaba Isabel—, Isabel, ¿no ha oído usted alguna cosa?» Y me dijo: «Yo no, no he oído nada.» Y le contesté yo: «No sé, me ha parecido a mí como que he oído un estruendo.» Pero vamos, lo que menos me podía imaginar era eso. Esto eran las diez de la mañana, y así, esperando a ver si venía, porque me había dicho que sobre la una estaría aquí, empecé a ver mucho revuelo en el cuartel, para acá, para allá, corriendo todo el mundo, y me preguntaba qué estaría pasando... Me asomaba por todas las ventanas, hasta que empecé a pensar que algo le había pasado a mi marido. Y ya a una señora con la que tenía amistad, la señora del cabo, le dije: «Yo intuyo que algo ha pasado, pero que me diga alguien algo, porque a todos les veo, para acá y para allá, pero a mi marido

no le veo. Ya tendría que haber salido de servicio, y no le veo.» Nos pusimos a cambiar una cama, y yo pensaba que a lo mejor le habría pasado algo, que estaría herido, que habría tenido un accidente, pero lo que menos sospechaba era... eso. Así estuve mucho rato, hasta que ya me fui a casa del compañero con el que se había ido de servicio, y nada más llegar, se le cayó el fusil a aquel hombre, que todavía lo llevaba en la mano, se puso a llorar y ya me dijo: «No tiene solución, su marido ha muerto.» Yo me empeñé en verle, pero no me dejaron, y fue un cuñado mío el que lo reconoció y me dijo: «María, mejor que no le veas.»

María Teresa y María Jesús guardan silencio mientras escuchan a su madre relatar aquellos terribles acontecimientos, hasta que ella les emplaza:

R.: —Que te cuenten ahora un poquillo ellas, porque yo, de verdad, a partir de ese momento, no tengo recuerdos claros. Sólo sé que cuando fui a casa, mis hijas habían desaparecido. No sé quién se las había llevado, ni dónde estaban...

R.: —El día que pasó aquello nosotras teníamos la sensación de que mi padre había resultado herido, y nos enteramos de que había muerto por el Telediario, en un descuido. Cuando nuestra madre se marchó, nos sacaron de casa y estuvimos en la del sargento, que tenía una chica joven y estuvo todo el rato pendiente de nosotras. A la hora de la comida, no se dieron cuenta y nos enteramos de lo sucedido. Claro, nos sorprendimos y preguntamos: «¿Por qué dicen que ha muerto si nos estáis diciendo que está herido?» Entonces contestaron que cuando una persona estaba en una situación límite, decían que se había muerto, pero que no estaba todo perdido. Después, quitaron la televisión y nos sacaron del cuartel, porque había que preparar la capilla ardiente. Nos fuimos con esa muchacha y su novio a dar una vuelta y estuvimos paseando por el pueblo, donde se celebraban las fiestas, y todo el mundo se volvía a mirarnos, porque nos conocían y sabían perfectamente que éramos las hijas del guardia civil asesinado.

P.: —¿Y la gente era cariñosa o agresiva?

R.: —La gente se volvía a mirarte y eso te resultaba un poco extraño, pero nosotras no tuvimos muchos problemas.

R.: —Es más —tercia de nuevo la madre—: a mí, personas a las que ni siquiera conocía me ofrecieron ropa negra por si no tenía, y en el colegio de Tere y de María Jesús recogieron donativos y encargaron una misa. Más tarde me dijo el sargento: «Nos han traído este dinero los sacerdotes, usted verá si lo quiere.» Y yo no lo quise, porque mi marido les tenía ojeriza; porque íbamos a misa todos los domingos y me decía: «Esta gente a mí no me convence. Yo voy porque tengo que ir, pero esta gente me parece que está arrojando a toda esta gentuza.» De modo que no cogí su donativo. El de las monjas del colegio de mis hijas, sí, pero el otro no.

P.: —¿Cómo reaccionó el pueblo con el asesinato de Antonio?

R.: —Pues yo te tengo que decir que muy bien. Hubo un acompañamiento muy grande, desde el cuartel hasta la parroquia de Legazpia, todo el camino lleno de gente, de compañeros de las chicas con sus padres. Muchas personas. Yo no lo sé, pero creo que mi marido era querido allí. Incluso a mí me contaron las monjas que en el colegio habían dicho a las niñas, de diez y once años, que no querían matar al papá de María Jesús, porque era muy bueno, que era el mejor del cuartel y que iban a por un general, un alto mando de la Guardia Civil. «Por si les sirve de consuelo», eso me dijeron.

El funeral por el alma de Antonio de Frutos se celebró allí mismo, en Legazpia, oficiado por un capellán castrense, en presencia del gobernador civil de San Sebastián y del general Campano, a la sazón director general de la Guardia Civil. No fueron ministros, ni líderes políticos, ni hubo despliegue de medios de comunicación, ni se convocó manifestación alguna de protesta por el atentado, y a nadie se le ocurrió sorprenderse porque así fuera. Era un guardia civil asesinado. Simplemente eso, uno más en un tiempo en que muchos «bienpensantes» consideraban que morir de aquella forma era algo que casi les iba en el sueldo.

R.: —A la salida de la iglesia —continúa María con el relato— hicimos todo el camino andando por el pueblo, y me acuerdo de los aplausos que

nos dieron cuando salimos. ¡Lo que son las cosas! Me acuerdo de los aplausos...

UN ASESINATO IMPUNE

P.: —¿Os quedasteis en el País Vasco después del atentado?

R.: —¡No, qué va! Pasamos el verano en casa de mis padres, en el pueblo, y lo trajimos todo a Madrid, que ya teníamos la casa puesta con muebles y todo. Nos vinimos el mismo día del funeral, y hasta los diez días o así no fuimos a recoger la casa. Luego ellas, las niñas, ya no regresaron, y yo sí volví con mi hermano y mi cuñada. Pero fue algo terrible. Cuando llegué allí y pisé el pueblo y fui a la Caja de Ahorros, que teníamos que liquidar las cartillas, me empezó un dolor de rodillas tremendo y me desplomé. Eso no se me olvidará en la vida.

P.: —¿Tuvisteis alguna información sobre la investigación que siguió al asesinato?

R.: —Nos dijeron que les habían cogido. A las pocas semanas nos llamó el sargento, que estaba en el pueblo de vacaciones, y nos dijo que estuviéramos tranquilas, que ya les habían cogido y tal y cual, pero yo creo que nos lo dijo para...

R.: —No era cierto —tercia una de las hijas en la conversación—. Nos dijeron aquello para tranquilizar a mi madre, pero nunca se ha sabido nada. Hemos hecho varias intentonas de averiguar si habían descubierto algo, pero nunca nos han contestado y al final dices: «Ya han pasado veintiséis años, y ¡ahora para qué!» Aunque luego hay cosas que te pasan por la mente y vuelves a intentarlo, aunque sigan sin respondernos.

R.: —A mí —retoma la palabra María— lo único que me importaba entonces eran mis hijas. De «ellos» no quería saber nada.

R.: —Pero a mí —la interrumpe María Teresa— me habría gustado saber, y años después se lo pregunté a mi madre, quiénes eran y qué había descubierto la investigación. Saber algo... aunque me imagino que mi madre la única preocupación que tenía era sacarnos adelante, sabiendo que no se lo iban a devolver.

P.: —¿Tú no preguntaste más? —insisto, dirigiéndome a María.

R.: —Es que ahora todo es distinto, pero entonces, te digo de verdad, todo era un tabú, todo un tabú.

P.: —¿Y no os frustra enormemente ese tabú, ese silencio?

R.: —A mí sí, máxime cuando ya te digo que se ha preguntado —
responde María Jesús.

R.: —A mí mucho, ¡mucho! —añade María Teresa.

R.: —Es una sensación de injusticia total —concluye su madre—, porque las consecuencias que ha traído todo esto me gustaría que las pagara alguien. Alguien las tendría que pagar. Pero parece que en aquel entonces era casi como si estuvieran justificadas las muertes de los guardias civiles, de los policías y de los militares. Ésa era la sensación. No oías a la gente, pero era como si por detrás dijeran: «Algo habrá hecho.» Porque encima, ibas por la calle y... Te voy a ser sincera: vine a Madrid y traía un miedo espantoso.

P.: —¿Por qué? ¿A qué?

R.: —No lo sé, hasta creía que iban a hacer más todavía, que iban a ir a por nosotras. Y me decía: «Pero si yo nunca tuve sensación de tener enemigos...» Hasta que lo ves y desde ese momento arranca todo el miedo, toda la desconfianza hacia la gente. No quieres que se comente con nadie...

R.: —Al principio no decíamos que nuestro padre había muerto en un atentado terrorista —interviene una de las hijas—. Aparte de que era muy fuerte decir que le habían matado, la sensación que teníamos era muy rara. No era culpabilidad, ni vergüenza. Era miedo. Eso es, miedo. Vergüenza nunca hemos sentido, vergüenza de que nuestro padre fuera guardia civil. Es más, lo tenemos a mucha honra.

P.: —¿Cómo explicabais la muerte de vuestro padre entonces?

R.: —Decíamos que había muerto en un accidente y si se podía evitar la pregunta, se evitaba.

R.: —A mí me decían —retoma la palabra María—: «Pues muy joven se ha quedado usted viuda. ¿Cómo ha muerto?» «Pues en accidente», contestaba yo, y nada más. No daba explicaciones, porque contar mi historia no me apetecía para nada.

P.: —¿Por miedo?

R.: —Por miedo, por evitar que te hicieran ciertas preguntas, por desconfianza... Había una serie de conflictos. Si te preguntaba alguien, además, solía ir con retintín, y cuando decías que había muerto en atentado

terrorista, lo primero que comentaban era: «¡Te habrá quedado una buena pensión!» Por eso te decía que evitaba las preguntas. Las evitaba porque nunca te decían: «Estarás destrozada, estarás deshecha, estarás...» No. Te preguntaban que si te había quedado buena pensión. Ésa es la verdad.

R.: —A mí en el colegio me lo llegaron a preguntar —interviene María Teresa—. Cuando supieron que mi padre había muerto en atentado, me preguntaron que cuánto dinero nos habían dado.

P.: —¡Qué horror!

R.: —Entonces era así. Pensaban que asesinaban a tu padre y que te daban una millonada, y nunca te preguntaban cómo te podías sentir y cómo te estaban ayudando.

R.: —Y yo no quería decir tampoco lo que me había quedado —puntualiza María—, porque no tenía ganas de que nadie me tuviera lástima. Lo puedo decir sinceramente: yo no quería que nadie me tuviera lástima, y como nadie iba a llamar a la puerta para darme nada, pues me convencí de que ya me las apañaría. En una ocasión me preguntó un señor: «¿Qué haces, estiras la pensión como un chicle?» Y yo le dije: «Pues sí, eso hago.»

EN EL COLEGIO DE HUÉRFANOS

P.: —¿Cuánto os quedó de pensión tras el asesinato de Antonio?

R.: —Es de risa. Te digo de verdad: con lo que me daban por ellas, en concepto de orfandad, me quedaron 14.000 pesetas, que era el cien por cien, pero del sueldo base.

R.: —Nosotras nos tuvimos que ir internas a un colegio —interviene una hija hoy madre de familia, con profunda emoción en la voz— porque ella no podía mantenernos.

R.: —Ése fue mi mayor dolor —concluye María—. No tuve más remedio que llevarlas al Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil, porque no tenía más que para pagar el agua, la luz, el teléfono... No tenía más que para los gastos de casa.

P.: —¿Y cuánto tiempo estuvisteis internas?

R.: —Hasta que acabamos los estudios. Primero estuvimos allí en el Colegio de Huérfanos que regentaban las Hermanas de la Caridad, estudiando la EGB y el Bachiller, y luego, cuando ya fuimos a la Universidad, teníamos otra residencia para huérfanas, en Madrid. Hemos estado toda la vida en internados.

P.: —¿Cómo se siente el hecho de que hayan matado a tu padre y no lo puedas decir, y te alejen de tu madre porque no te puede mantener? ¿Cómo puede aceptarse semejante sucesión de injusticias?

R.: —Muy mal. Se vive muy mal, te crea una serie de conflictos emocionales muy fuertes y te haces unas preguntas... Éramos pequeñas y no nos sentíamos protegidas porque nos faltaba nuestra madre, que era el único apoyo que teníamos, pero creíamos que realmente no podía tenernos con ella. Así es que de alguna manera te resignas y dices: «Tengo que aceptar esto, porque tengo que seguir adelante.» Claro que te estoy hablando como adulta; como niña lo pensaría de otra manera...

R.: —Como niña —precisa la otra hermana—, recuerdo que mamá lloraba cuando teníamos que volver al internado después de pasar los fines de semana en casa, y nosotras decíamos: «¿Y por qué nos tenemos que ir, es que no nos puedes tener en casa?» Y ella decía: «Es que no puedo.» Y yo

reñía a mi hermana y le decía: «Acéptalo, porque esto es así y no puede tenernos en casa.» Y con el tiempo nos resignamos.

P.: —Y tú, María, ¿cómo recuerdas esas despedidas?

R.: —Pues muy mal. ¿Cómo lo voy a vivir? Que en un momento te hagan la vida polvo, y te entierren en vida y te separen de tus hijas; o sea, que a tu marido te lo lleven al cementerio, a tus hijas a un colegio y tú te quedes sola en casa... ¡Es muy duro!

P.: —¿Te pusiste a trabajar tras la muerte de tu marido?

R.: —Sí, me había sacado el curso de bordado y estuve enseñando a bordar a dos chicas. Hacía punto y esas cosas, pero tampoco daba para mucho. Y es que tampoco podía hacer otra cosa. Como tenía el coche de Antonio, me saqué el carné de conducir y los viernes iba a por las niñas, las traía, las tenía el fin de semana, las volvía a llevar, y así pasaban los años.

P.: —¿No os dieron una indemnización después del atentado?

R.: —Sí: me dieron dos millones y pico de pesetas, pero con eso tenía que pagar el piso, porque con las 14.000 pesetas de pensión no me llegaba para pagar los gastos de la casa. Luego, cuando entró Suárez en el Gobierno, incrementó aquello el doscientos por cien, con lo que a mí me quedaron unas 29.000 pesetas, incluyendo la subida del año anterior. Después ya fue subiendo un dos, un tres o un cuatro por ciento, que de 29.000 pesetas te puedes imaginar cómo vas escalando... Porque con el Gobierno socialista actualizaron las pensiones de los que habían muerto después del 85, pero las nuestras se quedaron congeladas hasta el año pasado [2001], que ya tuvieron un incremento considerable. Ahora cobro 2.000 euros, pero conste que todos estos logros se han conseguido por un grupo de gente que ha estado ahí luchando durante veintitantos años, desde la Asociación de Víctimas del Terrorismo.

P.: —Luchando, entre otras cosas, para que las primeras indemnizaciones económicas decentes fueran aprobadas con la Ley de Víctimas, en 1999.

R.: —Sí, bueno, cuando nos la dieron fue ya en el 2000 y en nuestro caso fueron veintitrés millones de pesetas.

P.: —O sea, mucho menos que a otros. ¿Por qué razón?

R.: —Eso depende de la sentencia. Los que tienen sentencia y se les ha fijado una indemnización, han cobrado lo establecido en ella, que suele ser mucho más, pero como nosotros no sabemos quién mató a Antonio, ni hay sumario, ni sentencia, ni hay nada de nada, pues entonces nos ha correspondido la mínima, que son veintitrés millones. Pero no somos los únicos. Hay mucha gente como nosotras, que no sabe nada del atentado de su marido o de su padre.

P.: —¿Qué piensas tú de este país —me dirijo a María— que consiente que ocurran estas cosas?

R.: —¿Qué quieres que piense? Que después de todo lo malo que he pasado, ya de verdad...

R.: —Pues yo no pienso igual que tú —se enfada María Teresa, la más pequeña de las dos hermanas presentes y también la más vehemente—. A mí me da mucha rabia ver a una señora con los 2.000 euros mensuales cuando ya tiene su vida resuelta, ahora, precisamente cuando menos le importa. ¡Es mucha injusticia! A mí me duele lo mal que lo ha pasado, que lo hemos pasado.

P.: —¿Y no reclamabais? ¿Tú no has reclamado?

R.: —Por todos los sitios hemos reclamado, pero no hemos conseguido nada. Hasta que hace unos pocos años han empezado a matar a políticos y gente así, no se han tomado cartas en el asunto, porque antes parecía que tenía que ser lo que era, como que era normal y había que resignarse.

María calla. A los setenta años de edad y con una pesada carga de sufrimiento a las espaldas, no ha perdido la sonrisa, que se le enciende cada vez que oye algún ronroneo de su nieto, dormido en el regazo de su madre, pero sí ha renunciado a la lucha. Y es que bastante ha luchado a lo largo de su vida. Mientras escucha a sus hijas, María Jesús, la mayor y más prudente, y María Teresa, la mediana y más combativa, confiarme la larga lista de agravios acumulados con los años, mantiene una serenidad profunda y digna, que se me antoja indestructible.

R.: —Y si quieres te cuento otra cosa —retoma María Teresa la palabra—: Yo recuerdo que cuando empecé a estudiar la carrera me quería ir a casa

con mi madre, por no estar en la residencia, y solicité una pensión de orfandad mientras estaba estudiando, pero resulta que no me la dieron, porque era mayor de dieciocho años. Pues bien, ¿a que no sabes quién estaba de director de la Guardia Civil? Luis Roldán. ¡Hasta ese punto llegó mi mala suerte! Me niegan una pensión para irme a casa de mi madre y luego me entero de que ha sido él quien se ha llevado el dinero de los huérfanos. ¡Imagínate cómo me quedé!

UNA HERIDA ABIERTA

P.: —¿No habéis tenido nunca la tentación de haceros terroristas; de tirar por la calle de en medio y tomaros la Justicia por vuestra mano?

R.: —¡No merece la pena, por Dios! —responde escandalizada María Jesús.

R.: —Yo de todos modos recuerdo —puntualiza María— que ese día, el día del atentado, estaba tan indignada que pedí que me dieran una metralleta porque a todo el que pasara me lo iba a cargar. Cuando supe que le habían matado, mi primera reacción fue gritar: «¡Que me den una metralleta, que me voy a cargar a todo el que pase!» Fue un momento de arrebato, claro, que luego pasa, y en frío ni se te ocurre. ¿Qué ha adelantado Ynestrillas, por ejemplo, con su actitud? ¿Qué ha adelantado?

P.: —Nada.

R.: —Pues ahí lo tienes. No sirve para nada, porque antes te meten a ti para dentro. Mira, te voy a contar una cosa: cuando los Ávalos fueron al juicio por el asesinato de su padre, uno de ellos protestó en voz alta y salió esposado. No puedes hacer nada.

R.: —Tienen más derechos ellos que nosotros —añade una hija—, pero, verdaderamente, en las víctimas del terrorismo yo no he visto que nadie se tome la Justicia por su mano.

P.: —¿Tienes relación con otras viudas de guardias civiles asesinados por ETA?

R.: —Sí, sí, conozco a muchas y cada caso es distinto. La pérdida es la misma, la angustia de los hijos también, pero cada caso es distinto. Hay quien se siente más arropada por la familia, hay quien se ha quedado bastante mal económicamente, hasta el punto de no tener un techo donde vivir, y han tenido que salir forzosamente a trabajar al día siguiente del atentado... Hay casos terribles. Por ejemplo Inocencia, una que está en ese caso, tuvo que ir a trabajar al colegio de huérfanos, donde a mí también me ofrecieron cocinar, limpiar o lo que fuera, por ayudarnos, porque tuviéramos algo. Pero yo les dije que no, que tenía una máquina de punto y

tenía el título de bordadora, y que ya me las apañaría, aunque al menos dos viudas que conozco fueron a limpiar allí.

P.: —¿Qué siente esta familia hacia el cuerpo de la Guardia Civil?

R.: —Mucha honra y también mucho cariño. Para nosotras son especiales, siguen siendo especiales y siempre nos han arropado.

P.: —¿Y qué pasa por vuestra mente y vuestro corazón cada vez que un guardia civil muere en atentado a manos de ETA, considerando que ya casi suman doscientos?

Es María quien toma la palabra con decisión:

R.: —¡Qué voy a sentir! Lo mismo que sentí cuando mataron a Antonio. Es una herida que se te va abriendo a cada ocasión y que no se puede cerrar. Cada nueva víctima que cae es un recordatorio, y claro, cuando es del cuerpo, pues todavía más, y te dices: «¡Otro inocente! ¡Otro pobre hombre que ha caído!» Es así.

P.: —¿Tú te has sentido, vosotras os habéis sentido arropadas, respetadas, amparadas por la sociedad española a lo largo de estos años?

Cada una de ellas emite una sentencia rotunda:

R.: —No, creo que no, porque es en aquellos momentos cuando se tenían que haber preocupado más de nosotras, y no lo hicieron.

R.: —Ahora sí, pero entonces no.

R.: —A mí me da coraje que antes no se hiciera nada y ahora sí, desde que todo cambió con Miguel Ángel Blanco. Desde entonces ha sido todo completamente distinto, pero me da mucho coraje y tengo mucha rabia por eso, por lo que hemos tenido que pasar. Y es que se vivieron unos años muy duros de ETA y la gente se cansó de poner la televisión a la hora de la comida y ver un atentado y otro atentado, hasta que llegó el asesinato de Miguel Ángel Blanco, un chico joven, una crueldad muy grande... Llegó aquello y la gente explotó, estalló y todo el mundo salió a la calle y se vivió todo de otra manera.

P.: —¿Y cuántos guardias jóvenes habían sido asesinados antes que él? ¿Cuántos policías?

R.: —Es verdad, pero eran guardias. ¡Eran guardias civiles!

P.: —¿Tenéis la sensación de que hay víctimas de primera, de segunda y de tercera?

R.: —Sí, sí, sí. Las ha habido y sigue habiéndolas, ahora mismo. Como en los catálogos. ¡Es una pena! Es muy doloroso.

P.: —¿Alguna vez se le ha hecho algún homenaje a Antonio?

R.: —No, nunca. Hace dos años [2000] se pretendió hacer en el Parlamento vasco un homenaje a las víctimas del terrorismo, y nos llamaron, pero no fuimos porque fue un fracaso total. La organización fue un desastre y fueron muy pocas víctimas. Sí acudimos al acto colectivo que se hizo este año [2002] en el Senado, donde nos dieron una medalla. Pero nunca se le ha hecho un homenaje individual.

Después de tantos años de silencio, miedo, sufrimiento y pensiones de miseria, María y sus dos hijas me confiesan sentirse en alguna medida manipuladas en su condición de víctimas del terrorismo, con esta profusión de homenajes y manifestaciones surgidos al calor de los cambios de sensibilidad acaecidos a raíz del asesinato de Miguel Ángel Blanco. Me confiesan también su dolor al plantearse el porqué de tanto interés actual y tanta desidia pasada, para concluir reconociendo que ese tipo de preguntas es mejor guardárselas, «por si acaso».

P.: —¿Por si acaso qué?

R.: —Por si acaso. Porque te da miedo decir: «¿Qué pasa, es que las muertes de antes no tenían sentido y las de ahora sí?» Te da mucha rabia, pero te callas.

P.: —¿Con el tiempo le has encontrado, María, algún sentido a la muerte de Antonio?

R.: —¡Ninguno! ¿Qué sentido va a tener esa muerte? ¡Si desde entonces no han dejado de matar y matar y matar! ¡Si él hizo el número setenta de los asesinados, y ya llevamos casi novecientas personas! ¿Ha servido de algo? No, no ha servido de nada.

EN EL PUNTO DE MIRA

P.: —¿En algún momento te planteaste la posibilidad de quedarte en el País Vasco después del atentado?

R.: —¡Ay no! De eso nada. Me estuve escribiendo con gente de allí, vamos, alguna gente de allí, como la profesora con la que hice el curso de bordado a máquina y con la que trabajaba. Nos felicitaba las fiestas todos los años y nos mandaba regalos para las niñas, pero ni se me ocurrió la posibilidad de quedarme. Luego estuve un par de días en el 91, que fui con un primo mío porque tenía que sacar unos papeles, y menos mal que fui con él, porque la verdad es que el ambiente lo vi tan hostil, ¡tan hostil, tan diferente a cuando nosotros estábamos allí! Noté un cambio radical y estaba deseando volver a casa.

P.: —¿Qué piensas de esa tierra y de sus gentes?

R.: —Pues pienso que hay gente muy buena y gente muy mala, los dos extremos. Yo no puedo decir: «Es que en el País Vasco todo es malo.» No. Es un grupo minoritario el que es malo, pero la gente de allí me parece una gente estupenda, abierta... Vamos, que no tengo quejas; ya te digo que hice muy buenas amistades y a la gente no le importaba ir al cuartel a encargarse de las prendas de punto. Nunca tuvimos problemas.

P.: —¿Y tú que naciste en Vergara, María Jesús, has vuelto alguna vez por allí, aunque fuera para hacer turismo?

R.: —Para nada. Ni me lo planteo. Ya me gustaría a mí ir, porque tengo muchos buenos recuerdos de los lugares y de la gente que me quería, pero ahora ni se me pasa por la cabeza ir allí. Primero por miedo, y luego porque yo no podría estar tomando un café y oyendo a mi lado determinados comentarios que se oyen allí.

P.: —¿Habéis crecido con miedo?

R.: —No, yo no he crecido con miedo —dice una hermana—. Yo he crecido con angustia porque me faltaba mi padre.

R.: —Yo a veces sí que tengo miedo —corrige la otra— de que me vuelva a tocar, porque nos puede tocar a cualquiera otra vez, ya que ahora el

objetivo de ETA no es un guardia civil, ni un político, sino que ya somos todos.

P:—¿Y con odio?

R.: —No es una sensación de odio... es rabia lo que tienes dentro; impotencia, rabia... ¡Yo qué sé! No lo sabría explicar.

P.:—¿Tenéis resentimiento?

R.: —Sí, claro. Lo que pasa es que no puedes hacer nada. El resentimiento lo llevas dentro, es una impotencia terrible que tienes dentro de ti.

R.: —Es que nos ha tocado vivir una vida muy dura —interviene María Jesús—. Muy dura. A ella, como madre y como esposa y como viuda de guardia civil. Y a nosotras, como hijas. Ha sido muy duro, muy duro. Cada una ha llevado su parte, y ella ha llevado el peso específico de toda la familia; ella ha sufrido por ella y por nosotras.

P.: —¿Tú sientes odio en tu corazón? —le pregunto a María.

R.: —Yo creo que no siento nada, de verdad. No siento nada. Indiferencia.

P.: —¿Has perdonado a los asesinos de tu marido?

R.: —Es que no me han venido a pedir perdón y no se puede perdonar a nadie que no te lo haya pedido. Yo lo único que he dicho siempre es que, si estuviera en mis manos, les diría que salieran de la cárcel cuando mi marido saliera de la tumba, nada más.

P.: —O sea, que eres partidaria de la cadena perpetua.

R.: —Sí, sí, sí, por supuesto que sí.

P.:—¿Y de la pena de muerte?

R.: —De la pena de muerte, no creo, pero en mi opinión la cadena perpetua es peor todavía.

R.: —De la pena de muerte, no —añaden las hijas, que aseguran no haber perdonado en absoluto a los terroristas que mataron a su padre—, pero de la cadena perpetua, sí, sin duda. Que paguen por el delito que han cometido. Que se haga Justicia y los condenen para toda la vida. ¡Nada de treinta años y que encima las sentencias no se cumplan! ¡Así no se puede creer en la Justicia!

P.: —¿Debería ser generosa la sociedad española con los terroristas, si ETA dejara de matar?

R.: —No, ni mucho menos. No. Pero es que, en cualquier caso, no se ve el fin de ETA. Cada vez hay más gente que tiene sus ideales, gente joven. Los atentados no se acaban. Es verdad que ahora se colabora mucho con otros países y se están haciendo muchos logros, pero yo no le veo fin.

El tiempo se acaba y queda ya poco por decir. Ha sido una conversación franca, a corazón abierto y sin subterfugios. Un desahogo por su parte, tras una vida entera de silencio; un descubrimiento por la mía, o más bien la confirmación de mis peores sospechas. Para terminar, le pido a María una palabra, un sustantivo que resuma y defina su dramática experiencia como viuda de un guardia civil asesinado por el terrorismo de ETA...

R.: —Impotencia. Impotencia y mucha, mucha lucha para salir adelante.

María Jesús, con un bebé dormido en los brazos, es la encargada de poner fin al relato:

R.: —Yo siento que me han quitado muchas cosas, que mi padre no ha conocido a su nieto, que nos han robado tantos momentos de los que podíamos haber disfrutado...

JOSÉ MARÍA URQUIZU ARANAGA

Hijo de José María Urquizu Goyogana, teniente coronel del Ejército asesinado el 13 de septiembre de 1980

Él tenía apenas veinticuatro años cuando le arrebataron a la persona que más amaba, una gélida mañana de finales de verano. Era un muchacho como cualquier otro, estudiante de Bellas Artes, aficionado a los deportes y enamorado de su tierra, que ya había recorrido monte a monte de la mano de su padre, antes de que dos pistoleros etarras le asesinaran a sangre fría en el interior de la farmacia familiar que regentaba en Durango. Recuerda aquel infausto día, sin vacilar, como el peor y más amargo de su vida.

José María Urquizu Goyogana, farmacéutico y teniente coronel del Ejército adscrito al cuerpo de Sanidad, era una presa fácil para los terroristas del hacha y la serpiente, por aquel entonces ávidos de sangre uniformada, que derramaron sin misericordia en un empeño tan obstinado como fútil de dinamitar con ella lo que consideraban un pilar fundamental del Estado de Derecho. José María Urquizu Goyogana, vasco hasta las raíces y hasta las raíces español, era un hombre de principios y costumbres sólidamente arraigados, que no había cedido al miedo, a la presión ni a las amenazas. Cuando éstas se materializaron aquella mala mañana de septiembre, en forma de dos balas en la nuca, a bocajarro y sin mediar palabra, un seísmo devastador sacudió hasta los cimientos el edificio emocional que albergaba a toda su familia.

A la trágica muerte del padre siguieron otras muchas en cascada, y más tarde los adioses, los exilios, las despedidas. La soledad y el silencio cayeron sobre las víctimas, como era costumbre en aquellos años, y

únicamente José Mari, el segundo de sus cinco hijos, habita hoy la vieja casa solariega a la que de vez en cuando acuden el resto de los hermanos.

Él nunca se ha resignado al papel de testigo mudo de un drama vivido en primera persona, y ha luchado desde el principio, en calidad de miembro de primerísima hora de la Asociación de Víctimas del Terrorismo, por reivindicar dignidad, Justicia y memoria para un colectivo dejado de la mano de la sociedad durante demasiados lustros. Hoy paga un doloroso precio por ese combate titánico y desigual, pese a lo cual no se rinde, sigue en la pelea desde el corazón mismo de su adorada tierra vasca, y relata la experiencia vivida, la terrible experiencia compartida con tantos otros huérfanos de aquella etapa, con la confianza esperanzada de que aquello nunca, nunca jamás vuelva a repetirse.

«Lo peor es que nosotros escribimos además una carta abierta que salió publicada en *El Correo* unos días después del asesinato —recuerda mi interlocutor, hoy un hombre en la cuarentena, de ademanes corteses, ágil y en excelente forma física a pesar de un tumor crecido en sus entrañas al calor del estrés acumulado—, de la que muchas veces me arrepiento profundamente. Una carta firmada por todos los hermanos, que se titulaba algo así como: “Que nadie piense ‘algo haría’ o ‘algo habrá hecho’” (que era la famosa frase que todos comentaban después de un atentado) en la que, encima de lo ocurrido, nos esforzábamos por explicar a nuestro pueblo que lo único que había hecho nuestro padre era trabajar por este pueblo, trabajar y quererlo y entusiasmarse por su historia y por sus costumbres; que así nos lo inculcó a nosotros, que así hemos seguido viviendo, que así seguimos viviendo y que queremos más que nadie a este pueblo y estamos además muy orgullosos. Son cosas que sólo puedes decir a costa de que te tilden de... Lo que sea, pero es verdad. Yo conozco este pueblo, lo conozco de verdad, y el que va de nacionalista y de amante de su pueblo, pues muchas veces demuestra que no lo conoce, que no sabe dónde está Amoroto, ni Ispaster, Orozco o Carranza... No lo conoce.»

Con una tristeza que no puede aplacar ni el sol veraniego que nos calienta a pesar de las fechas casi otoñales (se cumplen ahora veintidós años del

asesinato de su padre), ni la belleza del jardín familiar que nos acoge, este vasco hijo de vascos, que se ha negado a abandonar su tierra y mantiene en solitario el viejo caserón siguiendo una larga tradición vernácula, recuerda como si fuera ayer el momento de esa terrible llamada telefónica que trastocó para siempre el devenir de su vida.

«Aquel sábado, 13 de septiembre de 1980, fue el peor día de mi vida. El peor día de mi vida. Creo que con eso ya está dicho todo. Recuerdo perfectamente que estaba en mi casa y llamaron desde la farmacia donde estaba trabajando mi padre, diciendo que había ocurrido algo serio, algo importante. No recuerdo bien la palabra, pero sí sé que a mi madre la noté en el teléfono nerviosa y preocupada. Me acerqué rápido y pregunté qué pasaba. “No sé, no sé exactamente —me contestó—. Parece que ha habido un atentado, que le han disparado a papá, pero parece que está bien...” Vamos, que intentó limar un poco el impacto de lo que yo creo que ni ella misma se quería creer. Porque mi padre murió en el acto. Le pegaron dos tiros en la nuca, por la espalda, y le mataron. Entraron cobardemente, como siempre. Un hombre y una mujer. Dijeron que querían hacerse unos análisis, y cuando él se giró para mirar por el microscopio, le asesinaron.»

P.: —¿Tú fuiste a la farmacia, le llegaste a ver?

R.: —Yo fui a la farmacia inmediatamente. Cogí el coche, llevé a mi madre y a una de mis hermanas, y sí, sí, claro, claro que le vi, tendido en el suelo y en un charco de sangre.

P.: —¿Él estaba amenazado?

R.: —¡Esa pregunta la odio, la odio, es la clásica pregunta del periodista!

José Mari se enfada visiblemente. El joven afable, sonriente y de ademanes tranquilos que ha salido a recibirme al portón y comparte conmigo un refresco en el jardín, se convierte en un hombre casi colérico, cuya furia me resulta muy difícil comprender, hasta que escucho el porqué de su desahogo...

R.: —Es que hemos echado siempre tanto en falta la sensibilidad de la sociedad... Hemos padecido tanto el que lo único que nos preguntaran,

cuando se molestaban en preguntarnos algo, fuera si estaba o no amenazado, como intentando justificar lo ocurrido, como si tuviese justificación un asesinato y el hecho de estar o no amenazado sirviese de atenuante para algo...

P.: —No, no —intento excusarme—, no era ésa la intención de mi pregunta.

R.: —No, ya sé que tú no lo preguntas por eso, pero es la típica pregunta que todos los periodistas han estado haciendo durante años. ¿Estaba o no estaba amenazado? Pues te voy a responder: sí, lo estaba. Pero lo que me molesta es la pregunta, porque nunca se han interesado por si necesitábamos algo, o en qué situación económica nos quedábamos. Siempre era el morbo o esa pregunta sobre las amenazas, cuyo interés no alcanzo a comprender. Realmente a las víctimas nos molesta mucho esa pregunta, pero está respondida: Sí, estaba amenazado, estuvo amenazado mucho tiempo. Yo leí también la primera carta amenazante que recibió y bueno... Es muy doloroso vivir así.

P.: —¿Tenía miedo?

R.: —Pues sí, tenía miedo, como todo el mundo, pero lo asumió y lo aceptó y vivió muy dignamente. Rechazó la escolta y rechazó marcharse de aquí. Era su tierra, era su profesión, era su trabajo y sabía que le podía costar la vida. Y le costó. Pagó ese precio y nadie se lo reconoció.

COBARDÍA Y SILENCIO CÓMPLICE

P.: —¿Cómo fueron los días siguientes a su muerte? ¿Sentisteis la solidaridad del pueblo, de los vecinos, de los compañeros?

R.: —Para el pueblo sólo tengo una palabra, y eso, si quieres, lo puedes poner en mayúsculas: ¡Cobardía total! El pueblo fue y sigue siendo un cobarde.

Le pregunto si se refiere al pueblo de Durango, porque habida cuenta de que allí vive, en la casa familiar antaño situada a las afueras de la localidad, pero hoy inmersa en pleno centro, y que allí trabaja, como restaurador de obras de arte, me parece una temeridad por su parte pronunciarse con tamaña rotundidad. Su respuesta es inequívoca:

R.: —El pueblo de Durango, sí, empezando por las autoridades, incluidos los alcaldes en su momento y la alcaldesa actual. Unos cobardes que nunca se han atrevido a reconocerle todo el bien que hizo por el pueblo. Pero a muchos niveles, deportivos, culturales y económicos. Él era fundador y miembro de muchas asociaciones: la de Caza y Pesca, el Grupo Alpino Tavira, que prácticamente puso en funcionamiento con su dinero, hasta el punto de financiar los locales, la de Donantes de Sangre. En fin, podría contarte tantas anécdotas...

»Recuerdo ahora una que se refiere a un íntimo amigo de él, Gabriel González, al que nosotros estuvimos llamando «tío» durante mucho tiempo, que hace tres o cuatro años fue objeto de una entrevista en *El Correo* con motivo de haber recibido, no recuerdo exactamente, creo que la Medalla de Oro de la Asociación de Donantes de Sangre Españoles, por la labor que había hecho en Durango. Como donante de sangre y como presidente de la asociación, le mandaron una medalla con un lacito en el que había una bandera española. En la entrevista que le hicieron en el periódico él contaba un poco su vida y decía que lo primero que había hecho era quitar la bandera española y poner una *ikurriña*. ¡Hasta este grado de estupidez llegamos a veces en este país! Y contaba lo dura que había sido su vida, y

que incluso una vez le cayó encima un rayo. Y terminaba ahí la historia, sin decir ni una palabra de que ese día él iba por el monte con mi padre, y que de no haber sido por su ayuda, se habría caído por un barranco y estaría muerto. De hecho, a mi padre ni le mencionaba, cuando mi padre era el que sacaba la sangre, el que hacía los análisis gratuitamente a medio pueblo, incluidos curas y monjas, y el que jamás cobró, que yo sepa, a las monjas ningún análisis, lo cual no impidió que tampoco ninguna de ellas apareciera nunca por mi casa. Aunque sé que alguna reza por lo privado, pero tampoco se han atrevido a hacer nada públicamente.

P.: —Sin embargo, a sus funerales acudieron, según la prensa de la época, más de cuatro mil personas que abarrotaron el interior y el exterior de la iglesia de Santa María, incluidos altos mandos de la Policía y la Guardia Civil.

R.: —El funeral estuvo repleto de gente, sí. Quizá fuera uno de los funerales más multitudinarios que ha habido, pero para mí eso no significa nada, porque el pueblo después nos dio la espalda, lo que no deja de ser una cobardía. Sí, yo sé que lo sintieron, estoy seguro de que la inmensa mayoría de la gente lo sintió, pero no acepto su cobardía. Fueron al funeral, pero lo que hacía falta era arropar luego a mi madre, haberla consolado.

P.: —¿Y no lo hicieron?

R.: —No, no, aquí después no vino nadie. Sólo alguna gente como con cuentagotas, como callando para que no les viera nadie entrar en esta casa, no fuera a ser que les acusaran de cualquier cosa...

P.: —En aquellos días dramáticos que siguieron al asesinato de tu padre, ¿sentiste tú algún tipo de solidaridad o de cariño especial en la universidad?

R.: —Yo en ese momento estaba en la Facultad de Bellas Artes, en Bilbao, y si existiese alguna palabra peor, o más fuerte, o más significativa que «Nada», te la diría, pero ahora mismo no se me ocurre más que ésa: nada. Así que quédate con nada; nada de nada.

P.: —¿Nada, nada?

R.: —¡Nada! Bueno, peor que nada. En aquellos días recuerdo que vino más de una vez a la universidad Jorge Oteiza, que se pavoneaba por allí diciendo que había que echar de Bellas Artes a los «extranjeros» (en referencia a los catalanes que habían fundado la facultad), y que si no

querían marcharse por las buenas, él tenía un comando de ETA preparado para expulsarles. Y como la Historia es la Historia y no todo el mundo se ha comportado siempre igual, te diré que en ese momento Agustín Ibarrola, que era mi profesor, no sólo no me dijo una palabra del asesinato de mi padre, sino que le reía las gracias a Oteiza. Pero que conste que lamento mucho lo que le está pasando ahora a Ibarrola, que tiene toda mi solidaridad y que si necesita cualquier cosa, aquí me tiene.

P.: —El Ayuntamiento de Durango, en cambio, sí condenó el atentado, y el sacerdote que ofició el funeral se pronunció claramente contra el terrorismo. Ahora no siempre se puede decir lo mismo...

R.: —Pues mira, el Ayuntamiento sacó una nota en la que decían que era un hombre bueno. Es lo único que recuerdo. No sé si se mencionaba la palabra «condena», creo más bien que dirían algo así como «lamentamos», pero en cualquier caso fue una cosa institucional, para salir del paso. Nunca se demostró esa condena en la práctica y mucho menos con la familia. De hecho, yo hablé con el alcalde varios días después, porque ni siquiera se atrevió a venir a casa el día del asesinato, y le dije que pensaba que mi padre era una persona que merecía un monumento, una calle. En fin, un reconocimiento público por su labor a favor de este pueblo y su gente...

P.: —¿Y cuál fue la respuesta?

R.: —Personalmente, a mí, el alcalde, Francisco Zuricaray, me negó que a mi padre se le hiciese nada en este pueblo, alegando que sí, efectivamente, él era una persona que reunía los requisitos para merecer un reconocimiento, pero que políticamente HB y la izquierda armarían follón. En fin, que no, que era una cosa que ni se iba a plantear porque no era posible. Yo insistí. Me acuerdo que le insistí mucho y le dije que si no era posible no era porque HB tuviera mayoría (la mayoría era del PNV), sino porque el PNV no se iba a atrever a proponerlo, y de hecho así fue: el alcalde nacionalista ni siquiera lo propuso, sabiendo, como saben, que buena parte de mi familia también era nacionalista y que incluso mi abuelo materno, mi abuelo Aranaga, ayudó a mucha gente, financió con su dinero la construcción del *batzoki* de Durango y estuvo en la cárcel por sus ideas nacionalistas, aunque era un nacionalista moderado y no tenía las manos manchadas de sangre, como los de ahora.

»En cuanto al sacerdote, es punto y aparte, porque él es uno de los primeros amenazados, mucho antes que Jaime Larrínaga o Fernando García Gortázar, o estos que ahora llevan escolta. De este hombre no se habla y no te voy a dar su nombre, porque no tengo su consentimiento, pero sé perfectamente que está amenazado hace mucho tiempo, con cartas, con pintadas e incluso con palizas. Él sí se atrevió a hablar, porque nos conocía mucho a la familia, conocía a mi padre y sabía que era una persona religiosa y cumplidora, que había ayudado a muchísimos curas y a muchísimas monjas. Y además, entre otras cosas, no es nacionalista, lo cual también le ha costado hasta su puesto de párroco, por cierto. Por mucho que el obispo de Bilbao intente luego hacer de bombero y venir aquí a apagar fuegos, al final siempre apunta en la misma dirección y sólo apaga de un lado.

P.: —Entiendo que no ha recibido la familia mucho consuelo eclesiástico a lo largo de estos años...

R.: —No, no, y en el plano personal, menos. Yo por mi profesión estoy todo el día entre curas y monjas, y el trato conmigo es correcto. Profesionalmente no me puedo quejar, aunque creo que cumplo con mi trabajo y por eso me lo dan. Pero en el terreno de las relaciones humanas y a nivel religioso, la cosa cambia: a lo largo de estos años durante los cuales he trabajado con muchísimos curas y párrocos, ni uno solo, ni siquiera uno de ellos, ha tenido nunca ni la más mínima palabra de caridad cristiana, ni de consuelo, ni de nada. Nunca.

P.: —¿Sabiendo que eres hijo de una víctima de ETA?

R.: —La mayoría, sí. Alguno que otro igual no lo sabía al principio, pero se acabaron por enterar todos, porque mi trabajo no es cuestión de días, sino que estoy meses y meses conviviendo con ellos y no me limito a un trato dominical. Yo estoy con ellos cuando se va la gente, les termino por conocer más humanamente y, a veces, el difunto del funeral se convierte en «fiambre» y se escuchan intentos de justificar a ETA, si no en esta época, pues sí en otras. Claro que también hay muchos sacerdotes que no piensan así, pero tampoco se atreven a decirlo.

NI UN MINUTO DE SILENCIO

P.: —En las tiendas, en las otras farmacias, en el supermercado, en la carnicería, en la pescadería... ¿Tampoco allí encontrasteis calor o solidaridad?

R.: —Bueno, vamos a ver. Sí hubo cosas puntuales, sobre todo el día del asesinato y los dos o tres días posteriores. El Colegio de Farmacéuticos, por ejemplo, convocó un paro de protesta. Pero tres días, al final, no es el tiempo que una familia necesita para suplir una carencia tan importante y para restañar heridas. En realidad, transcurrido ese plazo, de ti no se acuerda nadie, nadie; te dan una palmadita en la espalda, otros te miran con compasión, otros te miran no sé cómo, y otros ni se atreven...

P.: —Tu padre y tú también erais socios veteranos del Athletic Club de Bilbao. ¿Se produjo algún tipo de apoyo por parte del club?

R.: —Ninguno. Mi padre, mi madre, yo, mis tíos, buena parte de mi familia, éramos todos socios del Athletic, y además venimos de una rama de la familia muy vinculada al club, por parte del hermano de mi abuelo, Juan Urquizu, que fue jugador y entrenador del Athletic, y fue además internacional con la selección nacional española, y es la persona que más títulos ha conseguido con el Athletic Club de Bilbao y que más años ha permanecido en el cargo de entrenador, ya que nadie le ha quitado nunca ese récord. Pero se conoce que no era lo suficientemente nacionalista, y en consecuencia no merece ese reconocimiento. Así que cuando yo fui a pedir al club un minuto de silencio por mi padre, la directiva presidida por Duñabeitia me lo negó.

P.: —¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el asesinato?

R.: —Fue el fin de semana siguiente. El Athletic jugaba en San Mamés, yo me acerqué a las oficinas, no logré que me recibieran dentro, y en la calle, en la mismísima calle, me dijeron que no iban a hacer nada por mi padre porque no querían mezclar la política con el deporte. Yo respondí diciendo que no estaba pidiendo allí un posicionamiento político y mucho menos a un club deportivo, sino un gesto de solidaridad humana, de dignidad humana o de Justicia, como le quieras llamar, pero que no era un

posicionamiento político; era un minuto de silencio, nada más. Ellos insistieron en que de ninguna manera se iba a acceder, y así fue. Ni lo plantearon. No quisieron recordar a un socio con un minuto de silencio, cuando luego lo han hecho otras veces, por ejemplo con el vicepresidente Guzmán, cuando le secuestraron, con todo tipo de declaraciones y de posicionamientos políticos, e incluso con la suelta de palomas en un partido del Athletic contra Las Palmas. La actitud fue de tal desprecio, que allí mismo, en la calle donde estábamos, porque no me habían dejado acceder a las oficinas, rompí mi carnet de socio así como el de mi padre, con gran dolor de corazón por nuestra vinculación con el club, pero en defensa de nuestra dignidad pisoteada. Desde entonces, nunca he vuelto a poner los pies en San Mamés.

P.: —Tu padre era militar. ¿Cómo se portó el Ejército después de su asesinato?

R.: —Pues mal, mal también, y me duele mucho decirlo, porque en esta casa se siente el Ejército y pensábamos que a lo mejor los amigos de mi padre que conocíamos, que todos eran tan íntegros y tan buenas personas como él, iban a reaccionar de otra manera, pero con el tiempo hemos visto que también el Ejército es un reflejo de la sociedad, en el que hay de todo un poco. En todos estos años nadie, ningún compañero de mi padre, vino a casa o a las misas de aniversario que organizamos y que estaban debidamente anunciadas.

P.: —¿No recibisteis tampoco por ese lado mucho calor?

R.: —No, la verdad es que no, aunque te diré que ahora últimamente no me puedo quejar. Y no sólo no me quejo, sino que les felicito por el cambio de actitud que han tenido respecto a nosotros y a otras muchas víctimas. Ahora nos invitan a muchos tipos de actos, hacen homenajes, quizá demasiado tarde, pero... Da la impresión de que en buena medida lo hacen de corazón o con cierto sentimiento. No como otros estamentos, que a veces da la impresión de que lo que quieren es pasar a la historia con las manos y la conciencia limpias.

P.: —¿A qué estamentos te refieres?

R.: —Pues está muy claro. Por ejemplo a los políticos, a los medios de comunicación, a la Iglesia, por supuesto, y a una lista interminable que no

acabaríamos.

P.: —¿Tampoco se portaron bien con vosotros el Gobierno ni los medios de comunicación?

R.: —No. Te repito que la única pregunta que les interesaba a los periodistas era si mi padre estaba o no amenazado, y no en qué situación quedaban las víctimas.

UNA VIDA A PRECIO DE SALDO

P.: —¿En qué situación económica quedó la familia?

Nuevamente detecto un cierto malestar en la actitud de mi interlocutor, quien, evidentemente y como tantas otras víctimas del terrorismo, no ha tenido una buena experiencia en su encuentro con los periodistas. Me veo en la obligación de explicarle que mi pregunta no viene al hilo de su queja sobre la falta de interés de mis colegas de la época por esa cuestión, sino que forma parte del cuestionario que traigo preparado. Constató así, una vez más, que las heridas abiertas por ETA en la carne de estas personas son mucho más hondas todavía de lo que un asesinato en sí mismo ya es capaz de producir, y requerirían todavía mucho más empeño colectivo del actual para poder sanar algún día.

R.: —La situación económica era aceptable y no teníamos grandes necesidades (ha habido muchas otras familias muchísimo peor paradas que la nuestra), pero en esta vida no todo es el dinero. Lo que en ese momento necesitábamos era realmente un apoyo social, ¿no? Un reconocimiento. Que el pueblo se posicionase, que el pueblo valorara lo que mi padre había hecho y tuviese la valentía de acercarse a nosotros, a esta familia, cuando esta familia siempre ha ayudado a todo el mundo sin pedirle nunca a nadie su filiación política.

P.: —¿Recibisteis alguna indemnización?

R.: —Creo que el Gobierno nos dio un millón de pesetas. Es lo que parece que valía mi padre, un millón de pesetas.

P.: —¡Qué horror! Eso parece hasta ofensivo.

R.: —Sí, así es. Yo nunca he querido saber mucho de ese asunto porque me molesta mucho ese tema, porque es un tema que me duele, me duele igual que ahora esta Ley de Compensación... o no sé cómo la quieren llamar. Yo siempre estoy tentado de renunciar a todo, de renunciar públicamente y decir que no quiero un puñetero duro de ninguna asociación, de ningún gobierno, de nadie ni de nada. Que mi padre no tenía

precio, los muertos no valen dinero y no hay compensación que sirva para reparar esto. Pero hay que andar con mucho tiento a la hora de hablar de ese tema económico.

P.: —Hombre, lo que pasa es que hay víctimas que se quedan en una situación de necesidad absoluta, y en esas condiciones el dinero no paga la vida de nadie, pero al menos alivia el día a día de los que quedan...

R.: —Sí, sí, sí, esas compensaciones son necesarias por eso, pero depende de cómo se hagan las cosas; quiero decir que hay que hacerlas con mucha delicadeza.

P.: —¿Fue insultado tu padre después de muerto, como ha ocurrido con otras víctimas del terrorismo etarra?

R.: —Lo fuimos todos. Primero nos amenazaron y arrojaron clavos a través de la verja en el interior del jardín para que pincháramos las ruedas del coche; y poco después intentaron ensuciar el nombre de la familia, diciendo barbaridades como que habíamos sido nosotros quienes habíamos ametrallado un bar de la localidad, o colocado una bomba en la cruz medieval de Cruciaga, próxima a nuestro domicilio. ¡Claro que nos insultaron!

P.: —¿Cómo afectó a tu madre la muerte violenta de tu padre?

R.: —Se empezó a morir ese día. Mi padre tenía cincuenta y cinco años cuando fue asesinado. Mamá tenía cincuenta y le sobrevivió cinco años, de modo que murió de un tumor a la misma edad que él. Pero se empezó a morir ese día, y entre medias enterró a buena parte de la familia, que eran personas mayores cuya muerte se precipitó por esto. En los meses siguientes al atentado, murió mi abuelo materno; poco después, mi abuela paterna; al día siguiente, mi abuelo paterno, y poco después mi madre. Pero entre medias, además, ya hubo... pues muchos otros disgustos familiares, muchos problemas de muchos tipos.

»Fue una situación muy difícil de vivir, muy difícil y de mucha soledad. Lo que pasa es que hemos tenido la suficiente fortaleza y la suficiente educación, o la educación que hemos recibido nos ha aportado los suficientes resortes psíquicos, como para afrontar el tema. Siempre crees que puedes superarlo, pero bueno, con el paso del tiempo, como ahora en mi caso, pues te pasan factura.

P.: —¿Porque tú atribuyes el cáncer que también tú padeces, como tu madre, por lo menos en parte, al dolor o al estrés sufrido desde entonces?

R.: —Sí, a tanta tensión acumulada como se vive aquí, a disgustos sin fin, a tanto sufrimiento, sí.

P.: —Después de lo ocurrido, ¿nunca has tenido la tentación de abandonar esta tierra y marcharte a otro lugar más acogedor?

R.: —No. No, porque la quiero profundamente y tengo, sobre todo, el ejemplo de mi padre, que también se pudo marchar, y también quiso a esta tierra y se quedó a trabajar por ella. No tendría mucho sentido mi vida si me fuese de aquí. Yo soy vasco por los cuatro costados, como lo era mi padre y toda mi familia. Vascos son todos mis apellidos, para desgracia de algunos que no pueden comprender que no seamos lo que ellos quieren. Desde que nacimos, a mis hermanos y a mí nos pasearon por los montes de esta tierra y nos metieron en sus cuevas. Yo, como aficionado al deporte, la he recorrido a caballo, en avioneta, en bicicleta, andando... He buceado en sus mares, en sus grutas marinas... Mi padre era un gran montañero, y con seis o siete añitos que teníamos, los tres hermanos, que íbamos bastante seguidos, pues ya habíamos hecho cien montes, coronando sus cumbres y leyendo y conociendo sus leyendas; las locales, por supuesto, que son más conocidas, como «La dama del Amboto» o «La bruja Mari», pero también las del resto de las provincias y de las comarcas, de las Encartaciones, de Uribe, de la costa... Porque nos gusta, nos gusta nuestra tierra, nuestra historia y estamos enamorados de nuestra tierra, y trabajamos y luchamos por ella.

P.: —¿Tú tienes miedo o lo has tenido?

R.: —No. Pero tampoco se vive muy a gusto aquí, en ese aspecto, vaya.

Hay cosas que José Mari me pide no publicar. Episodios recientes que prefiere guardar para sí, al margen de su testimonio como huérfano del terrorismo, y yo respeto ese deseo. Sólo subrayo a este respecto el coraje de un hombre marcado por la violencia etarra, que, como otros muchos hombres y mujeres corrientes, se niega una y otra vez a amoldar su manera de ser y sentirse vasco a la que intentan imponer por las armas los terroristas y sus cómplices ideológicos.

P.: —¿Cómo transcurrió la investigación del atentado? ¿Tardaron mucho en ser identificados los asesinos de tu padre?

R.: —Pues te diría que... No sé si para esta pregunta el calificativo resulta apropiado, pero yo diría que pésima, sí. Y te lo digo porque sé que no es una contestación únicamente mía, sino que muchas víctimas te lo dirán o te lo habrán dicho: que nunca recibimos ningún tipo de información, de nadie, de ningún gobierno; que siempre hemos tenido que buscar nosotros, preguntar, averiguar quién sabe...

LA IMPUNIDAD DEL ASESINO

P.: —¿Nunca os llamaron de la Policía, ni de la Guardia Civil, ni del Ministerio del Interior, para deciros como iba la investigación?

R.: —No. Del Ministerio de Interior mucho menos. En cuanto a la Guardia Civil, no es que nos llamase; la Guardia Civil en su momento se presentó en la farmacia para hacer el atestado y se ocupó de las primeras investigaciones, pero no se puso en contacto con la familia. O sea, quiero decir que llevaron ellos mismos sus temas y nunca nos informaron oficialmente de nada.

P.: —¿Y tú no sabes a día de hoy quiénes fueron los asesinos de tu padre o si han sido detenidos y juzgados por lo que hicieron?

R.: —Bueno, yo tengo informaciones que nos ha ido dando la Guardia Civil, casi a título personal, pero no puedo estar seguro, claro, yo no puedo estar seguro. Lo que me han dicho es que al menos uno de ellos no ha sido detenido. Es tan «patriota» que se escapó; huyó inmediatamente, supuestamente primero a Francia, y cuando se vio más acosado se fue a México y allí, por lo visto, se ha casado con una mexicana y tiene una niña mexicana para que nadie le pueda extraditar. Él, tan «patriota», mientras los demás, acusados de traidores a nuestra patria, nos hemos quedado a trabajar por nuestra patria, en esta tierra.

P.: —¿Y los otros dos? ¿La chica que iba con él y el que estaba en el coche esperándoles?

R.: —Pues te repito, yo casi de este tema prefiero no hablar mucho, porque tengo varias versiones y casi es una pregunta que tienes que hacer a la Policía, a la Guardia Civil o al Ministerio de Interior. Porque quizá, hoy en día, nos venden la idea de que la mayoría de los atentados están resueltos, y tal, y eso es cierto si nos referimos a la última época, sí, pero no a la primera. Ahora bien, que estén sin resolver no significa que no se sepa quiénes son. Hay muchos intereses a veces en no revolver mucho el pasado, y si no protestan mucho las víctimas, pues bueno... Así podemos pasar con más reinsertados por aquí y por allá, sin que sean acusados de más cosas. Y mejor para todos. Creo que entiendes lo que digo...

La conversación toca a su fin. El tiempo, evidentemente, no ha podido curar las heridas de José Mari Urquizu, que con veinticuatro años de edad hubo de hacer frente al dolor de la muerte en atentado de su padre y a la indignidad del silencio cobarde que se creó alrededor de su familia. Su historia resulta de una crueldad casi inconcebible, pero no es en absoluto una excepción. Como él, millares de viudas, huérfanos, madres y padres de víctimas anónimas, nombres y apellidos recogidos por orden cronológico en un listado escrito en sangre que aquel año de 1980 alcanzaba la escalofriante cifra de 92 asesinados, relatarían experiencias muy parecidas, o incluso peores, porque aquéllos fueron tiempos de miedo en el corazón y de plomo en las conciencias. Por eso, no me sorprende lo más mínimo escuchar la respuesta de mi interlocutor cuando le pregunto, para terminar, si los recientes homenajes ofrecidos por el Congreso y el Senado a las víctimas del terrorismo le han supuesto alguna clase de alivio o de desagravio...

R.: —No, no, para mí no ha sido así, porque llega todo demasiado tarde, entonces, sencillamente, no me lo creo. Quiero decir que esa famosa medalla yo no la he pedido, en primer lugar porque había que pedirla, y yo no tengo por qué pedir nada a un gobierno para mi padre, ya que sé perfectamente cómo era y lo que se merecía; y en segundo lugar porque si creen que mi padre merecía una medalla, que se la den, pero que vengan aquí a dársela, que aquí fue donde él sufrió el atentado que le costó la vida, no en Madrid. Si ellos creen que deben entregarnos esa medalla, que vengan aquí y que nos la den, que la recibiremos encantados. Y que conste que no hablo desde el falso orgullo, ¡eh! Esto no es despecho ni rencor ni nada. Sencillamente es lo que creo que deben hacer. Pero ¿pedir esa medalla? ¡Ni hablar! No. Lo único que hemos recibido en todos estos años ha sido una plaquita, que al final hemos guardado porque nos daba hasta vergüenza, que mediría diez centímetros por ocho y que nos envió por correo el ministro de Defensa, cuando ocupaba el despacho Narcís Serra. En ella ponía: «Al teniente coronel José María Urquizu Goyoana», eso era todo, y encima estaban mal escritos los apellidos... Ya sabemos que los

apellidos vascos son difíciles de escribir, pero en fin, ¡hasta ese punto! Así eran y han sido las cosas. De manera que, ¿pedir ahora una medalla para mi padre? No. Si nos la quieren dar, encantados, pero que vengan ellos aquí.

MARI CARMEN ECHEVERRÍA

Viuda de Benigno García Díez, policía municipal
asesinado el 27 de enero de 1982

Mari Carmen tampoco acudió a recoger la medalla concedida a su marido en el otoño de 2002, con veinte años de retraso y cuando el sufrimiento acumulado por su familia era ya de tal magnitud que privaba de sentido cualquier homenaje póstumo. Para entonces, para cuando España tuvo a bien reconocer el mérito de las víctimas inocentes del zarpazo terrorista, esta gallega de nacimiento, que entregó al País Vasco su corazón y vive exiliada en Cataluña, ya había enterrado al padre de sus hijos, policía municipal en Ondárroa, abatido a balazos una noche a la puerta de su casa. Había sufrido amenazas de muerte y dejado su hogar, junto a seis criaturas que mantener, sin ayuda y sin trabajo; había sacado adelante a su prole con enorme esfuerzo y sacrificio, en una tierra extraña que la acogió gélidamente, y estaba de vuelta de todo, harta de promesas incumplidas, de impotencia ante la injusticia y de puertas cerradas a cal y canto. De modo que al recibir la llamada de un funcionario que la invitaba al acto multitudinario programado en el Senado, lo primero que pasó por su cabeza fue que no tenía dinero para pagar a una persona que la sustituyera cuidando por ella un día al enfermo que le daba empleo.

Y es que para Mari Carmen Echeverría, como para tantas otras víctimas del terrorismo, todo aquello llegaba demasiado tarde.

Ella adquirió esa terrible condición un 27 de enero de 1982, a los treinta y tres años de edad, cuando un pistolero etarra, cuya identidad nunca ha llegado a conocer, materializó con seis disparos a quemarropas macabras advertencias asesinas formuladas a su esposo en los meses precedentes. Luego le llegó el turno a ella, recién vestida de luto, al

anunciarle fríamente su casera que le daba una semana de plazo para abandonar el pueblo, o atenerse a las consecuencias. Su hijo mayor tenía trece años; la pequeña, cuatro. Solos y muertos de miedo, emprendieron la huida a Cataluña, donde no encontraron el calor ni la solidaridad esperados.

Hoy Mari Carmen se ha convertido en testigo de cargo contra Batasuna y contra todos aquellos que a lo largo de este trágico periodo de nuestra historia han colaborado con, amparado, jaleado o silenciado de cualquier modo, por acción u omisión, alguna de las ramas de ese perverso entramado terrorista agrupado bajo las siglas «ETA». Hoy quiere denunciar las complicidades que hicieron posible el asesinato de Benigno García Díez y la persecución que padeció posteriormente su familia, abandonada a su suerte por una Administración negligente que le dio sistemáticamente la espalda.

Su historia rezuma tanta incuria, injusticia, impotencia e infamia, que resulta difícil comprender de dónde saca la fuerza para levantar la voz venciendo el desencanto, la desconfianza y la tentación del olvido que llega con el transcurrir de los años.

«Para cuando le mataron —me cuenta esta jovencísima abuela, que no aparenta sus cincuenta y tres años de edad y habla con un acento indescifrable, mezcla nada menos que de gallego, vasco y catalán— Benigno llevaba dos años amenazado. Le llamaban a su despacho, le decían que se fuera, que si no le matarían, que dejase el puesto, y todo ese tipo de cosas. Luego, después de mucho tiempo de estar recibiendo esos mensajes, empezó a darse cuenta de que le seguían por la calle, de noche, cuando volvía a casa, y él ya empezó a cambiar sus recorridos. Cada día hacía un camino diferente para ir y venir; o sea, seguía una estrategia para que no lo pudieran encontrar, pero había al salir de casa como cuarenta metros de calle, más o menos, que no podía cambiar, porque no había por donde pasar, y ahí fue donde le cogieron.

»Algún tiempo atrás le había tocado ir a registrar un piso en el que encontró listas de ETA donde estaba su nombre, y después de aquello, unas semanas antes del atentado, estando de servicio, se le acercó un chico que él

conocía y le dijo: “Eres un hijo de puta y te vamos a matar.” Pero así, como estamos tú y yo hablando; se acercó cuando estaba él en un cruce haciendo tráfico y le soltó aquello. A los demás no les hacía mucho caso, ya que decía que nadie le tenía que condicionar su vida, ni tenía que dejar él un trabajo porque hubiera unos asesinos que le dijeran que estorbaba, pero lo de ese chico le impactó, porque le conocía y tenía muchísima amistad con su novia. Así es que mi marido llegó ese día a casa nervioso y preocupado, y me dijo que había pedido un año de excedencia para marcharse. Cuando le mataron le quedaba apenas una semana para que se lo dieran, o sea, que estaba todo estudiado y todo el mundo sabía...»

ASESINATO ANUNCIADO A PLAZO FIJO

P.: —¿Había denunciado él esas amenazas a sus superiores?

R.: —Había compañeros que lo sabían, estoy segura, aunque él no sé si de verdad se lo dijo, porque ellos no me han dicho nada y de eso mi marido sí que no me había comentado nada. Sólo me había dicho: «Me voy un año, he pedido un año de excedencia y me voy a ir.» Aprovechaba que se había muerto un año antes su hermano pequeño en accidente y que iba a acudir al aniversario, para quedarse un año fuera a ver qué pasaba, siempre pensando en volver. Y sólo faltaba una semana para que le dieran el permiso. Pero esto estaba preparado. Yo siempre he dicho que gente del Ayuntamiento estaba implicada y que todo estaba preparado.

P.: —¿Por quién? ¿Por qué?

R.: —Por los de HB, porque mi marido era del PP y sus ideas eran muy contrarias a eso. Él era un estorbo para HB, aunque con el alcalde, me parece que del PNV, no tenía ningún problema, y aquél lo apreciaba muchísimo y de hecho dijo: «Han matado al mejor policía que teníamos.» Porque mi marido le corregía los discursos que tenía que hacer y los escritos se los pasaba a máquina y le ayudaba. Con el alcalde se llevaba muy bien, pero estaba el teniente de alcalde, que era de HB, y uno de los policías, que también era el chivato de HB.

P.: —¿O sea, que tú crees que alguien pasó la información desde dentro del Ayuntamiento?

R.: —Sí, y te voy a decir ahora mismo por qué: porque la noche que pasó el atentado, alguien del Ayuntamiento, que vivía a más de un kilómetro de nuestra casa y de donde se produjo el tiroteo, llamó por teléfono a una de mis vecinas para decirle: «Oye, que tu vecino el poli, el alguacil, ha sufrido un atentado. ¿Lo han matado o lo han dejado con vida? ¿Sabes algo?» El atentado fue a las diez menos cinco, y a las diez menos cuarto estaban apostados muy cerca del lugar una tal Karmele Urresti, que estaba muy metida en el Ayuntamiento y ahora está huida en Francia hace ya unos años, y un tal Imanol, que también no sé que hacía en el Ayuntamiento, que había sido cura y era de HB. Estaban los dos, me han dicho, a las diez de la

noche, esperando junto al pórtico de la iglesia, desde el que se ve toda mi calle, y supieron todo antes que yo, que tardé una hora en enterarme, porque nadie me avisó. Al día siguiente, cuando yo volví del entierro de mi marido, una persona amiga que tiene un bar me dijo: «Mari Carmen, esto ya se sabía», porque había oído comentarios en el bar sobre un atentado y sabían que la víctima era mi marido.

P.: —¿Qué relación mantenía él con sus compañeros, con los otros policías municipales?

R.: —Buena, buena. Él sabía que había uno que... [era de HB] pero vamos, siempre bien. Muchas veces hemos ido a tomar café con algunos de ellos.

P.: —¿Había tenido algún encuentro con ETA, aparte de ese piso que fue a registrar?

R.: —Bueno, cuando había manifestaciones pues normalmente siempre estaba ahí para disolverlas, pero digamos que él cumplía con su trabajo; era una persona que no se cohibía por nada: si tenía que ir a registrar un piso, iba a registrar, si tenía que ir a notificar un aviso para ir al servicio militar, que allí era mucho problema con esa gente, pues también iba. Y luego el otro problema muy gordo era el de las banderas, la famosa guerra de las banderas que había entonces, en la que lo típico era quemar la bandera española e izar la *ikurriña*. En aquel momento nadie quería ir a bajar la *ikurriña* y siempre tenía que ser mi marido, lo que daba pie a todo tipo de comentarios.

P.: —Pero en 1982 la *ikurriña* ya era legal.

R.: —Era legal pero tenían que ondear las dos, y allí la española no la querían, con lo que ya estaba montada la guerra y la policía municipal muy implicada, porque había muchas cosas que la Guardia Civil no podía hacer.

Benigno García Díez pagó con la vida el cumplimiento de unos deberes asumidos con valentía, incluso cuando resultaban francamente ingratos. Y ello a pesar de no haber sido su integración en el cuerpo de la Policía Municipal lo que se llama una vocación precoz. De origen gallego, como su esposa, aunque afincado en el País Vasco desde la adolescencia, trabajó en la mar, como tantos habitantes del litoral cantábrico, hasta que la crisis del

sector le hizo cambiar su empleo de maquinista naval por el de agente del orden del Ayuntamiento de la villa de Ondárroa, apenas ocho años antes de su asesinato.

Aquel día, 27 de enero de 1982, salió de casa para incorporarse al servicio, como tantas otras noches, pero jamás llegó a su destino. Poco antes de las diez, dos individuos que habían vigilado sus movimientos y le esperaban en un callejón cercano a su domicilio, le abordaron en la calle y, sin mediar palabra, le dispararon seis tiros a quemarropa.

UNA ZORRA GUARDANDO EL GALLINERO

«Esa noche a mí nadie me avisó del Ayuntamiento, nadie vino a decirme nada. Fue mi vecina, que era como una hermana, quien se dio cuenta de que había pasado una hora desde que ella había recibido aquella llamada anunciándole el atentado, y mi casa estaba normal y no había nada extraño. Así es que vino y me dijo: “Hola, Mari Carmen, ¿está tu marido?” Y yo le dije que no, pero que si quería le podía llamar al despacho, porque ya habría llegado. Ella contestó que no quería nada en especial, pero preguntó: “¿Estáis bien?” Y yo: “Sí.” Los niños ya estaban durmiendo, yo ya había terminado de planchar y de recoger, y estaba haciendo punto y viendo una película, y ella insistió: “¿No te ha llamado tu marido?” Y yo: “No, ¿qué pasa?” Yo ya había visto que se le había cambiado el color de la cara, porque no sabía cómo decirme lo de la llamada, y le dije: “Dime la verdad, ha ocurrido algo, un atentado, ¿no?” Y me respondió: “No, tranquila, tranquila, no pasa nada, le han disparado a las piernas y me han dicho que le están haciendo la cura en el ambulatorio.” Entonces yo quise salir y ella no me dejaba y me decía: “Espera, me han dicho que esperes, que lo van a traer y tal.” Pero cuando pasó media hora más o menos, no recuerdo, yo salí y debí dejar la puerta de casa abierta, porque cuando volví estaba allí la señora ésa, Karmele Urresti, en mi casa, que me querían poner una inyección para tranquilizarme.»

P.: —¿Qué hacía esa mujer en tu casa?

R.: —Eso digo yo. ¿Qué hacía? ¿Cómo sabía ella lo que le había pasado a mi marido? Claro, después me enteré de que a las diez menos cuarto ella ya estaba allí, enfrente del Ayuntamiento, en el pórtico de la iglesia, con el otro de HB de la corporación, para observar bien mi calle, que era recta hacia arriba. Yo estaba como loca. Salí, fui al Ayuntamiento y allí todos con la misma historia: que no me preocupara, que era un disparo en una pierna y le estaban haciendo la cura, que me esperara y tal, pero yo veía que pasaba el tiempo...

P.: —¿Y nadie te decía nada?

R.: —Nadie, nada, nada. No pasaba nada, así es que cogí y me fui sola hacia el ambulatorio, porque quería saber lo que le había pasado a mi marido. Cuando iba a mitad de camino, se me acerca una en un coche y me dice: «Oye, ¿sabes si al policía lo han matado o lo han dejado con vida?» Una de las secretarias que había salido detrás de mí me cogió, me apartó y le hizo una seña a la otra, que salió disparada, y no me dio tiempo ni a verle la cara, porque yo estaba fatal. Cuando llegué al ambulatorio, mi marido ya no estaba ahí y el médico me siguió diciendo lo mismo: «No pasa nada, pero es mejor que se lo lleven al hospital, porque yo aquí no le puedo quitar la bala.» Yo le cogí por la bata y le dije: «O me dice la verdad, o no respondo de mis actos ahora mismo.» Entonces él ya me dijo: «¿Quiere saber la verdad?» Y yo: «Claro, ¿para qué me están mintiendo si ya está muerto?» Él contestó: «No, no lo está, pero si llega con vida al hospital será un milagro.» Y no llegó; murió a mitad del camino, pero a todo eso habían pasado dos horas y me habían estado mareando.

P.: —Le dispararon seis tiros, de los cuales le dieron tres, ¿no?

R.: —Tres, sí. Uno fue directo al corazón, pero ése no le mató porque la bala quedó incrustada en la cartera, que llevaba con el carné de la policía y el del sindicato. De todas formas, los asesinos debían de ser conocidos suyos, porque Benigno siempre iba preparado y con el arma a mano, porque sabía que podía pasar algo así. Y según la trayectoria de las balas, el médico me dijo que se tuvo que girar inmediatamente antes de que le dispararan, luego la conclusión es que ellos le mataron desde un portal. Lo llamaron por su nombre, para él fue una voz conocida y por eso se giró confiado en que era alguien que le quería saludar y no le dio tiempo a sacar el arma. ¡Y fíjate: ahora su puesto lo ocupa un terrorista de HB!

P.: —Será un militante de Batasuna...

R.: —Es que para mí los terroristas no son sólo los que aprietan el gatillo; es el que pasa la información, el que procura que a esa víctima se la pueda matar, el que ayuda, el que da dinero... Porque allí piden el «impuesto revolucionario» no sólo a los empresarios, sino también a las personas normales... Terroristas son todos.

P.: —¿Y por qué dices que ese hombre, el sustituto de Benigno, es un terrorista?

R.: —Pues te voy a explicar por qué: el mismo año que mataron a mi marido, unos meses después, matan a un guardia civil que estaba de servicio, a las doce del mediodía, delante del cuartel, y hay una persona que ve al terrorista. A este muchacho lo matan mientras el compañero entraba a llamar por teléfono a su mujer, porque era el día de la madre, y cuando sale éste, arranca un coche que habían empleado los etarras de señuelo y los guardias se van detrás de él. Pero hay una persona que ve claramente desde una ventana quién es el asesino y quiere bajar a decirlo y a comunicarles a los guardias que se ha ido caminando tan tranquilo por la acera y que lo han escondido en una casa. Pues bien, esa persona, que es una mujer, va a bajar, cuando otra persona le dice: «Si sales a comentar algo, te pego un tiro.» El que dice aquello es el sustituto de mi marido en la policía de Ondárroa, y la que quería bajar era su propia madre, que nos lo comentó un día llorando, porque estaba aterrorizada de su propio hijo. Él de HB, ella del PP y su marido del PNV. Ella en casa, delante de su hijo, tenía que meter en un sobre unos votos como del PNV o de HB, y luego, cuando salía a la calle, romper ese sobre a escondidas y coger los de su partido. ¡Si me dices que eso no es terrorismo!

P.: —¡Qué barbaridad!

R.: —Pues ése es el que está ocupando el puesto de mi marido.

A Mari Carmen le cuesta desvelar la identidad real de los protagonistas de esta historia aterradora, pero le convence un argumento que ella misma esgrime como contrapartida al temor ante posibles represalias para esa madre: «Es la verdad, ella misma nos la contó y la verdad no puede ocultarse.» Fortalecida por esa convicción, prosigue el relato del rosario de intimidaciones y amenazas sufridas por ella misma antes y después del asesinato de su esposo.

«CON LOS PIES POR DELANTE»

«Un mes antes del atentado —recuerda— vino una señora a mi puerta y me dijo que, como mi marido era un cabrón, o dejaba el puesto y se iba, o iba a salir con los pies por delante. “Con los pies por delante”, eso fue lo que me dijo.»

P.: —¿La conocías?

R.: —Sí.

P.: —¿Y quién era?

R.: —Ahora lo puedo decir, ya me da igual: era la dueña del piso donde vivíamos.

P.: —¿Y tú qué le respondiste a esa mujer?

R.: —Yo me quedé tan cortada que le dije: «Bueno, y ¿por qué no se lo dice usted directamente a mi marido, o es que le tiene miedo? Él no va pegando tiros por la nuca, de modo que si tiene algo que decir, se lo dice a él.» Y ella insistió: «No, te lo digo a ti y te lo digo en serio, que deje tu marido el puesto y os marcháis, o irá con los pies por delante.» Y yo pensé: «Bueno, esta mujer está loca.» Incluso una vecina que escuchó la conversación me dijo: «Si me lo dice a mí, yo la mato; la tiro por las escaleras y la mato.» Y yo le contesté: «Sí, pero es que yo no soy vasca ni soy de HB. ¿Quién me defendería? Yo sería simplemente una asesina.»

P.: —¿Te tomaste en serio aquella amenaza?

R.: —La verdad es que no, porque nunca habíamos tenido ningún roce ni nada. De hecho, ese matrimonio, el de nuestros caseros, que él se llamaba Luis Arriola, cambió radicalmente de la noche a la mañana a raíz de que la Guardia Civil le matara una noche al único hijo que tenían. El chico había aprobado y se había ido de fiesta. Parece ser que, bueno, iría un poco bebido, como todos los chicos jóvenes. Iba cantando y, delante del cuartel, pues no sé lo que haría. A lo mejor se puso a cantar allí. La cosa es que se le acercó un guardia civil y le llamó la atención, porque estaba armando jaleo de noche y, bueno... Le pegó un tiro. El guardia dijo que se le disparó el arma reglamentaria en una pelea, en un forcejeo, pero el chico murió, y desde entonces sus padres pasaron de tener alquilado el piso sólo a guardias

civiles y a policías, y a servir en su bar a esos cuerpos, a odiar a toda persona que llevara un uniforme. Incluso destinaron su herencia a pagar abogados defensores de los terroristas, así es que pensando después en lo ocurrido, yo he llegado a la conclusión de que aquella mujer debía de tener mucha conexión con ellos.

P.: —¿En aquel momento vosotros podíais compartir vuestro miedo, esas amenazas, con alguien en Ondárroa, aparte de hacerlo el uno con el otro?

R.: —No, de amenazas no se hablaba para nada, no te fiabas de nadie. Nuestras amistades eran del País Vasco, ¡eh! No te vayas a pensar que eran de fuera, pero las amenazas no las compartimos con nadie nunca. De hecho yo me fui y nadie, nadie hasta ahora ha sabido que me marché porque estaba amenazada. Sólo lo supo una vecina y amiga mía, que me cuidaba en la clínica de una operación que me habían hecho justo antes de marcharme, y los médicos que me atendían, a los que tuve que decirles el motivo de querer salir de allí, porque de lo contrario no me daban el alta.

P.: —¿En qué consistieron exactamente las amenazas que recibiste después de que mataran a Benigno y cuándo se produjeron?

R.: —Cuando volví del entierro, esa misma mujer volvió a mi casa, llamó a la puerta y me dijo: «¿Has visto? Te había avisado y ha pasado. Ahora te lo digo a ti: vete o lo lamentarás.» Ésa fue la primera amenaza.

P.: —¿Y cómo te quedaste?

R.: —Horrorizada, claro, pero yo me decía: «¿Qué he hecho yo? ¿Yo por qué tengo que condicionar mi vida, por qué me tengo que ir, qué he hecho?» Los niños, además, no se querían ir a ningún sitio.

P.: —¿Qué edad tenían ellos?

R.: —Pues la pequeña tenía unos cuatro años y medio, el mayor trece y los otros doce, once, diez y siete. Y claro, es que así, de repente, era muy fuerte deshacer todo y marcharte, porque no teníamos nada. Era partir nuestra vida por la mitad.

P.: —¿Pero aun así lo hicisteis?

R.: —No, inmediatamente, no. Yo decidí continuar en Ondárroa y tardé un año y medio en marcharme, pero en ese tiempo las cosas no mejoraron y entraron en el balcón de nuestra casa al menos tres veces, que yo pudiera

comprobar, porque tiraban la caja de las pinzas de la ropa y revolvían las cosas, me imagino que para asustarnos. Y la verdad es que lo conseguían, porque yo tenía mucho miedo. Después de lo de mi marido me pasaban cosas muy extrañas. Yo siempre que me iba a la cama me levantaba dos y tres veces a ver si había dejado la puerta cerrada, si había puesto la cadena, si las ventanas estaban bien aseguradas y las luces todas apagadas, pero aun así, si a las cuatro de la mañana iba al cuarto de baño, encontraba alguna luz encendida, así es que llegué a pensar que me estaba pasando algo, que me estaba volviendo loca, y se lo consulté al psiquiatra al que tuve que llevar a mi hijo pequeño.

P.: —¿Qué le pasaba al niño?

R.: —Pues que a raíz de la muerte de su padre empezó a decir que yo no lo quería porque era vasco. ¡Imagínate qué pena! Tenía siete añitos y empezó a decir aquello, se volvió mucho más agresivo... Bueno, se le metieron esas cosas en la cabeza y le llevé a un psiquiatra infantil que había allí, pagado por el Gobierno vasco. Y cuando cogimos un poco más de confianza, yo le comenté lo mío, lo de las luces y los ruidos, y que creía que me estaba volviendo loca, y él me tranquilizó: «No te preocupes, es debido a la situación de tensión en la que estás, es lógico.» Y me recomendó que me marchara un mes fuera de Ondárroa, donde no encontrase a nadie conocido, donde no hubiera estado nunca, ni tuviese recuerdos, a ver cómo reaccionaba, porque a mí me dolía muchísimo ir a la calle y ver a los compañeros, las amistades... sin Benigno. Le hice caso y así es como fui a parar a Sitges, a donde más tarde regresé.

P.: —¿Fuiste de vacaciones?

R.: —Sí, veinte días. Unas amigas del pueblo me dijeron: «Vete a Sitges, que es precioso. Tienes la ciudad cerca y ya verás cómo te relajas.» Dejé a los mayores con mi madre y me llevé a la pequeña conmigo, porque la pequeña no podía estar sin mí, lloraba día y noche. La dejaba en el colegio y gritaba: «¡Mamá, no te vayas, que te van a matar, me vas a dejar sola y te van a matar, no me dejes aquí!» Unos cuatro años tuve que estar durmiendo con ella, porque no descansaba ni de día ni de noche, con pesadillas siempre.

P.: —¿Qué relación tenías entonces con tus vecinos, con la gente de Ondárroa?

R.: —Buena, con la gente de Ondárroa, buena. Yo siempre he dicho que soy exiliada y que me han expulsado, pero sólo los de ETA. La otra gente, todo lo contrario, siempre me ha dicho: «Mari Carmen, no te tienes que marchar.» Pero claro, yo no les había comentado lo que pasaba y sólo había una vecina que lo sabía, porque lo había oído y porque estando yo en la clínica recibió la visita de mi casera, que le pasó la amenaza y le dio el ultimátum: «Dile a tu vecina que tiene siete días para desalojar el piso, o puede ser que le metamos una bomba.» Ella me lo contó en la clínica donde estaba yo ingresada y donde ella me cuidaba, además de ocuparse de mis dos hijas, las mayores, que estaban con ella. O sea, que mi verdadera familia está en el País Vasco y no tiene nada que ver con el entorno de ETA.

P.: —Volvamos a las amenazas: Un mes antes del asesinato, te dice esta señora que te vayas; te lo repite al volver del funeral y te transmite de nuevo el mismo mensaje estando ingresada en la clínica, un año después.

¿Correcto?

R.: —No, hubo más, a mí directamente y también a la vecina, que le daba para que me las pasara a mí, además de insultarla porque estaba de mi lado y me ayudaba.

P.: —¿Por qué esa persecución y ese odio?

R.: —Es que no lo puedo entender. Simplemente pienso que para ellos las personas que tienen que estar allí han de ser de 1,80 de estatura, por no decir otra barbarie, ojos azules y pelo rubio, y que si no eres así, molestas. Si no piensas como ellos, y te callas y haces la vista gorda y dejas pasar las cosas, quizás no te molesten, pero yo pienso que no puedes vivir cerrando los ojos a lo que está pasando, ni estar de su lado, para vivir en paz. Yo no puedo estar del lado de ellos, no podía estar de su lado, Isabel. Yo he visto, antes de lo de mi marido, gente que se reía, venía con su botella de champán y te lo decía claramente: «Mira, vamos a brindar por ese que se acaban de cargar.» ¿Tú habrías podido vivir en paz y tranquila sin hacer nada? Es que no se puede vivir así. Yo no podía y no puedo tener dos caras, no, yo soy así.

P.: —O sea, que cuando fue la vecina al hospital a decirte que tenías una semana para marcharte, decidiste que te tenías que ir.

R.: —Sí, después de aquello me puse a pensar no solamente en lo que me podría pasar a mí, sino en que podían cogerme a los niños y secuestrarlos para hacerme más daño, y ya me lo tomé en serio. Pero me fui siempre pensando en que en un año o dos iba a volver, siempre con esa esperanza, y a los niños les decía: «Volveremos, dentro de dos años habrá pasado todo y volveremos, no pasa nada.»

LAS LÁGRIMAS DEL EXILIO

P.: —¿Tus hijos no se querían marchar?

R.: —¡Qué va! Mis hijos todos estos años me han estado machacando con eso, porque ellos tampoco sabían hasta ahora lo de las amenazas.

P.: —¿Y por qué no se lo dijiste?

R.: —Porque tenían tanto miedo que no quería meterles yo más. Mis hijos han crecido con miedo, principalmente la pequeña. Los otros se lo han callado, pero la pequeña lo ha pasado muy mal. Piensa que todos los días, todos los días, durante más de un año, llegaba del *cole* y, a la hora que solía venir su padre, iba a buscar las zapatillas a la habitación y se las ponía delante del sofá, porque ella tenía la costumbre de ir a buscarle las zapatillas para ponérselas cuando él vivía. Y tenía que estar el plato de su padre en la mesa, porque si no, no comía; y estuvo muchos años con pesadillas. Entonces, si yo le llego a decir: «Mira, que me han amenazado, nos vamos, porque si no a tu mamá...» Habría sido muy fuerte para ellos en aquel momento, de modo que preferí callarlo y esperar un tiempo antes de decir ciertas cosas.

P.: —¿Alguien te ayudó a organizar tu marcha?

R.: —Sí, las vecinas, yo no tuve que tocar nada, ellas me embalaron todo y nos marchamos a Sitges, así, a la aventura, porque fue el primer sitio que se me ocurrió. Pero te digo una cosa: el día que más he llorado yo en mi vida fue el día que salí de aquella casa de Ondárroa. Fue como si me hubiesen arrancado de mi tierra, los niños y yo llorando, sin querernos marchar, y nuestras amistades, que eran como nuestra familia, despidiéndonos en la puerta... Fue horroroso. Ahora lo pienso y es que no era sólo eso: no tenía trabajo, no conocía a nadie, sólo a un guardia civil cuyos padres vivían allí y que me presentó cuando vinieron de vacaciones, pero vamos, que fue aquello para los primeros meses. Después yo mi vida la seguí sola, sin conocer a nadie, porque en Barcelona tengo cuatro cuñados, pero es como si no existieran; todavía a día de hoy ni han ido a mi casa, ni han llamado a ver si necesitaba algo. Estuve sola, completamente sola con mis hijos.

P.: —¿Habías recibido alguna indemnización por la muerte de Benigno?

R.: —Sí, me dieron tres millones —¡imagínate tú!— que yo quería quemar en una plaza pública en acto de protesta. El gobernador civil fue al funeral y me dijo en ese momento, con Benigno de cuerpo presente: «Mari Carmen, tiene un cheque, cuando quiera, pase por el Gobierno Civil a recogerlo.» ¡Me dolió tanto! Para mí aquello fue como pagar una vida humana con ese dinero, porque además añadió: «Y no se lo comente a nadie», como diciendo: «Te pago, pero no se lo digas a nadie.» En secreto. ¡Me dolió tanto, me sentía tan mal, que le dije: «Yo ese dinero no lo quiero.» De hecho tuvo que ir el jefe de la Policía Municipal, de mi marido, a acompañarme, y él fue quien cogió el cheque y me lo ingresó, porque yo no quería ese dinero manchado de sangre, no lo quería ni tocar, ni ver, y lo quería quemar en una plaza pública y decirle al Gobierno que una vida humana no se paga con cheques ni con billetes. Estaba tan indignada que lo quería hacer con cámaras de televisión y todo, pero entonces algunos guardias civiles, que tenían muchísima amistad con mi marido, me dijeron: «Mari Carmen, relájate, la Historia no va a cambiar, no vas a solucionar nada, tienes seis niños...» Me dijeron que no me iba a quedar pensión y me convencieron de coger aquel dinero, gracias al cual, por cierto, pude comprar el piso de Sitges; de lo contrario, hoy no tendría nada.

P.: —¿No te quedó pensión?

R.: —Sí, pero una miseria: setenta mil pesetas, y por mis hijos nunca he cobrado ni una peseta de orfandad. Imagínate, con seis niños, que no les podía comprar ni un par de zapatillas. No cobré orfandad, ni nada de nada, ni becas, ni ayuda para estudios; la única ayuda que yo recibí, la única vez que a mí me pagaron el material escolar de mis hijos, fue al principio, del gobernador civil, José María Onega, que me dio un cheque con todo el valor de los libros y me dijo: «Mari Carmen, me da vergüenza estar aquí.» Él fue la única persona que se preocupó. Después de aquello, adiós, olvídate, ya nadie más, y una vez en Cataluña, ya no quiero ni hablar de eso, porque ya es de escándalo.

P.: —¿Mientras estuviste en Ondárroa buscaste un trabajo?

R.: —Sí, pero me dijeron que si trabajaba perdía el derecho a la pensión, y yo contesté: «¿Y cómo mantengo a mis niños?» Así es que a los veinte

días ya estaba trabajando. Me dieron trabajo en el colegio, haciendo sustituciones por baja, y en verano me habían prometido un puesto fijo en los archivos, pero unos días antes llamé y me dijeron: «No, tú no tienes el trabajo ya.» Y yo: «Pero, ¿por qué?» «Porque te llegó la pensión.» «¿Y me llega para mantener a mis hijos?», pregunté yo. Y me insistieron: «Te ha llegado la pensión y ya no tienes que trabajar.» Yo me defendí: «No, no, el alcalde y yo habíamos quedado en eso y sólo me faltaba firmar un papel que me había enseñado y que ya era oficial, estábamos de acuerdo...» Pero no hubo nada que hacer. Volví a llamar al otro día, y me dijeron: «Mari Carmen, el trabajo que ibas a realizar tú se lo han dado a una señora cuyo marido está en la cárcel.» «¿Y por qué está en la cárcel?», dije yo. «Porque era de HB.» Y yo dije: «Bueno, su marido está en la cárcel, pero porque él se lo ha buscado, ¿a mí qué me importa?» «Es que ella no tiene a nadie y tiene un hijo.» «¡Ah!, muy bien. O sea, que a mí me han hecho ustedes las cuentas ya, ¿no? Ya saben lo que tengo para vivir cada mes, pagar la alimentación de mis hijos, el colegio, el material, todo y todo. Mi pensión tiene que ser muy grande, ¿no?»

P.: —¿Te quedaste finalmente sin trabajo?

R.: —Me quedé sin trabajo, porque la chica aquélla tenía a su marido en la cárcel. Pero yo con setenta mil pesetas, ¿qué hacía con seis hijos? No creo que nadie pueda vivir con ese dinero, con seis niños en el colegio, sin becas y sin orfandad.

P.: —¿Y cómo les sacaste adelante?

R.: —Pues trabajando las veinticuatro horas, de lunes a lunes, sin un día de descanso, sin unas vacaciones, sin poder llevar a mis hijos un día al cine, sin poder llevarles al parque... Mis hijos han vivido solos y eso se lo debo a estos gobiernos que tenemos tan buenos y solidarios. Porque llegué a Sitges, y peor. Como mucho, yo creo que por vergüenza, me daban gratis el comedor para uno de los chicos, a lo mejor, pero yo veía que gente que trabajaban los dos, que más o menos ganaban el doble que yo, con un hijo o dos, y tenían el comedor pagado.

P.: —¿Y eso por qué?

R.: —Después, con el tiempo, como vas escuchando cosas, simplemente he llegado a la conclusión de que es porque era vasca, éramos vascos,

simplemente por eso.

EN EL INFIERNO DE LA BUROCRACIA

P.: —¿Sabían que erais víctimas del terrorismo?

R.: —Lo sabían, porque lo había dicho yo en el Ayuntamiento, pero nadie quiso ayudarnos: ni el Gobierno vasco, ni el Gobierno español, ni muchísimo menos el Gobierno catalán. Además me costó mucho que me lo reconocieran, porque en el Ayuntamiento de Ondárroa no me querían dar un certificado que reconociera que él era víctima de ETA, sino que se limitaban a poner «muerto por disparos de bala». Y como no había habido juicio ni nada...

P.: —¿No cogieron a los terroristas?

R.: —Cogieron a uno del «comando Marquina», me parece, pero aquél dijo que todo lo había hecho otro que estaba ya muerto. Esto lo sé porque me lo dijo un guardia civil amigo, pero a mí nadie me comunicó nada. Y la cosa es que no llegó a celebrarse el juicio y no condenaron a nadie por el asesinato de Benigno. De manera que yo no tuve los papeles oficiales como víctima hasta el año 1997. Luego en 1999 se aprobó la Ley de Víctimas, pero incluso entonces... Te voy a contar una historia que es muy buena. Salió la ley y a mí me iban a dar veintitrés millones [la cantidad mínima prevista en la ley para los casos en que no hubiera indemnización establecida por los tribunales de Justicia] y yo pensaba: «¡Si eso es lo que vale una persona después de todo lo que hemos pasado!» Pero bueno, eran veintitrés millones. Hasta que un día me llama Roberto [Manrique, de la Asociación de Víctimas de Cataluña] y me informa de que la ley había cambiado y que tenía que pedir a cada uno de mis hijos todos sus datos, sus DNI y todo eso, porque la mitad de esa cantidad se la tenía que dar a ellos. Y yo le dije: «¿Eso se van a llevar mis hijos, un millón novecientas mil pesetas cada uno?» Pero eso no es todo, porque yo nunca he tenido pensión como viuda de terrorismo, sino como una viuda cualquiera, y un día, debió de ser en enero de 1997, me suben la pensión de golpe cien mil pesetas. Llamo a Roberto y le digo: «Oye, qué raro, qué extraño, me han subido cien mil pesetas la pensión.» Y él me dice: «Ah, te la han puesto al día, tranquila, no te preocupes.» ¿Que no me preocupe? Ahora me dicen que han

estado cuatro años y medio pagándome más de lo que me correspondía y que tengo que devolver cinco millones de pesetas, que por supuesto no los tengo. ¿Con seis hijos cómo voy a ahorrar cinco millones de pesetas? Y me acusan de haberme quedado con algo que no me pertenecía, y yo digo: «¡Oigan, señores, yo no soy la contable de la Seguridad Social, ni soy abogado, ni soy nada de nada, para saber eso; son ustedes! Ustedes, que revisan las pensiones cada fin de año, han estado cuatro años y medio sin ver el error, y ahora me toca pagarlo a mí.» Así es que mi indemnización se ha quedado en nada, porque tengo que devolver cinco millones, y como me he negado a hacerlo, porque me parece una injusticia muy grande que yo tenga que pagar un error que han cometido ellos, entonces automáticamente me han deducido de la pensión las cien mil que según ellos me pusieron de más, y además me están quitando otras setenta y cinco mil pesetas al mes, con lo que he vuelto a una pensión de miseria. Ésa es la historia.

Cuesta mucho imaginarse el grado de insensibilidad que puede alcanzar una administración para consentir situaciones como la descrita, ante la cual esta mujer padece una indefensión absoluta. Y es que si para cualquiera de nosotros el laberinto de la burocracia oficial se asemeja mucho al descrito por Franz Kafka en su genial novela, para Mari Carmen Echeverría, que no tuvo ocasión de estudiar, ni de formarse, ni de hacer otra cosa en la vida que luchar como una leona para rescatar a sus hijos de las catástrofes encadenadas que sacudieron sus vidas, la muralla del «vuelva usted mañana» ha debido de resultar tan odiosa como infranqueable.

P.: —¿Habéis regresado alguna vez a Ondárroa?

R.: —Sí. Mi hijo el pequeño ha estado este año todavía, a ver a sus amigos, y siempre que podemos, vamos.

P.: —¿Siguen teniendo miedo tus hijos?

R.: —No.

P.: —¿Odio?

R.: —Odio, el pequeño, mucho. Si le dejara, ¡diría unas barbaridades! Para él la solución es la pena de muerte, así es, pero se debe a que hay mucho dolor en su interior. Mucho dolor por lo que le pasó a su padre y

también por lo que han sufrido todos en Cataluña, porque lo han pasado muy mal.

P.: —¿No os han acogido bien en Cataluña?

R.: —No, no, no. Ahora estamos bien, mis hijos son fantásticos, son personas adultas ya. ¡Soy abuela ya de cuatro nietos! Todos están trabajando y la verdad es que los aprecian muchísimo en el trabajo y tienen sus amigos, pero es sabido que lo que se pasa de niño no se olvida nunca, y eso es algo que mi hijo, principalmente el pequeño, lo tiene clavado muy hondo. Los otros lo recuerdan, pero el pequeño ha tenido que ir mucho tiempo al psicólogo.

P.: —¿Por qué? ¿Qué les pasó en Cataluña?

R.: —Pues para empezar, cuando comenzaron en el colegio público Esteban Barrachina, les metieron todo en catalán, y como no lo sabían ni entendían nada, pues cada dos por tres, todo suspendido. Y no había manera. Les decían: «Si no lo entiendes, te vas a tu tierra.» Una vez fueron todos los del curso de mi hijo el segundo de excursión a Madrid, una semana, y la profesora castigó a mi chico sin ir al viaje, porque en una redacción sobre qué pensaban ellos de la democracia y la política, él simplemente había puesto que cuando estaba Franco había seguridad y que si estuviese Franco, seguramente su padre no estaría muerto. ¡Bueno, para qué habría escrito eso! Le dijo la profesora: «Tú no vas de excursión con nosotros, ni te molestes en decírselo a tu madre, porque no te lo voy a permitir.» Ninguno de mis hijos iba de excursión nunca porque yo no tenía dinero para pagar y no nos lo podíamos permitir, pero imagínate lo que es que una profesora le diga a un niño de diez años: «Vamos a ir a Madrid y vamos a pisotear la tumba de Franco.» ¿Tú te crees que eso es propio de una persona que está dando educación a unos niños? Yo a veces comentaba estas cosas con el director de Banca Catalana, que habíamos cogido mucha amistad, y le decía: «Me dan ganas de denunciarla, porque yo no puedo entender ni aceptar que nos arrinconen porque seamos del País Vasco o vengamos de donde vengamos.» Pero él me contestaba: «¿Y qué vas a hacer? Estás sola, no puedes hacer nada. ¿Qué vas a hacer contra un colegio?» Sólo había dos profesoras que no entendían por qué les hacían

esto a mis hijos, pero claro, callaban también. Al final, como el niño estaba tan mal, lo saqué y lo metí en otro colegio.

P.: —¿Y allí ya estuvo mejor?

R.: —Sí, allí tuvo un profesor que lo apoyó mucho y me dijo que no sabía por qué habían suspendido a mi hijo, ya que era un estudiante fantástico y un niño que se comportaba fenomenalmente bien. Porque mi hijo, el segundo, siempre ha sido un niño muy tranquilo y muy pacífico, aunque le pincharan con cosas como: «Oye, mira, que los vascos todos sois terroristas», o «A tu padre le han matado por ser un hijo de...»

P.: —O sea, que habéis ido acumulando agravios.

R.: —Sí, yo sí, yo tengo que decir de verdad que estoy bien, que ahora estoy bien, pero que me he tenido que mentalizar de vivir mi vida y sacar adelante a mis hijos por mi cuenta; que yo me lo he tenido que comer y cocinar yo solita, y esa espinita está ahí dentro.

P.: —¿En qué has trabajado a lo largo de tu vida?

R.: —Pues mira, he hecho de niñera, soy auxiliar de clínica, sustituciones, de todo. Porque con seis niños que cuidar, tampoco podía tener un trabajo fijo. Cuando eran ya mayores, trabajé tres años en un centro de deficientes; ahora cuido a gente enferma y mayores a domicilio; este verano quiero volver de recepcionista en un hotel, en el que ya estuve trabajando como camarera de habitaciones... Y lo que salga, porque ahora tengo que trabajar para devolver el dinero a la Seguridad Social.

P.: —¿Has vuelto a ver alguna vez a tu casera, a esa mujer que te conminó a marcharte bajo amenazas de muerte?

R.: —No, no la he vuelto a ver, aunque he ido a Ondárroa dos o tres veces, pero no la he vuelto a ver, ni quiero encontrármela, no sé lo que haría.

P.: —¿Alguno de tus hijos ha pensado en volver a instalarse en Ondárroa?

R.: —No, no, no, ahora no, ahora ya, viendo el panorama que hay allí, han dicho que no. Ellos tienen un cariño enorme por el pueblo, pero han visto cómo está y han dicho que en parte están contentos de haber salido, porque no saben lo que habría pasado si hubieran seguido allí, dónde habrían estado ellos o lo que habría sido de sus vidas, y yo siempre he

intentado animarles, recordarles que las oportunidades que han tenido en Sitges, donde vivimos, no las habrían tenido allí. Porque si a mí ya empezaron por prohibirme trabajar o por no darme trabajo, posiblemente a ellos les habría pasado lo mismo. De modo que siempre les digo: «Tenéis que pensar que aquí, más o menos dentro de lo que queréis hacer, hacéis lo que os gusta, y allí posiblemente no habríais tenido las oportunidades.» Allí está todo muy deteriorado, no se ve futuro, y ahora se dan cuenta mis hijos de la suerte que han tenido, aunque sigan teniendo ese dolor de lo mal que lo han pasado, porque han pensado siempre, igual que yo, que se iban de Ondárroa como exiliados.

MI QUERIDO PAÍS VASCO

P.: —¿Habéis vivido como exiliados?

R.: —Sí, sí, yo me considero exiliada en Cataluña, porque yo considero que no nos han aceptado nunca y siguen sin aceptarnos. Se han dado cuenta de que somos pacíficos, de que no somos terroristas y de que se tienen que callar y aguantar, pero siguen sin aceptarnos.

P.: —Pero tú no eres de Ondárroa, ni siquiera eres vasca...

R.: —No, yo soy nacida en Galicia y tenía veinte años cuando llegué a Ondárroa. Sin embargo, yo siempre me he sentido de allí, porque por parte de mi padre toda la familia es vasca, de Guipúzcoa, y además me he sentido muy querida en el País Vasco, siempre. Nos hemos sentido todos muy queridos. Simplemente existe esa parte de la sociedad que apoya el terrorismo, pero por lo demás yo nunca he tenido ningún problema, sino todo lo contrario. Cuando voy me dicen: «Mari Carmen, ¿qué haces allá? Tú tienes que estar aquí porque nosotros te queremos.» El médico cirujano cardiovascular que me operó, cuando voy me dice: «¡Lláname cuando llegues y tal para charlar un ratito!», y «¿Pero tú qué haces en Barcelona? Tú tienes que estar aquí, porque eres nuestra y te queremos». Todo eso es verdad, sí, pero hay otra parte que no me quiere y yo no me he marchado porque quisiera marcharme, por gusto, sino porque no me dejaron otra salida.

P.: —¿Tus hijos se sienten exiliados también?

R.: —En parte, sí, aunque creo que ahora ya no.

P.: —La pequeña, ¿cómo está ahora?

R.: —Bien. Está viviendo en Irlanda y está bien, aunque no sé si lo ha superado del todo, no sé hasta qué punto lo ha hecho, porque a veces tiene depresiones, no directamente por aquello, pero seguramente sí de una manera indirecta, como me pasa a mí, que tengo muchas depresiones y tengo unos bajones tremendos de repente y pienso siempre que es derivado de todo lo que hemos pasado, porque no hemos tenido ayuda ni psicológica, ni de ninguna clase, ni nadie que nos echara una mano.

P.: —¿Alguna vez a lo largo de todos estos años te ha llamado alguien, algún representante del Gobierno español o vasco, para interesarse por ti?

R.: —Para nada, nadie, ni del Gobierno vasco ni del español; olvidados completamente. Ya te he dicho que la única persona que me ayudó allí fue el gobernador civil, que me dijo: «Mari Carmen, si te vas de aquí, dímelo y yo te podré echar una mano. Aquí no puedo y me da vergüenza reconocerlo.» Y eso fue todo.

P.: —Y ésa es la historia...

R.: —Ésa es la historia, y lo más triste es que mis hijos perdieron a un padre y parcialmente a una madre, porque lo más importante para unos niños que ya no tienen al padre es tener al menos una madre que les cuide cuando están enfermos, que les vaya a buscar al colegio y que esté con ellos, y yo no he podido estar nunca. O sea, que además del dolor del asesinato de Benigno, que me ha destruido la vida, la pena que me quedará para siempre es el no haber podido estar con mis hijos. Que me han robado un marido y la infancia de mis hijos, y nos han destrozado enteros.

En el momento de las despedidas, Mari Carmen saca del bolso unas fotos de sus nietos, que me enseña llena de pasión de abuela. A pesar de los muchos pesares de su vida, constato que esos hijos que han sido su permanente desvelo la han convertido también en una mujer satisfecha.

«Yo me siento muy orgullosa, porque nunca he tenido problemas con ellos. Mis hijos han vivido solos, pero nadie, nunca, a pesar de lo mal que nos han recibido, ha podido decirme nada de ellos. Nunca nadie nos ha podido ni señalar con el dedo, y ése es el orgullo más grande que tengo.»

ROSA SUDUPE, MAITE y EVA LARRAÑAGA SUDUPE

Viuda e hijas de José *Chiqui* Larrañaga, asesinado el
31 de diciembre de 1984

José Larrañaga Arenas, José Chiqui para los amigos de Azcoitia, no pudo escapar a la persecución encarnizada a que le sometieron los terroristas de la banda. A José Chiqui le colgaron (tal vez debiera decir «colgamos» entre todos, pues la prensa tuvo un papel destacado en el montaje) el sambenito de «franquista», además del de «español», y no hubo sangre derramada o exilio que lavaran semejante culpa. Como él, otros diecisiete vascos reos de haber sido alcaldes, concejales o responsables políticos durante la etapa de Franco cayeron bajo las balas etarras en tiempos de la Transición, aunque en su caso, a diferencia de otros, fueron necesarios tres intentos y más de seis años de implacable acoso para segarle la vida. Esto marcó para siempre el rumbo de su familia.

Y es que este guipuzcoano de pura cepa, enamorado de su localidad natal, abonado al chiquiteo cotidiano con la cuadrilla y comprometido con la implantación de la democracia en el País Vasco, se vio obligado a huir y refugiarse en La Rioja en 1980, después de que un balazo en el pulmón, sumado a otros tres que ya le habían dejado cojo dos años antes, le recordara que estaba en un grave peligro. A la tercera, fue la vencida...

Para entonces, su esposa y sus hijas sufrían ya el síndrome del desarraigo; luego conocieron la viudez y la orfandad, pero jamás han padecido el cáncer del odio, el rencor o el afán de venganza. No hay espacio para esos feos huéspedes en unos corazones grandes, que añoran al ser amado, acusan la injusticia y dicen no perdonar, pero no aspiran más

que a vivir en paz con los asesinos del padre, «ellos en su espacio y nosotros en el nuestro, sin molestarnos».

Siguen hablando en vascuence, la lengua de sus ancestros, y Rosa, la madre, tiene tal dificultad con el castellano, que sus hijas han de traducirle de vez en cuando. En todo caso dice poco, aunque es certera, y llora lágrimas amargas a lo largo de la entrevista. Ha procurado borrar selectivamente los episodios más terribles de esta historia repleta de días trágicos, pero no puede evitar que le sangre en el recuerdo la imagen de Joshé —como dice ella, mascando la ese y golpeando el acento en la é—, tendido en un charco en el suelo o retorciéndose de dolor en la UVI de un hospital.

Maite y Rosa, por el contrario, rememoran todo aquello con facilidad y sin excesivo sufrimiento aparente. Son fuertes, recias, dignas hijas de su tierra. La pequeña parece más optimista y risueña. La mayor es más ácida y sardónica. Una y otra evocan aquellos sucesos dramáticos con la fluidez que da el haberlos desempolvado una y otra vez de la memoria familiar y con una pena honda, dulcificada por el paso del tiempo.

«Mi padre era una persona muy carismática —arranca Eva, la pequeña de las hijas, con su personal explicación del ensañamiento con que los terroristas se cebaron en José Larrañaga—, era muy querido en el pueblo, se sentía muy español y probablemente los terroristas tuvieran miedo de que pudiera influir en la gente. Porque la gente con mi padre, ¡era una cosa! Él tenía muchos trabajos, entre ellos el de secretario del juzgado, además de constructor, empresario y miembro de una cooperativa. Los vecinos le pedían todo tipo de ayudas y mi padre intentaba ayudar a todo el mundo; era un personaje muy popular...»

«Y muy querido», puntualiza Rosa Sudupe, su viuda, con el marcado acento de quien no emplea habitualmente el castellano para expresarse.

P.: —José y tú, ¿hablabais vascuence entre vosotros?

R.: —Siempre, y con los hijos igual. Siempre hemos hablado vasco en casa y por eso tengo esta dificultad que no puedo hablar en castellano.

R.: —Eso es porque nuestros abuelos se han muerto sin hablar una sola palabra de castellano —explica Eva—, de manera que yo no sé hasta qué

punto es cierto eso de que en la época franquista...

UN FANTASMA Y DOS «ÁNGELES CUSTODIOS»

Precisamente el fantasma del franquismo, convenientemente agitado por el entorno etarra, persiguió durante toda su vida a este guipuzcoano de raigambre recia y tradición carlista; le persiguió con la colaboración inestimable de buena parte de los medios de comunicación de la época, que reflejaban fielmente el espíritu reinante en aquellos primeros años de la Transición.

Así, el 15 de abril de 1978, por ejemplo, con motivo del primero de los tres atentados que sufrió, el diario *El País* titulaba: «Ametrallado en Azcoitia un ex jefe del Movimiento», para relatar acto seguido en la información que «José Larrañaga Arenas, ex inspector provincial y ex jefe comarcal del Movimiento [nada se decía de sus ocupaciones en aquel momento, ni de sus otras circunstancias personales o familiares], fue ametrallado el jueves a las 10.30 de la noche por un comando formado por dos personas que, desde un coche en marcha, efectuaron al menos once disparos con una Parabellum nueve milímetros». También se decía que «tres balas le alcanzaron en la pierna izquierda, ocasionándole uno de los impactos la rotura del peroné». Al día siguiente, el rotativo insistía: «ETA reivindica el ametrallamiento del antiguo jefe del Movimiento en Azcoitia.» Incluso años después, cuando los terroristas lograron por fin su objetivo, un conocido locutor de radio, que ha sobrevivido a todas las épocas, mantenía la siguiente conversación con una de las hijas de la víctima:

«—¿Por qué crees tú que han matado a tu padre?

»—A mi padre le han matado por ser de derechas.

»—¿Por ser de derechas o porque fue el jefe provincial del Movimiento franquista?»

Y hoy día, todavía, en el listado oficial de víctimas que facilita el Ministerio del Interior, figura su nombre, José Larrañaga Arenas, la fecha de su muerte, 31 de diciembre de 1984 y, bajo el epígrafe «Profesión», textualmente: «Civil (ex jefe provincial del Movimiento).»

P.: —¿Cómo reaccionó él a ese primer atentado? ¿Pensó en aquel momento en marcharse del País Vasco?

R.: —Pues nada, él, salir del pueblo, nada. Como la herida era en la pierna, andaba con dos muletas y venía Bernardo con el coche a buscarle para llevarle a trabajar. *Joshé* no quería marchar de Azcoitia y sólo salió de allí después del segundo atentado, que fue mucho más fuerte.

P.: —O sea, que a aquel primer incidente no le dio demasiada importancia...

R.: —No. Le pusieron hasta guardaespaldas, pero él dijo que no quería vivir con guardaespaldas, porque quería hacer una vida normal en su pueblo.

P.: —¿Quién le puso los guardaespaldas?

R.: —Se los puso el Gobierno —responde la hija mayor, Maite—, porque se suponía que él era amigo de Marcelino Oreja y estaba luchando precisamente para que Marcelino Oreja fuera diputado por Guipúzcoa, que era lo que le reprochaban. Por eso le tuvieron que poner guardaespaldas.

R.: —Pero él no quería ni ver aquello —puntualiza Rosa—, porque me acuerdo de que salíamos los domingos, y veía a uno y enseguida decía: «¡Ay!, ahí está ése, esperando.» La verdad es que a mí tampoco me hacía gracia, porque en aquellos años, con guardaespaldas, ¿quién andaba? Por allí, nadie. Eran policías de paisano y a *Joshé*... A él le gustaba andar con los amigos, le gustaba andar de *chiquiteo* y siempre con los amigos, de siete a nueve con los amigos, íntimos amigos, y claro, él con guardaespaldas y los amigos allí, pues ya sabes...

P.: —¿Le habían amenazado antes de aquel atentado?

R.: —Mira, siempre decían: «Parece que en la puerta de *Joshé* han puesto un gato muerto», y no sé qué, y no sé cuántos, pero yo te digo la verdad: yo me levanto tarde, pero había una señora, una vecina, que siempre iba a misa de siete, y decía: «Mentira, eso es mentira, allí no hay ningún gato muerto, allí no hay nada.» Ahora, ya sabes la gente cómo habla. ¿Amenazas?

R.: —Bueno —añade una de las hijas—, en casa nosotros nunca hemos tenido teléfono, hasta venir aquí, a Logroño, porque el padre no quería que nos diéramos cuenta los hijos si le amenazaban. Él no quería que asustaran

a su mujer ni a sus hijos, que llamara por teléfono cualquiera diciendo alguna barbaridad, y por eso en casa nunca tuvimos teléfono. Con lo cual en la vida recibimos llamadas telefónicas, ni hubo nunca una pintada en el portal, ni un gato muerto en la puerta, ni nada de nada.

R.: —Además de política no hablábamos en casa, tampoco —concluye Rosa—, porque yo odiaba la política y tenía miedo; es que tenía miedo.

P.: —¿Y del atentado, de eso sí hablabais? ¿Era un tema de conversación?

R.: —Del primero se habló poco —responden Eva y Maite—. Nada más producirse vino a casa Ramón [Baglietto, un íntimo amigo de Larrañaga, asesinado a su vez en 1980, estando este último convaleciente de su segundo atentado] a decir: «Le han tiroteado al padre, le han pegado un tiritito en la pierna, pero vamos, nada grave.» La madre se fue de allí al hospital, a nosotros nos llevaron a donde nuestros tíos, y enseguida nos llamó el padre por teléfono desde el hospital para decirnos que aquello no era nada. Esto le ocurrió en un bar del pueblo que tiene un poste en mitad del local y que quedó totalmente agujereado por las balas a un metro y pico del suelo. O sea, que tiraban a dar, aunque al día siguiente el comentario en el pueblo era que «a José Chiqui no le han matado porque no han querido; ha sido un aviso para que sepa que no tiene que pensar así». Aquello era mentira, los tiros habían ido a matar, pero él no quiso darle importancia, porque seguíamos viviendo allá, en Azcoitia.

P.: —¿Tenía miedo después del atentado?

R.: —¡Nunca ha tenido miedo José, nunca! —se enfada Rosa—. ¡Nunca! Si siempre estábamos allí, en Azcoitia...

P.: — ¿Y tú?

R.: —¿Miedo? Sí, claro que sí. ¡Cómo no iba a tener! Siempre estaba mirando, a la noche, a ver si viene, no viene, esas cosas, sí, pero en el segundo [atentado], más miedo, porque allí le iban a matar.

R.: —Y en el primero también —corrige una hija—; lo que pasa es que hubo suerte.

P.: —¿Vosotras notabais en el pueblo quién era la gente hostil?

R.: —¡Por supuesto!

P.: —¿Teníais claro quién podía, por ejemplo, vigilarle o hacerle un seguimiento?

R.: —No, de esa manera, no. De haberlo sabido, nunca habríamos entrado en el Círculo de Lectores, uno de cuyos agentes, Cándido Azpiazu, venía a casa a vendernos libros y estaba vigilando a mi padre y acabó asesinando a Ramón. Pero es que la gente que en Azcoitia se ha sabido que era de ETA, al final ha sido la que menos te esperabas. Ramón Oñaederra, por ejemplo, que luego fue el primer asesinado por los GAL, era un crío de lo más normal, de la edad de mi hermano, que jugaba al fútbol con ellos y era más bien como muy retraído. Mi padre siempre tuvo una teoría sobre quiénes acaban formando parte de ETA, que según él eran gentes que no conseguían entrar en muchos círculos y tener una cuadrilla de amigos de por sí, por lo que tenían que meterse en esos asuntos.

P.: —¿José Chiqui, en Azcoitia, tenía más amigos o enemigos?

R.: —Más amigos —asegura Rosa sin vacilar—. ¡Muchos más!

P.: —Él fue secretario del Movimiento allí, en el pueblo. ¿Participó en algún tipo de actividad represiva después de la guerra?

R.: —Él, mal no hizo a nadie, José no podía hacer mal a nadie.

R.: —Es que parece ridículo lo que vamos a contar —añade Maite—, pero el hecho de que el padre fuera presidente del Movimiento, ¿sabes para qué nos servía? Para que nos dijera: «Invitad a las amigas en las fiestas de Andramari, para que vean los fuegos a gusto, desde el balcón de la plaza.» El padre era franquista por ser español, no por ser franquista, y siempre estuvo a favor del pueblo. Luego, cuando llegó la democracia, consideró que tenía que haber un representante de UCD por Guipúzcoa, al menos uno, y se puso a luchar con Marcelino Oreja.

P.: —¿Y no pensó en retirarse de la política después del primer atentado?

R.: —Se metió más. A él le gustaba mucho la política, aunque nuestra madre la odiaba y pensaba que al padre lo utilizaban. Él, en cambio, tenía las ideas muy claras, se sentía muy español y veía lo que se estaba formando en el País Vasco y cómo podía terminar aquello, aunque siempre con buen talante. Nosotros salíamos de fiesta, íbamos a la *herrikotaberna*, porque era el típico bar en el que había mucha marchita con los presos etarras, que era lo que se llevaba en aquella época, y al día siguiente el

padre decía: «Bueno, a ver, ¿habéis entrado?» «Sí.» «¿Habéis tomado algo?» «Sí.» Pero casi de risa, ¡eh! Jamás nos lo prohibió. Él asumía que vivíamos allá, con la gente de allá y haciendo las cosas de allá.

R.: —Yo, por ejemplo —precisa Eva—, tenía un amigo en la cuadrilla cuyo hermano era etarra y estaba en Francia, y con doce años ¡tuvimos una bronca! Porque él me decía siempre lo mismo, que mi padre era un chivato y que era amigo de la Guardia Civil. Nosotros jamás hemos visto a la Guardia Civil en mi casa, ni muchísimo menos, por supuesto, porque ya sabes que los vascos somos muy clasistas en eso, o sea que no era verdad. Pero él siempre te decía lo mismo, que mi padre era un hijo puta y un chivato, y de ahí no lo sacabas. Pero cuando se lo contaba a mi padre, él se reía y veía que aquello era cosa de críos.

PRECURSOR DEL BAILE *AGARRAO*

P.: —¿Por qué estaba en política?

R.: —Por España —responde Rosa lacónicamente— y por el pueblo. ¡Lo que han hecho aquéllos por Azcoitia! —me dice señalando una vieja fotografía en blanco y negro de los años cincuenta, que muestra a los miembros de la corporación municipal de la época, incluido José Chiqui—. Azcoitia era un pueblo de nada, y subieron hasta arriba con la fábrica, con todo, hasta con el baile...

P.: —¿Cómo que con el baile?

R.: —En Azcoitia estaba prohibido el baile agarrado, y todos nos íbamos a Azpeitia y bailábamos agarrado. La gente joven salía del pueblo a bailar el agarrado, y en el pueblo no se quedaba nadie, y eso no les gustaba [a los nuevos gestores del Ayuntamiento] porque el dinero del pueblo se iba a otro sitio. Y por eso pusieron el baile agarrado en Azcoitia y [como consecuencia de ello] le quitaron a la corporación los bancos de la iglesia.

P.: —No entiendo.

R.: —La iglesia del pueblo tenía unas sillas reservadas para los miembros del Ayuntamiento, y cuando pusieron el baile agarrado, fueron a misa el domingo siguiente y [en represalia] se las habían quitado, cosa que la madre de José no les perdonó nunca. ¡Quitarle a su hijo el asiento!

El 11 de abril de 1980, justo cuatro años después del primer intento fallido, ETA atentó de nuevo contra José Larrañaga, y en esa ocasión estuvo muy cerca de matarle. Introduciendo un ligero matiz con respecto a la información de 1978, *El País* informaba en titulares: «Militante de UCD, gravemente herido en atentado en Azcoitia», para precisar en páginas interiores que José Larrañaga Arenas, militante de UCD y oficial del juzgado de Azcoitia, había sido ametrallado muy cerca del portal de su domicilio y se recuperaba de un impacto de bala en el pulmón, en el Policlínico de San Sebastián...

«Esa ráfaga la oímos todos. Eran algo más de las doce de la noche, estábamos acostándonos y de repente: “¿Qué ha sido eso?”, preguntó la madre. No nos atrevíamos a levantarnos ninguno, porque todos sabíamos lo que era. ¡Qué cosa! Nos quedamos callados y en cuanto mi hermano Fernando se levantó, que fue el primero, nos levantamos todos, y ya todos sabíamos lo que había pasado. ¡Cómo fue lo del padre!

»Él llegaba a casa en ese momento, porque el padre venía muy tarde, y de pronto vio coches aparcados delante de casa y dos tíos dentro de un coche, lo cual no era normal en el barrio en el que nosotros vivíamos. Entonces se dijo: “Bueno, hay que pasar”, porque tenía que entrar al portal. Así es que se acercó a ellos y les dijo: “Vosotros veréis lo que hacéis, yo llevo mis dos guardaespaldas detrás”, cosa que les puso nerviosos, según nos dijo siempre él.»

«Aquello era mentira —prosigue el relato otra hija—. Él no llevaba a nadie detrás, pero al decir aquello no le dispararon inmediatamente y salió corriendo, de manera que cuando lanzaron la ráfaga sólo le alcanzó una bala y siguió corriendo, no sé cuántos metros, hasta el bar Atraskua, que estaba bastante lejos. Llegó allí como pudo, él mismo dijo que juntaran dos mesas y se tumbó, porque se estaba desangrando.

P.: —Le habían dado en un pulmón.

R.: —Sí, el disparo le entró por el brazo derecho, le alcanzó el pulmón y salió por el esternón, dejándole gravemente herido. Mi hermano, que fue el primero que llegó al Atraskua, vino diciendo: «Tiene un tiro aquí», señalando el pecho, y eso era la salida, porque entrar, entró por el brazo. La madre salió a la calle diciendo «¿Qué ha pasado, qué ha pasado?» Y la vecina de enfrente le decía: «Tranquila, Rosita, que no ha pasado nada, que está vivo.» Y oíamos a otro vecino que gritaba: «Está ahí, está caído en un agujero», porque otros vecinos pensaban que se había caído a unas casas en construcción. Aquello fue un follón, todos los vecinos gritando cada cual una cosa diferente, la madre gritando como una loca, y al final Fernando fue el único que salió corriendo hasta el bar.

P.:—¿Y los terroristas?

R.: —Ésos pudieron escaparse, por lo que se ve, con el coche.

P.: —¿Pero alguien tomó la matrícula o algo?

R.: —No, no, porque para cuando nos levantamos todos, después de oír los tiros y eso, ya era tarde, y cuando salimos ya ni había coche, ni había nada.

P.: —¿Entre el primer atentado y el segundo habíais recibido alguna amenaza específica?

R.: —Quitando a lo mejor una manifestación que desfiló por el pueblo en la que se gritó «José Chiqui, al paredón», nada. En casa jamás se recibió ninguna, y si alguien en algún momento le mandó una nota o le amenazó, no lo supimos. Él jamás nos lo hubiera dicho.

P.: —¿No hablaba nada de eso en casa?

R.: —Él nunca habría hecho nada para preocupar ni a la mujer ni a los hijos. Sí se hablaba de la política, del terrorismo y de los asesinatos que se producían, todos sabíamos perfectamente lo que estaba bien y lo que estaba mal, y allí no vivíamos ninguno inocentemente, pero si hubiera tenido amenazas, se lo habría callado. Nosotros vivíamos además en Azcoitia, en un ambiente de integración completa, tanto nosotros como mis padres con sus amigos, por el pueblo, con total normalidad.

P.: —¿Teníais amigos nacionalistas en la cuadrilla?

R.: —Había de todo.

P.: —¿Y se hablaba de política con ellos?

R.: —Ahora, más —responde Rosa—. Entonces, menos, y si era para discutir, no, no, no. Yo nunca he discutido con nadie de política, en la vida.

P.: —¿Y él?

R.: —Él, pues con los amigos hablaría... ¡Hombre, tenía que hablar! En la cuadrilla habría de todo y hablarían de política, pero él nunca te decía nada de esas cosas.

UN CAMINO INFERNAL HACIA EL EXILIO

P.: —Cuando se produjo el segundo atentado, él no llevaba protección porque la había rechazado. ¿Pensaba que podía morir asesinado?

R.: —Ya sé que a todo el mundo le extraña —asegura Maite—, pero mi padre jamás pensó que iba a morir. Pero jamás, ni cuando vivíamos ya en Logroño, exiliados; jamás. Para nosotros, su asesinato fue una sorpresa total, porque nunca pensamos que lo iban a matar, y él desde luego tampoco lo pensó, aunque lo pasó muy mal. A raíz del segundo atentado estuvo quince días en la UVI y las enfermeras nos decían que tenía muchas pesadillas, que soñaba que le perseguían y que sufría mucho.

R.: —Cuando vinimos aquí —interrumpe Rosa con su inconfundible acento—, gritaba como un loco. En Belchite [la primera casa que habitaron en Logroño, adonde escapó la familia tras salir milagrosamente vivo José Chiqui de ese segundo intento de asesinato] había dos camas y una mesita en medio, y una noche le oigo que se pone a dar gritos y le cojo de la mano: «Pero *Joshé*, ¿qué te pasa?» ¡Me echó un manotazo que, si me hubiera acertado, allí me quedo! «¿Qué te pasa, *Joshé*?» Y así, él gritaba, se le venían los nervios, pero ¡de qué forma, aquello era horroroso!

R.: —Nada más entrar en el hospital el padre —retoma el relato Maite—, ya teníamos todas las cosas muy claras. Cuando llegamos de la Policlínica a casa, que le dejamos ingresado en la UVI, la madre, Fernando y nosotras dijimos: «Nos vamos; si sale vivo, nos vamos del pueblo». Fue la madre quien dijo: «Nos tenemos que ir de aquí.» Y Fernando dijo: «Claro que nos vamos.»

P.: —O sea, que la decisión no la tomó él, sino vosotros.

R.: —Él no podía, él estaba muy mal, aparte de que era diabético y estuvo casi en coma, y sufrió una flebitis debido a lo del tiro en la pierna... Muchas cosas. Ahí él estuvo muy enfermo durante mucho tiempo.

R.: —Y además teníamos sólo cinco minutos para verle —se duele su mujer.

R.: —Yo una vez le llevé telegramas de políticos para leérselos —recuerda Eva— y no quiso oírlos, porque debía de tener unos dolores

terribles, según nos contaban las enfermeras. Tenía las costillas cosidas con alambres, había que moverlo en la cama. ¡Los dolores debían de ser tremendos! Fue la única vez que se le vio desanimado, no le interesaba nada y le importaba un bledo la política, le importaba un bledo lo que decía el periódico y le importaba un bledo todo; no quería saber nada.

P.: —¿Cómo reaccionó el Gobierno con aquel atentado?

R.: —Pues de ninguna manera. Vino Jaime Mayor. Me parece que estaba en San Sebastián, pero vino como amigo, y dijo: «¿Cómo pueden tener a este hombre sin escolta en el hospital?» Le colocaron unos guardaespaldas y, claro, en el hospital, eso de que hubiera un señor allá con dos policías en la puerta, no les hacía mucha gracia, y tampoco le querían tener demasiado tiempo, porque no les parecía muy agradable tener allí a unos guardias civiles y unos policías que pedían la documentación a todo el que pasara por allí.

R.: —Hasta a mí me la pedían —puntualiza Rosa—. Igual bajaba a la cafetería, y al rato subía. «¿Quién es usted?» «La mujer.» «A ver.» Y me pedían que enseñara el carné, y si no, no me dejaban entrar.

R.: —A mí me cogieron en autoestop uno de esos días que el padre estaba en la Policlínica —añade Eva a su vez—, y toda la conversación que escuché entre los dos de delante se refería a si el «señor ése» sabía o no sabía que le iban a matar, y le decía ella a él: «Pues él tenía que saber, porque ya había tenido un primer atentado.» Y él respondía: «Pues, chica, entonces no sé por qué se queda, sería que no sabía que le iban a matar...» Y yo detrás, oyendo toda esta conversación hasta llegar a Azcoitia.

Todo eso sucedía en abril de 1980, y el 12 de mayo, estando Larrañaga todavía hospitalizado, ETA asesinó a balazos, en una curva de carretera, a su amigo íntimo y estrecho colaborador, Ramón Baglietto.

P.: —¿Seguía José Chiqui en la UVI o ya había mejorado?

R.: —No, estaba ya en la habitación —responde Rosa, quien ha conservado este episodio muy vivo en su memoria—. Yo estaba en ese momento en Azcoitia, y con el padre estaba su hermana, Angelita. Y cuando vi que la tía de Pilar [Elías, la esposa de Baglietto, actualmente concejal del

PP en Azcoitia] me llamó y dijo: «¡Que han matado a Ramón!» Me quedé... Yo creo que me caí al suelo del susto y ahí me quedé sentada.

P.: —¿Y cómo reaccionó José? ¿Quién se lo dijo?

R.: —Una de sus hermanas con la que él se llevaba muy bien, precisamente la que estaba con él en aquel momento, la tía Angelita —explica Maite—, que era muy religiosa y la madre pensó que era la más adecuada para explicárselo.

P.: —¿Y cómo reaccionó él?

R.: —Fatal, fatal —recuerda Rosa—. ¡Es que era su mejor amigo!

P.: —¿Y llegó a la conclusión de que habían matado a Ramón porque no habían podido matarle a él?

R.: —Eso fue algo que vimos todos —asegura Maite—, aparte de que en el comunicado de ETA posterior al asesinato lo decían ellos mismos o lo daban a entender. Y fíjate que unos días antes, en el bar del hospital, Ramón nos había dicho que sabía que lo seguían y quería que le ayudáramos a identificar a los dos chicos jóvenes que había visto rondándole. «Rosita —le dijo a mi madre—, voy a quedar con tu hijo para que me diga quiénes son esos dos chicos.» Y la madre se negó. «¡A mi hijo le dejas en paz; no le metas en esto!»

R.: —¡Hombre! —puntualiza ella—. Yo no quería meterle a él en nada. Bastante teníamos, el padre allí y encima... ¡Habrían ido a por él también! Pero imagínate cómo nos quedamos todos, porque él mismo nos había dicho que le estaban siguiendo, y no nos lo habíamos querido creer, hasta que de pronto fue como si nos diéramos cuenta de todo y dijimos: ¡Dios mío!

P.: —Una vez que salió José Chiqui del hospital, ¿cuánto tiempo tardasteis en marcharos de Azcoitia?

R.: —Ya no volvimos a Azcoitia —responde Rosa con un velo de tristeza en la mirada—. Fuimos al Gobierno Civil de San Sebastián, porque nos dijo Marcelino [Oreja] que no podíamos ir a Azcoitia ni a recoger las cosas. Nada. Yo sí volvía alguna vez, pero el padre ya no volvió, y así estuvimos más de un mes, hasta finales de junio que marchamos a Logroño.

R.: —Nunca nadie ha sabido que estuvo en el Gobierno Civil —me explican las hijas—, porque las órdenes a la familia eran que no se lo

podíamos decir a nadie y que nadie debía saber dónde estaba nuestro padre.

P.: —¿Y vosotros dónde estabais mientras tanto?

R.: —En casa de los tíos. Siempre en casa de los tíos, en Azcoitia.

P.: —¿Y quién recogió las cosas, quién hizo la mudanza?

R.: —Es que, en realidad, no nos llevamos prácticamente nada, porque seguimos teniendo casa en Azcoitia.

P.: —¿Y por qué Logroño?

R.: —El padre no quería irse lejos, tenía mucho apego a su tierra y exiliarse le dolió mucho, muchísimo, ¡una cosa terrible! Hay que ser de allí, haber vivido toda la vida allí, tener todas las raíces allí, para saber lo que significa marcharse así, de esa manera. Cuando llegamos aquí, a la madre le acompañábamos a la pescadería mi hermana o yo. ¿Cómo iba ella a decir lo que quería, si no sabía hablar castellano prácticamente? Hasta que la gente, que es muy amable, ya nos dijo: «Vosotras no os preocupéis, cuando vuestra madre venga aquí, que señale con el dedo, y no hace falta que la acompañéis. Dejadla en paz, que ya se irá soltando.» A nosotras nos pareció duro, con trece y quince años, ¡imagínate lo que fue para ellos! Por eso cuando murió el padre lo enterramos allí, porque de allí era él, y cuando el Gobierno vasco organizó lo del homenaje a las víctimas del terrorismo, también fuimos, porque el padre era de allí, y para nosotras tienen mucho más valor las cosas que se hacen allí, que las que se hacen en Madrid.

ESPEJISMO DE SEGURIDAD

P.: —¿Cómo reaccionó el pueblo al segundo atentado?

R.: —No hubo reacciones, ni al primero ni al segundo, ni a nada. Hubo quien reaccionó con cariño personal, los amigos, los vecinos, pero nada más.

R.: —El pueblo no hizo nada —sentencia Rosa.

P.: —¿Qué supuso en términos familiares, económicos y sociales, salir de Azcoitia y exiliarnos en La Rioja?

R.: —Un cambio de vida total. La casa primera, la de Belchite, era horrible, con muebles alquilados... ¡Uy!

R.: —Es que el padre no pensaba que se iba a quedar a vivir en Logroño, y por eso cogió una casa de alquiler y vinimos con las cosas casi justas, con idea de pasar una temporada, y nos tiramos más de tres años con una tele de esas pequeñajas, de viaje, que le habían dado para tenerla allí en el hospital. Todo era como muy pasajero, porque parecía que íbamos a volver, y la que lo llevó peor fue la madre.

R.: —¡Sí! —confirma Rosa con convicción—. Yo me acuerdo de aquellas camas horrorosas, con un agujero, pero como íbamos a estar poquito, ¿verdad?, pues nadie... Al final, en el año 1984 compramos la casa.

P.: —¿En qué trabajaba José Chiqui?

R.: —En nada, tuvo una invalidez absoluta y con lo que teníamos de allí, de los negocios de las gasolineras y demás, tirábamos. ¡El dinero, a mí...! Yo no soy de mucho dinero, hay personas que les gusta, ¡puf! Yo no. Yo vivía con José. Éstos [los hijos] siempre estaban allí, en Azcoitia, y pues sí, vivíamos bien y no nos ha faltado nunca nada.

R.: —Ellos se hicieron enseguida una cuadrilla de amigos. ¡Bueno era mi padre!

R.: —Enseguida —sonríe Rosa—. Al principio íbamos todos los días al Laurel, que es una calle así, pues de chiquiteo, y como José siempre andaba de traje, nos miraban: «¿Vas a quitar ese traje y vas a poner pantalones vaqueros?»

R.: —Estamos hablando de un hombre que pesaba más de cien kilos y que ¡tenía que estar goloso en vaqueros, *ama*!

R.: —¡No importa, Maite, hay pantalones para cien kilos también!

R.: —La cuestión es que el padre fue superfeliz en Logroño.

P.: —¿No extrañaba Azcoitia?

R.: —Claro que sí, e iba allí constantemente. ¿Cómo teníamos la casa siempre, *ama*?

R.: —Llena de amigos. ¡En dos tandas solíamos comer muchas veces!

P.: —Pero, ¿no le habían dicho los responsables del Ministerio del Interior que no fuera?

R.: —Pero sus amigos le llamaban, y él iba. Iba y volvía. Al principio, es verdad que le costaba más y prácticamente no fue, pero enseguida fue cogiendo confianza. Le habían advertido que saliera de las provincias vascas si quería seguir vivo, y él pensaba que ya estaba, que ya había salido y que además había dejado la política, porque en Logroño no se metió en nada.

R.: —Su vida en Logroño no era luchar por UCD —sintetiza certeramente Rosa— y aquí por fin disfrutó de la familia y los amigos, porque en Azcoitia le veíamos muy poco, aunque él siempre dijo que era un exiliado.

Aquel amor profundo a su tierra y aquella incapacidad para mantenerse alejado de ella mucho tiempo, le resultarían fatales a José Chiqui Larrañaga. Le habían advertido que no se acercara a Azcoitia, pero la sangre pudo más que la prudencia y en la Navidad de 1984...

«Pasamos la fiesta del 24 todos juntos en el pueblo —recuerda una de las hijas—, y luego los padres se volvieron a Logroño, hasta la Nochevieja. Aquella Nochebuena fue especial y hablamos de política con el padre como no habíamos hablado jamás, aunque la madre, por supuesto, le intentó callar: “José, déjate de historias.” Y nosotras venga a preguntar al padre, que tal vez por fin nos consideraba ya suficientemente mayores y se explayaba con nosotras. Nos contó los entresijos, digamos, cuestiones feas

de dinero, cosas que no se pueden contar, nos contó, y nos quedamos perplejas. Él nos dijo que nos seguiría contando.»

P.: —Aquellas cosas de que hablasteis y que no se pueden contar, ¿demostraban que él estaba desencantado de la política?

R.: —No, no, él nunca estuvo desencantado de la política, lo que pasa es que empezó a ver ciertos derroteros en los que él jamás habría entrado, aunque para entonces ya estaba fuera. Él iba a su idea, a su proyecto de que el País Vasco fuera España, y que luego hubiera dimes y diretes por ahí abajo y «el que vive bien, vive muy bien siempre», y eso... Él nos lo contó con mucho realismo, pero sin desencanto. La que lo ha pasado siempre muy mal es la madre, que habría preferido que el padre hubiera estado callado.

LA ÚLTIMA NAVIDAD

P.: —¿Cómo pasasteis esa última Nochebuena?

R.: —Maravillosamente.

R.: —Sin novedad

R.: —Muy bien, muy bien, muy bien —interviene Rosa—, y después de comer nos volvimos a Logroño en el autobús. Una semana más tarde, para Nochevieja, llegamos a las siete a Azcoitia. Yo me quedé en casa de mi hermano y él salió con los amigos. Siempre le tenía mi cuñada caracoles o callos, que le encantaban. Comió un poco y salió con los amigos, y estábamos poniendo la mesa, y esto y aquello, cuando yo no sé quién llamó. Yo lo único que sé es que mi hermano le dijo a la cuñada: «¡Le han matado, le han matado!» «¿A quién?», le dije yo, y bueno, ¡aquello fue horroroso!

Eran las nueve de la noche, José Chiqui se encontraba en el bar Alameda con unos amigos, tomando unos vinos, cuando entraron dos individuos a cara descubierta y efectuaron contra él seis disparos a bocajarro. Cuatro balas le desfiguraron el rostro y murió instantáneamente, aunque ya en el suelo recibió un nuevo tiro en la cabeza. Los terroristas salieron tranquilamente del local y se dieron a la fuga en un vehículo robado.

«Yo recuerdo que mi tío nos insistió a mi hermana y a mí —sonríe Eva con melancolía— para que fuéramos a buscar al padre y a la madre al autobús, porque el padre no tenía coche ni carné de conducir, y yo: “Que no, que no, que yo paso, que yo me voy con mis amigas...” Pero gracias a Dios tuve la suerte, ese mismo día, de verle en el pueblo, darle dos besos y decirle: “Bueno, luego nos vemos, *aita*. ” Y luego pasó lo que pasó. Claro, eran ya cinco años yéndose el día de Nochebuena y volviendo a Logroño el día de Navidad, y yendo el día de Nochevieja y volviendo el día de Año Nuevo.

P.: —¿No le habían advertido que no lo hiciera?

R.: —¿Quién? Sí había amigos suyos que le decían: «José, no vengas tanto a Azcoitia», pero ¿quién le podía prohibir nada? Era una decisión de él. A lo mejor el primer año no salió a *chiquitear* a la calle con los amigos

antes de cenar, pero poco a poco ese miedo lo fue perdiendo, y si iba a un entierro, se quedaba a *chiquitear*, si iba a un partido de pelota, se quedaba *chiquiteando*...

P.: —¿Cómo es posible que le estuvieran esperando?

R.: —Pues porque todos sabían que iba y la camarera de un bar, además, les dio el aviso: «Ya está aquí.» La camarera, cuando lo vio que estaba de *chiquiteo*, llamó a los terroristas que estaban esperando, y les dio el chivatazo.

R.: —Pero bueno, nada de tristezas, ¡eh! —comenta Eva, digna hija de su padre—. Se murió riendo. ¡Tenía una sonrisa en la cara! Se estaba riendo, sí, sí, nos pareció una cosa impresionante a todos.

P.: —¿Vosotras le visteis?

R.: —¡Hombre, claro!

P.: —¿Bajasteis al bar?

R.: —Lo trajeron a casa —explica Rosa—. Bajó mi hermano Pachi al Alameda y les dijo: «Este hombre que está aquí muerto, a casa, que es a donde iba a ir a cenar, y no lo vais a llevar a ningún otro sitio.» Entonces el médico vino a casa y certificó la muerte, y punto. Porque allí, en el pueblo, llevarle al Anatómico Forense significaba llevarle a una sala del cementerio de Azpeitia, y no lo llevamos. La juez levantó el cadáver y se lo llevaron a casa, con su familia.

R.: —Mi tía Begoña —explica Maite— desmontó toda la habitación, lo limpió, que a mí lo que más me impresionó fue verla ir y venir a la cocina con las cosas llenas de sangre, le puso un traje, y cuando ya le había adecentado, dijo: «Ahora podéis pasar a verle.» Y él se estaba riendo.

P.: —¿Se estaba riendo?

R.: —Sí lo estaba, sí. Él se estaba riendo, porque sus amigos lo cuentan, y le pegaron un tiro en la nuca y allí se quedó.

P.: —¿Y los amigos no hicieron nada, no salieron persiguiendo a los terroristas?

R.: —Lo vieron caer, sin más. ¿Perseguirles? Eso jamás se ha hecho. ¿Quién iba a salir? Se quedaron aterrados contra la pared. ¿Qué iban a hacer? Te quiero decir que la cuadrilla de mi padre... ¿Cuántos años tenía?

¿Cincuenta y siete? Además ya quedaban muy pocos, porque era la hora de cenar.

P.: —¿Vosotras no os habéis preguntado nunca cómo es posible que cien pistoleros etarras, o doscientos, o trescientos, hayan tenido aterrados a treinta y ocho millones de españoles y a un millón y medio de vascos, siempre?

R.: —Y nos tienen aterrados todavía.

P.: —¿O sea, que habiendo cincuenta personas en un bar, nunca ha habido ni una que haya salido corriendo detrás de un asesino y le haya puesto una zancadilla para que cayera al suelo?

R.: —Jamás.

R.: —Porque hay gente que está a favor y hay gente que aunque no esté a favor, tampoco está en contra

R.: —Y porque tienen miedo —sentencia Rosa—. La gente allí, miedo es lo que tiene.

P.: —¿En aquella ocasión, fue a visitaros alguna autoridad?

R.: —El Ayuntamiento en pleno de Azcoitia vino esa noche, y un socialista... ¿Cómo se llamaba? Ramón Jáuregui.

R.: —Que es un hombre encantador —apostilla una hija—. A casa vino esa misma noche el Ayuntamiento en pleno, con el comunicado de condena.

P.: —Sin los de Batasuna, me imagino.

R.: —Sin los de Batasuna, claro. ¡No les habríamos recibido, eh, no les habríamos recibido! Luego, el día del entierro, vino Jaime Mayor y volvió a estar Ramón Jáuregui, que era el delegado del Gobierno; ésa fue la representación más importante.

P.: —¿No hubo ningún ministro?

R.: —¿Ministros? ¡Por favor, por favor! Hace veinte años no venía nadie, pero la iglesia estaba a tope. Aunque tuvimos un problema con el cura, porque nosotros queríamos llevar el féretro andando desde la casa de mis tíos hasta la iglesia, porque queríamos acompañar al padre, y el párroco no quería, y decía que así no se hacía un funeral, que el traslado se hacía en coche y que, claro, ¡que si ahora todo el que se muriera iba a querer ir andando! Nosotros le dijimos que nos importaba un bledo, y él no dijo más

tampoco, y fuimos todos detrás de él, caminando, y llevamos una corona enorme con una bandera española, con flores rojas y amarillas.

P.: —¿Y os dejaron meterla en la iglesia?

R.: —¡Hombre!

P.: —Pues ha habido muchos funerales de policías y de guardias civiles en los que no han podido cubrir el féretro con la bandera.

R.: —Pero no en Azcoitia, con José Chiqui; no se habrían atrevido nunca.

P.: —¿Cómo reaccionó el pueblo de Azcoitia ante el asesinato de vuestro padre?

R.: —El pueblo de Azcoitia hizo un comunicado de condena y lo enterró.

MIEDO Y SILENCIO

P.: —¿Hubo manifestaciones?

R.: —¡Qué va! Podía habersele ocurrido hacer algo al Ayuntamiento de Azcoitia, a ese PNV que condenó el atentado, y ese PP que lloró en el entierro; podían haber dicho: «Ahora vamos a hacer cinco minutos de silencio y a dar una vueltecita al pueblo.» Y también podíamos haber abanderado nosotros algo... Pero no lo hicimos. Lo vivíamos como una cosa que tenía que ocurrir, y punto.

P.: —¿Tú crees que había miedo, Rosa?

R.: —Mucho, mucho miedo, hasta de abrir la boca. Y ahora también. Ahora también tiene allí la gente miedo de decir cualquier cosa, aunque ahora se puede hablar más.

R.: —Mentira, no hablan nada, *ama*, ya saben con quién hablan y cómo hablan, y los demás callan como muertos. ¿Quién habla?

R.: —No sé.

R.: —Nosotras mismas seguimos teniendo miedo, por los que están allí.

P.: —¿Habéis notado algún cambio desde entonces hasta ahora, cuando vais allí?

R.: —Pues vamos muy poco —responde una hija—, pero yo creo que ellos mismos no se están dando cuenta de lo que está ocurriendo allí, y yo sí que lo veo y me parece terrible. Vas a entierros de tíos, o lo que sea, entras a un bar y... Mira, a mí me da mucha rabia, porque nosotros aquí hablamos en vasco y hay gente que a veces te mira mal, ¿no? Y vas allí, y no te da la gana de hablar en vasco y dices: ¡Voy a hablar en castellano! ¿Qué pasa? Voy a hablar en español. Y el típico tío del bar ya ves que te pone mala cara. Yo sí que veo allí que las cosas están muy radicalizadas, algunas para bien y otras para mal. Muchas cosas también han cambiado para bien, y hay un antes y un después de lo de Miguel Ángel Blanco, eso lo sabemos todos. ¡¡¡Menos mal!!! Gracias a Dios que hay una víctima que ha logrado movilizar a todo el mundo a su favor.

P.: —¿En qué situación económica quedó la familia cuando mataron al padre?

R.: —De dinero, en Belchite estábamos gastando todo lo que teníamos ahorrado —responde Rosa—, todo lo ahorrado.

P.: —Pero cuando le mataron, ¿tuvisteis algún tipo de indemnización?

R.: —Tuvimos dos indemnizaciones —explica Maite—: una primera después del segundo atentado, que vinieron a comunicarnos dos policías de paisano a los que no conocíamos absolutamente de nada. No queríamos abrir la puerta de casa, y cuando por fin les abrimos, nos dijeron: «¡Para una vez que venimos a dar una buena noticia, lo que nos ha costado dar con ustedes!» Y venían a decirnos que sí, que le daban algo, que había llegado del Ministerio del Interior no sé si fue un millón de pesetas. Luego, cuando le mataron, fueron dos millones y medio y una pensión de viudedad pequeñísima, hasta que cambiaron las cosas con la Ley de Víctimas.

P.: —¿Estuvisteis en el juicio de los asesinos de vuestro padre, en el de José Antonio López Ruiz, *Kubati*, en 1989, y en el de Ignacio Bilbao Beascoechea, *Iñaki de Lemona*, diez años más tarde, cuando fue extraditado por Francia?

R.: —No, y estamos indignadas. ¿Alguien se molesta en decirte a ti que va a producirse el juicio de los asesinos de tu padre?

P.: —¿Nadie os dijo nada?

R.: —Nadie. En ninguno de los casos nos ha avisado nadie de que iba a haber un juicio. Nos hemos enterado siempre por el periódico, hace poco, cuando han pillado a estos dos que les han acusado del asesinato. Porque toda la vida pensando que fue *Kubati* el asesino, y ahora dicen que no, que fueron esos dos, Iñaki de Lemona y Pedro José Picabea. La cuestión es que hasta el año pasado [2001] que empezaron a llamarnos para eso de las medallas, no hemos existido para nadie.

P.: —Pues os iba a preguntar si alguno de ellos, de los terroristas, ha expresado alguna vez algún tipo de arrepentimiento por lo que hicieron...

R.: —Desde luego que no. ¡Menudos tres para expresar arrepentimiento! Aquí el único que tenía que perdonar era el padre. En el segundo atentado, estando en la Policlínica, tuvo que aguantar a un cura que debía darle la comunión y le decía que no se la daba hasta que el padre no dijera que perdonaba. ¡Menuda cruz tuvo con eso!

R.: —Le dijo —explica Rosa, testigo de excepción de ese episodio— a ver si quería confesar, y él creo que dijo que no, que él no tenía nada para confesar. Entonces el cura le dijo: «Usted les perdona lo que le han hecho, ¿no? Porque si no, no le puedo dar la absolución.» El padre dijo que no perdonaba y no le dieron la comunión. Yo estaba allí.

P.: —Sería en penitencia por aprobar el baile agarrado...

R.: —También puede ser, sí. Pero lo del perdón fue una cruz. Cuando mataron al padre —recuerda una hija— estábamos todos allí, en reuniones familiares enormes, y vino una tía nuestra, la tía Angelita, con un famoso artículo escrito por no sé qué periodista que se titulaba «El perdón del Sr. Larrañaga», y venía decir que con el segundo atentado había pagado por su época franquista y estaba perdonado, con lo cual, ¿para qué matarlo? Era una cosa así y yo no entendía cómo mi tía podía ver aquel artículo tan maravilloso, no entendía de qué tenía que pedir perdón, tanto perdón y perdón, mi padre, y no entendía esa forma de ver la Justicia. O sea, que de los periodistas también oías y veías cosas que no te gustaban mucho.

P.: —¿Soportarías tú, Rosa, cruzarte por una calle de Azcoitia con el asesino de tu marido, como le ocurre a la viuda de Ramón?

R.: —Sin decir nada, no lo sé, no lo sé, sería difícil pensar: «Este le mató a *Joshé*», y yo pasar sin decir nada; no, no creo.

P.: —¿Qué le dirías?

R.: —No lo sé, pero no pasaría sin decir nada.

P.: —¿Tiene más culpa Kubati que Arzalluz, *ama*? — pregunta Maite.

R.: —No.

P.: —¿Conoces personalmente a Xabier Arzalluz?

R.: —¡Uhhh a ése...! Ése nació en mi mismo barrio, ¿cómo no le voy a conocer? Yo vivía aquí [señala con un dedo dos puntos muy cercanos en la palma abierta de la otra mano] y él vivía aquí. ¿Conocer? ¡Claro! Y luego vivía ahí [vuelve a señalar], o sea, que Arzalluz vivía en el primer piso y *Joshé* vivía en el segundo o en el tercero en la otra casa.

P.: —¿Y alguna vez os dijo algo con motivo de los atentados? ¿Expresó alguna forma de solidaridad?

R.: —No. Si no celebró... ¡Uh! ¡Arzalluz... es malo!

P.: —¿Por qué dices que es malo?

R.: —Es malo. ¡Ése es malo! Su madre era muy española, y en una manifestación sacó una bandera, porque allí solían poner banderas en las ventanas... Su madre sacó una bandera española y dicen que decía él: «*Ama*, quita eso.» «¡Jamás!», decía la madre, «¡Jamás voy a retirar!» Arzalluz, bueno, ya ves que es malo, ¿no?

R.: —Los que pegan tiros a mí no me parecen peores —concluye su hija —: me parecen más tontos.

Resulta conmovedora la forma en que estas tres mujeres se arropan unas a otras en el cálido salón del hogar materno en el que conversamos. La madre, que podría servir de modelo a un etnólogo que estudiara las peculiaridades vascas, es la que menos habla. La mayor, Maite, lacónica, cáustica y enormemente certera en sus apreciaciones, calibra sus intervenciones para no decir ni una palabra innecesaria. Y la pequeña, Eva, que ha debido de heredar el carácter festivo y abierto de su padre, me regala constantes sonrisas y un torrente de explicaciones ante cada pregunta. Fernando, el hijo varón, es un hombre muy reservado, me dicen, que ha preferido no estar presente.

ORGULLOSAS DEL PADRE

P.: —¿Cómo ha marcado vuestras vidas esta persecución culminada con el asesinato de José Chiqui?

R.: —Ha sido determinante —responde Eva—. Hemos llevado unas vidas que nunca pensamos que fuéramos a vivir. Nunca. Yo me casé con un guardia civil. ¡Madre mía, un guardia civil! Lo último que te esperas viviendo en Azcoitia, y nuestra madre viviendo en Logroño, con toda su familia allí en el pueblo y sin deseos de volver.

P.: —¿No añoras Azcoitia, Rosa?

R.: —No.

R.: —Es que cuando murió el padre —precisa Eva— nos juntamos y nos preguntamos: «¿Bueno, ahora qué hacemos, nos vamos a Logroño o nos quedamos en Azcoitia?» Estábamos las tres solas y pensamos que no podríamos respirar allí, así es que optamos por Logroño.

P.: —¿Tú tienes rencor, Rosa, hacia Azcoitia o hacia el País Vasco?

R.: —Rencor, rencor, no sé. Yo sé que allí no iría para nada ahora, ni a enterrarme.

P.: —¿No quieres enterrarte allí?

R.: —Pero el padre está allí, *ama*.

R.: —A mí me quemáis y se acabó.

P.: —¿Y qué hacemos con las cenizas? Explícanos esto...

R.: —Ah, no sé, no sé, porque aquél está enterrado en el panteón de su hermana.

R.: —No te preocupes, *ama*, que lo sacamos, lo quemamos contigo y os echamos al Ebro a los dos.

R.: —Es que mi madre lo pasó terrible cuando volvimos aquí las tres solas —me dice Maite—. Terrible, terrible, dos años por lo menos sin levantar cabeza. Y nuestras vidas, pues muy distintas a las que siempre habíamos pensado tener. Pero bueno, ¡nos sentimos muy orgullosas del padre!

P.: —¿Habéis sentido el calor de la sociedad española?

R.: —¡Es complicado! Fíjate, cuando empezaron a pagar las indemnizaciones por los atentados, llegó un momento en que yo dije: «Se acabó, no se lo contamos a nadie nunca más», porque incluso gente que tenía que alegrarse, parecía que te lo echaba en cara: «¡Joder, cómo que tantos millones!» Ése era el comentario. Yo entiendo que la ley también ha creado desigualdades. La madre tiene aquí amigas viudas del terrorismo, y una dice: «Tú, Rosita, cuarenta y seis y yo veintitrés», porque nosotros tenemos dos sentencias, la del segundo y la del tercer atentado, lo que hace que cobremos dos indemnizaciones. Yo entiendo que ella piense: «Mi marido está igual de muerto que el suyo y yo he cobrado la mitad.» Pero también es verdad que la persecución no es la misma y, en todo caso, al final acabas diciendo: «Ya está, no volvemos a contar nada a nadie», porque ni siquiera los que piensas que se van a alegrar se alegran.

R.: —Yo no sé por qué esa ley no se arregla —dice Rosa con buen criterio, para añadir—: pero digo lo que diría cualquiera: «¡Por lo menos, después de casi veintitrés años, ya he cobrado!»

P.: —Me contaba la familia de un guardia civil asesinado que ellos no contaban nunca que a su padre le había matado ETA, porque la primera pregunta que les hacía todo el mundo era «¿Cuánto dinero os han dado?»

R.: —A nosotros nos preguntaban si nuestro padre era militar. La conversación transcurría así: «Oye, han matado a mi padre.» «¿Qué era, guardia civil?»

R.: —¿Es posible la reconciliación en el País Vasco?

Mientras la madre calla, las hermanas se enzarzan en una polémica:

R.: —La siguiente generación será.

R.: —No hay reconciliación posible.

R.: —¡Hay que hacerlo!

R.: —No hay reconciliación posible.

R.: —¡Hay que conseguirla!

P.: —¿Tú te reconciliarías con Kubati? —pregunto a Eva, la defensora de esa reconciliación indispensable.

R.: —¡Madre mía! No, pero le dejaría vivir.

R.: —Siempre que no mate —exige Rosa.

R.: —Sí, sí; no sería su amiga, pero le dejaría vivir.

R.: —Que no mate a nadie.

R.: —No, no, que no mate a nadie, por supuesto.

R.: —Y que no lleve armas.

R.: —Por supuesto, y que nadie tenga que llevar escoltas.

R.: —Y que trabaje.

R.: —Bueno, yo no tengo nada que ver con esos hijos de puta, concluye Eva; nada, pero que vivan. Vamos a vivir todos.

P.: —¿Y el perdón es posible?

R.: —¿Con alguien que no quiere hacerse perdonar? —se pregunta Maite—. ¡Es muy difícil! El perdón, el perdón. ¡Madre mía, el perdón!

R.: —¡Yo no les perdono! —sentencia su madre.

R.: —¡Yo tampoco, eh! Pero no se nos ha enseñado a estar viviendo todo el rato odiándoles, porque si estás llena de odio, acabas no viviendo tú. Jamás nos enseñó mi padre a odiar. Vivimos ignorándoles. Ahora bien, si te preguntan: «¿Perdonas?» Pues no, no perdonas, pero tampoco vas a vivir sólo para odiarles, porque sería tanto como dejarles acabar no sólo con el padre, sino con todos los demás.

ROSA DURÁN

Viuda de Ángel Rodríguez Sánchez, propietario de un taller mecánico asesinado el 3 de mayo de 1986

Ángel y Rosa habían llegado al País Vasco en 1970, con la oleada de trabajadores de toda España que acudió a la llamada de la floreciente industria local para engrandecer aquella tierra. En su Extremadura natal, en Villafranca de los Barros, no había entonces mucho futuro, y un cuñado policía destinado en Irún convenció a la joven pareja de que la frontera francesa ofrecía un sinfín de oportunidades a un mecánico bien formado y dispuesto a trabajar duro. De manera que allá se mudó el matrimonio, con un bebé recién nacido, y allá, en el lluvioso extremo norte de la península, se instalaron los Rodríguez para empezar una nueva vida.

Fueron pasando los años, fueron naciendo los hijos, Ángel compró una grúa a plazos con un socio de la localidad y, a base de mucho esfuerzo, progresaron como tantos otros, hasta que la banda asesina puso sus ojos de serpiente en aquel taller de reparaciones que osaba dar servicio a las fuerzas de seguridad. Sólo por eso, los cómplices del terror lanzaron la más terrible de las maldiciones y colocaron una siniestra diana en la frente de su víctima: una señal inequívoca de que sus días estaban contados.

En algún caserío del sur de Francia, donde campaban a sus anchas por aquel entonces los cabecillas de ETA, un pistolero de retaguardia escuchó la palabra «chivato» y emitió la correspondiente condena. Así funcionaban las cosas en un tiempo en el que hasta las sentencias de los tribunales de Justicia reproducían sin pudor las calumnias de esos criminales...

Tras dos intentos fallidos y con un ensañamiento propio de las bestias más sanguinarias, dos ejecutores de la banda atrajeron a Ángel Rodríguez a una trampa bien urdida y, en la mañana del 3 de mayo de 1986, le

liquidaron a balazos entre los matorrales de una cuneta. Hoy sus restos martirizados reposan en un camposanto guipuzcoano, junto a una hijita de dieciocho meses que le precedió en el camino.

«Sobre las diez de la mañana de aquel día —recuerda Rosa, su viuda— recibí una llamada para hacer un servicio en el barrio de Ventas, y hacia allí se fue Ángel con la grúa. Marchó y no volvía, y pasaban las horas y aquél no aparecía, hasta que ya a las cuatro en punto de la tarde sonó el teléfono: Me llamó una chica diciendo que estaba la grúa abandonada y que tenía la puerta abierta, el cristal bajado y la radio puesta, aunque estaba lloviendo porque hubo tormenta ese día. Entonces yo le pregunté quién era, y ella me contestó: “¿Y para qué quiere usted saberlo?” Yo le dije: “Bueno, pues para darle las gracias.” Y me dijo: “Ya me las está dando.” “¿Pero usted quién es y cómo sabe mi teléfono?”, le insistí yo. “Ah, porque está en la grúa”, respondió, y no me quiso decir quién era.

»Más tarde, en el juicio que se celebró al cabo de un par de años, la reconocí, y juraría que la mujer que declaró allí como novia de uno de los acusados era la misma que a mí me llamó después del atentado, pero ella negó su participación, dijo que no sabía nada, y a mí no me preguntaron.»

Rosa Durán guarda una memoria muy precisa de lo sucedido durante aquellos años en los que el hacha terrorista de ETA se abatió sobre su familia, pero le cuesta expresarse. Resulta evidente que los golpes de la vida la han obligado a medir cuidadosamente sus palabras, lo que hace que rara vez pronuncie el vocablo «asesinato» y prefiera recurrir a toda clase de eufemismos, incluido el término «atentado», para referirse a los «cuatro disparos sobre la cabeza, por detrás y sin darle la mínima oportunidad de reacción o fuga», que recibió su marido, «obligado a postrarse en el suelo y tras ser sometido a un breve interrogatorio sobre sus relaciones con la Guardia Civil y otras personas supuestamente relacionadas con el GAL», según reza la sentencia dictada en abril de 1986 por la Audiencia Nacional. En ella se precisa que aquel horrendo crimen, perpetrado el 3 de mayo de 1986 por dos sicarios de la banda que seguían instrucciones «de los miembros de ETA refugiados en Francia», era el tercer intento de dar

muerte a Ángel Rodríguez Sánchez, «conceptuado como confidente de la Guardia Civil».

P.: —¿Cuánto tardaron en detener a los terroristas?

R.: —Tres meses. Es en lo único que tuvimos suerte. La Guardia Civil cogió a un «comando» en Hernani, mató a dos, y el que quedó vivo, porque puso las manos en alto y salió para que no lo mataran, ése habló. Él no estaba implicado, pero delató a los otros, a los que habían hecho lo de mi marido, y los cogieron inmediatamente.

SOLEDAD EN LA AUDIENCIA NACIONAL

P.: —¿Recuerdas el nombre de los asesinos?

R.: —Sí: Francisco Barrenechea Varela fue el ejecutor, e Ignacio Mendiburu, el otro. A uno de ellos le conocía yo la cara porque había estado vigilando el taller alguna tarde, y parece ser que después confesaron que habían ido dos días por allí. A mí me explicó un policía que, el día del atentado [a Ángel], le estaban esperando con las metralletas y con una pistola en el camino de las Ventas, y que al llegar le obligaron a bajar de la grúa, le hicieron algo así como una especie de juicio, que no sé yo cómo es eso, y luego le dieron cuatro tiros en la sien y en la nuca, de «gracia», que ellos llaman.

P.: —¿Una vez que les cogieron y les sentaron en el banquillo, alguien te informó de que iba a celebrarse el juicio?

R.: —No. A mí me llamó mi hermana una tarde a las seis, para decirme que había escuchado en la radio que el día 9 o el día 11 [de mayo de 1986] se celebraba el juicio, y yo me fui a la Policía en ese momento a decirles que no había derecho a que se celebrara un juicio sin que a mi marido nadie le pudiera defender, como si no tuviera a nadie. Pero me contestaron que no se acostumbraba a informar a los familiares. Y es que ahora la Asociación [de Víctimas del Terrorismo] acude a los juicios y lleva a sus abogados para defender [representar] a la persona que sea, pero mi marido no tuvo quien lo defendiera, porque, claro, nada más tenían abogados los etarras. La cosa es que yo dije en la Policía que quería ir a Madrid al juicio, y me intentaron convencer de que no fuera. Me dieron un teléfono, y yo llamé, y me decían: «¿Va a venir usted? ¿Va a tener el valor de venir?» Y yo dije: «Pues sí.» Me acompañó mi hermano, fuimos en tren, y un familiar que nos estaba esperando en la estación nos llevó desde Chamartín hasta la Audiencia Nacional en el coche suyo particular. Y cuando llegamos, al bajarnos nosotros del coche, allí estaban todos ellos... Porque eso se les nota; a los etarras se les nota la cara que tienen, y claro, a mí me conocieron.

»Mi hermano tenía mucho miedo, estaba aterrado, porque había mucho miedo y sigue habiéndolo, pero entonces había más. Entonces la gente no

hablaba de esas cosas, no te comentaba; a lo sumo te preguntaba «¿cómo estás?» o «¿cómo no estás?», pero el tema no se tocaba nunca.

P.: —¿Cómo recuerdas aquel juicio?

R.: —¡Uf, pues fatal! ¡Eso no se me va a olvidar en la vida! Antes de entrar en la sala nos cachearon, y yo me entretuve un poquito hablando con la que lo hacía, que era viuda de un guardia civil, y me dijo: «No se mezcle usted con ellos, usted siéntese junto a los periodistas», que estaban en la parte derecha, donde estaba también mi hermano, que había entrado antes que yo. Y allí nos sentamos, y entraron ellos por la parte de atrás, esposados, dentro de la pecera de cristales blindados, que jamás olvidaré sus caras. Había tres hombres, y en cuanto empezó el juez a hacerles las preguntas, ellos se negaron a responder, dijeron que no reconocían al tribunal y empezaron a decir «¡Fuera, fuera!», a cantar unas cosas en euskera y a reírse, como si aquello fuera un patio de butacas, porque los que estaban de público para ver el juicio eran amistades, o hermanos, o primos suyos, no sé, porque venían cantidad de ellos y se hacían gestos y se reían saludándose. Al final los sacaron [a los acusados] de allí y se quedó sólo la novia de él [el asesino, Barrenechea] y dos personas más, que yo ya no puse atención en quiénes eran, y que fueron llamados a declarar.

P.: —¿Como testigos o como imputados?

R.: —No lo sé. La novia era la que había recogido y escondido la bolsa con las armas y decía que ella no había tenido curiosidad por ver lo que llevaba su novio dentro de la bolsa, que él le había dicho que aquello no lo tocara, que eran herramientas de trabajo, y que ella no sabía nada. Que después del atentado él la había llamado para decirle que pusiera la radio, y así se había enterado ella de lo sucedido.

La sentencia absolvió a María Jesús Aizpurúa del delito de depósito de armas de guerra, al considerar que no existía «constancia de que la procesada conociera el contenido de la bolsa, ni diera su consentimiento a su novio para esconderla en su domicilio, no teniendo en ningún momento dichas armas a su disposición».

P.: —¿Y a ti nadie te tomó declaración para que dijeras que reconocías la voz de la chica como la de la persona que te había llamado para avisarte que la grúa estaba abandonada?

R.: —A mí me dijo la Policía en San Sebastián, y creo que también en Madrid, cuando llamé, que yo podía ir como público, pero como representación, no. Luego, cuando se terminó el juicio, me recibió en su despacho el fiscal, ese que va en silla de ruedas [Eduardo Fungairiño], y me dijo que habría sido muy ventajoso oír mi declaración sobre esa llamada.

P.: —¡Claro! Pero ya no podías testificar.

R.: —Ya no, ya estaba hecho el juicio.

P.: —¿Qué sentencia les cayó?

R.: —Había seis o siete implicados y les cayeron distintas penas. A la novia y a otro chico, nada, les soltaron sin más. A los que hicieron el atentado de mi marido, entre una cosa y otra, me parece que veintiocho años.

P.: —¿Y cuánto cumplieron?

R.: —Pues a los nueve años ya estaban fuera, y uno de ellos en Bilbao, con el puesto de trabajo buscado, que es lo que yo le dije a Atutxa hace poco, cuando le vi de cerca.

INJURIAS, INFAMIAS E INJUSTICIAS

P.: —¿Cómo es eso del puesto de trabajo?

R.: —Pues que cuando soltaron a ése, Atutxa hizo unas declaraciones en la televisión, que lo vi yo, diciendo que a esas personas había que integrarlas en la sociedad para que no cometieran otros actos como aquéllos, y que, claro, había que darles un puesto de trabajo. Y de hecho ése salió con un puesto de trabajo en una editorial de libros en Bilbao, que me llamaron a mí de la asociación para decírmelo. Así que hace dos años [en 2000], yo se lo eché en cara a Atutxa cuando me entregó una placa de víctima diciéndome que estaba ahí para ayudarnos. No me callé, no, y le saqué los colores. Le dije: «¡No! Mire, yo tengo una espina clavada por aquellas declaraciones que usted hizo cuando le dieron larga al asesino de mi marido, que no cumplió ni escasamente la tercera parte de la condena y luego se declaró insolvente, igual que los otros, y no vimos una peseta de la indemnización, hasta que ahora nos la ha dado el Estado; el Estado o el Gobierno, que no sé quién la ha dado. Todos los contribuyentes españoles, como yo digo. Y a mis hijos, ¿quién los integra? A nosotros no nos ha ayudado nadie.

P.: —¿Se declaró insolvente y no le embargó la Justicia el sueldo en la editorial?

R.: —No. Nos dijeron en la asociación que le iban a embargar, pero de hecho creo que sólo hay una o dos personas a las que les han embargado, porque en ese mismo momento dejan de trabajar y ya no se puede hacer nada. Pero ése salió con un puesto de trabajo encima.

P.: —¿Y qué respondió Atutxa a tu queja?

R.: —Pues se quedó con esa expresión de «me has pillado y no sé qué contestarte». Nos dijo que la Oficina [de Víctimas, dependiente del Gobierno vasco] estaba en Vitoria y que para lo que necesitáramos... Pero a mí nadie me quita aquel viaje de vuelta de Madrid a Irún después del juicio, en el tren de las cuatro menos cuarto, mi hermano y yo con ellos [los amigos y familiares de los terroristas], por todo el pasillo brindando con las

copas de champán en la mano, porque habían salido favorecidos, porque a la novia el juez le dio la libertad y la dejaron en la calle.

Rosa se expresa a su modo, con las dificultades que entraña la emoción del recuerdo doloroso en una persona que se ha visto obligada a dedicar hasta el último minuto de su tiempo al trabajo manual para sacar a su familia adelante y no ha tenido la oportunidad de cultivar otras actividades. Éste es su lenguaje, son sus palabras, que yo respeto, y es el modo confuso e impotente en que ella ha vivido su tragedia. Arriesgándome a provocar en ella un acceso de ira, como me ocurriera con el hijo del teniente coronel Urquizu, regreso al momento del asesinato y me atrevo a preguntarle:

P.: —¿Había tenido Ángel alguna amenaza concreta?

R.: —Que nosotros supiéramos, nada —me responde con paciencia y sin enojo alguno—. Él era muy nervioso, y si hubiera tenido una amenaza, lo habría dicho o se lo habría yo notado. Aparte de que algunos compañeros se habían ido de Irún por ese mismo motivo, y él me había comentado: «Si a mí me amenazan, tardo veinticuatro horas en irme de aquí.» Ése había sido su comentario.

P.: —En la sentencia que condena a los asesinos de tu marido, puede leerse textualmente que «estaba conceptuado como confidente de la Guardia Civil». ¿Fue ésa la calumnia que le levantaron para justificar su crimen?

R.: —Eso pusieron en la prensa, sí, que era un chivato —contesta Rosa con la mayor naturalidad, como si tantos años de resignación forzosa hubiesen laminado su capacidad de rebelión ante la infamia—, e incluso una señora me dijo a mí en el parque que por culpa de mi marido habían matado a muchos... Y todo porque hacía servicios a la policía en las tres fronteras. Hacía todos los servicios que le pedían, a todo el que iba al taller le arreglaba el coche, y si le llamaban para salir a media noche, a las dos, a las tres o a las cuatro de la madrugada, él iba, todas las noches levantándose, que eso era no dormir. Pero mayormente trabajaba con la Policía y la Guardia Civil, porque allí eran todos de nuestra tierra, todos eran sus paisanos y él conocía personalmente a casi todos, porque a muchos

se los había presentado mi cuñado, que era policía y que se marchó de Irún dos años antes de que mataran a mi marido.

R.: —Nunca hemos acabado de entender por qué se dijo aquello —tercia en la conversación Ángel hijo, el mayor de los tres que tuvo el matrimonio, que ahora tiene treinta y tres años de edad y asiste respetuoso y reflexivo a la entrevista—, porque mi padre no tenía información como para dársela a la Policía y que les perjudicasen a ellos. Aquello fue una equivocación y ya está. Una equivocación que tenían que justificar, y aprovecharon para manchar el nombre de mi padre.

P.: —A lo mejor fue una forma de intimidar, ¿no? Un intento de aislar a los cuerpos de seguridad y asegurarse de que nadie les arreglara los coches...

R.: —Sí, nosotros teníamos amistades con muchos guardias civiles, y ellos no podían entonces tender la ropa de la Guardia Civil en los patios, en las cuerdas, y que las vieran las vecinas; ellos tenían que secar su ropa dentro de casa, y luego eso, juntarse los unos con los otros. En vida de mi marido nosotros teníamos muchísima amistad con un guardia civil de Badajoz, Pedro se llamaba, y nos juntábamos a cenar en mi casa, o en la suya, o nos íbamos a Fuenterrabía con uno que había sido socio de Ángel al principio en el negocio de la grúa, hasta que se terminó el negocio, se terminó la amistad y él le dijo a mi marido que no le comprometiera y que no fuera a verle con personas vestidas de guardia civil. Es lo que le dijo refiriéndose a ése de Badajoz, después de que su propio hermano, el hermano del guardia civil, le dijo un día al otro que le había visto en una lista negra de las que ponían entonces en bares, estancos, cafeterías, talleres de mecánico y sitios así, y que el hecho de andar con él le comprometía: «Hermano, te quiero mucho —le dijo—, pero el *chiquiteo* que teníamos antes ya no lo vamos a tener, porque yo no me voy a comprometer y a exponer mi vida por estar contigo. Si tienes una enfermedad o tus hijos necesitan una ayuda, tendrás tu casa, pero lucirme contigo por ahí...» Eso dijo en una cena en la que estábamos nosotros, y cuando salimos yo le dije a mi marido: «Lo siento, pero yo no voy más a casa de Pedro ni quiero estar más con él, porque si su hermano piensa que va a estar comprometido, nosotros vamos a estarlo también, ¿no?»

SILENCIOS, POBREZA Y PUERTAS CERRADAS

P.: —¿Cómo recuerdas las horas siguientes al atentado y la actuación del pueblo, de los vecinos?

R.: —Bueno, los vecinos bien en aquel momento, pero luego, como entonces ni quería la gente saber nada, ni se hablaba, ni se comentaba una cosa así, pues yo las amistades las acabé cortando. Por ejemplo, uno de los matrimonios vascos con los que salíamos, el de aquel que tuvo la grúa a medias con mi marido, en una ocasión de ésas yo esperaba que me dieran el pésame, o bien personalmente o por teléfono.

P.: —¿Y no lo hicieron?

R.: —No, no, no. Es más: yo a los dos meses solicité una entrevista con el alcalde para ver si me daba un puesto de trabajo, y me la encontré a ella cruzando el parque del Ayuntamiento de Irún. Bajó la cabeza y no me saludó.

P.: —¿Dónde fue el velatorio?

R.: —Desde el barrio de Ventas, donde fue el atentado, lo subimos al cementerio con un vecino que trabajaba con una ambulancia, porque yo quería que le llevaran a mi casa y no lo conseguí. Luego en la iglesia sé que había autoridades, aunque no sé quiénes eran, y que mi hermano empezó a decir que se marcharan, que no las quería, ni quería cámaras, y allí hubo un buen revuelo. A la misa fue muchísimo público, porque él tenía muchísimas amistades y, bueno, a mí me tuvo que sacar volando de allí un hermano de mi marido, porque uno me daba el pésame, porque... Ahora todo es distinto, ahora ya hay tanatorio en casi todos los sitios, pero entonces todo se hacía en las puertas de la iglesia, y allí fue donde recibimos el pésame los familiares, aunque mis hijos se quedaron en casa con mi padre.

P.: —¿Hubo algún tipo de manifestación o de concentración de protesta por el asesinato?

R.: —Nada, nada. En la misma calle había otro taller mecánico y ni siquiera cerró.

R.: —A mí un par de profesores me dieron el pésame —precisa Ángel —, pero un par de ellos nada más, mientras los compañeros, con esa edad,

de catorce o quince años, no sabían mucho cómo reaccionar, se callaban, agachaban la cabeza y tampoco venían a decirte mucho. Aparte de que nosotros, además, estábamos en la escuela sindical, y ahí había bastante ambiente «hachebetero» y de ese tipo de gente, de manera que no se montó ninguna manifestación ni nada.

P.: —Cuando ya pasó el funeral y el entierro, ¿cómo se quedó la familia, con qué apoyo, qué ayuda y qué medios?

R.: —Pues apoyo familiar nada más, aunque se portaron muy bien los de emigración, que ahora ya no funciona, pero que entonces casi todos ellos eran clientes de mi marido y se ocuparon de todo el papeleo para la pensión, que quedó en 16.000 pesetas de viudedad más la orfandad, que me parece que eran 5.500 para cada uno de los tres chicos.

P.: —¿Qué edad tenían los niños?

R.: —El mayor no tenía los catorce, la niña no había hecho los trece, y el pequeño tenía ocho años. ¡Iba a celebrar la primera comunión!

P.: —¿El taller era de vuestra propiedad?

R.: —El taller estaba alquilado y mi marido tenía comprados otros dos locales contiguos. Al poco tiempo de matar a Ángel, el propietario del local donde estaba el taller me exigió que lo comprara o, de lo contrario, me amenazó con quitármelo. Yo estuve hablando con un abogado y me dijo que si pagaba el alquiler, como no había faltado ningún mes, podía seguir con el taller, pero entonces el dueño me mandó otra notificación de que o lo compraba, o lo vendía, así es que lo compré. Vendí la grúa, me dieron un millón de pesetas (que habíamos pagado por ella un millón trescientas mil) y compré el local. Lo compré y ahí está, cerrado, porque mis dos hijos trabajan en la Citroën y no han abierto el taller.

P.: —¿Y tú trabajabas entonces?

R.: —Yo nada, yo estuve casi tres años sin poder trabajar, viviendo de un dinero que teníamos ahorrado para dar la entrada de un piso. Teníamos casi dos millones de pesetas, un millón seiscientas, y lo que hice fue cada mes sacar un poquito para ir tirando, hasta que se acabó y tuve que ponerme a trabajar.

P.: —Y entonces fue cuando fuiste a pedir trabajo al Ayuntamiento de Irún...

R.: —No, no, al Ayuntamiento fui a pedir trabajo de lo que fuera al mes del atentado. Yo no tenía estudios, así que le dije al alcalde que era modista y que eso era lo único que sabía hacer. Todavía estoy esperando una respuesta suya, y hace bien poco que dejó la alcaldía.

P.: —¿No te contestó nada?

R.: —Me dijo que me apuntara en unas listas que había para la limpieza de las escuelas y cosas de esas. «Igual le llaman para limpiar un bar», me dijo, y yo contesté: «Para lo que sea, pero yo necesito trabajar.» Más tarde me enteré de que le habían dado el puesto al hijo de un policía municipal. Y luego, cuando tú tenías ya casi los dieciocho años —añade Rosa dirigiéndose a su hijo— fue cuando echamos la solicitud para limpiar los cristales. Tú no te acuerdas, pero nos la denegaron porque no podíamos pasarnos de las 150.000 pesetas al año y cobrábamos un poco más que eso. En diez años, de 1984 a 1994, la pensión nos subió de 16.000 a 30.000 pesetas.

Rosa Durán es la encarnación misma del último escalón de la miseria provocada por el terrorismo, pero no es ni mucho menos un caso único. Sin formación, ni profesión, ni recursos económicos, ni prácticamente apoyo familiar; de origen muy humilde y procedente de la inmigración extremeña, como tantas otras víctimas, a ella no le quedó siquiera el recurso a la solidaridad y protección de un cuerpo (como ocurría con las viudas de policías o guardias civiles) porque su marido era un modestísimo industrial autónomo. Para sus deudos no hubo piedad, ni amparo social, ni red de salvaguarda alguna, hasta que en el año 2000 entró en vigor la Ley de Víctimas del Terrorismo, que vino a reparar tardíamente más de quince años de abandono.

P.: —¿Aparte del Ayuntamiento, solicitaste trabajo en algún otro sitio?

R.: —Fui a hablar con el gobernador civil, que era Julen Elgorriaga, y me recibió muy atentamente: «Aquí estamos para lo que necesites» —me dijo—, y yo le contesté: «No necesito más que un puesto de trabajo.» ¡Todavía estoy esperando! Igual tendría que haberme movido más, pero yo voy a un sitio, me pongo roja, pido un favor, y nadie hace nada de nada, y

yo no pido por segunda vez. Al cabo de los dos años ya de pasarme esto [el asesinato] fue cuando conecté con la Asociación de Víctimas del Terrorismo, por la delegada de Irún, y entonces le dije a Ana [Vidal Abarca] que lo que necesitaba era un puesto de trabajo. Me contestó que si hubiera estado en Madrid, sí me habrían podido ayudar, pero que allí en el País Vasco no tenían contactos. Hoy ya se mueve esto más, pero entonces no había ayudas, ni nada.

P.: —¿No recibiste una indemnización del Estado?

R.: —Sí, al año o así del atentado, me dieron tres millones de pesetas de indemnización, pero yo dije que eso no lo gastaba, porque era la vida de mi marido, y lo metí a plazo fijo. De hecho, hasta que mi hija no se ha casado y se ha comprado el piso, yo no he repartido el dinero, pero en aquel entonces el hecho de tenerlo en ese plazo fijo hizo que nos negaran lo de la limpieza de los cristales, porque nos salían más de las 150.000 pesetas, que era el tope. Incluso las becas de estudios para mis hijos del Gobierno vasco me las han denegado por tener yo ese dinero.

P.: —¿Y tampoco el Gobierno español os echó una mano?

R.: —Nada. Yo solicité un estanco, hace muchísimos años, porque como tenía el local del taller, los de la asociación me prepararon los papeles para ponerme en contacto con Tabacalera Española. Pero me contestaron que no; que ya no era como antes, que a las viudas no se les daba un estanco, sino que ahora salían en subasta... Claro que a mí nunca me han dicho: «Ha salido esta subasta, a ver si usted puede.» De eso nada.

R.: —Por parte del Gobierno no ha habido ni ayudas, ni reconocimiento, ni nada —subraya su hijo, Ángel, sin poder contener la rabia y coincidiendo en el diagnóstico con otros muchos huérfanos del terrorismo, como José Mari Urquizu—. Ahora, sí, hacen el paripé de la medallita para que vengan los periodistas, pero eso es todo.

P.: —¡Hombre!, ha habido una Ley de Víctimas y por lo menos el Estado se ha hecho cargo de las indemnizaciones que nunca pagaron los terroristas...

R.: —Sí, sí, eso sí; pero eso lo movió la asociación, que por cierto todavía estoy esperando la ayuda psicológica que me prometieron para mi

hijo pequeño, porque nosotros nos hemos mantenido como hemos podido, pero el pequeño, no; el pequeño necesita un psicólogo.

P.:—¿Y los otros dos?

R.: —Pues lo han pasado mal, porque hemos vivido lo que nadie sabe, lo más terrible que le puede pasar a una persona, pero... estamos aquí.

«NADIE NOS HA ECHADO UNA MANO»

P.: —¿Cómo ha marcado vuestra vida el terrorismo?

R.: —¡Hombre! Mucho y todo malo. De vivir divinamente a no tener nada, así. Porque por no tener, no teníamos ni el piso en propiedad. Yo he estado trabajando en una villa y trabajé también en Correos, en la limpieza, y en otras dos casas. Y luego, pues siempre con la costura, de día y de noche, dale que te pego. Pero todo me lo he buscado yo, y mis hijos se lo han buscado ellos, porque nadie ha ido a decirles: «Oye, que hay este puesto.» Mi hija quería haber estudiado Periodismo. Estaba en el instituto y quería haber ido a la universidad, o bien a Madrid o bien a Bilbao, pero claro, ¿cómo me metía yo en una carrera? ¿De dónde? ¡Si no teníamos qué comer! Además, es que yo tenía tres hijos, y no iba a favorecer a una y a los otros no. Éstos —dice señalando a Ángel—, éstos no han hecho ni la secundaria.

R.: —Yo me salí del colegio —explica el aludido—, terminé la mili y me puse a trabajar. Busqué un trabajo por mi cuenta, me enteré de que hacía falta un mecánico, y como ya tenía experiencia con mi padre, pues me puse a trabajar por mi cuenta.

R.: —Pero nadie le ha echado una mano —retoma su madre el hilo de la conversación—. De las personas que nos podían haber favorecido un poco, nadie ha hecho nunca nada, nadie nos ha arropado y hemos sido víctimas de tercera.

P.: —¿Qué les debe la sociedad española a las víctimas del terrorismo como vosotros?

R.: —Pues todo, porque yo no sé si la sociedad tiene culpa o no tiene culpa, pero habríamos podido pasarlo un poquito mejor, que como dice el refrán: «Los duelos con pan son menos», y eso es verdad. Yo, por ejemplo, cuando mi hija se quería ir a estudiar la carrera a la universidad, lo pasé muy mal, porque claro, me decía a mí misma: «¿Pero cómo?» y «¿dónde?». Necesitaba dinero para estar de pensión, dinero en ropa, y yo entonces no le podía comprar ropa para estar estudiando, ni pagarle una pensión o una casa; no podía, era imposible. Así que hizo en San Sebastián Relaciones

Públicas, y tuvo suerte, porque encontró un trabajo de tres horas por las tardes, de telefonista en una empresa, y con lo que ganaba allí se pagaba los estudios. Ahora está en la oficina de una discoteca, pero luego tiene que trabajar también el sábado por la noche en la barra, o en el ropero o vigilando, para que no entren los jóvenes en los aseos a drogarse.

P.: —¿Con quién estáis más resentidos, con ETA o con...?

R.: —... el Gobierno, el Estado, las autoridades vascas y españolas — responde con firmeza Ángel.

R.: —Yo principalmente con ETA —tercia en tono conciliador Rosa—, que es la que ha provocado el daño de hacernos vivir lo que hemos vivido, y luego con el Gobierno, porque hemos estado muy desamparados, muy abandonados, y porque por lo menos nos podían haber dado un puesto de trabajo.

R.: —A mí lo que me da pena es ver que sigue la historia ésta—retoma la palabra su hijo—, o sea, que ves chavales con trece, catorce o quince años que les comen la olla y siguen pensando lo mismo. ¡¿Cómo puede haber alguien que piense que de esa manera, que pegándole a alguien un tiro en la cabeza se pueda arreglar algo?! A mí lo que más me duele y lo que más me jode es ver a la gente que sigue igual, que los chavalillos éstos piensan de esa forma todavía hoy. ¡Me pone negro, vamos!

R.: —Y el destrozo que hacen —concluye Rosa—. Hay pueblos pequeños, Mondragón, por ejemplo, donde no pueden ni salir a la calle, porque todo, las cabinas de teléfono, las cajas de ahorro, todo es destrozado todos los días. ¡Eso no es vivir!

P.: —¿Habéis notado que la forma de trataros los amigos, los vecinos, la gente en la calle, haya ido cambiando con los años?

R.: —Bueno, es que no tocamos ese tema. Te lo digo francamente, no tocamos ese tema. Yo he ido a todas las manifestaciones contra ETA; mis hijos, no, pero ahí se queda todo, salvo que ya sé que a algunas tiendas no entro porque son de HB. Además, tampoco tengo muchas relaciones. Salgo algunas veces con la señora con la que trabajo, que es mayor que yo, me lleva diez años, y vamos por las tardes del domingo a tomar un café, o a Fuenterrabía a pasear por la playa. Yo, desde lo de mi marido, no he vuelto

a salir así, en plan de divertirme; de salir, nada, ni con una amiga, ni con un amigo, no, no, no.

P.: —¿No se te ha ocurrido volver a casarte?

R.: —¡Uf! Eso no va conmigo...

R.: —Por el respeto que le tiene a mi padre —explica su hijo.

P.: —¿Y desde entonces has vivido como una viuda de las de antes, y nunca has vuelto a salir con amigas, ni has ido a una romería a bailar, ni nada?

R.: —No, no, a bailar no. Yo entonces tenía cuarenta y dos años y estaba en la flor de la vida, pero ahí se acabó. Desde entonces hemos ido a hacer excursiones a Barcelona, por ejemplo, hemos ido a Palma de Mallorca, en Semana Santa, hará un año, con tres amigas, la que te he comentado y otra que es de Mondragón y también es viuda...

R.: —Casi hemos tenido que obligarla los hijos a que salga un poco — me dice Ángel mirando a su madre con ternura—, porque ella no quería.

P.: —¿Habéis tenido una madre triste?

R.: —Por supuestísimo, y sigue estándolo.

R.: —¡Hombre, es que no hay otra solución! — se justifica ella—. A mí la que me ha levantado la cabeza es mi nieta, que es un encanto, y con mi nieta voy a todos los sitios y me lo paso bomba. Mis hijos me han sacado mucho, ¡eh! Hemos salido a cenar, a comer, y en ese plan. Pero en plan de divertirme y buscar pareja, yo no. Yo no valgo para eso.

VENCIENDO EL MIEDO

P.: —Con todas esas dificultades y problemas que has sufrido, ¿no has pensado nunca en marcharte del País Vasco y volver a tu tierra extremeña?

R.: —Pues en el momento del atentado, sí pensé en irme, pero antes quería conocer a los asesinos de mi marido. Luego los conocí y ya les pregunté a mis hijos qué querían hacer, y ellos dijeron que no se querían marchar. Y como él, su padre, tenía tanto afán de tener el taller para que sus hijos no pasaran por calamidades y estuvieran mejor situados, ya decidí quedarme allí, en Irún, donde además tenía tres hermanos viviendo.

Ángel escucha atentamente y cuando interviene lo hace de forma muy escueta. Me parece más serio de lo que correspondería a su edad, probablemente por la dureza de las condiciones que le ha deparado la vida, con un padre asesinado a tiros recién entrado él en la adolescencia, al que además, por un trágico azar del destino, estuvo a punto de descubrir ensangrentado entre unos matorrales del camino de Las Ventas, cuando su madre le envió a buscarlo aquella tarde tormentosa de mayo de 1984 en que, afortunadamente, regresó a casa sin haber visto más que una grúa abierta y con los cristales bajados.

Hoy día, transcurridos dieciséis años de aquello, se le nota preocupado por su madre y deseoso de brindarle cariño y protección. Aunque me marchó sin contemplar una sola sonrisa en sus labios, hay una mirada de enorme gratitud en sus ojos cuando la dirige hacia ella...

P.: —Y vosotros —le pregunto a él—, ¿no tenéis ganas de marcharos de allí?

R.: —La verdad es que no, porque ya tenemos allí todas las amistades y toda la gente conocida, y allí seguimos.

P.: —¿Tú te sientes vasco?

R.: —¿Vasco? Para nada. ¿Yo vasco? Yo nací en Badajoz.

P.: —Pero llevas treinta y dos años viviendo en Irún...

R.: —Pues es así. No es que no me guste el país, ni que no me guste el sitio, yo estoy encantado de estar allí, pero no me he sentido nunca vasco. Antes del atentado, tampoco, ni he aprendido el vascuence, ni me he preocupado nunca por intentar aprenderlo.

P.: —¿Allí tienes miedo, o al menos la sensación de que hay gente de la que no te puedes fiar?

R.: —Sí, claro. Yo ya no lo hago, porque mi cuadrilla no respira por ahí, pero de más joven solíamos bajar incluso a cenar a donde estaba toda la gente de HB y conozco a mucha gente del colegio que estaba con sus ideas. Te sientes un poco incómodo estando con ellos, pero tienes que acostumbrarte, aunque lo pases mal, te agobies y en el fondo estés chungo...

P.: —¿Hablas de política con los amigos?

R.: —Ese tema no solemos tocarlo, excepto con los más allegados, con los que piensan igual que yo; con éstos no hay problema, pero conozco a tres o cuatro personas con las que no se puede hablar, porque un día topas con ellos y... no sabes lo que puede pasar.

P.: —¿Y tú, Rosa, tienes miedo?

R.: —Yo, mira, por ejemplo cuando estoy en San Sebastián en un sitio con mucha gente, o voy en un *topo* [tren de cercanías] o en un autobús muy cargado, me digo a veces: «¡Mira que si hay una bomba!», y siempre voy con un poquito de recelo. Ahora bien, miedo de decir: «Me va a pasar algo», eso no, porque entonces no estaríamos viviendo allí. Si mi marido hubiera tenido sospechas de lo que podría pasarle o miedo de estar allí, no habríamos estado.

»Nosotros hacemos nuestra vida normal y, hombre, cuando hay un atentado, pues ya vas con esa sensación de que a ti te ha pasado anteriormente y conoces lo que va a pasar esa familia, pero seguros no estamos en ningún sitio, porque, en Madrid, fíjate cuantísimos atentados ha habido siempre, ¿o no? Hombre, en nuestra tierra, allí en Extremadura, todavía no ha habido ninguno, pero allí también están afectados por la cantidad de guardias civiles que tienen muertos en el País Vasco.

P.: —¿Qué responsabilidad tiene la sociedad vasca de que persista el terrorismo?

R.: —Hasta cierto punto, un poquito sí, porque los apoyan, y si los apoyan, están de acuerdo, ¿no? Yo entiendo también que hay mucho miedo y que aunque una persona te quiera a ti favorecer, dice: «No, que no me pillen, que voy a caer yo.» Porque en las manifestaciones pasa eso. Cuando lo de Miguel Ángel Blanco se tiró toda la gente a la calle, pero ¿por qué cuando muere otra persona no nos tiramos todos a la calle y nos manifestamos? Es así, y pasan y te miran encima como con desprecio cuando estás en una manifestación o en una concentración. Hay quien dice: «No se saca nada con esto», pero yo pienso que sí se saca algo, un sentimiento más noble, de compadecerse de lo que ha pasado. Yo no quiero que me compadezca nadie por lo que me pasó, que bastante me compadezco yo, pero creo que hay otra forma de ver el terrorismo y que se podía hacer más de lo que se hace. Yo lo entiendo así.

«MIRA TU DIOS LO QUE TE HA HECHO»

P.: —¿Qué piensas de la Justicia?

R.: —¡Que no hay Justicia! Que todo esto no es justo, para mí no, no, no hay Justicia, o por lo menos para nosotros no la ha habido. No hay Justicia para los terroristas, que los encierran por una puerta y salen por la otra. ¿Por qué les condenan a veintiocho años y sólo pueden estar ocho en la cárcel? ¿Por qué no les condenan a cadena perpetua? O al menos, si son esos treinta años, ¿por qué no los cumplen? Era lo que yo les decía a mis hijos cuando eran pequeños, para consolarles. Les decía: «Ellos lo van a pasar peor que nosotros, porque se tienen que drogar, se tienen que prostituir en una cárcel, y lo van a tener que pasar sin estar con su familia.» Pero ellos hoy están vivos, y ves con el tiempo cómo han salido. ¿Y qué son nueve años? ¡Nada! No son nada y, claro, como no les hacen nada, ¡pues venga a dar tiros y venga a matar personas! Ellos no tienen sentimientos, yo pienso que no tienen sentimientos, porque una persona, después de hacer ese daño y ese mal, ¿cómo puede dormir? No lo entiendo.

P.: —¿Qué has sentido tú cuando se ha producido una presunta tregua, o se ha hablado de negociaciones con ETA?

R.: —Pues que nos estaban engañando. Yo sabía que era una trampa la tregua, lo sabía, porque éstos no se conforman.

P.: —¿Serías partidaria de la pena de muerte para los terroristas?

R.: —Yo, para el que mató a mi marido, sí. No la quería, y todavía fui al juicio con sentimiento, pensando: «¿Y si no fueran ellos y a los pobres los condenan?» Pero cuando vi la poca vergüenza que hubo allí, ese reírse y saludarse a voces y no reconocer nada, ni contestar a nada, dije: «Que los condenen. Que los quemen en una plaza.» Y te digo más: hasta llegué a pensar que el dinero, esa indemnización que me dieron, me habría podido servir para pagar a uno que matara al que había matado a mi marido; lo pensé, sí.

P.: —¿Quince años después del atentado todavía piensas así?

R.: —No, ya no, porque aquél ya estaba en la calle y eso. Pero en ese momento, al cabo de un año del atentado, sí lo pensé.

P.: —¿Lo habrías hecho si hubieras tenido la posibilidad de organizarlo?

R.: —No sé, no sé si habría sido capaz... Igual mis sentimientos no me lo habrían permitido, pero esa rabia que llevaba dentro...

R.: —Yo también lo he pensado más de una vez —confiesa Ángel—, se me ha pasado por la cabeza, pero he llegado a la conclusión de que lo que no iba a hacer era complicarme a mí mismo la vida. Igual he sido bastante más inteligente que ellos, en ese sentido.

P.: —¿Eres un hombre pacífico?

R.: —No te creas, tengo bastante mala leche, aunque es verdad que no me he metido en muchas broncas.

R.: —En eso sí he tenido mucha suerte —asegura Rosa llena de orgullo—. En eso sí te digo que me han salido los tres buenísimos.

P.: —¿Les has inculcado odio a tus hijos?

R.: —¡No! Nunca. Nunca les he dicho: «Si yo pudiera...» Hemos callado y hemos callado y hemos seguido viviendo y ya está. Nunca les he dicho: «Si yo pudiera, les mataría.»

P.: —¿Eres creyente?

R.: —Yo, mucho. Perdí bastante la fe cuando el atentado, porque éste mismo —dice señalando a su hijo— fue el que me dijo: «Mira tu Dios lo que te ha hecho.» Me dijo esas palabras, y no tenía catorce años. También pasé muy mal rato cuando detuvieron a un sacerdote de Irún que había dado refugio a dos asesinos en la iglesia, porque si hubieran sido hijos de guardias civiles, estoy en la completa seguridad de que no los habría metido en la iglesia, pero pienso que esos sacerdotes son como las ovejas negras de la religión.

Antes de terminar ofrezco a Rosa la oportunidad de decir la última palabra, de expresar cualquier queja, sentimiento o afán que haya alimentado a lo largo de los años y se nos haya quedado en el tintero. Su respuesta, franca y rápida como todas las demás, es ésta:

R.: —Se nos pregunta siempre a las víctimas que si perdonamos, y yo quiero decir que no voy a perdonar en la vida; no voy a perdonar jamás, a no ser que alguien se me ponga de rodillas y me diga: «Perdóname», o que

me esté yo muriendo y me diga: «Les voy a perdonar», pero no creo. Te lo digo así de claro: ¡Que los perdone El de arriba! Yo a esas viudas que salen después de un atentado diciendo «Los perdono», no las entiendo, la verdad. Lo que hacen los terroristas no tiene justificación alguna y por eso no hay perdón para ellos. Yo no les perdono, ni les perdonaré en la vida.

ÁLVARO CABRERIZO

Esposo y padre de tres de las víctimas mortales del atentado de Hipercor, perpetrado el 19 de junio de 1987

Carmen, Sonia y Susi no tuvieron ninguna oportunidad. Jamás habían pisado el País Vasco; las niñas probablemente habrían dedicado muy pocos minutos de su corta existencia a pensar en el terrorismo y, al hacerlo, seguro que no lo habrían considerado como un problema ni remotamente cercano. Sin embargo, el terrorismo vino a su encuentro una aciaga tarde de verano y acabó con sus ilusiones.

Mientras las hijas, dos chiquillas de trece y dieciséis años, y su madre, de treinta y seis, trabajaban a brazo partido para levantar un negocio y labrarse un futuro, un asesino múltiple llamado Santiago Arróspide Sarasola, Santi Potros, carente del menor escrúpulo, musitaba desde su escondite francés la mejor estrategia para «forzar la mano» del Gobierno español que negociaba con ETA en Argel, y obtener en aquella mesa amplias concesiones para la banda. De acuerdo con la visión criminal de la dirección del hacha y la serpiente, nada mejor para presionar al ejecutivo que una opinión pública aterrada, y ningún método más efectivo de amedrentamiento colectivo que la «socialización indiscriminada del sufrimiento». De manera que el 19 de junio de 1987, siguiendo instrucciones precisas de sus superiores jerárquicos, tres pistoleros a sueldo de la organización prepararon un potente artefacto compuesto por 30 kilos de amonal, 100 litros de gasolina, y otros 200 de escamas de jabón y cola de contacto, de elevadísima combustibilidad y adherencia, y lo colocaron dentro del maletero de un coche robado, en el aparcamiento del Hipercor de la Ciudad Condal. Acto seguido efectuaron varias llamadas a

la Guardia Urbana (que no encontró el explosivo), a los responsables del centro comercial (que no lo desalojaron) y al diario Avui, en las cuales no revelaron, sin embargo, el emplazamiento de la bomba. Ésta estalló cuando pasaban diez minutos de las cuatro de la tarde exactamente, provocando una bola de fuego de efectos muy similares al napalm, acompañada de una humareda densa y de alta toxicidad.

El aparcamiento y la primera planta del almacén se convirtieron en un horno crematorio en el que perecieron 21 personas, en su mayoría mujeres, y varios niños, incluido uno aún no nacido. Otras 45 resultaron heridas de diversa consideración, mientras centenares de familiares, amigos y ciudadanos abrumados veían sus futuros truncados por la magnitud de la tragedia.

Áse era el destino que le aguardaba a Álvaro Cabrerizo, que entonces acababa de cumplir cuarenta años y comenzaba a recoger la cosecha de muchos años de esfuerzo. Su mujer y sus dos hijas murieron asfixiadas en aquel bárbaro atentado, el más cruel y sanguinario del infame repertorio etarra, y él abrió en aquel momento un largo paréntesis existencial de dolor que todavía no se ha cerrado y que sólo el amor de otra hija, un amor tan hondo como el que le robaron los terroristas, empieza ahora a mitigar.

«La nuestra era una vida muy familiar y con unos negocios muy en auge, porque en aquella época había empezado el mundo del vídeo y yo me había situado muy bien en él, con cinco videoclubs en Andalucía y tres en Cataluña, así como con una productora en Barcelona que vendía títulos en toda España. En pocos años tuvimos que coger a veinte personas para trabajar con nosotros, entre las tiendas de Andalucía y las de Barcelona, pero todo lo llevábamos familiarmente: mi mujer estaba al cargo de una tienda, con una de mis hijas y dos empleadas, yo estaba en otra tienda, en la que también tenía un bar restaurante, con otras dos empleadas, y las cosas iban estupendamente.»

Todo cambió súbita y brutalmente, sin embargo, para este aragonés afincado en Barcelona a quien la diosa Fortuna había bendecido hasta entonces, a las cuatro y cuarto de la tarde de un 19 de junio de 1987 en que

la barbarie terrorista convirtió el Hipercor de Barcelona en un infierno dantesco.

«Lo que sucedió aquel día no es que lo recuerde; es que lo revivo paso a paso cuando veo un atentado. Yo había recogido a un muchacho conocido que había tenido un accidente con una moto, y lo había llevado con mi propio coche a una clínica, donde me quedé esperando mientras le operaban, para ver qué ocurría, porque estaba grave. Estando allí me enteré de que había habido un atentado en Hipercor, y entonces salí corriendo, porque tanto mi casa como una de las tiendas, la que regentaban mi esposa y una de mis hijas, que ayudaba a su madre al salir del colegio, quedaban a escasos dos kilómetros del hipermercado. Pasé por la tienda y vi que estaban las empleadas allí en la calle, esperando ante la puerta cerrada, y pregunté: “¿Cómo es que no se ha abierto? ¿Qué ocurre?” Y me contestaron que mi mujer no había llegado.»

DOS CADÁVERES IRRECONOCIBLES

«Yo ya me extrañé, pero pensé que sería el atasco del atentado, hasta que poco después me encontré a una cuñada que me dijo: “Esta mañana han estado tus hijas en Hipercor, qué casualidad, fíjate si hubieran...” Para entonces yo ya me temía algo raro, porque ya eran las seis y a las cinco se abría la tienda, y pensé: ¡El atentado! Evidentemente no se podía circular, así es que bajé andando hacia allí, mientras iba llamando por teléfono a casa de los familiares, a ver si alguien sabía algo. Pero nadie sabía nada. Llegué a Hipercor y pregunté en las listas de los que iban sacando, a ver si había alguien de mi familia herido, y allí no encontré a nadie; ni mi hija, ni mi mujer.»

P.: —¿En aquel entonces, en 1987, ya llevabas un teléfono móvil?

R.: —Sí, sí, llevaba una especie de emisora que me permitía comunicarme con las tiendas. Luego no lo quise ni ver, para no pasar los tragos... Pero como te decía, salí de Hipercor, cogí el coche y empecé a ir a los hospitales, a la Residencia, a todos los sitios a los que habían llevado a las víctimas, hasta que al final me fui al Clínico. Mi mujer y yo llevábamos cada uno un cordón de oro gordo, que eran iguales, y cuando llegué al Clínico, preguntando a unos y a otros, una de las asistentes sociales se fijó en mí, se acercó y empezó a hablarme y a preguntarme a quién buscaba. Le dije que a mi mujer. Ella no me dijo nada, pero me preguntó si alguien de mi familia llevaba el mismo cordón que llevaba yo. Le contesté que sí, que mi mujer llevaba uno idéntico, y ya me llevaron abajo, donde estaban mi mujer y mi hija pequeña. Pero entre la explosión y el humo estaban tan negras... No sé si es que yo mismo me quería convencer de que no eran ellas, pero me decía que sí, y luego que no, y así estuve por lo menos veinte minutos, no queriendo... Yo mismo rechazaba la idea de que fuesen ellas. Ni les decía a los médicos que sí seguro, ni les decía que no. Entonces ya me dieron algunos tranquilizantes y las reconocí. Pero desde la hora del atentado hasta entonces habían pasado cinco horas, porque eso ocurrió a las nueve de la noche. Mi mujer y mi hija... ¡Horroroso!

A Álvaro se le quiebra la voz y se le inundan los ojos de lágrimas. Él no oculta la emoción. Sospecho que no podría hacerlo aunque quisiera, pero en cualquier caso no pone dique alguno a la marea de tristeza que le sube por la garganta, quince años después de aquel trágico instante, al rememorar el esfuerzo sobrehumano que hubo de realizar para reconocer a dos de sus tres seres más queridos en aquellos cadáveres calcinados que reposaban en la morgue de un hospital...

P.: —¿Y qué había sido de tu otra hija?

R.: —La otra no aparecía. Carmen, mi mujer, y Susi, la pequeña de trece años, ya sabía que estaban muertas, pero Sonia, mi hija mayor, de dieciséis, pues nada. Eran las nueve, las diez de la noche, y nada.

P.: —¿Y tú allí solo en la morgue?

R.: —Sí, bueno, ya más tarde, a eso de las doce o así, vinieron algunas personas de Aragón, porque ya sabían que habían muerto mi esposa y Susana, la pequeña. Vinieron mis padres, el alcalde del pueblo y unos cuantos vecinos más arrojando a mis padres, y allí estuvimos todos esperando, pero en ningún sitio encontraban a mi hija mayor, a Sonia. Porque mi hija mayor había salido con vida del atentado, no había muerto allí en el Hipercor, y la habían llevado a la Residencia. Pero claro, nosotros no sabíamos nada, hasta que sobre la una de la madrugada ya nos comunicaron que la habían localizado, pero que había muerto. Yo me agarraba a que mi hija mayor, por lo menos, estuviese con vida. No sé, me aferraba a esa ilusión, a esa esperanza. Me decía: por lo menos ella... no habrá habido la mala suerte de que las tres... Pero no pudo ser, y ya entonces fue horrible, me quedé vacío por dentro: mi hija pequeña, mi mujer, y también la mayor...

P.: —En el momento de estallar el coche-bomba ellas estaban en el aparcamiento, ¿no? Habían ido a comprar y estaban entrando en el coche, muy cerca de donde se produjo la explosión del artefacto.

R.: —Sí, sí, por la mañana habían estado las niñas de tiendas, habían ido a comprarse bikinis y cosas para empezar el verano, y a la hora de comer pues ya fueron con la madre a Hipercor e hicieron la compra, lo pusieron todo en el coche, y cuando ya salían... Porque fíjate que su coche estaba a

unos veinte metros del coche-bomba, y cuando se produce una explosión así, la metralla que sale de allí, a la primera barrera que se encuentra la hace polvo, a la segunda la daña, aunque ya no la hace polvo, y a la tercera barrera, que era donde estaban ellas, ya casi ni la alcanza la onda expansiva. Pero murieron todas por paro cardíaco, por el calor que hizo allí y porque los terroristas habían colocado también un bidón de espuma, o no sé qué, para producir un efecto más tóxico.

P.: —¿Murieron asfixiadas, entonces?

R.: —Sí. Y murieron fuera del coche. Las puertas del coche, cuando bajé, que fui de los primeros, estaban abiertas, y mis hijas y mi mujer habían salido ya de él. El coche no estaba quemado, no había tenido ningún impacto de metralla, pero la pintura, que era roja, se había vuelto de color negro, se ve que del calor, y del humo, y de todo lo que había ocurrido allí. El coche estaba totalmente negro, como incrustado, y con algunas salpicaduras de lo que saltó de aquel bidón que habían colocado, que parecía napalm, y que siguió ardiendo tiempo después de la explosión...

P.: —... para hacer más daño.

R.: —Para hacer más daño, sí. Pero lo cierto es que el coche estaba abierto y ellas habían salido. Y fíjate lo que son las cosas: un día, en Barcelona, en un programa de radio, estábamos hablando del atentado de Hipercor, y llamó un señor mientras estábamos en el aire, y nos dijo: «Yo bajé pocos momentos después de la explosión, antes de que bajaran los bomberos», y nos contó su historia. Era un señor sudamericano, enfermero, que se puso una toalla mojada que llevaba en el coche y bajó y sacó a dos o tres personas, entre ellas una niña mayorcita, que sería mi hija Susi, y luego no sé si a Sonia o a la madre. Me imagino que sería a Sonia, porque aún salió con vida de allí. ¡Fíjate qué circunstancia! Claro, esto fue muy importante para mí, el saber que alguien había hecho algo por ellas, porque yo en mi fuero interno muchas veces me reprocho que no pude hacer nada por mis hijas, que no pude hacer nada por mi mujer, y que si en aquel instante hubiera estado con ellas, aunque hubiera muerto, habría intentado mitigar un poco aquellos momentos...

P.: —Me imagino que muchísimas veces te habrás sentido incluso culpable por no estar allí con ellas, ¿no?

R.: —Sí, pero lo que me digo es que no estaba porque había ido a socorrer a una persona que había tenido un accidente, y creo que para mí, en aquellos momentos, sin saber nada, fue una cosa importante intentar ayudar a una persona que conocía, meterle en mi coche y llevarle a una clínica.

«¿POR QUÉ? ¿PARA QUÉ? ¿POR QUÉ A MÍ?»

P.: —¿Qué hiciste en las horas siguientes a aquella confirmación terrible, una vez que tuviste la certeza de que habían muerto tus dos hijas y tu mujer?

R.: —Pues en aquellos momentos estás... no sé... rodeado de mucha gente; el uno viene, te habla, te dice una cosa, y tú estás solo, pensando que es incierto, que no es verdad. No lo acabas de asimilar y estás mucho tiempo así, no solamente unas horas, sino muchos días, sin poder asimilarlo. Por un lado quieres razonar, pero es que no puedes razonar, no puedes llegar a asimilar que te ha tocado a ti, porque nunca nos parece a nadie que nos va a llegar a nosotros una cosa así. El que no ha sido víctima de un atentado terrorista, siempre escucha la noticia y piensa: «¡Hostia, pobre gente, mira que si me pasase a mí!» Pero jamás llegas a comprenderlo. Es como cuando oyes que ha volcado un autobús o un tren y ha muerto gente. Piensas: «¡Hostia, pobre gente, mira que...!», pero no acabas de asimilarlo, lo dices mecánicamente, sin pensarlo, y claro, cuando te toca a ti, pues dices: «¡¿Cómo, con tanta gente como hay en este mundo, me ha tocado a mí?! ¿¿Qué es lo que he hecho yo para que me toque a mí?! ¿¿Por qué a mí!? ¿¿Para qué?!» Porque claro, si tú dices: he sacrificado mi vida, la de mis hijas y la de mi mujer, pero he ganado algo, un cambio en la sociedad, o en lo que sea, pues tienes ese consuelo; como que te conformas al ver que ha servido para eso. Pero es que cuando dices ¿por qué? y ¿para qué? y ves que no hemos conseguido nada... Yo veo tres telediarios al día, por la noche sigo escuchando noticias, porque estoy buscando convencerme de que esto ha servido para algo, esperando que haya alguien que diga un día que en el País Vasco se puede vivir tranquilamente, que uno puede pensar como quiera, que el terrorismo se ha terminado... Eso es lo que voy buscando, pero no lo escucho.

P.: —¿Cuántas veces te has hecho tú estas dos preguntas: ¿Por qué? y ¿Por qué a mí?

R.: —Constantemente, constantemente. Cada vez que hay un atentado revives en esas personas que ves lo que ya has vivido tú, y sabes que se

preguntan lo mismo que tú: ¿por qué?, ¿para qué?, ¿qué es lo que he hecho?, ¿qué es lo que he solucionado? Y cuando ves que hay un atentado y se hace una manifestación pidiendo la paz, y luego ves a la otra parte que sale defendiendo sus acciones y provocando, y luego muere un terrorista porque le estalla la bomba que va a poner y ves que le hacen hijo predilecto de su pueblo... Esas cosas son las que te enferman y te impiden recuperar la normalidad. Si tuviese yo que trabajar en una empresa como la que trabajé anteriormente, o llevar negocios como los que tenía y que me obligaban a estar muy despejado para poder llevarlos, no podría; sería imposible. Yo lo perdí todo. Ese día lo perdí todo. Ahora tengo mi viñita y me ocupo de ella, pero ya no podría seguir trabajando en los mismos sitios, porque el día que pasa algo, es horroroso y tengo que volver al Tranxilium...

P.: —¿Cuánto tiempo has estado en tratamiento psicológico o psiquiátrico?

R.: —Estuve con la Asociación de Víctimas del Terrorismo varios años, y también en Barcelona y aquí, en el Puerto [de Santa María, donde reside actualmente], yendo a una psicóloga, mucho tiempo.

P.: —¿Se puede expresar con palabras el dolor que sentiste en aquel momento y el que has sentido desde entonces?

R.: —No se puede expresar con palabras. Ninguno podemos expresarlo. Es perder a los seres más queridos y sin nada que te pueda calmar el dolor al decir: «¡Ha servido para algo!» A veces ellos dicen que están en guerra contra España, que tal y que cual, pero ¿para qué sirve? ¿Qué va a decir la Historia de que maten niños y gente inocente? No sé, cuando hay una guerra, se enfrentan unas fuerzas contra otras, pero cara a cara, no a traición como éstos, que van matando niños y que sólo piensan en sembrar el terror, porque para ellos es lo más importante. Yo al País Vasco lo comparo con Sicilia, donde impera la ley del silencio; me parece igual: la ley del silencio y la ley del tiro, de la bomba, de que aquel que no piensa como yo es un enemigo.

P.: —Tú habrás intentado, me imagino, buscar una respuesta en algún tipo de Justicia divina o ilógica; alguna razón en la sinrazón que ponga lógica a toda esta tragedia. ¿La has encontrado?

R.: —Doy gracias a Dios por ser creyente, por creer en Dios; porque de lo contrario, no me habría importado nada. Y reconozco que en algunos momentos yo intenté ir contra ellos, de forma mañosa, como iban ellos.

TENTACIONES ASESINAS

P.: —¿Lo intentaste?

R.: —Me pasó por la cabeza, intenté que parte de todo el dinero que tenía en aquellos momentos fuera destinado a combatirles y hasta incluso hubo gente en las cárceles que se me ofreció, pero luego, por el temor a Dios y el pensar que la venganza no es nuestra, sino Suya, gracias a eso no di unos pasos de los que hoy seguro me arrepentiría.

La voz de mi interlocutor se va serenando a medida que avanza la conversación, aunque no pasa mucho tiempo sin que la emoción se le asome a la mirada. No hay ni una brizna de amenaza en su tono, ni siquiera ahora que confiesa tentaciones pasadas, y constato que, afortunadamente para él, ha logrado reconstruir su vida en otro lugar y con otra gente, alejado de recuerdos tenebrosos, sin el fantasma del odio.

P.: —¿Cuánto tiempo había transcurrido desde el atentado cuando te pasaron esos pensamientos «justicieros» por la cabeza?

R.: —Estuve pensando en ello hasta un año y medio después del atentado. Empecé a tener contactos con gente que estaba en las cárceles, me movía en un ámbito muy grande, y encontré gente que por dinero lo iba a hacer, dentro de la cárcel.

P.: —¿El qué, matar a presos de ETA?

R.: —Por lo menos a alguno determinado.

P.: —¿Y qué fue lo que te impidió dar ese paso de tomarte la justicia por tu mano?

R.: —Pues mira, cuando iba a la iglesia, que iba casi todos los domingos en Barcelona, muchas veces iba a comulgar y no podía hacerlo, por haber tenido esos pensamientos y haber intentado esas cosas, y entonces me dije que prefería estar a bien con Dios que con mi venganza, porque la venganza es del Señor, no es nuestra.

P.: —Una cosa que se pregunta una gran parte de la sociedad española, de hecho, es cómo es posible que con más de ochocientas víctimas directas

del terrorismo, nunca nadie se haya tomado la justicia por su mano; que no haya habido dos bandos, que no haya habido grupos organizados por los familiares de las víctimas. ¿Cuál es la respuesta?

P.: —Una vez yo planteé en una reunión de víctimas de Hipercor en Barcelona, en el Colegio de Abogados, al año y medio del atentado y cuando ya habían sido detenidos los terroristas, que un 25 por ciento de lo que teníamos que cobrar del Estado fuera destinado a hacer un fondo común que se enviara afuera, a Suiza, para desde allí gestionar el que alguien «se ocupase» de los más importantes en aquellos momentos. Yo incluso pensaba que el elegido podía ser Setién, porque siempre he creído que era el buitre que estaba dentro del rebaño, manteniéndose de lo que le ayudaban los terroristas; una voz hablando a favor de ellos; un señor que en realidad no tenía nada que ver con el rebaño de Dios, sino que para mí era el «carnero», símbolo del Diablo en la Iglesia...

P.: —¿Y qué fue de aquella proposición?

R.: —¡Bah! La gente sólo piensa en el dinero. Sólo pensaban en coger el dinero.

P.: —O sea, ¿que fue rechazada no porque les pareciera inmoral, sino porque resultaba muy costosa?

R.: —«Ya están las cosas perdidas —te decían—, ya no vamos a recuperar a nuestros seres queridos, por lo menos... [vamos a cobrar].»

P.: —¿Tú eras creyente antes del atentado?

R.: —Sí, sí, siempre.

P.: —¿Y nunca ha vacilado tu fe después de lo que has tenido que pasar?

R.: —No, no porque siempre he pensado que igual que Dios nos da la vida, Él es el único que puede quitárnosla, y a veces nos puede querer probar por alguna razón que desconocemos o por ver hasta dónde podemos aguantar. Esto lo digo ahora, pero es verdad que en los primeros tiempos dudé mucho, y hasta mi madre, que en paz descansa, decía «¡No hay Dios, no hay Dios!». Y yo le decía: «Madre, no digas eso, porque algo tiene que haber allí arriba.» Y desde el primer momento, siempre pensé: «Si algún día tengo un hijo, todo el cariño de mis hijas lo volcaré en él.» Y mira por dónde, pues ya llevamos dos años con una niña. Hemos ido a Colombia y hemos traído una niña con ocho añitos, muy necesitada de cariño, que la

pobrecita con cinco años ya estaba trabajando en el campo y... Bueno, ahora, todo el cariño que tenía dentro de mí, lo he volcado en mi hija.

P.: —¿Y te ha devuelto la sonrisa, la esperanza?

R.: —Eso es algo como un árbol que parece que está muerto y que renace. Otra vez he vuelto a jugar: «Papi, vamos a jugar», «Te voy a hacer cosquillas», «Ahora te hago yo»... Ha sido volver a brotar hojas del árbol casi seco: ya no voy a la psicóloga e incluso ya no tomo Tranxilium más que cuando pasa algo y veo la noticia en la televisión, para superarlo; entonces, sí.

CATÁLOGO DE MISERIAS HUMANAS

P.: —¿Te costó mucho volver a enamorarte?

R.: —Estuve bastante tiempo solo, cerca de cinco años, y doy gracias a algunos «amigos» que me hicieron económicamente mucho mal, pero moralmente mucho bien, porque me sacaban mucho dinero, decían que me ayudaban en las tiendas y en realidad se quedaban con lo mío, y me tenían en aquellos tiempos muy entretenido peleándome con ellos. Yo creo que habría llegado a la locura si no hubiera tenido esa preocupación constante: «Ahora se me han llevado el coche, ahora me han dejado sin gasolina, ahora...» Otra de esas pequeñas faenas que me hacían y que me permitían olvidar un poco el dolor principal. Ahora bien, en el plano económico, me fui a la ruina totalmente.

P.: —¿Te arruinaste a raíz del atentado?

R.: —Totalmente. Totalmente. Claro, la gente hacía lo que quería en las tiendas. A lo mejor trabajaba con material pirata, nos ponían multas, no pagaban a Hacienda, no me decían las cosas... Yo lo había dejado todo, no estaba centrado, y al no estarlo, no podía llevar mis negocios. Perdí mis cinco tiendas de golpe; le di potestad a un intermediario para que me las llevase, con permiso para comprar y vender, y cuando me quise dar cuenta, él ya me había suplantado, hasta el punto de que al regreso de un viaje me encontré con otra gente en las tiendas.

P.: —O sea, que hubo gente que aprovechó tu tragedia para robarte...

R.: —Sí, sí, sí. Hasta incluso gente de la familia de mi mujer. En aquellos momentos les avalé pisos y los tuve que pagar yo. En aquellos momentos no me importaba el dinero, no me importaba nada, y si tenía un patrimonio de unos doscientos millones, de los de hace quince años, todo se quedó en nada.

P.: —¿Pensaste en el suicidio alguna vez?

R.: —Dos veces. Una vez, a los tres meses del atentado, me tiré con el coche contra un muro, se fastidió el coche y a mí no me pasó nada. Y otra vez, a los seis meses aproximadamente, en una curva también pensé: «Se acabó la historia.» Tiré hacia delante y... nada. También se abolló el coche y

yo salí indemne. Después ya pensé que mis hijas no querrían eso, querrían que siguiera aquí en este mundo.

P.: —¿Pasa algún día sin que te acuerdes de ellas?

R.: —No, imposible.

P.: —¿Tienes miedo?

R.: —No, no.

P.: —¿Odio?

R.: —El odio no es bueno para nadie. La persona que vive con odio no está tranquila consigo misma, pero lo que sí que quiero es que haya Justicia, ahora mismo. Porque siempre estamos con los presos: que si a unos presos sus familiares no pueden ir a verlos, que si están lejos... Y yo digo: ¿Y nosotros? ¿Vamos nosotros a ver a nuestros seres queridos que están allí? [Álvaro señala hacia arriba con la mirada.] ¿Es que no podemos hablar, no podemos decir nada? Ellos, por lo menos, pueden ir a verlos a la cárcel, pero nosotros no; y esas manifestaciones y esas protestas... Hay veces que yo pienso: «Si nosotros no vamos a ver más a nuestros seres queridos, ellos pueden desplazarse para ir a ver a los suyos.» ¡Y aún quieren que estén todos juntos! Yo he visto en Alcalá-Meco introducir comida para los presos etarras. ¿Por qué? ¿Por qué tienen que tener privilegios? ¿Por qué tienen que estar aparte de los presos comunes? Están protegidos. Si estuviesen juntos con los demás presos, muchos de los etarras ya no existirían; las cárceles tienen sus leyes internas... ¿Por qué no los ponen entre los presos comunes?

P.: —Poco después del atentado, dijiste en algún medio de comunicación que serías partidario de la pena de muerte. ¿Sigues pensando lo mismo?

R.: —Sí, lo dije, pero ya no lo mantengo. Yo en aquellos momentos estaba en una situación desesperada.

P.: —¿Tú sueñas con aquello todavía? ¿Tienes pesadillas?

R.: —No, muy pocas, porque siempre he intentado apartarlas de mí. Sólo cuando pasa algo vuelvo a estar hecho polvo.

P.: —¿Olvidas o perdonas?

R.: —¡Hombre! A mí nadie me ha dicho que les perdone, y para que perdones, alguien tiene que pedirte perdón, decirte que siente mucho lo que

te ha hecho, y tú ver que ese sentimiento es real; porque si nadie te dice que le perdones y no ves que ese sentimiento sea real, ¿a quién vas a perdonar?

Dos de los tres autores de la peor matanza jamás perpetrada por ETA, Domingo Troitiño y Josefa Ernaga, fueron detenidos el 9 de septiembre de ese año de 1987, apenas dos meses y medio después del atentado en el que perdieron la vida la esposa y las dos hijas de Álvaro Cabrerizo, junto a dieciocho inocentes más. Su jefe, y «cerebro» de la matanza, *Santi Potros*, cayó en manos de las fuerzas de seguridad el 30 de ese mismo mes, en Anglet. El tercer asesino, Rafael Caride Simón, logró escapar a Francia, donde fue capturado años después. El 23 de octubre de 1989 se dictó sentencia contra las dos bestias salvajes juzgadas en España, que reconocieron la premeditación y ejecución de su crimen y fueron condenadas a 794 años de prisión y a indemnizar con más de 1.000 millones de pesetas a los herederos de sus víctimas. Por supuesto, ambos se declararon insolventes.

P.: —¿Cómo fue el juicio?

R.: —Bueno, hubo dos juicios y yo fui el primero en ganarle uno de ellos al Estado, por negligencia. Yo demandé a la Administración por no haber mandado desalojar el local a pesar de los dos avisos de bomba que se habían recibido, y por no haber enviado artificieros para mirar en el aparcamiento, etcétera. Les demandé, gané y allí, en el primer juicio, la sentencia decía que el cincuenta por ciento de la indemnización era a cargo de los terroristas, y el otro cincuenta por ciento a cargo del Estado. [Esto sucedía años antes de aprobarse la Ley de Víctimas en virtud de la cual el Estado se hizo cargo del pago de todas las indemnizaciones impuestas a los terroristas y no satisfechas por ellos.] Fueron veinte millones por cada familiar, diez el Estado y diez los terroristas, pero claro, ellos eran insolventes. Aunque ahora, no sé de qué forma, pero si se ha demostrado que Batasuna está vinculada directamente a ETA y si se le hace responsable económicamente de los desmadres callejeros, debería aplicarse el mismo principio a los demás crímenes y obligarle a pagar... Que por cierto, el juicio contra el Estado me lo pagué yo, y cuando cobré, que fue ya después

de llegar el PP al Gobierno, porque los otros no querían pagar y recurrieron hasta el Supremo, cuando por fin cobré lo que me debían, tuve que pagar yo seis millones a los abogados, en dinero negro.

P.: —¿Cómo?!

R.: —De los treinta millones que finalmente cobré del Estado, a ellos les di casi seis. Me presentaron un recibo de 500.000 pesetas, y el resto, a razón de 600.000 a nombre del procurador, 600.000 a nombre de Fulanito, 600.000 a nombre de Menganito... Siempre sin factura, en billetes o en talones, que el director de mi banco en Barcelona decía que eso que estaban haciendo era una gitanada; que se iban en un taxi el socio y él, y nada más entrar iban repartiéndose el dinero, y el director decía que no había visto ni a los gitanos repartirse el dinero así, porque cogieron mucho dinero en billetes... ¡Prefiero no acordarme de su nombre!

P.: —¿Y el juicio contra los autores del atentado, cómo lo recuerdas?

R.: —Fue horroroso. Piensa que de todas las víctimas que hubo, solamente estuvimos tres, porque la gente no..., no quería complicarse la vida. Yo sabía que iba a celebrarse el juicio, sabía que habían detenido a los etarras... ¡y encontrarme a tres como yo! Fuera de la Audiencia Nacional, en la calle, había un autobús con la bandera vasca y un montón de etarras, y de los nuestros solamente estábamos tres: Roberto Manrique (un empleado de Hipercor herido en el atentado), su padre, que en paz descansa, que iba apoyándole porque Roberto en aquellos momentos estaba aún operándose de la mano y también había pillado una hepatitis en las transfusiones de sangre; y otro, José, que solamente se le quemó el coche y sufrió el trauma de la mujer y el niño pequeño, que estaban allí y que en el caso del niño no ha quedado muy bien, porque ya tendrá dieciséis o diecisiete años, pero siempre tiene una mirada como de miedo...

ALIMAÑAS LLENAS DE ODIO Y ASPECTO NORMAL

Las medidas de seguridad para entrar a la sala eran espectaculares, ellos estaban detrás de un cristal al que no podíamos ni acercarnos. Algunos no quisieron contestar en castellano y la acusación particular se levantó y no quiso preguntar, porque los terroristas empezaron a hacer apología del terrorismo y a decir que estaban en guerra con España, que en una guerra siempre hay víctimas de todas clases, no sólo de las fuerzas de seguridad, y que nos había tocado esa mala suerte.

P.: —¿Qué sentiste oyendo a esa gente decir aquello?

R.: —Impotencia al no poder contestar ni preguntar.

P.: —¿Y deseos de cogerles por el cuello?

R.: —No sé... Veías gente normal, no veías alimañas, sino personas que a la vista parecían normales, y te preguntabas cómo podían acumular tanto odio. ¡Qué odio! ¿Pero por qué? Si en el juicio hubieran dicho que sentían lo que había pasado en Hipercor, lo sucedido a las víctimas inocentes... Porque todas las víctimas son inocentes, todos, tanto sean cuerpos de seguridad como funcionarios, todos son víctimas inocentes. No sé, veías personas que parecían normales, y no entendías que llevaran tanto odio dentro. ¿Cómo se puede sentir ese odio contra todo?

P.: —Les condenaron a 794 años...

R.: —¡Qué pantomima! Que les hubieran puesto cincuenta años, y ya está. Yo me conformaría con menos, con quince años, pero trabajando, trabajando; porque oye, al final, ¡el dinero de las indemnizaciones ha salido del pueblo!, con la Ley de Víctimas. Y yo me digo: «Vamos a ver, si ese dinero sale del contribuyente, ¡Dios mío!, que lo trabajen; que trabajen ese dinero o parte de ese dinero.» Hay muchos terroristas a los que han excarcelado y el Gobierno vasco les ha dado trabajo, pero cuando se les ha localizado para que pasen lo que tienen que pasar a las víctimas, se han ido a otro sitio a trabajar. En fin, que no se les puede meter mano a los sueldos.

P.: —¿Has seguido la peripecia de los asesinos a lo largo de estos años?

R.: —No.

P.: —¿Qué has sentido cada vez que has visto en televisión a José Antonio Urrutikoetxea Bengoetxea, *Josu Ternera*, en la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento vasco?

R.: —Pues que eso sólo pasa en España: Una falta total de Justicia, unas leyes incompletas, una desprotección de las víctimas, porque vamos, que en un Estado de Derecho uno que haya sido el jefe operativo de todas las acciones terroristas esté en un sitio así, es inconcebible. ¡En qué país estamos!

P.: —¿No has pensado en personarte en la causa abierta contra él en el Supremo?

R.: —Sí, de hecho me parece que estoy personado en ésa y en otras a través de la Asociación de Víctimas de Cataluña.

P.: —O sea, que algo de fe en la Justicia todavía conservas...

R.: —Mmmmm, con comillas. Yo sigo pensando que la política influye mucho en las decisiones judiciales, en el sentido de que en este país se puede matar, se pueden cometer atrocidades, siempre que lo hagas en nombre de la política, y se puede seguir siendo diputado y representando a un sector de los españoles que... Y cobrando del dinero del contribuyente.

P.: —Deduzco que respaldas la ilegalización de Batasuna.

R.: —Obviamente, sí. Un partido que hace apología del terrorismo... Si alguien te hace algo como lo que me hicieron a mí, y encima se jacta de haberte hecho eso, y quiere tener razón de habértelo hecho, entonces es que la víctima no tiene ningún derecho.

P.: —Dada tu experiencia, ¿qué pasa por tu cabeza cada vez que ETA menciona las palabras «tregua» o «salida negociada», y una parte importante de la clase política española y de los intelectuales y periodistas se apresura a hablar de generosidad, de olvido y de perdón?

R.: —Mira, no sé. Si un perro te ha mordido una vez, no te puedes fiar de él, siempre volverá a morder, siempre; tiene que pasar una generación, nacer otro tipo de perros que no sean mordedores, pero con una perra de la que no te puedes fiar, ya sabes que los niños no pueden jugar. Con los hijos que tenga esta perra, ya pueden jugar mis hijos y los que vengan, pero con esa perra que es mordedora, no; tienes que tenerla apartada, porque si la

tienes junto a los chicos, otro día volverá a morder. Y con esa gente y sus treguas pasa lo mismo. Cuando anunciaron la última, yo sabía que era para fortalecer su infraestructura, para informarse sobre dónde trabajaban sus víctimas, dónde vivían... Para eso usaron las treguas, para fortalecerse de información y de armas, y para preparar la coacción. ¡Pura patraña! ¿Es que se puede negociar con la mafia, con la Cosa Nostra? No, no se puede negociar; éstos son auténticos pistoleros que no defienden ideales políticos, sino también económicos. En Sudamérica, por ejemplo, están teniendo muchos restaurantes, muchos negocios; sería muy fácil ir contra ellos en esos sitios y quitarles parte de su economía, sería muy fácil, pero se tiene que hacer bien, no se puede hacer individualmente como se hizo lo del GAL. Es muy fácil, es pedir la extradición y controlar esos capitales que hay fuera. Si les quitamos todo esto y eliminamos las coacciones a los empresarios, poco a poco ellos se irán abajo. Hay que ganarles, pero no con las armas sólo, sino con la economía; lo más importante es la economía.

P.: —Y el día que se gane, ¿qué habría que hacer con sus presos? ¿Debería la sociedad española ser generosa? ¿Tú desde el lado de las víctimas cómo ves ese debate?

R.: —No, no, generosos no se puede ser, lo que han hecho tienen que pagarlo, y pagarlo con las penas que se les han impuesto. Nada de amnistías, porque entonces sí que podría venir la revancha; entonces sí que podría venir... Mira, en los pueblos, en la guerra civil, hubo muchas trastadas, y después de la guerra se produjeron muchas revanchas que duraron mucho tiempo. Yo creo que una amnistía, o algo parecido, sería muy mala para todos, porque sólo podría ocasionar el que alguien..., pues eso; no es difícil, todo es cuestión de dinero.

P.: —Pocas semanas después del atentado declaraste que no guardabas rencor alguno hacia el pueblo vasco, porque era víctima en su cuerpo del mismo sufrimiento que padecías tú. ¿Sigues sin sentir ese rencor?

R.: —Sí, así es, no siento absolutamente ningún rencor, sino que me da pena cuando hacen una manifestación en apoyo a los terroristas, y me siento orgulloso, en cambio, de la fuerza que tienen en su interior para salir en ayuda de las víctimas y en apoyo de las libertades. Me da mucha alegría ver a esos grupos que van a las manifestaciones cuando hay un acto terrorista a

demostrar que hay una parte de la ciudadanía vasca que se siente asqueada. Hasta cuando en algún coloquio alguien dice «Los periodistas no podemos hablar, nos hemos tenido que ir», yo pienso: «¡Hay que ver qué principios tienen de defensa de la libertad de prensa para luchar en un sitio así, y salir a la calle, y decir “aquí estamos nosotros”, que saben que están señalados!» Además, no te creas que es mucha en el País Vasco la gente que está con los asesinos. Tú piensa que en un campo tan grande siempre hay algún árbol o alguna hierba maligna, ¿no? Y todos hacen daño y parece que son muchos, pero no son tantos. Piensa que en porcentaje, yo diría que el 80 por ciento de los que votan a Herri Batasuna son gente disconforme con algún tipo de cosas, que no es que apoyen a ETA, sino que se sienten en contra del sistema y por eso les votan. Piensa que en Cataluña se votó también a Batasuna, pero es que la gente cuando no está conforme con algo, busca a ver qué es lo contrario a aquello, y a aquello vota.

P.: —¿Pero tú crees que la sociedad vasca y sus dirigentes han hecho todo lo que estaba en sus manos para derrotar a ETA?

R.: —No, no, desde luego que no han hecho absolutamente nada. Arzalluz y el *lehendakari* tienen un pie en un bando y otro en el contrario, pero ellos pueden ir por las calles y por donde quieran, sabiendo que no les pasará nada.

P.: —¿Deberían tener sobre sus conciencias la muerte de tus dos niñas y de tu mujer?

R.: —No, no las tienen, ni la de ninguna de las demás víctimas tampoco; no las tienen, pero la Historia les pasará factura. Y no solamente a los dirigentes, sino a su partido político también, porque ahora es muy bonito pedir la independencia, pero es que la independencia hoy día entraña otras consecuencias. Fíjate, la renta per cápita más alta de España siempre ha estado en el norte, y allí yo veo que ya les está pasando factura la sociedad, porque muchos industriales se van para Zaragoza y otros lugares. Van a conseguir que su propia tierra, que era una de las más importantes que había en maquinarias, industria y riqueza, se les vaya de las manos, porque la gente no se siente segura al hacer inversiones.

SOLOS CON SU DOLOR

El 22 de junio de aquel trágico año de 1987, tres días después de la peor masacre perpetrada por la banda terrorista, centenares de millares de ciudadanos de Barcelona se echaron a las calles tras una pancarta portada por el presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, el ministro de Cultura, Javier Solana, en representación del Gobierno, el alcalde de la ciudad, Pascual Maragall, y dirigentes locales de todas las fuerzas políticas, que rezaba: «Por la Convivencia en Paz y Libertad, Cataluña rechaza el terrorismo.» Junto a ella, otra gran insignia apelaba a la colaboración ciudadana contra los asesinos, en un tiempo y una comunidad en la que poco antes 40.000 electores habían respaldado en las urnas a Herri Batasuna, uno de cuyos líderes, Jon Idígoras, declaraba la víspera en Bilbao que «la autocrítica ejercida por ETA al responsabilizarse del grave error [del atentado] demuestra la honestidad y madurez política de esta organización».

P.: —¿Cómo se portaron las autoridades con las víctimas de aquella barbarie?

R.: —Pues el Gobierno no nos arropó, ésa es la verdad. En el primer momento sí se sacaron la fotografía, la misa, «no te preocupes...», «si te falta algo...», el clásico telegrama... La pantomima de siempre, y eso fue todo. Muy mal, muy mal.

P.: —¿Personalmente no tuviste ningún pésame, ningún abrazo?

R.: —El único fue el del presidente Pujol, porque yo era de Convergència i Unió y él sí vino a mi casa a verme el día del atentado; vino por la noche y luego vino varias veces más. El presidente Pujol vino muchas veces, pero yo no sé si lo hizo porque yo era de su partido, porque a las demás víctimas no las fue a ver.

P.: —¿Y tus vecinos, tus amigos, encontraste solidaridad y calor en tu gente?

R.: —En la gente más allegada, sí. La otra parece que tenía miedo de hablar conmigo, bien porque no querían recordarme lo ocurrido, o porque

temían acercarse a mí. Y eso que no estábamos en el País Vasco, que estábamos en Cataluña.

P.: —¿Notabas que la gente se apartaba de ti?

R.: —No se apartaban, pero intentaban no hablar conmigo, aunque cuando estaba yo en algún sitio, cuando empecé a salir, hablaban de mí en tono crítico: «Mira ése... Ya está saliendo, ésta, esto, lo otro...» Y mucha gente, pero mucha gente, preguntaba: «¿Habéis cobrado? ¿Cuánto habéis cobrado?»

P.: —O sea que, también en tu caso, como en el de otras muchas víctimas, la gente encima pensaba que hacíais negocio con vuestros muertos...

R.: —Sí, sí, mucha gente te preguntaba «¿Ya habéis cobrado? ¿Cuánto habéis cobrado?» Y ya te digo, no uno ni dos, sino mucha gente.

P.: —¿Por eso acabaste marchándote de Cataluña?

R.: —No, me fui más porque... Veía a las amiguitas de mis hijas, a los novios, se casaron algunas y era muy fuerte; eso era muy fuerte. Vivía yo en un barrio en el que nos conocíamos todos y me fui del barrio, pero aun así seguía teniendo una tienda en el barrio y era muy fuerte ver que las otras chicas ya tenían hijos y las mías... Porque yo las recordaba como eran con trece y dieciséis años, pero cuando veía que aquellas otras niñas ya eran madres, aquello me hacía llorar.

A mi interlocutor vuelve a quebrársele la voz y las lágrimas irrumpen de nuevo en escena, junto a la evocación de sus pequeñas Sonia y Susi, lo que no hace sino confirmar una evidencia confesada con la mayor naturalidad:

P.: —¿Sigues llorando por ellas?

R.: —Sí.

P.: —¿Cómo ha marcado tu vida el atentado de Hipercor, Álvaro?

R.: —Digamos que yo entonces tenía cuarenta años, ahora tengo cincuenta y cinco, y hasta hace dos años ha ido pasando el tiempo sin más. Ahora con la niña, tengo otra ilusión y otra esperanza, pero hasta hace dos años ha sido una monotonía total en la que lo importante era haber perdido

lo que tenía y haberme arruinado. Hasta llevaba ya casi tres años con dolores.

P.: —¿Andalucía te ha acogido bien?

R.: —En Andalucía la gente es muy abierta, y además yo ya de antes la tenía muy conocida, de cuando tenía las tiendas y tuve que luchar mucho, porque recorría toda España distribuyendo mis películas. Allí dejaba unas, allá cogía otras, y tuve que ir montando tiendas. Pero ahora me siento incapaz de llevar un negocio bien. No tendría fuerzas para hacerlo.

P.: —¿Y de qué vives ahora?

R.: —Pues mira, compré acciones que me han ido bien, tengo una pequeña paga que da para ir tirando también, pero ya te digo que me siento incapaz de llevar un negocio y no puedo jugarme el dinero cuando sé que no voy a ser responsable de poder gestionarlo bien. Porque claro, si dos días al mes o tres hay alguna cosa que me desbarata, esos tres días pueden ser mi perdición en caso de tener un negocio o montar algo.

P.: —¿A lo largo de todos estos años, algún representante del Gobierno español se ha preocupado por ti? ¿Alguien te ha llamado?

R.: —Nadie. Ya se sabe que hay víctimas y víctimas, pero pienso que la sociedad siempre ha sido igual y que ese tipo de cosas no van a cambiar. Desgraciadamente hay que aprender a asimilar que son así y que tienes que aceptarlo, aunque duela. Todos sabemos que no es lo mismo que maten a un funcionario con altos cargos, a un político con altos cargos, que a una persona cualquiera. Todos somos seres humanos, pero no todos estamos igualmente catalogados, y menos el pueblo. Nosotros somos el pueblo y ellos son los políticos, los militares... Yo me pregunto muchas veces, ¿por qué no han matado nunca a un cura?

P.: —Buena pregunta.

R.: —Es que el otro día leí que había un cura que estaba amenazado [el padre Jaime Larrínaga] y pensé «¡pantomimas!», para que el clero vea que también ellos están ahí. Pero no han matado nunca a un cura, ¿por qué?: porque ETA salió del seminario.

P.: —¿Y esa convicción tuya no hace vacilar tu fe?

R.: —No, no. Eso me cabrea mucho, pero pienso que es un sector, porque luego escucho a obispos y a curas de otros sitios y dicen otras cosas.

En un rebaño hay ovejas de todas las maneras, negras, blancas... Ésas del País Vasco son las ovejas negras; desde siempre ha habido una parte del clero que se ha puesto de parte del poder. Cuando la dictadura también había curas que se portaban bien, pero había una gran mayoría que ejercía el poder local de los pueblos. A mí eso no me afecta, porque yo tengo mi tranquilidad con Dios y con mis santos.

P.: —¿Cómo se ha portado la sociedad española con las víctimas del terrorismo?

R.: —Nos han tenido ahí encajonados. En algunos momentos ha sido importante decir que se estaba a favor de las víctimas, pero a favor, ¿de qué forma? De una forma muy pasajera, porque si yo he querido un psicólogo he tenido que recurrir o bien a los Ayuntamientos, o bien a la Asociación de Víctimas, porque nadie nos ha dicho: «¿Cómo lleva sus cosas?» Nunca ningún funcionario ha llamado por teléfono para preguntarme si necesitaba apoyo psicológico, o apoyo de otro tipo, o un trabajo; nunca. Siempre me lo he solucionado todo yo.

La conversación se acaba y Álvaro Cabrerizo conecta un teléfono móvil recuperado al cabo del tiempo del desván de los objetos inútiles y de infausta memoria. A medida que marca el número de su casa, una extraña alegría, por completo ajena en este hombre profundamente triste durante toda la entrevista, se apodera de su expresión. Contesta Lola, su compañera, a quien un padre rescatado de las tinieblas del infierno pregunta con urgencia por la niña que le ha devuelto la esperanza. Y cuando le informan que la chiquilla no se puede poner en ese momento, transmite para ella un mensaje corriente: «Dile que se prepare, que su papá la va a llevar al cine.» Está cargado en cada sílaba de torrentes de una ternura que el atentado de Hipercor secó durante largos años.

P.: —¿Se puede imaginar lo que supone el impacto del terrorismo en una vida, si no se ha experimentado en carne propia?

R.: —No se puede. Se ve desde lejos, no se ve desde cerca, y el que no tiene nada que ver con la política piensa que la cosa no va con él, pero desafortunadamente cualquier día puede pasar por un lugar donde le explote

una bomba y le afecte de lleno, como está ocurriendo muchas veces. ¡Ah! Y una cosa muy importante: el afectado no solamente es la víctima, sino mucha más gente: los familiares, los amigos, los conocidos... Es un contorno amplísimo que el terrorismo deshace.

DOMINGO DURÁN y MANOLI BARRERA

Policía nacional tetraplégico, y finalmente fallecido,
como consecuencia de un atentado terrorista sufrido el
13 de enero de 1995, y su esposa, que le ha cuidado
durante ocho largos años

Me habían alertado sobre lo que iba a encontrarme en la casita de Santoña que daba refugio a las personas a quienes iba a visitar, pero no hay palabras en el diccionario para describir la visión que me golpeó una lluviosa mañana de enero cántabro en la habitación de Domingo Durán, ocho años después del atentado que le dejó tetraplégico: una mirada taladrante. Unos ojos negros, insondables, increíblemente vivos en un rostro deformado por la prolongada parálisis, clavándose en los míos. Un cuerpo, antaño fuerte y viril, consumido por la postración forzada y hundido en una cama de hospital demasiado grande para sus mermadas dimensiones. Un pecho casi agónico bajo las sábanas, sometido a una traqueotomía y perforado por un artilugio que no quise investigar, a través del cual Manoli —su mujer— introdujo una cánula en mi presencia para aspirar los fluidos que amenazaban con ahogar a mi interlocutor y le impedían comunicarse, siquiera con un hilo de voz apenas audible...

En la pared, a su lado, un gran cuadro al óleo mostraba al hombretón moreno con amplios bigotes que fue este policía nacional un día, parece que en otra era, antes de que un pistolero etarra le descerrajara un tiro a bocajarro en la cabeza, que entró por la mandíbula y salió por el cuello, seccionándole la médula espinal y causándole una tetraplejia severa e irreversible.

Sucedió un 13 de enero de 1995 en unas oficinas de expedición del DNI del centro de Bilbao, en el transcurso de un ataque calificado entonces de «kamikaze» por el gobernador de Vizcaya. Paradójicamente, ningún criminal resultó herido, mientras Domingo quedaba inválido y su compañero, el también policía Rafael Leyva Loro, se dejaba allí la vida. Con él sumaban 103 el número de miembros de ese cuerpo víctimas mortales del terrorismo de ETA. Luego vinieron más. El propio agente Durán incrementó ese listado escrito en sangre apenas unas semanas después de mantener esta entrevista, y descansó por fin en paz un viernes 7 de marzo, vencido por una neumonía aguda, tras una larguísima agonía. Su esposa, Manoli Barrera, estaba con él, como siempre, sosteniendo su mano con fuerza en el momento de cruzar el fatídico umbral.

Ella me había dicho no envidiar en absoluto la suerte de esas mujeres viudas que la precedieron en el camino, pero yo, que la vi ataviada con su mascarilla de enfermera a los pies del lecho de Domingo, del que no se había separado en ocho años, me alegré sinceramente del final de su calvario. Ella, sin embargo, nunca se había arredrado ante la desventura y habría seguido peleando el tiempo que fuera necesario. Mujer atractiva pese a una delgadez extrema, elegante, cuidada, resuelta y firme como esas ayas de la tierra vasca que la vio nacer y de la que no reniega, Manoli nunca flaqueó mientras hubo de llevar a cabo esa tarea cotidiana de amor y dedicación que mantuvo a su esposo en este mundo.

Sin lágrimas ni pausas para embridar la emoción —«¡Sobre todo no queremos inspirar lástima!»—, todavía abrazada a la esperanza y feliz de estar junto a su ser más querido, esta luchadora nata me contó con valentía, consumiendo cigarrillos de manera compulsiva, el lento languidecer de una familia arrasada por el brazo implacable del terror. Aferrándose a su fortaleza, me repitió una y otra vez lo que para ella constituía una certeza indestructible: «Sólo sé que Domingo no se quiere morir.»

«De aquel día [el del atentado] lo recuerdo todo. Recuerdo que fui, como todos los viernes, a la iglesia, luego a sacar el dinero de la semana y después a buscar a mi hija Tamara al colegio. Volví con ella, me dijo:

“*Ama*, fórrame este libro, que me hace falta para esta tarde”, y me puse a hacerlo, cuando de pronto oí en la radio: “En la calle Ajuriaguerra ha habido un atentado, dos personas, una es un policía...” Yo seguí con el libro como si nada, y al rato dijeron: “Otra vez devolvemos la conexión a la calle Ajuriaguerra, donde han resultado heridos dos policías y hay confusión...” Entonces fue cuando pensé: “La calle Ajuriaguerra me suena... ¡A ver si es donde trabaja tu padre!”, le dije a Tamara, y ya ahí me puse un poco nerviosa, claro.

»Yo en casa no tenía teléfono, por aquello de que te amenazaban y todo eso, así que bajé a la calle, llamé desde un bar a la oficina del DNI, donde trabajaba él, y dije: “¿Por favor, don Domingo Durán?” Había una confusión terrible, la gente se notaba que estaba nerviosa, y me contestaron: “Espere un momentito, espere un momentito.” Yo insistí: «Domingo Durán, ¿le ha pasado algo?» Y respondió la persona que me hablaba: “Sí, sí, sí, pero usted no se preocupe.” “¿Cómo que no me preocupe?”, dije yo, y él: “No se preocupe, que no sabemos nada y tal.” El caso es que colgué y pensé: “Bueno, dentro de un rato llamo.” Me quedé un rato en el bar, ya toda nerviosa, volví a llamar enseguida y ya me dijeron: “Sí, uno de ellos es su marido, es Domingo Durán, espere que van a ir a buscarla.” Imagínate, yo allí, en el bar, y mi hija conmigo...»

P.: —¿Qué edad tenía ella entonces?

R.: —Nueve años. Me entró un telele, ¡pero telele! No sabíamos nada, más que la noticia de que él había sido uno de los afectados. Subí a casa, supe después que habían llamado a mis padres, porque yo tenía dado el teléfono suyo de Cabieces y me conectaba con ellos a través de la vecina, pero la vecina, por mala suerte, se había ido y no estaba en casa en los primeros momentos. Total, que me quedé esperando en casa, cogí lo primero que me vino a la cabeza, porque pensaba que estaba herido, le preparé a mi hija en una bolsa un pijama para ella, y de repente escucho: «El policía Domingo Durán Díez acaba de fallecer en el Hospital de Basurto.» Pero luego añadieron: «Tenía seis hijos.» Y yo: «¡¿Cómo que seis hijos?!» Ahí ya me puse a llorar, mi hija lloraba también ya fuerte, y las dos allí solas, con una tensión terrible. Me habían dicho que esperara un momentito que enseguida vendrían, y yo esperando, llamando a la vecina:

«Angelita, que me ha pasado esto, que ha tenido Domingo un atentado...»
Alguien cogió a la niña, nos dieron una tila o algo, porque yo pastilla no tomé, y venga a darle vueltas a lo de los seis hijos que no me cuadraba.
Pero bueno, pensaba yo, cuando dicen que Domingo ha fallecido, es que es verdad. Ya vino un policía con mi cuñado en el coche, la niña se quedó con la vecina y nos fuimos directos al hospital de Basurto, donde había una gran confusión y me ordenaron: «Usted espere aquí.»

DIAGNÓSTICO DEMOLETOR, PRONÓSTICO SIN ESPERANZA

Allí estaba Montse, la mujer de Leyva, del que falleció, y al verla yo me dije para mí: «¡El de ella está vivo!» Y ella diría: «Pobre, el de ella está muerto.» Pero al poco tiempo nos separaron. Entonces ya vino todo el barullo, no me daban información, pasaba el tiempo (ya serían las cuatro de la tarde y el atentado había sido poco después de la una del mediodía) y, eso sí, estaba muy bien atendida: vino el delegado del Gobierno, vino todo el mundo, me metieron arriba en una sala y me dijeron que Domingo estaba muy grave, pero que no era él el muerto. ¡Me dio una pena por la chica, por la mujer!

P.: —¿Te dejaron verle?

R.: —Me dejaron verle, pero ya muy tarde. A las cinco o así me dijeron: «Vete para casa, que vamos a limpiarle», y a eso de las ocho volví, y ya me dejaron verle. Estaba intubado, con el cuello vendado e inmovilizado, y dormido. Me dijeron: «Tome el anillo y firme el papel.» Lo firmé, y así estuve durante mes y medio. Estaba muy grave, nadie daba la menor esperanza, los médicos me decían que no me hiciera ilusiones, y a los quince días el director del servicio me dijo: «Prepárate, hija, porque va a quedar muy, muy inválido.» Yo contesté: «Bueno, ¡mientras viva!» Y él respondió: «Eso es lo que tú piensas ahora.»

El parte médico facilitado por el hospital de Basurto señalaba en aquellas dramáticas horas que Domingo Durán Díez tenía un orificio de entrada cervical posterolateral y de salida anterolateral. Presentaba parada cardiorrespiratoria, por lo que requirió intubación y reanimación cardiopulmonar, con respuesta positiva, y sus exámenes revelaban la existencia de una fractura de cuerpo vertebral y arco posterior, con lesión medular de pronóstico muy grave.

P.: —¿Tú deseabas que viviera de cualquier manera y a cualquier coste?

R.: —Sí. Primero, al decir «muy mal», yo pensaba que no iba a andar, que iba a quedar parapléjico. Luego le hicieron una resonancia, le hicieron la traqueotomía, y me dijeron que se iba a quedar quieto totalmente; que no iba a mover nada, ni brazos, ni piernas, ni nada. Y cuando ya casi al mes y pico me dijeron que se iba a quedar tetrapléjico irreversible... Entonces pensé: «Mientras viva, me da igual.» Y lo sigo diciendo.

P.: —¿Nunca has llegado a desear para Domingo el destino del otro, de Rafael Leyva?

R.: —Nunca, jamás.

P.: —¿Y nunca has envidiado a Montse, su viuda?

R.: —No, te lo juro por Dios que no. Si no fuera así, no estaría aquí. A mí lo que me da pena es verle así, que no puede hacer nada; eso es lo que me duele.

P.: —¿Cuánto tiempo llevabas casada con él en el momento del atentado?

R.: —Diecisiete años, iba a hacer, y ahora hará veinticinco. Me casé con diecinueve recién cumplidos. Había cumplido en julio, y en agosto me casé.

P.: —¿Estabas enamorada de tu marido cuando ocurrió esta tragedia?

R.: —Bueno..., teníamos nuestras cosas, bastantes.

P.: —¿Y aun así pensaste en todo momento que deseabas que viviera, sabiendo lo que te esperaba?

R.: —Sí, sí, sí. Con el corazón en la mano.

P.: —¿Hoy en día estás enamorada de él?

R.: —Hoy en día le quiero más que antes; le quiero mucho más que antes, quizá. Pero se trata de cariño. Enamorada... Pues dime tú a mí, ¿como no haga el amor con una sonda!

P.: —O sea, que relaciones físicas con él, no tienes ninguna; es imposible.

R.: —Tiene una sonda vesical que se la cambio yo cuando se obstruye; hay que limpiarle, y no creas que le limpia ese señor [su enfermero], no. Yo personalmente lo limpio, él me lo sostiene y yo saco sus heces, le cambio su sonda, le quito los mocos, que por cierto huelen horriblemente mal porque tiene una infección hospitalaria de tantos hospitales como ha visitado el pobre, le lavo... Todo menos cambiarle la cánula, que no quiero verle el

agujero ese que tiene en el pecho y que parece un pozo sin fondo, aunque le aspiro veinte mil veces al día. Entre unas cosas y otras, esto es así noche y día.

P.: —¿Qué piensas tú mientras estás haciendo todas esas cosas?

M.: —Bueno, depresiones yo no he cogido ninguna hasta ahora, al menos diagnosticada, aunque sí llevo ocho años primero con una psiquiatra y luego con un psicólogo. Pero sí es verdad que al principio lo pasé muy mal, sobre todo al llegar aquí, que fue cuando tuve que hacerme cargo de él y poner en práctica todo lo que había aprendido en el Hospital de Toledo: aprendí a aspirarle, aprendí a apretarle el diafragma para sacarle las flemas (date cuenta de que no tiene fuelle, como le llaman, no tiene potencia ninguna), aprendí los síntomas de los problemas que puede tener, porque por ejemplo él por una retención de orina se puede poner a morir, o por una retención de cacas, y tienes que mirarle todo, todo el tiempo. Eso es lo importantísimo. Aprendí a hacer cambios posturales cada dos o tres horas, para que no se llague, día y noche, y así todos los días durante ocho años. Es dejarte la juventud, encerrarte aquí y no salir, que hay gente en este pueblo que ni me conoce... Claro que ya me lo habían avisado en Toledo. Me dijeron: «Mira, Manoli, esto es lo que hay. Prepárate, porque Domingo nunca se curará. Por muchas cosas que salgan en medicina, lo de Domingo no hay ya quien lo remedie.»

Una vez superadas en Basurto las complicaciones iniciales derivadas del disparo recibido, que fueron muchas, el policía Domingo Durán, que a la sazón tenía cuarenta años de edad y ya había desaparecido de las páginas de los periódicos, fue trasladado en un avión de las Fuerzas Armadas al Hospital de Paraplégicos de Toledo, donde se instaló con su mujer, Manoli, durante más de diecinueve meses, para aprender a vivir con las gravísimas secuelas del atentado sufrido. Terminado el durísimo aprendizaje, comenzó para ambos un terrible día a día en la soledad de una pequeña casita situada en el campo, en la localidad cántabra de Santoña, sin apenas ayuda y con ninguna esperanza.

P.: —¿Cómo vive Domingo su calvario? ¿Qué te dice cuando estáis solos?

R.: —Él tiene una depresión como un caballo y no me dice nada, pero aun así yo sé que cuando se encuentra mal, no se quiere morir. Eso es lo único que sé.

P.: —¿Seguro?

R.: —Seguro. Solamente una vez dijo, le oí decir, y esto estando en Toledo, que si pudiera, se quitaría la vida. Pero date cuenta que poco después cayó en una depresión tan grave que tuvieron que meterle hasta sangre y todo. Luego fue recuperándose y yo creo, te lo vuelvo a decir, que no se quiere morir. ¡Hombre!, no le voy a preguntar directamente: «¿Te quieres morir?» Pero sé que cuando se encuentra mal, por ejemplo en cuanto mueve el cuello lo poco que lo mueve y se queda sin aire, enseguida pide ayuda: «¡Ay, que me ahogo, que me ahogo, ponme el oxígeno!» Yo creo que él quiere vivir, aunque esté ya cansado y hartó. Y tiene que estarlo. Además, lo ha pasado muy mal recientemente, porque quería mucho a mi hermana la mayor, con la que se llevaba muy bien y que siempre se preocupaba mucho por él, y ella ha muerto de cáncer hace poco, y el sentimiento que él tiene ahora es de algo así como: «Yo estoy aquí todavía, todos se van por delante, menos yo.» Eso sí lo he sentido yo, y desde entonces ha caído él y por eso está un poco más bajo ahora, pero bueno...

P.: —Cuando tú le estás limpiando, cambiando o atendiendo de alguna manera, ¿cómo reacciona él? ¿Llora? ¿Protesta? Me imagino que se sentirá muy, muy dependiente, muy inválido...

R.: —Al principio, sí, ahora ya no, porque está acostumbrado. Al principio se enfadaba, su reacción era de mucho enfado, de negarse a muchas cosas, te miraba mal, te hablaba mal, o le decías cualquier cosa y te mandaba a tomar por culo. ¡Tenía mucho carácter mi marido, eh! Y yo, claro, me callaba. ¡Qué iba a hacer! Otras veces no me callaba y él se enfadaba y yo le decía: «¿Sabes lo que te digo?: que te den; te vas a quedar aquí y te va a cuidar quien yo sé... Y no te digo tu madre, porque está muerta.»

P.: —¿Hablabais entonces del atentado? ¿Lo hacéis ahora?

R.: —Sí, del atentado, sí. Yo creo que hablamos de todos los atentados: «Mira, Domingo, uno ha caído.» «Pobre, pobre», dice él. Cuando ocurrió lo de Miguel Ángel, ¡anda que no nos llevamos lloreras! Porque sabes que al

muchacho le dieron un tiro pero no murió en ese instante, sino que dijeron que existía alguna posibilidad de que se salvara. Y yo le dije a Domingo: «¿Tú qué prefieres, que viva o que muera?» Y él me dijo: «Que muera.» Y yo le dije: «¡Domingo! Anda, ¿y tú?» Pero ésa fue su respuesta: «Que muera.»

P.: —¿Y de él? ¿Habláis de lo que le han hecho a él?

R.: —Bueno, a mí sólo una vez me dijo que no entendía por qué le habían hecho eso, que sabía que a por él no iban, que no era Domingo Durán en persona su objetivo, lo que le daba un cierto alivio, y que lo único que les deseaba a los terroristas era que pasaran personalmente lo que estaba pasando él. ¡Y sólo llevaba un año y pico en Toledo!

«*AMA*, ¿CUÁNDO VA A MOVER LAS MANOS?»

P.: —Cuando te fuiste con Domingo a Toledo, en febrero de 1996, tu hija tendría unos nueve o diez años. ¿Qué hicisteis con ella?

R.: —Tenía nueve añitos y se quedó con mis padres, con sus abuelos, y con ellos estuvo viviendo tres años. Yo acompañé a Domingo al aeropuerto en la ambulancia y luego, mientras él iba en avión, me fui a Toledo en un coche con dos policías que me llevaron. Antes de marchar, lo único que le dije a Tamara fue: «Mira, hija, mientras tú seas feliz, yo soy feliz, pero conmigo no te puedes venir.» Ella se fue llorando. Date cuenta de que después de un mes y medio era la primera vez que veía a su padre, y en ese estado, en una cama que estaba tan alta que ella no llegaba a verle, de manera que la tuvieron que subir hasta ahí, con la llorera, a despedirse de su padre.

Tamara era una niña cuando la barbarie terrorista la expulsó del calor de su hogar y le robó para siempre las caricias de su padre, pero hoy es ya una adolescente más en el Instituto de Santoña, donde intenta ser feliz a pesar de las dificultades que complican su vida, de la soledad que rodea la vivienda elegida por su madre para atender las necesidades de Domingo, y de la tristeza que debe inundar su corazón cada vez que, franqueada la puerta de entrada, se topa con la visión de ese hombre tan querido, torturado en una cama...

R.: —Ella lo lleva muy mal —explica Manoli—. A mi hija no le puedes hablar de su padre, porque inmediatamente se pone a llorar. Y lo peor fue decirle lo que había ocurrido y cómo se iba a quedar...

P.: —¿Cómo se lo dijiste?

R.: —Fue en Toledo. Ella iba un fin de semana sí y otro no. La llevaba la policía, que se portó muy bien con nosotros, y un día me dijo: «*Ama*, yo no veo que papá mueva las manos», y le contesté: «Hija, ya las moverá.» Claro, la primera reacción que tuve fue ésa, y ya luego en casa, en un piso de la policía que nos dejaron mientras Domingo estuvo allí en el hospital,

ella insistió: «*Ama*, y ¿cuándo va a mover las manos?» Ella estaba con el tema de las manos, y yo ya no pude más, y brutalmente le dije: «Que sepas que tu padre no va a mover ni las manos, ni los pies; no va a mover nada, ni te va a poder abrazar.» Se lo dije mal, muy mal. Ella se fue a llorar, esto era un viernes, y el domingo se marchó llorando. Luego ya fue distanciándose un poco del tema, ¿sabes? Allí en Toledo había muchos niños, porque muchas se llevaban a los hijos, pero yo no quise llevarme a Tamara y no me arrepiento, aunque alguna vez me he preguntado si algún día mi hija me echará la culpa de haberla dejado sola... No sé. Ése es el miedo que yo tenía en Toledo, y el miedo que todavía tengo actualmente.

P.: —¿Y qué dice Domingo de su hija y del hecho de no poder estrecharla en sus brazos?

R.: —¿Sabes cómo reaccionaba en Toledo? Allí lo levantaban de la cama todos los días, por narices, aunque no quisiera, y él protestaba, pero acababa dejándose, menos los fines de semana. Cuando iba su hija los fines de semana, qué casualidad, ¡nunca se levantaba! Es como si se sintiera avergonzado. Yo creo que más que nada era ése el sentimiento, ¿me entiendes? Hacía como que pasaba de la niña, pero yo creo que en realidad sufría mucho: de haberla llevado de la manita poco tiempo antes, a haberse quedado así, en esas condiciones... Él sufría y sufre mucho.

P.: —¿Qué te dice él de eso? ¿Habláis de ello alguna vez?

R.: —Sí hablamos, sí, sí, y ¿de la niña qué dice? Que lo que la niña quiera, porque como siempre ha sido su mimada...

P.: —Y de su vida ¿qué dice?

R.: —De su vida yo no le pregunto y él no me dice nada.

P.: —¿No habláis de su situación, del futuro?

R.: —¿De qué futuro vamos a hablar?

P.: —¿Y qué perspectivas os dan los médicos?

R.: —Ninguna. La médica soy yo.

P.: —¿No le ven los médicos?

R.: —Sí, sí le ven, pero no sirve de mucho. Ahora, además, le dan ataques epilépticos. Jo, maja, el primer día yo creí que me moría del susto! Se pone así, con los ojos medio en blanco, y eso te pillas a ti desprevenida. ¿Qué tiempo te da de llamar a un médico? Aparte de que lo que es la

tetraplejia, estos médicos de aquí no lo entienden. Y eso que ahora tengo la suerte de tener una doctora que es bastante lista en ese sentido.

P.: —Pero ¿qué esperanza de vida tiene en este estado?

R.: —Cuando le dieron el alta de Toledo, a mí me cogieron las dos doctoras, la neuróloga y la de planta, y me dijeron: «Siéntate, Manoli, y escucha; échale dos cojones, porque lo que te ha tocado es ser padre y madre a la vez, tomar tú todas las decisiones, y aguantar una cosa muy dura, así es que ármate de valor.» Así de clarito. Y siguieron: «Mira, Manoli, si quiere comer, que coma, si no quiere comer, que no coma; si le apetece jamón, que coma jamón, si le apetece un whisky, que se lo tome; dáselo. Tú, teniéndole limpio y bien cuidado... Si no se quiere levantar, que no se levante... Y que sepas que te va a durar muy poquito.»

Yo me quedé así, alucinada, y le pregunté: «¿Cuánto más o menos?» Y me contestó la doctora: «Échale como tres años.» Eso fue lo que me dijeron hace ya más de seis años, y aquí estoy yo todavía, llevando una vida de clausura. Pero eso no quiere decir que yo esté deseando que se muera. ¡No, no! Al contrario. Te lo digo con el corazón en la mano.

NI MONJA NI VIUDA

P.: —Sin embargo, a él podría cuidarle otra persona a ratos y tú podrías salir, divertirme un poco...

R.: —¿Y qué quieres que haga? Yo no puedo tener amigas, por el tema que tengo en casa; yo no puedo quedar contigo para tomar un café mañana, porque no sé cómo va a amanecer él; no tengo coche ni carné, porque soy ya tan vaga que ni eso he sacado, aparte de que a Domingo no se le puede dejar solo. ¿Quién le iba a cambiar la sonda? Además, si me voy por ahí un par de días, puede ser que cuando vuelva ya se haya muerto. ¡No! No salgo.

Manoli dice la verdad. Todos los que la conocen saben que no se aparta del lecho de Domingo más que si es estrictamente indispensable, e incluso entonces, pegada a un teléfono móvil, pide novedades cada pocos minutos, como si con su ausencia fuera a faltarle a su marido el finísimo hilo invisible que lo mantiene todavía en este mundo.

P.: —Y mucho menos puedes tener novios, claro...

R.: —Ni monja, ni viuda. ¡Cómo novio! ¿Qué dices? Me mata éste con la mirada —afirma esta mujer-coraje con un deje de coquetería, volviendo los ojos en dirección a la habitación de Domingo—. ¡Es muy celoso! ¡Ufff, celosísimo!

P.: —¿Y no echas de menos una vida?

R.: —¡Hombre, claro, no te voy a mentir! Pero lo peor fueron los dos años de Toledo, yo sola, rodeada de tristeza, metida en la habitación 127 con mi querido marido, porque al señor no le salía de los cojones levantarse, ni que le levantaran, ni nada. Ahí todo el rato sentada y aspirándole cuando tenía que aspirarle, que ya ni llamaba a las enfermeras para que vinieran a hacerlo, porque lo había aprendido.

P.: —¿Nunca se te ha pasado por la cabeza dejarle?

R.: —¿Dejarle? ¡Qué dices! ¿Tú qué quieres, que me muera? ¡No, hombre, no! Esto —dice llevándose la mano al corazón— manda mucho. No es que no le deje por la conciencia o por los remordimientos, no. Es que

no valdría. Yo no le dejaría nunca y por eso le pido a Dios que si se tiene que morir antes uno de los dos, que no sea yo, porque sin mí, el pobrecito, ¡no me dura ni dos días!

P.: —¿Pero actúas por sentido de la responsabilidad, por sentido de la lealtad, por amor o por qué? Porque me imagino que egoístamente se te ha tenido que pasar por la cabeza mil veces que deseabas acabar con esta esclavitud...

R.: —No, no, palabra de honor que no. Es más: me da mucho miedo que pueda llegar ese momento de la muerte para el que me están preparando desde hace ya muchos años. Todavía no, no estoy preparada para que suceda, y cuando le dan los ataques, digo: «¡Madre mía, Dios mío, que no se muera!» Te lo juro por mi santa hija, o por Dios.

P.: —¿Cómo definirías ahora la relación que te une a Domingo?

R.: —Pues una relación como de... más que amigos, como si fuera, digamos mi hijo mayor. Yo le veo como hombre la cara, pero no puedo sentir nada.

P.: —¿Sientes lástima?

R.: —¿Por él? Pues me da pena por cómo se ha quedado y cómo era. Al principio yo sentí como un vacío, como si me hubieran vaciado por dentro, y ni siquiera era capaz de odiar a la gentuza que le había hecho eso. Ahora me da rabia, y pena e impotencia. Yo creo que la palabra que mejor define lo que sentimos muchas víctimas del terrorismo es ésta: impotencia. La impotencia que él tiene que tener, aparte de la que yo tengo.

P.: —¿Te comunica Domingo esa impotencia, la comparte contigo?

R.: —No, no me dice nada. Él de sus sentimientos no habla, pero como yo le conozco muy bien, no hace falta ni que le pregunte. Muchas veces voy y le digo: «¿Qué, cariño?, ¿qué tal estás?» «Regular, mal, Manoli. Tócame, Manoli, quítame la manta. Manoli, pónmela...» Y «¿Qué tal, Domingo?, ¿quieres comer?» «No, todavía no.» «¿Quieres un sobre de proteínas?» «Sí». «Pues venga, ahora te lo traigo.» Y «Mi papi, mi chochi», un besito y tal, pero de nuestras cosas íntimas... Yo le cuento, aunque es como si hablara sola. Pero bueno, más vale hablar, ¿no? Yo le digo: «Domingo, ¿qué te parece si la niña tal?», y como él dice a todo que sí, pues vale, no me pide

cuentas de nada, ni me pregunta cuánto dinero tenemos o dejamos de tener.
Yo le informo a él y punto.

UN DÍA DE TORTORA

P.: —¿Tú trabajabas antes del atentado?

R.: —Yo no; no me dejaba. ¡No te digo que era muy celoso! No me dejaba, y eso que hacía falta, ¡eh! Yo estuve en una empresa de *catering* y ya luego me casé con él, lo cual también era un problema, porque a nada que se enteran de que eres la mujer de un policía, te miran mal. Aunque yo soy de allí, de Santurce, y siempre lo he llevado un poco mejor. Hoy es el día que voy poco por allí, pero voy y con la cabeza bien alta. En el portal de mi madre, por ejemplo, hay dos de HB, y hace unos meses, cuando se murió mi hermana, entré en el portal y estaban ellas allí, y ¿sabes lo que hicieron? Agacharon la cabeza. Nunca me han dicho «Te jodes, hija de la gran puta», nunca, nada, porque a Domingo le conocían y, para ser policía, le miraban bien.

P.: —¿Domingo encuentra alguna satisfacción en la vida?

R.: —¿Ahora? Yo creo que ninguna. Yo creo que la única satisfacción que encuentra es verme a mí todos los días, aunque esté hasta los mismísimos de verme, pero... ¡es la única! Date cuenta de que la rutina para Domingo es siempre la misma.

P.: —¿Cómo es un día en su vida?

R.: —Pues yo me levanto y voy a verle: «¿Qué tal, Domingo?» «Bien.» «¿Qué tal la noche?» «Ha tenido picores», me dice el enfermero. O ha tenido muchas flemas, o ha estado intranquilo o le ha dolido la cabeza. «Vale, ¿y ahora cómo está?» Está dormido o está despierto. Yo tomo mi café, el que le cuida por las noches se va a las dos, yo para entonces ya he hecho la comida y ya estoy pendiente de él. Me pongo la televisión, me subo en el sofá ése —Manoli señala un mueble situado junto a la entrada de la habitación que ocupa el enfermo, en la planta baja de la casita de dos pisos en la que vive la familia— para verle bien, y si toca aspirarle, pues a aspirarle, si toca rascarle, a rascarle, a aspirarle y a rascarle... Viene mi hija, le pongo la comida a ella, y cuando él quiere comer, normalmente a las tres o a las cuatro, cuando él diga, le doy la comida. Se atraganta, y vuelta a aspirarle y a limpiarle. Y eso es la mañana. Por la tarde, unas veces duerme,

otras está despierto, le pongo la tele y ve la tele. De vez en cuando entro. «¿Qué tal, Domingo?» «Bien.» «¿Te doy un sobre?» «No.» Y así todos los días, ni hay domingos, ni hay sábados; para mí, no hay nada de eso, y así es como vivo, viendo la tele. Ahora, eso sí, cada vez que hay un atentado, yo ahí le digo: «Domingo, un atentado, ¡qué hijos de la gran puta!» Y ya está.

P.: —¿Os ha servido de algún consuelo a él y a ti saber que a los terroristas que le dispararon les condenaron a cincuenta y tres años de cárcel?

R.: —A mí no me ha servido de consuelo, porque estuve en el juicio y me amenazó uno dentro del cristal. Me amenazó porque le llamé cornudo mediante gestos, después de llamarle asesino, y al día siguiente no me dejaron entrar. Pero esto sucedió después de que yo tuviera que salirme de la sala, cuando estaban leyendo las lesiones de Domingo los forenses, porque mientras eso ocurría, los cuatro hijos de la gran puta de los acusados estaban riéndose a carcajadas dentro de la pecera. Ya me lo había advertido el psicólogo de la Asociación de Víctimas del Terrorismo: «Ten cuidado, que éstos se ríen», pero yo tenía ganas de ver la cara a los que habían hecho esto a mi marido. Y ahí estaban ellos, riéndose, y yo vi ante mí la imagen de la cama, lo que estaba pasando Domingo, fijate que no habían pasado ni tres años, porque esto fue en abril de 1998, y tuve una sensación que creí que me daba algo, una angustia y unas ganas de... No sé... de que les tenía cerca y podía aprovechar, ¿no?

P.: —¿Qué les habrías hecho, de haber podido?

R.: —Yo miraba la pistola del policía que estaba a mi lado y les habría pegado un tiro. En aquel momento, en el juicio, mientras se reían, les habría disparado, no para matarles, sino para hacerles lo mismo que a Domingo, a ver si les entraba por aquí —dice señalando su cuello— y les salía por aquí, que es lo más duro. Claro que si caían, mejor; menos daño harían después. Eso pensé entonces, aunque ya sabía que no podía hacer nada. Ahora ya ni siquiera pienso en ello.

P.: —¿O sea que a tu juicio los cincuenta y tres años que les cayeron no son suficientes?

R.: —Para mí son pocos, y todo se debe a que Domingo no fue al juicio. Si llega a ir a la Audiencia y le ven los jueces, les habrían dado más años a

los terroristas, aunque no valdría de nada, porque van a salir dentro de cuatro días.

P.: —No, no creo que salgan, imagino que estarán condenados por el nuevo Código y cumplirán treinta años de condena, por lo menos.

R.: —¿Éstos están condenados por el nuevo código? O sea, que éstos cumplen... Pues mira, ya me queda más satisfacción, por si acaso vienen a por mí.

P.: —¿Qué te dice el nombre de Víctor Fresnedo?

R.: —¿Víctor Fresnedo? ¿Quién es ése?

P.: —El desgraciado que le pegó el tiro a Domingo.

R.: —Tengo la sentencia, pero no la he leído. Puedes creer que... No los he olvidado, pero me conformo con que estén detenidos, porque aunque tengo mucha rabia, la rabia no conduce a nada. Al principio, en Toledo, yo me excitaba mucho y lo pagaba con la doctora o con la enfermera. Las insultaba, les decía: «¡Me cago en la madre que os parió, como no me tengáis bien a mi marido...!» Y me mandaban al psiquiatra, porque yo entonces estaba con mucho odio, era cuando yo sentía odio de verdad por esa gente.

P.: —¿Y ahora ya se te ha pasado?

R.: —Yo perdonarles, no les perdono, ¡eh! Que quede bien claro, pero, ¿odio? Si tuviera que vivir con odio siempre, yo creo que no podría vivir. No sé cómo explicarlo. Cuando se produce un atentado es como si lo revivieras todo y entonces te acuerdas de la madre que los parió... Cuando lo de la niña de Santa Pola, por ejemplo, o cuando lo del pobre hombre ése que no tenía ni culpa ninguna, Miguel Ángel Blanco, y esos pobres políticos...

UN DINERO LLENO DE SANGRE

P.: —Tampoco Domingo tenía culpa ninguna...

R.: —Sí, pero, ¿sabes lo que pasa? Que un policía, por tener un número y por ser policía, se entendía que tenía derecho preferente a morir asesinado, porque en los años de los que estamos hablando sólo morían policías, guardias civiles y algún militar que otro. Yo lo que no entiendo tampoco es que a un policía no le den la misma importancia que a un político cuando está amenazado. A ver, ¿es que tienen que matar a otro Miguel Ángel Blanco para removernos?

P.: —¿Tú también tienes la sensación de que hay víctimas y víctimas?

R.: —No, no, sensación no. Es que hay víctimas de primera, de segunda, de tercera y yo la última: de cuarta. Y luego encima vienen y te ven aquí y piensan: «¡Joder, ésta vivirá una vida a lo grande!»

P.: —¿En qué situación económica ha quedado la familia? ¿Se ocupa de vosotros el Estado?

R.: —El Estado en su momento, al año del atentado, nos indemnizó con lo que daban entonces, que eran siete millones, aunque a nosotros nos dieron catorce por un seguro que tenía mi marido, que a muy poquitos policías se les hacía, de gran invalidez. Con eso pudimos comprar esta casa, y para vivir nos quedó el sueldo de Domingo, que se jubiló con el sueldo íntegro de Bilbao. Así nos vinimos de Toledo en octubre de 1996, y el primer año estuve yo con mi hermano, que le pagaba con lo que me daba MUFACE por gran invalidez, haciendo la noche y el día y durmiendo en ese catre que ves ahí [una pequeña cama plegable junto a la de Domingo] durante más de un año. Luego conocí a una representante de la Oficina de Atención de Víctimas, del Gobierno vasco, y lucha y lucha y lucha, a través también de la AVT [Asociación de Víctimas del Terrorismo] y de otras asociaciones, conseguí que me pusieran dos personas para ayudarme, que luego por cierto me han quitado. Que si no tienen dinero para eso y que si la responsabilidad no es ni de la AVT ni del Gobierno vasco, ni de Interior, sino siempre del otro.

»Como cuando logré que me pusieran las dos personas, que fue sólo después de salir en un programa de televisión para pedir ayuda. Yo tuve que pasar la vergüenza de salir allí pidiendo una cama, pidiendo una furgoneta y dando un número de cuenta, que eso es pasar vergüenza, pero a la vez no me arrepiento. Es una de las cosas que yo creo que no tenía que haber hecho, pero lo hice, ¿sabes? Y no me arrepentí porque no me daban nada y yo tenía derecho por lo menos a eso, aunque ahora vuelvo a estar sola con mis recursos y sin ninguna ayuda para ocuparme de Domingo. ¡Me han dejado a mi marido destrozado, y demasiado que he podido comprar esta casa! ¿Eso cómo se paga? ¿Tú crees que con cien millones [el importe de la indemnización a que fueron condenados los terroristas y que pagó el Estado en aplicación de la Ley de Víctimas] se paga? ¿Con un dinero lleno de sangre? No te digo que se lo vaya a regalar a un pobre, porque además gracias a él puedo atender a mi marido, pero es un dinero de verdad lleno de sangre y de mucho dolor, y de una familia partida por la mitad, y de una hija que lo está pasando muy mal y que llora en silencio y no puede soportar ver a sus amigas con sus padres y sentirse sola, como se siente. Eso, ¿qué precio tiene? Ninguno. O sea, que cuando hablen de las víctimas, que hablen de las de cuarta también, que estamos aquí. Y no quiero todos los días verme en la tele ni nada, pero que hablen de una de las de cuarta, de este pobre hombre que está aquí muerto en vida.

P.: —¿Qué significa para ti la expresión «víctima del terrorismo»?

R.: —Pues nada, ser una puta desgraciada. Eres una víctima porque te han dado un palo muy gordo que te ha destrozado la vida, y eso que yo me considero víctima, pero tengo a mi marido. Hombre, te sientes marcada, eso sí, como si te hubiesen puesto... ¿Te acuerdas del libro de *La letra escarlata*? Pues parecido. Es como si llevaras un cartel interiormente que pone eso, «víctima», o una «V» marcada en la piel, y no sé cómo decirte... Es que significa muchas cosas para mí. Ahora, tampoco hay que ir de víctima como mucha gente va, ¡eh! Porque a mí que me digan «pobre» o que sientan pena por mí, no me gusta, lo odio, como tampoco soporto que digan «¡Pobre Domingo!», aunque sea digno de ello. Lo puedo decir yo, pero en mi interior.

P.: —Hombre, pero...

R.: —Yo muchas veces la sensación que tengo cuando viene alguien por primera vez es que Domingo es como un muñeco de feria, como la mujer enana, más o menos, pero en tetrapléjico. No sé cómo decirte. ¿Tú sabes la sensación que eso produce en ti? Una sensación de bajeza, impotencia, rabia...

P.: —¿Y de injusticia?

R.: —De injusticia total, total. Mira, para ver un muñeco de feria iros a tomar por culo, porque no venís nada más que una vez. «Sí, ya vendremos un día a tomar un café», pero nadie viene, porque nadie quiere ver, y lo que no se quiere ver, no se ve. Lo bueno sí lo queremos ver, pero una situación como ésta, nadie la quiere ver. Amigos que no vienen a verle, compañeros... Yo creo que mi marido mucho presumía de amigos, cuando no tiene ninguno, y eso me da mucha rabia. No tiene ni hermanos, con eso te digo bastante, porque no vienen a verle, vienen a robarle. Dirás tú: «¡Esta tía está como una cabra!», pero es cierto lo que te digo.

»Eso es lo que siento, mucha rabia y asco por ellos, por todos ellos, y por la gente ésta que va por ahí... ¡Esta vez no me voy a callar! Las gentes éstas que van de asociaciones y que nombran constantemente a las víctimas del terrorismo, ¿qué están haciendo? ¿Me lo puedes explicar? Porque aquí estoy yo que necesito ayuda y no me la están dando, y ellos recibiendo dinerito para ordenadores, dinerito para viajes... ¿Qué pasa? ¿Quién maneja todo eso? Esto es una denuncia, porque hay muchas plataformas que lo único que sienten es odio, y así no se puede vivir. Hay que defender algo en positivo para las víctimas.

P.: —¿Tú sientes que las víctimas estáis siendo utilizadas e instrumentalizadas?

R.: —Sí, sí, últimamente estamos siendo totalmente manipuladas y utilizadas. Siempre las víctimas, las víctimas que se utilizan porque están de moda... Y el terrorismo es un problema que no se va a acabar nunca.

Manoli se enfada, jura, se rebela contra el cielo y la tierra que han desamparado a su familia, y se crece en la indignación que le produce la corrupción detectada aquí y allá en ese archipiélago de organizaciones más o menos (des) interesadas nacido en torno a las víctimas. Su cuerpo delgado

y de apariencia frágil se convierte en un látigo, azote de desaprensivos, hasta que traspasa el umbral de la puerta más allá de la cual descansa Domingo y se acerca hasta la cabecera de su cama. En ese mismo instante, la mujer implacable con la que acabo de hablar se amansa, sonríe, y con infinita ternura pregunta al ser martirizado que yace bajo las sábanas: «¿Por qué tiembles, cariño? ¿Tienes frío?»

DOMINGO, EN UN ESTERTOR: «VOLVERÍA A SER POLICÍA»

Domingo tiembla, en efecto, y no parece capaz de contestar a mis preguntas, aunque con enorme esfuerzo y la ayuda de Manoli, que traduce los estertores salidos de su garganta, obtengo una confesión de esas que nunca se olvidan:

P.: —Domingo, ¿recuerdas el momento del atentado? ¿Lo revives alguna vez? ¿Sueñas con él?

R.: —Sí.

P.: —¿Recuerdas la cara que tenía el etarra que te disparó?

R.: —Sí.

P.: —¿Y te quita el sueño por las noches ese recuerdo?

R.: —No.

P.: —¿En qué piensas durante todas estas largas horas de inmovilidad?

R.: —En nada.

P.: —¿Alguna vez has deseado terminar con todo esto y desaparecer?

R.: —Sí.

P.: —¿Pero quieres seguir viviendo?

R.: —Sí.

P.: —¿Qué te parece esta mujer que te cuida, Manoli, tu mujer?

Con un esfuerzo supremo, Domingo articula una palabra de cinco sílabas:

R.: —Maravillosa.

P.: —Domingo, ¿hay odio en tu corazón?

R.: —No.

P.: —¿Hay rabia?

R.: —Sí.

P.: —¿Se llega a poder aceptar la dependencia absoluta de otra persona para cualquier cosa?

R.: —Cuesta.

P.: —¿Qué te dice la palabra ETA?

R.: —Asesinos.

P.: —¿Tú perdonas a quienes te han hecho esto?

R.: —No.

P.: —Y la sociedad española, ¿debería perdonar?

R.: —No.

P.: —¿Te has sentido abandonado por la sociedad española?

R.: —No.

P.: —¿Crees que te hemos agradecido lo suficiente lo que has hecho por todos nosotros?

R.: —Sí.

P.: —¿Si pudieras volver a elegir, volverías a ser policía?

R.: —Sí.

FRANCIS MENDILUCE

Hermano de Iñaki Mendiluce, agente de la Ertzaintza,
policía autónoma vasca, asesinado el 10 de diciembre
de 1995

Iñaki Mendiluce llevaba con orgullo el uniforme rojo de la Ertzaintza. Había terminado la carrera de Derecho, estaba bien formado, dominaba a la perfección el castellano y el vascuence y era un hijo amante de su tierra vasca. Un hijo del bello corazón guipuzcoano de Oria, donde anida la serpiente etarra y resisten con valor hombres y mujeres valientes.

Él era un abertzale en el sentido más genuino de la palabra: un patriota defensor de sus raíces seculares, carente del menor fanatismo y convencido de la necesidad de regirse por la ley como condición indispensable para conservar las libertades. Un mal día de diciembre de 1995, el deber le llevó hasta un caserío de Itzasondo donde un joven infractor de tráfico se había refugiado después de provocar diversos incidentes. Sólo quería identificarle para cursar la correspondiente sanción, pero su asesino no le dio tiempo: armado con una escopeta, Mikel Otegui le descerrajó dos tiros a bocajarro, y, acto seguido, otros cinco al agente que le acompañaba. Cuando ambos estuvieron muertos, sentenció en euskera: «Dos hijos de puta menos.» Al cabo de un par de años, un jurado popular, atenazado por el terror, absolvió a ese miserable al considerarle irresponsable de sus actos, después de lo cual la Audiencia Provincial de San Sebastián le devolvió el pasaporte para facilitarle la salida de España. Desde 1997 hasta su detención en Francia en febrero de 2003, estuvo en paradero desconocido, y en el momento de redactar estas líneas su familia desconoce si se le podrá juzgar por un delito de terrorismo o si, como todo parece indicar, volverá a ser sometido al mismo procedimiento que dejó impune su crimen y

comparecerá ante nueve jurados presuntamente imparciales de su provincia natal.

Francis Mendiluce, cuatro años mayor que su hermano asesinado, no habla: se derrama a borbotones. No hay un ápice de cálculo o medida en sus palabras, que le salen directamente de la viscera, de un corazón grande y noble que tiene mucho de niño y como tal clama de indignación ante la iniquidad padecida. Su acento vasco es inconfundible: rueda las erres y silba las eses como buen hijo de una «casera» euskaldun que ha enseñado a sus retoños a rezar en vascuence. No permite que le abandone la sonrisa, ni siquiera cuando se emociona recordando a Iñaki. Está repleto de sentido del humor y no aparenta los treinta y ocho años que tiene.

Aparca el camión que conduce incansable por las carreteras españolas en una estación de servicio, y allí, entre cafés y humo de cigarrillos, desgrana el relato de un esperpento judicial que sin duda pasará a la Historia, mientras salpica la narración de su peculiarísimo análisis político del País Vasco de hoy, visto a través de los ojos de un muchacho de Zumárraga que en su primera juventud votó a Herri Batasuna.

Le dejo hablar. Son sus palabras. Sus expresiones. El grito imposible de acallar de una víctima potencial del miedo y del odio, que nunca sucumbirá a esas dos bestias perversas.

«No llevaba ni cuatro semanas Iñaki en la base de Beasáin, cuando se encontró con su asesino. No le conocía para nada. Me imagino que si hubieran sabido su compañero y él qué tipo de sujeto era, no habrían ido con tanta tranquilidad a identificarle, pero aquello fue un cúmulo de mala suerte y negligencias: Mikel Otegui había estado de fiesta toda la noche, aunque cuando ocurrieron los hechos en la taberna tienda de Itzasondo, ya de mañana, estaba perfectamente sobrio y en plenas facultades. Entonces fue cuando entró a comprar comida un *ertzaina* de paisano que él conocía, y lo primero que hizo Otegui fue ir a provocarle. El otro no quería problemas y se limitó a esquivarle, pero él era un provocador terrible, además de uno de los más violentos de aquella zona, dentro del mundo de Jarrai y de la *kale borroka* [violencia callejera], así que venga a provocarle, hasta que el *ertzaina* se marchó. Estuvieron forcejeando los dos en la calle, e incluso

pegando patadas Otegui al coche del policía, y no hubo mayor pena que pensar que aquel *ertzaina*, bien fuerte él, no le hubiera llevado detenido, aunque estuviera de paisano... Luego hemos hablado con él y él también tiene esa pena, pero bueno, lo que ocurrió, ocurrió, y no tiene vuelta de hoja. No le detuvo porque aquello fue un cúmulo de negligencias terrible, y se fue a la base para denunciar la agresión, en vez de cogerle. Para cuando llegó allí, ya se había cargado Otegui a Iñaki y a José Luis.

»Mientras aquél iba a denunciar, el otro cogió su coche y se fue hacia el caserío, que está arriba del pueblo, a gran velocidad por la población, tocando la bocina, insultando y faltándoles a mi hermano Iñaki y a su compañero, José Luis, que estaban allí patrullando, no sabemos si en marcha o parados. Al ver lo que ocurría, ellos cumplieron con su deber, dieron la vuelta y le siguieron, pero él iba tan rápido que tuvieron que consultar a un casero, que les indicó el camino hasta el caserío de él. Una vez allí, bajaron del coche y ya le vieron a él salir con la escopeta en la mano. Iñaki le dijo: “Tranquilo, tranquilo”, pero sin mediar palabra, a bocajarro, ¡pum! ¡pum!, lo dejó seco. El compañero hizo amago de defenderse, porque aquello fue una sorpresa morrocotuda, y justo le dio tiempo a desenfundar la pistola, cuando aquél le pegó otros cinco tiros y le dejó en el suelo muerto. Una vez que los dos ya eran cadáveres, mira qué pena tenía el asesino que dijo en vascuence: “Dos hijos de puta menos.” Hay pruebas de eso, porque resulta que en ese momento bajaba otro vecino de un caserío por ese camino, y lo presencié todo y lo contó en el juicio. Luego Otegui se acercó al coche de mi hermano y con el *walkie-talkie* llamó a la base y dijo: “*Batasun, batasun* [unidad, unidad], aquí un casero ha matado a dos cipayos por la política que lleváis.” El que cogió el mensaje de la base de la Ertzaintza, un amigo mío de Legazpia, me dijo que él, claro, al oír eso, pensó que era un chiflado que tenía ganas de hacer el tonto. Pero no: era Mikel Otegui, que en aquel momento había matado a Iñaki y a Pepe Luis y estaba llamando a la Ertzaintza. Para que veas qué arrepentimiento tenía de conciencia.

»Al poco ya salieron el hermano pequeño y la madre, que habían presenciado todo desde dentro, y habían visto cómo había entrado él a coger la escopeta y cómo había disparado, sin hacer nada por remediarlo.

Salieron, pero incluso entonces, cuando mi hermano y su compañero eran ya cadáveres, la madre no hizo ni un amago de acercarse... Ya no se podía hacer nada, pero un poco de solidaridad, un poco de compasión...»

Transcurridas un par de horas, cuando todavía los cadáveres de Iñaki y José Luis permanecían allí en el suelo a la espera de que llegara el juez, la madre de su asesino (un conocido activista de las juventudes etarras, que en aquel entonces contaba apenas veintitrés años de edad y ya tenía antecedentes) declaró con tranquilidad a un periodista de Radio Euskadi que la entrevistaba en directo: «Ha sido nuestro chico, sí. No sé qué ha pasado, no tengo claro qué decir.»

Francis, por el contrario, habla y no calla de su hermano pequeño, de su hermano del alma, del «orgullo de la casa», como no se cansa de repetir.

ORGULLOSOS DE SER VASCOS

«De Iñaki, como hermano, ¡qué te voy a contar! Era un chaval maravilloso, un *abertzale*, como yo, pero muy plural, oye. No era un acérrimo, pero estaba orgulloso de ser lo que era, de ser vasco, sin dejar de identificarse con lo español y de simpatizar con ello. Era un chaval que admitía que en el País Vasco hay de todo y valen todas las ideas. Lo que no admitía era ETA, y pensaba que el problema del País Vasco no es que haya un conflicto político, sino que hay un grupo terrorista que no acepta más que su idea.»

P.: —¿De dónde procede vuestra familia?

R.: —Nosotros somos vascos. Bueno, mi padre es navarro, pero es vasco-navarro, porque es de la *muga* [frontera] con Guipúzcoa, de Olazagutía, y mi madre es de un caserío de Acherreta, un barrio de Azpeitia. La identidad nuestra es vasca, pero no lo decimos como una cosa que sea nada especial, sino como el que es extremeño o manchego. Yo tengo los ocho apellidos vascos y mis abuelos y mis padres son *euskaldunes* [vascoparlantes], aunque ahora lo más chocante es que te encuentras en Zumárraga, que es un pueblo al cual acudió mucha emigración a trabajar, a muchos hijos de Extremadura, de Andalucía o de Castilla, que te insultan a base de llamarte «españolazo» y te miran con cara de odio porque parece que lo que decimos a raíz del asesinato de mi hermano nos convierte en anti-vascos.

P.: —¿Tú no hablas vascuence?

R.: —Yo no soy vascoparlante, la verdad; yo lo entiendo pero no lo hablo, porque en Zumárraga, que es donde vivimos, en la quinta mía había mucha inmigración y lo que predominaba era el castellano. Sin embargo, la madre lo habla, el hermano Iñaki también lo hablaba y a mí me echaba en cara que era bastante abandonadete en el tema de la lengua y que tenía que hacer un esfuerzo un poco mayor para recuperar. Pero bueno, yo no le veía tal importancia y él me respetaba totalmente.

Francis vive el relato a través de cada uno de los músculos de su rostro infantil, y subraya con inflexiones de voz todo lo que considera importante.

Las imprecaciones (algunas irreproducibles) y coletillas con las que salpica sus respuestas no dejan lugar a dudas sobre la autenticidad de sus profundas raíces vascas, mientras la limpieza de su mirada garantiza que de su boca, de ese torrente de palabras tan complejo de ordenar, no sale más que la verdad.

P.: —¿Por qué se hizo Iñaki *ertzaina*?

R.: —Él acabó la carrera de Derecho y lo principal era coger un puesto de trabajo. En casa no ha existido nunca ese problema, porque hemos sido siempre camioneros, el *aita* [padre] y nosotros, el resto de los hermanos, salvo Iñaki. Pero él no tenía afición y nosotros también pretendíamos que, ya que era abogado, se dedicara a otra cosa, porque el camión, la verdad, de cultura no exige mucho... Y lo que es la vida; acabó Derecho, pero no había puestos de trabajo, así que se metió a *ertzaina*, y el *ama* [madre] en un principio se llevó un disgusto terrible, y nosotros también, porque siempre estábamos escapándonos de la Ertzaintza y de la Guardia Civil, por el oficio que tenemos. Y yo decía: «Sólo faltaría que me vea en la carretera y que me multe.» Pero cuando le vimos tan animado, pues le ayudamos, y superó todas las pruebas, porque aunque no era alto, era un atleta; pequeño era, pero vivo como él solo. Y ya pasó, y se metió a *ertzaina* y no duró ni dos años el pobre chaval.

P.: —¿Le gustaba su trabajo?

R.: —No decía nada. Nosotros le sonsacábamos y no contestaba, y claro, a raíz de lo que le pasó, nos dimos cuenta de que no quería hablar para no dar un disgusto en casa, porque tenía una presión bestial con la *kale borroka*. Él estuvo primero en Vitoria, luego fue a Éibar y de allí a Beasáin, y ya nos dimos cuenta de que algo iba mal. Alguna vez, bromeando, le decíamos nosotros presumiendo que nuestro trabajo era muy duro y que ellos vivían muy bien, y él decía: «Sí, pero yo me juego la vida.» Y nosotros decíamos: «¡Bah, la vida, y nosotros también.» Pero, claro, él sabía a lo que se refería, veía el peligro, lo veía, y en casa no decía nada, me imagino yo que sería para no apurarnos.

P.: —¿Había tenido algún enfrentamiento con ETA?

R.: —Con ETA, no. Mi hermano no era *beltza* [policía autonómico vasco destinado a la lucha contra el terrorismo], era un simple *ertzaina* de tráfico.

P.: —¿Qué decía de ese mundo de ETA y de Jarrai?

R.: —Pues que era inconcebible ¡Qué iba a decir! Pero yo digo, es inconcebible, sí, pero somos todos cómplices. Y claro, hasta que no me ha pasado lo que me ha pasado, no me he dado cuenta de verdad, pero ahora siento una vergüenza terrible y me siento cómplice también, e incluso he llegado a pedir perdón a otras víctimas de hace muchos años, porque yo también he corrido delante de los grises para legalizar la *ikurriña*, y mi primer voto, quiero pensar que era un inconsciente y un mocosito, fue para Herri Batasuna, como ocurre con el primer voto de muchos jóvenes allí en Euskadi. Yo ahora me escondo en mi pellejo y estoy haciendo todo lo que puedo, dentro de que yo soy un grano de arena, pero hago lo que puedo e intento hacer también autocrítica, porque durante todo ese tiempo, esos años de plomo que dices tú, con todos esos muertos que ha habido, yo he estado gritando: «*Gora ETA Militarra!*» [Viva ETA Militar].

P.: —¿Y has pensado tú por qué decías «*Gora ETA Militarra*» y por qué votabas a Batasuna?

R.: —Pues, como dicen todos estos mamelucos, porque era la moda, porque de joven todavía no tienes la suficiente personalidad y te agarras a lo más seguro... Otros motivos no tenía, aunque mi casa era un follón de miedo, porque mi padre, que tiene ochenta y un años, estuvo en la guerra como requeté navarro, y con la familia de *ama*, nacionalista de toda la vida, había unas peleas terribles. Cualquier comida que había, el padre, con dos cojones; el padre, íntegro, ¡eh! Así como yo reconozco que soy un chaqueta vuelta, él siempre igual, aunque no sabía lo que le iba a pasar. Y mira, le ha pasado, ochenta y un años y, ¡lo que es la vida!, tener que enterrar un hijo de veintisiete años, un chaval fantástico, sensato, inteligente, que pensaba y pensaba bien, que era nuestro orgullo. ¡Me cago en la leche! ¿*Ama*? Es muy ignorante, de caserío... No es tonta, pero de política, cero. El mundo nacionalista es muy sectario. En la familia de mi madre son todos de ir a misa, unos santos terribles, pero si Arzalluz se echa un pedo, es un pedo que no huele. Me entiendes, ¿no? Es de un sectarismo terrible, y todo eso lo he

mamado yo... Incluso he ido a comer con primos de HB a casa de la *amona* [abuela], y los tíos llenos de orgullo, diciendo que y tal y cual, que hay que solucionar esto, que es un conflicto... ¿Pero qué dices tú, hijo de puta? Si esto fuera un conflicto, yo ya habría hecho algo, me habría tomado la justicia por mi mano. Y, sin embargo, aquí estoy, tragando. ¿Esto es un conflicto? ¡Cabrones!

P.: —¿Todavía vas a comer con primos de Batasuna?

R.: —Ya no he vuelto, porque la última vez, la única vez que fuimos después de lo de Iñaki, se armó la tremolina y ya no volvemos. La *amona* ya se ha muerto, además, la pobre mujer, y mejor así.

P.: —¿Y cómo han podido tus padres convivir tantos años?

R.: —Ya ves, se casaron y hasta hoy, pero mi madre siempre con lo suyo: que si los navarros hicieron herejías aquí en la guerra civil, todavía hablando de la guerra civil española. ¡Pero bueno!, que digo yo, esto ha quedado ya atrás, ¿no? ¿Qué sentido tiene comparar aquello con lo de ahora, si no tiene nada que ver? Aquí el problema es ETA, y si no hubiera ETA, si hubiera libertad para decir lo que cada uno opina, no habría problema. Decir que yo me considero español, eso es jugarte la vida, es jugártela. ¿Y yo por qué lo digo? Lo digo ahora, que me han dado bien, ¿me entiendes? Antes de lo de Iñaki, no lo decía, y de eso hace siete años. ¡Pensar que hay gente que lleva sufriendo veinte o veinticinco años! Mi hermano al menos tuvo un funeral digno y luego una manifestación en Zumárraga a la que todo el pueblo respondió, porque somos de allí y nos conocen de toda la vida. ¿Se manifestarían por el hijo de un guardia civil o por un guardia civil? ¡Por ése, no! A veces pienso yo: será la Historia la que nos juzgue por nuestra pasividad y nuestra cobardía. Pero luego me digo que en el holocausto de los judíos también iban todos sumisos a la cámara de gas, y lo nuestro es una situación parecida. Es falta de valor; falta de valor.

Las palabras de mi interlocutor son tan sentidas y su *mea culpa* tan sincero, que opto por no profundizar en esa herida y regreso al relato de los hechos de ese domingo 10 de diciembre de 1995, en que el fogonazo de dos disparos contra el pecho de su hermano abrieron trágicamente sus ojos.

ASESINATO EN DIRECTO

P.: —¿Cómo te enteraste tú del asesinato de Iñaki?

R.: —Era domingo y me gusta hacer deporte, así que aquel día me fui a dar la vuelta en bicicleta, pasé por Itzasondo (ya estaba mi hermano cadáver, y yo no sabía nada), pasé por Donosti, llegué a casa del cuñado, a comer, y lo primero que me dijo fue: «¿Ya te has enterado de lo que ha pasado en Itzasondo?» Y yo le contesté: «¿Pues, qué ha pasado?» Y me dijo: «Que han matado a dos *ertzainas*.» En ese momento yo ni me acordaba de que mi hermano estaba en la base de Beasáin; sabía que estaba trabajando ese fin de semana, pero no relacioné una cosa con otra. Y entonces pusimos la tele y... ¡todavía se me pone carne de gallina! Pusimos la tele, empezaron a dar la noticia y antes de llegar a los nombres, me dice el cuñado: «¿Te imaginas si le hicieran algo a tu hermano?», y en ese momento dicen: «Iñaki Mendiluce Echeverría.» ¡Si me ves a mí! Helado, helado, me quedé. Al minuto sonó el teléfono, me llamó una prima para decirme que Iñaki había tenido un accidente, porque *ama* no tuvo valor, y yo le contesté: «¿Un accidente? ¡Estoy viendo en la tele lo de Itzasondo!» Y la otra temblando.

»Volví a casa a todo correr, y aquello era un cuadro: toda la familia allí, en la casa de *ama*, pensando en el Iñaki. El pobre chaval se había levantado a las cinco y media de la mañana para ir a trabajar en el relevo de las seis, y el compañero de Galdácano, José Luis, se levantaría antes, madrugaría aún más, para que luego ese indeseable les quitara el pellejo, así por las buenas, porque llevaban un uniforme, porque eran *ertzainas*, cipayos, muy antivascos y españolazos. ¡Increíble! ¿Y eso es política? ¿Eso es democracia? ¿Eso es un conflicto? Ésos son unos indeseables que van a hacer daño a un hombre que está cumpliendo con su trabajo: ¡pim! ¡pum!, a bocajarro, a un pobre chaval de veintisiete años, sin empezar a vivir, con una novia con la que se iba a casar, y el compañero con la mujer embarazada de una cría que nació al mes siguiente, Amaya, que la pobrecita no conoció a su padre. Para mayor humillación, ¡cómo es la vida!, cuando volvíamos con el cadáver tuvimos que entrar en el Ayuntamiento de

Itzasondo, gobernado por HB, a coger los papeles de defunción o no sé qué, y tuvimos que ir allí, con el cadáver caliente, a un Ayuntamiento cuyo alcalde era primo de Mikel Otegui. ¿Qué te parece? Y nosotros allí, con la cabeza gacha y con el dolor terrible, a recoger los papeles... Y luego tienes que oír aquí que esto tiene color político. Joder con lo político! ¡Esto es basura! ¿Qué defiende esa gente de esa manera? Precisamente un etarra que resultó herido hace poco, Gotzon Aramburu Sodupe, es hijo de un camionero que trabaja con nosotros en Azpeitia: un animal y un analfabeto. Porque juntas la ignorancia con la maldad, y haces un etarra, eso es lo que haces. El hijo del camionero... Vas a cargar con ellos, el padre y otro hermano, y ¡demuestran un orgullo! ¡Son unos fundamentalistas! Van por ahí sacando pecho. Yo no agacho la cabeza porque soy un bocazas, más que valiente, bocazas, y la mujer pasa un miedo terrible y me dice que a mí me van a hacer algo. Pero es que esto es repugnante. ¡Para vivir así, apaga y vámonos! ¿Sí o no?

P.: —¿Cómo puedes vivir y trabajar codo con codo con gentuza que está defendiendo a ETA y justificando el asesinato de tu hermano?

R.: —Como hago la ruta todos los días, suelto mucha adrenalina y ellos además me respetan mucho, pero tentaciones no me han faltado... Al volante del camión, ¡cuántas veces he soñado que rompía con toda la zona y me llevaba por delante todas las *herriko tabernas*, fantaseando luego que iba en un avión por encima del caserío, bombardeándolo en plan Rambo! Pero luego la mujer me dice: «¡Si eres una mosquita muerta, tú!» Y no le falta razón.

P.: —¿No habéis pensado en marcharos de allí?

R.: —Eso no, mira; eso no. Así como hay muchas víctimas que se van porque no aguantan, y yo lo respeto completamente, nosotros no podemos. Es que mi madre y mi padre son tan del pueblo, tanto como yo mismo... La única, mi mujer, que me lo ha propuesto cantidad de veces, aunque ella es de allí también, pero dice que me estoy autodestruyendo allí y que esto no puede ser. Ella no quiere hacer nada por miedo, tiene un miedo terrible, y más ahora que hemos tenido familia, y yo la comprendo perfectamente, pero es que... Joder! No nos podemos callar.

P.: —Volvamos a aquellos días de diciembre. ¿Tú llegaste a acercarte al caserío aquél de Itzasondo?

R.: —Tuve la tentación de subir y estuve muy cerca del caserío, solamente por ver dónde había caído un hermano tan querido, pero me faltó el valor y me dije: «Me voy, porque va a pasar cualquier cosa.» El hermano pequeño, que es muy temperamental, estuvo con familiares de ellos en Beasáin y casi hace una gorda, porque estaba en un bar con un *ertzaina* amigo de Iñaki y entró un abogado de Otegui con una chulería de miedo, y en euskera le dijo que mucho aparecía en la tele; le amenazó y le vino buscando, hasta que el hermano ya fue a por él con una silla en la mano, aunque no llegó a darle porque el *ertzaina* le paró.

P.: —De ese tipo de provocaciones sufristeis muchas; por ejemplo, la manifestación de vecinos de Otegui en Ordicia, que reunió a medio millar de personas para exigir a gritos su liberación, cuando fue detenido a las pocas horas de cometer el doble asesinato...

R.: —Sí, allá fueron ellos a sacarle la cara a Mikel Otegui, el mismo día que había matado como dos conejos a Iñaki y a José Luis. Les apoyó la mesa nacional de HB, porque era un militante, un canterano de ETA en Ordicia con antecedentes por agresión, y allí se agarraron todos los de HB enseguida a protegerlo, diciendo que era un joven militante de Jarrai que estaba muy presionado por la Ertzaintza de aquella zona, en la que mi hermano llevaba cuatro semanas, igual que su compañero, y no conocían a Otegui para nada. En aquel momento, sin embargo, lo único que sentíamos era una pena terrible, y no éramos capaces de reaccionar.

UN JUICIO PRESIDIDO POR EL MIEDO

En aquella época, finales de 1995, Jarrai, organización juvenil vinculada a ETA y posteriormente ilegalizada por orden del juez Baltasar Garzón, no se consideraba parte integrante de la banda terrorista, por lo que el crimen de Otegui fue considerado un delito común y juzgado con arreglo a la legislación vigente, por un jurado popular...

«A nosotros nos ha hecho tanto daño la ley del famoso Belloch... Un delito común y un juicio con jurado. ¿Pero cómo no se dieron cuenta? La última vez que hablamos con el presidente del Tribunal Superior de Justicia del País Vasco, Manuel María Zorrilla, nos dijo que había “una laguna”. ¿Una laguna? ¡Un pantanazo, joder! A día de hoy sí se reconoce que Jarrai, la *kale borroka*, Herri Batasuna, Batasuna, ETA, todo forma parte de lo mismo, pero en aquel entonces no lo reconocieron, a pesar de que Mikel Otegui era militante de Jarrai y había sido detenido más de una vez por actos violentos».

P.: —Dentro de vuestro dolor, me imagino que os alegraríais al comprobar lo rápidamente que capturaba la Policía al asesino de Iñaki, el mismo día de autos, porque pensaríais que al menos iba a pagar por lo que había hecho. ¿Me equivoco?

R.: —Sí, sí, nos alegramos. Vino Juan Mari Atutxa a casa, vino José Antonio Ardanza, y lo único que le dije yo a Atutxa fue: «Oye, espero que se haga Justicia.» Y él contestó: «No dudes de eso.» Joder, no dudes de eso! Y a día de hoy yo estoy llama que te llama a su teléfono y parece inútil, no contesta a mis llamadas ni para decir «mutis». Y eso que soy íntimo de Josu Jon Imaz, el portavoz del Gobierno vasco, ¡eh! Me crié con él en la escuela y con él tengo confianza, y un día en Arcaute [la Academia de la Policía vasca] en un homenaje a los *ertzainas* asesinados, le dije: «Este Arzalluz es un hijo de puta y el día que se muera yo me voy a emborrachar para celebrarlo; ya sé que es una miseria, pero, bueno, lo hago y ya está.» Y él me dijo: «¿Tú por qué le tienes tanta fobia?» Y yo le respondí: «Pues porque Arnaldo Otegui y todos éstos son basura y por lo menos se declaran

basura; los otros... ahora aquí, ahora allá... siempre de un lado para otro, y encima son racistas, son xenófobos y no quieren más que la independencia a costa de sangre inocente.» ¿Yo por qué no voy a poder seguir siendo español, si esto ha sido siempre España?

P.: —¿Estuviste en el juicio que se abrió en febrero de 1997?

R.: —Claro, yo estuve allí desde el primer día hasta el último acompañando a la madre, porque había que estar allí y por apoyar todo aquello, aunque yo sabía desde el primer día que estaba perdido.

P.: —¿Por qué?

R.: — Por el jurado que teníamos. Una mujer, una cateta que teníamos de jurado, se dormía porque ya tenía el veredicto dado antes de empezar. Otro supimos después que había sido concejal de HB en Leaburu, un pueblito al lado de Tolosa, y además estaban los hermanos y familiares de Otegui ahí, mirando al jurado de forma amenazante... ¡Si te cuento el juicio! La única vez que fue el hermano mayor, en las cuatro semanas que duró, no se pudo contener ante tanta chulería y amenazó a Miguel Castells, el abogado de Otegui, y le llamó hijo de puta. Nos echaron de la sala por insultos y agravios y más tarde nos condenaron a pagarle una indemnización, mientras los familiares de Otegui y los mamelucos de sus amigos venga a jalearle allí y a reírse de nosotros, que estábamos más solos que la una. Ellos, ninguna vergüenza, ellos, ninguna culpa, ni nada, ellos estaban ahí marcando paquete. Ahora, que te digo una cosa: mi madre, como madre que es, estoy seguro de que prefiere ser, con todo el dolor que tiene encima, la madre de Iñaki, que la madre de un etarra, de un asesino, te lo digo de corazón. Mi madre, si un hijo suyo hiciera lo que hizo Otegui, le diría: «Paga por lo que has hecho», e iría de rodillas a besarle los pies a la madre del muerto. Y aquella mujer, en cambio, ¡un orgullo! Terrible aquélla.

P.: —¿Nunca os dijo nada?

R.: —¡Nada! No se arrimó para nada, ni para pedir perdón, ni para preguntar qué tal estábamos. ¡Alta! Estaba alta aquélla con su hijo.

P.: —Y el juez José Luis Barragán, ¿cómo se comportó?

R.: —¡Aquél tenía más miedo! El miedo se le veía, se veía que él no quería complicarse la vida para nada. No es que estuviera del lado de ellos,

pero estaba asustado perdido. ¡Madre de Dios, el Barragán! Si decíamos algo nosotros: «¡Silencio, por favor!» —ordenaba él—. Y luego ellos, pues nada, a pegar gritos a favor de ETA allí, a la salida, como si nada. Tienen una fuerza...

P.: —¿Fue muy difícil elegir al jurado?

R.: —Aquello fue increíble. ¡Lo que duró! El abogado, Ricardo Palacios, nos lo puso el Gobierno vasco y ya nos vaticinó la primera vez que le vimos que iba a ser difícil componer el jurado popular por el tema del color político que tenía nuestro caso, y nos advirtió que con esto del jurado popular estaba muy perdido. ¡Pero luchó, eh! Recusó a varios jurados, pero hicieron primero una criba, luego otra, y luego ya no hubo más remedio y así se compuso el jurado popular, un jurado popular en el que había una mayoría de simpatizantes de HB que presionaron a los que estaban de nuestra parte, y que, al final, por miedo y por presiones, acabó inclinándose por la absolución de Mikel Otegui y le declaró inocente por cinco votos contra cuatro.

VEREDICTO DE INOCENCIA

«Le absolvieron, le absolvieron y ya viste cómo salió de Martutene, con una sonrisa de oreja a oreja, que aquello era terrible. Era jueves, 6 de marzo. El *aita*, el pobrecito, me llamó, que yo salía cargado de Sevilla, para decirme que iban a dar el veredicto. “Ya más no se ha podido hacer —me dijo—, y venga, y ánimo, que cumpla por lo que ha hecho y tal y cual...” Había estado sólo año y medio en la cárcel. Nosotros contábamos y ya nos parecía injusto treinta años, porque aquí no hay ni cadena perpetua, ni pena de muerte, ni siquiera se cumplen los treinta años, pero ¡me cago en diez!, el *aita*, que es muy serio para eso, dijo: “Pues bueno, vale, ya está y a seguir luchando.” Y al cabo de un rato me llama y me dice: “¿Ya has oído? Que lo han absuelto.” “¿Qué me dices! —se me pone la carne de gallina—. ¿Que lo han absuelto?” “Sí, lo han absuelto.”»

El veredicto de inocencia, que fue leído a puerta cerrada y sin la presencia de los familiares de las víctimas por petición expresa del jurado, se basaba en la creencia de que Mikel Otegui «no era dueño de sus actos» cuando disparó contra los *ertzainas* Iñaki Mendiluce y José Luis González, causándoles la muerte.

«Nos empezaron a llamar las emisoras de radio, y en Radio Nacional le oigo a mi hermano mayor que me dice: “Francis, tranquilo, que el hijoputa lo va a pagar.” Claro, no podía ser, todo el mundo estaba indignado y nadie se lo creía. Mikel Otegui en la calle, y bien astuto el jurado, además, exigiendo que no hubiera *ertzainas* en la sala.

»Lo vimos salir de la cárcel, ¡imagínate! Yo ahí, en La Mancha, agarrándome a la silla del comedor y viendo en la televisión cómo salía él en un todo terreno de su hermano mayor, un constructor muy famoso de la zona del Goyerri, que tiene dinero a tutiplén y seguro que no le piden el «impuesto revolucionario», protegido por su hermanito y su madre, con una sonrisa de que aquello no se lo creía ni él. Estuvo bien defendido por el hijo

de puta ése de Castells, que es el demonio más grande que se ha podido parir, pero muy listo. Y salió de aquella cárcel y, ¡qué quieres que te diga!

»Aquello... no me gusta hacer comparaciones, porque dramas hay muchos en todas partes, pero creo que es el caso más torcido que ha existido. ¡Fue injusto! Un juicio profundamente injusto. Le absuelven y lo sueltan. Y claro, el abogado nuestro hace uso del recurso, pero él ya es libre y hasta pide el pasaporte. Nosotros advertimos: “Éste se va a fugar, se va a escapar y además lo va a hacer protegido por ETA y por HB, sin ningún problema.” Había pedido el pasaporte, y Castells, su abogado, lo justificaba y lo apoyaba diciendo que no le extrañaba nada que se tomara unas vacaciones después de la presión que había tenido el pobrecito. ¿Qué te parece? Hoy es el día que no le veré para decirle: “Oye, pero, ¿qué vacaciones? ¿Por qué tan largas?”

»Y el juez Zorrilla, el que tenía que ver el recurso, nos decía: “¿Que se va a fugar? ¡No, por Dios!” Eso decía: ¡Que “no, por Dios”! Y nosotros ahí, callando. ¡Pena no haber saltado, que decía mi hermano pequeño, y haberle dado a alguien con la silla en la cabeza! Porque claro, han tenido que pasar cinco años y medio para que volvieran a capturar a ese indeseable, y ya lo reclama el Tribunal Superior de Justicia del País Vasco para juzgarlo nuevamente por el asesinato de mi hermano y de José Luis, pero según nos dice el abogado lo tienen que volver a hacer con un jurado de Guipúzcoa, que tendrá el mismo miedo que el de entonces y en el que sólo querrán estar los que piensen como Otegui. En fin, la esperanza es lo último que se pierde, y esperemos que pague por lo que hizo, pero yo no las tengo todas conmigo, porque en el 97 nos dieron la razón, ganamos el recurso y el Tribunal dijo que había que repetir el juicio. Pero pasa el tiempo, de Mikel Otegui no ha habido ni rastro hasta hace unos días, y mi hermano y el compañero ya están enterrados desde el día 10 de diciembre de 1995. Ellos están muertos y Otegui ha estado por ahí suelto, no porque se fuera escondido como el [etarra] de Bayona, que se escapó por un ventilador, sino porque salió tranquilamente por la puerta, era libre.»

Mikel Otegui fue declarado inocente y excarcelado el 6 de marzo de 1997, ante la indignación de buena parte de la sociedad vasca y desde luego de la

familia Mendiluce, que presentó el correspondiente recurso. Haciendo oídos sordos a ese clamor, el 6 de junio de ese mismo año la Sala II de la Audiencia Provincial de San Sebastián, presidida por Luis Blánquez, devolvió el pasaporte al asesino, quien no tardó en desaparecer de la circulación. Cuando el Tribunal Superior de Justicia del País Vasco revocó el incomprensible veredicto y lo declaró nulo, el 27 de ese mes, Otegui estaba ilocalizable. Unos días más tarde, el 3 de julio, la entonces ministra de Justicia, Margarita Mariscal de Gante, declaraba solemnemente que si se había dado a la fuga, «la responsabilidad no sería de nadie», puesto que el sujeto en cuestión «gozaba de plena libertad de movimientos».

P.: —¿Alguien os ha dado alguna vez alguna explicación de cómo es posible que le dejaran libre, sin custodia de ninguna clase?

R.: —Nadie, nadie, ningún cuerpo de seguridad del Estado ha dicho nada: ni la Ertzaintza, ni la Guardia Civil, ni la Policía Nacional, ni la Interpol, la famosa Interpol, han llamado nunca para decir si había el menor indicio de dónde pudiera estar, y ahora nosotros podríamos arremeter contra todo el mundo, pero no somos tan tontos y ya sabemos cuál es el enemigo.

«¡QUE PAGUEN POR LO QUE HAN HECHO!»

P.: —¿Sería posible que hoy volvieran a suceder las cosas como entonces?
¿Podría repetirse una injusticia como aquélla?

R.: —Si el asesinato se produjera hoy ya no pasaría lo nuestro, porque ya se considera que la *kale borroka* es ETA, y Jarrai y Batasuna también. ¡Lástima! Siete años son largos y son cortos, pero nosotros nos hemos quedado allí atrás, en el 10 de diciembre de 1995, porque a día de hoy a aquél le llevarían a la Audiencia Nacional, como a cualquier etarra. La desgracia es que —yo no sé nada de leyes, ya me entiendes—, la desgracia es que parece que a ese cabrón le tienen que juzgar como dice la ley de 1995, con un jurado popular de gente de allí, de San Sebastián, y que puede que vuelva a suceder lo mismo que entonces. ¡¿En qué cabeza cabe?!

P.: —Le juzgarán también en la Audiencia Nacional por pertenencia a banda armada y le caerán muchos años, no te preocupes.

R.: —¡Ojalá, Dios te oiga! En todo caso ya está preso y eso es motivo de alegría. Nadie nos va a devolver al hermano, pero por lo menos sabemos que su asesino ya no anda suelto por ahí para hacer a otros lo que les hizo a Iñaki y a José Luis.

P.: —¿Os aliviaría el dolor el hecho de que este individuo, Otegui, pagara por lo que hizo?

R.: —Hombre, cambiaría mucho, a ver si me entiendes. Yo así como te digo que no soy capaz de matar ni siquiera al asesino de mi hermano, pues la verdad es que cuando se muere un etarra, no lo celebro, pero... Tú ponte en mi pellejo. Sería un alivio muy grande que Otegui pagara, porque precisamente la Justicia nos ha dado una patada tan gorda en el trasero que la única manera de curarla sería hacer Justicia. Lo que no quisiera es que volviera a matar otra vez a gente inocente, después de lo que nos ha pasado a nosotros y también a otras muchas personas. Fíjate: el que mató el otro día al guardia civil Antonio Molina, ése es un animal y yo le conozco. Ése ha tenido delitos de *kale borroka*, es un tío echado para adelante, pero no por valentía, sino por fanatismo. Y lo meten en la cárcel por actos de violencia, y lo sacan y se ha cargado a ese pobre chaval. ¿A quién hay que pedir

cuentas? ¿Qué Justicia hay aquí? ¿Pero qué leyes, qué Justicia, qué es esto? Y si hablas, ¡me cago en diez!, eres un franquista. ¿Yo, un franquista? ¡No me jodas! ¿Pena de muerte? Pues mira, así como te digo que deseo que mueran todos los etarras habidos y por haber, no estoy de acuerdo con la pena de muerte, ni con matar a nadie, aunque sea el mayor asesino. Ahora bien, cadena perpetua, sí, ¡eh! Que paguen, al talego.

P.: —¿Cuánto tiempo tardaron el Gobierno vasco y el Gobierno español en asumir que a Iñaki lo había matado ETA, que era una víctima de ETA?

R.: —Pues hemos luchado mucho, te voy a decir... Cuando la ley de indemnización a las víctimas del terrorismo, presentamos la reclamación y nos la rechazaron, en un principio nos la rechazaron y luego ya, al final, Rajoy nos dio el pase adelante y ya nos reconocieron como víctimas del terrorismo, hace más o menos un año [2001]. Pero es que, ¡hay tantos casos! Caso por caso, pena por pena, tenemos que dar todavía más caña las víctimas, porque si no la damos nosotros, no la da nadie. Ya sé que es agobiante, pero hay que conseguir que se haga Justicia. Y eso que hay muchas víctimas que dicen: «Mira, ya se ha cobrado y se ha acabado.» ¡Qué me dices! ¡Que le den por culo al dinero! Justicia es lo que hay que conseguir. Por eso me pongo de mala leche. Y la Iglesia allí, ¡pues anda que no tiene delito! Si en mi casa no ha habido más que curas, pero curas alineados, como Setién.

P.: —¿Qué te pareció, ya que le mencionas, la actuación de monseñor Setién con ocasión del asesinato de Iñaki, y la carta que mandó para que se leyera en el funeral, en la que decía exactamente que sentía «honda preocupación ante la posibilidad de que la muerte de dos *ertzainas* tenga como consecuencia, además del inevitable y siempre triste aniquilamiento de dos seres humanos, el efecto de un endurecimiento del clima de la violencia en el que estamos inmersos»?

R.: —¿Qué te puedo decir de una carta tan «religiosa»? Con decirte que mi madre, que tiene mucha fe, como el *aita*, ni verle puede ya. Ni a Uriarte, ni a todos los demás. Pero lo del Setién es que clama al cielo y me quita las ganas de creer en nada. «El clima de violencia en el que estamos inmersos...» Con eso encubre a esa gente, porque lo abarca todo, y es que para este hombre solamente cuentan las víctimas etarras, los familiares de

los etarras y su dolor. Incluso llegó a decir que para que esto se arregle, nosotros no podemos exigir a los verdugos que nos pidan perdón y que tenemos que perdonar y trabajar por la paz y la reconciliación. Pero te voy a decir una cosa: si a mí Mikel Otegui viniera arrepentido totalmente y yo viera en él a una persona que está hundida por lo que ha hecho (estoy hablando de una hipótesis al día de hoy imposible, porque se trata de un hombre que saca pecho por lo que ha hecho y se considera un *gudari* [soldado] que ha luchado por el País Vasco matando a dos inocentes), yo le diría: «Yo no te puedo perdonar, yo no te quiero perdonar. Los que te tienen que perdonar son dos personas, mi hermano Iñaki y José Luis, que no pueden perdonarte, porque les quitaste ese derecho.» Y le diría más: «Tú carga con tu conciencia así para toda la vida, una conciencia destrozada, porque no puedes sobrellevarlo.» No podría concederle el perdón. Es una opinión mía. No sé qué dirán otros, pero yo faltaría a mi hermano si le dijera a Otegui «Estás perdonado», mientras yo egoístamente sigo viviendo.

EN EL NIDO DE LA SERPIENTE

«Y es que los familiares de las víctimas somos egoístas, todos en este mundo somos egoístas, y yo algunas veces me digo: “¡Qué suerte tengo, parece que paso malos momentos, pero luego estoy alegre, me va bien en el trabajo, la Real gana, y ahí estoy yo con ellos, pegando saltos con el Eguibar, el cabrón, que está dos filas más abajo en la tribuna, mientras Iñaki se ha quedado allí y yo sigo en la vida, aunque sea el hermano.” Y me digo: “¡Qué egoísta soy!”»

P.: —Eso es lógico. La vida sigue.

R.: —¡Hombre, yo creo que tiene que ser natural! Humanamente es natural. La vida continúa, él ya no puede seguir y yo sigo, por eso. Aunque lo más importante, que es mi hermano y las demás víctimas, no van a volver. Por lo menos que se vea la verdad bien clara, que no son lo mismo los muertos de ETA que los nuestros, que nosotros no matamos.

P.: —¿Quién vive más incómodo en Itzasondo o en Zumárraga, la familia de Mikel Otegui o la vuestra?

R.: —Bueno, es que a nosotros nos tienen mucho respeto porque somos de allí, y como somos nacionalistas (yo no me incluyo ya, pero reconozco que lo he sido), en el pueblo, en Zumárraga, nos tratan muy bien. Muy bien, pero a ver si me entiendes: te cruzas con los radicales, y a muerte. Pero ellos no tienen cojones ni para agobiarte, ni para hacerte nada. Lo único que sí te puedo decir es que yo voy a casa de *ama*, que vive en un piso, y tiene la fachada del portal llena de pancartas escritas en euskera que dicen: «*Ertzainas* a quemar, a la hoguera», y yo quito el cartel, pero vuelven a ponerlos. Lo ponen allí, ellos saben de sobra quiénes somos y que hay un *ertzaina* hijo de aquella casa que está enterrado, y encima colocan aquello. Pero en la calle bien, y en Itzasondo también. Te voy a decir la verdad, hay gente buena, yo conozco gente buena que no puede ni ver a la ETA. Lo que pasa es que me lo dicen a mí callando, y a ellos, a los familiares de Otegui, no les dicen nada, claro. Es el miedo. A ellos, ¿cómo les van a decir? Una prima suya que pertenece a Covite, tuvo la suerte, o la mala suerte, de enamorarse de un guardia civil. Él era marroquí pero nacionalizado español,

o de Ceuta o Melilla, es igual, y ella se enamoró y se casó, y lo mataron. Una prima de Otegui que vive en Zaldibia y trabaja en la fábrica de Bilore, y que es una víctima de las que no se quieren mojar, ¿me entiendes? Yo también la comprendo. Cada uno cuenta la fiesta según le va, y yo estoy en un ambiente en Zumárraga donde me conocen de toda la vida y campo a mis anchas, aunque los radicales no me puedan ni ver. Pero no todo el mundo está igual porque aquello es un gueto terrible y hay un acojono bestial.

P.: —¿Pero tú crees que algún hermano de Mikel Otegui tiene que oír decir a su mujer, como le oyes tú a la tuya, que tiene miedo y que se quiere marchar de allí?

R.: —No, no, nadie les dice nada, eso es cierto. ¡Cómo! El hermano pequeño es de la mancomunidad de pastores de Aralar, y con sus ovejas pasa por el pueblo de Ordicia con una sonrisa de oreja a oreja y nos mira como amenazándonos. ¡Terrible!

P.: —¿Vosotros sentís la solidaridad de vuestros vecinos en Zumárraga?

R.: —Cuando ocurrieron los hechos que te he contado del juicio, a los pocos días de sacar de la cárcel a Mikel Otegui y al ver aquello que era tan indignante, hubo una gran manifestación del pueblo. Pero, ¿sabes quién la convocó? Los amigos del difunto Iñaki. Luego se sumó el Ayuntamiento, presidido por Aitor Gabilondo, que es el alcalde, y el PNV. Ahí se arrimaron ellos, pero no la convocaron ni el Ayuntamiento ni ningún partido político; nadie. Fue una cosa popular a la que todo el mundo respondió. Fue una manifestación terrible, pero a día de hoy, si convocaras esa manifestación, olvídate de tener ese respaldo.

P.: —¿Por qué?

R.: —Pues porque visto lo visto, después de las elecciones, después de las manifestaciones de «Basta ya» y después de todo lo que ha pasado... En caliente sí hay apoyo, pero luego se diluye todo rápidamente. Y conste que yo no quiero compasión continua, sino justicia y pasar a un plano secundario. Ahora ya he pasado a un plano secundario, pero no porque se haya hecho Justicia, sino por olvido, ¿me entiendes?

P.: —¿Hay en tu tierra, en Zumárraga y sus alrededores, más solidaridad popular con los presos de ETA que con sus víctimas?

R.: —Allí en casa cambia mucho la cosa. Interiormente la gente se da cuenta de que el problema es ETA y que las víctimas inocentes somos los que caemos en manos de ETA, pero luego el miedo es el que en la calle les hace ponerse un poco del lado de los presos y decir que hay que solucionar «el conflicto». Hay un miedo terrible. Aunque haya una gran masa social que apoya a los asesinos y les ayuda, la mayoría sabe que los culpables son ellos, que el problema es el terrorismo de ETA y que los presos son asesinos. Pero el miedo hace que vivan más arropados los familiares de los presos que los de las víctimas. Sencillamente, el miedo terrible. Y en ese terreno de la cobardía también he estado yo. Así son las cosas en los pueblos pequeños. Ellos salen con sus pancartas, libre y tranquilamente, pidiendo justicia para los verdugos y ¡yo no puedo salir con la pancarta de mi hermano! Yo ya saldría, ¡eh! Ya le digo a mi mujer: «Voy a coger la pancarta y me voy a dar una vuelta por el pueblo.» ¡Verás tú lo que iba a durar!

CÓMPLICES POR COBARDÍA

P.: —¿Las cosas, entonces, han empeorado en los últimos años?

R.: —Han empeorado mucho, sí. Sin embargo, para las víctimas ha ocurrido lo contrario. Yo tengo la suerte, entre comillas, de pertenecer a este colectivo desde hace sólo siete años y puedo salir a la calle con la cabeza bien alta, pero las víctimas de antes... Les han matado a un guardia civil, lo han enterrado por la puerta de atrás o lo han tenido que llevar a su pueblo. Eso es... ¡indignante! Ponte en el pellejo de ellos, en lo que han tragado, en el «algo habrá hecho» o «por algo habrá sido», y eran todos inocentes.

P.: —¿Qué les debe, a tu juicio, la sociedad vasca, a las víctimas del terrorismo?

R.: —Yo quiero Justicia, nada más. Que apunten al verdadero culpable y que vayan a por él, que en el sistema democrático es como hay que ir. Que apunten a ETA y luego también, hay que decirlo todo, a los cómplices, que ahí estamos metidos todo el mundo por pasividad.

P.: —¿Ha hecho esta sociedad todo lo posible por acabar con el terrorismo?

R.: —No, no. ¡Qué va! ¿La sociedad vasca? ¡Me cago en diez! No ha hecho nada. Somos cómplices. ¡No ha hecho nada! La sociedad vasca, con ese espíritu vasco siempre valiente y echado para adelante... ¡Todo mentira! Con el terrorismo de ETA llevamos ya treinta años largos y la sociedad vasca, si tuviera un poco de vergüenza, tendría que decir que es la primera culpable. ¡Somos todos culpables!

P.: —¿En qué colectivo, o en qué grupo o asociación has encontrado tú más consuelo y respaldo?

R.: —Yo en Covite [Colectivo de Víctimas del Terrorismo], o en la Asociación de Víctimas del Terrorismo, como quieras, porque estamos en sintonía, estamos ahí agrupados y viene a ser lo mismo. En Covite, porque ahí yo puedo hablar y sé que me entienden y ésa es la mejor terapia. No dejamos de abrir los ojos: es el único sitio donde yo estoy a gusto y donde puedo luchar por la Justicia, con el resto de víctimas del terrorismo.

R.: —¿Tú crees que hay víctimas y víctimas, o víctimas de primera y víctimas de segunda?

R.: —Sí, las hay, pero eso tampoco hay que mirarlo con lupa; a mí no me importa. Cuando lo de Miguel Ángel Blanco, yo sostuve una pancarta y tengo amistad con su madre y con su padre, que son unas bellas personas, unas bellísimas personas, tan inocentes como mis padres o como el resto de padres de víctimas. Cuando veía los homenajes que le hicieron a Miguel Ángel Blanco, yo gozaba con ellos, porque aquello reflejaba un homenaje a mi hermano y yo incluía ahí a todas las víctimas del terrorismo. Pero luego está la bajeza humana y la miseria... Aunque hay que comprender que haya gentes que se han quejado, porque son víctimas de las antiguas que han estado olvidadas y tienen motivos para estar dolidas. Esas personas, en todo caso, no tienen que dejar de ver la realidad, y la realidad es que si se da prioridad a una víctima no se hace con mala fe, sino que en ella se incluye a todas. Yo lo de Miguel Ángel Blanco lo vi estupendo y cuanto más, mejor. Es una opinión mía.

P.: —Lo que ocurre es que los familiares de víctimas de los primeros tiempos, los que no tuvieron ayuda, ni manifestación, ni nada, éstos sí tienen motivos para sentirse...

R.: —Yo les doy la razón; es más, les pido perdón. Estuve el otro día con una víctima de éstas y... Se me pone la carne de gallina y siento verdadera vergüenza cuando estoy allí y les veo, y la entereza con que lo llevan todo y cómo están. Ésos tienen motivos para gritar y protestar, sí, sí, sí, éstos son víctimas... ¿De qué categoría? ¡Me cago en diez! En la más baja se les ha colocado.

P.: —Y a ti, ¿qué es lo que más te duele de la tragedia que te ha tocado vivir?

R.: —A mí, la injusticia que se ha cometido con mi hermano y con José Luis, y me solidarizo con todas las víctimas del terrorismo, desde la primera hasta la última. La gran injusticia que se comete con las víctimas del terrorismo, caso por caso. Hay que recuperar la Memoria, la Verdad y la Justicia, y acabar con ETA. Hay que acabar con ETA como sea, y para ello hay que ir todos de la mano, ¿no? Pero no de esa manera como va el *lehendakari* para sacar votos, que ahora le interesa porque le han dado la

patada los amigos de Estella-Lizarra, y viene con lo de «*ETA kampa*». ¿Pero cómo se come eso? ¡Eso es imperdonable! ¡¿Cómo pudo ir a Estella-Lizarra con esos hijos de puta en aquel momento?! Ahí se decantaron totalmente. ¡Qué *lehendakari*! Ése no es el *lehendakari* de todos los vascos.

Sin perder un ápice de optimismo y manteniendo intacta la sonrisa que no se ha apeado un solo instante de su rostro, incluso cuando la rabia y la vehemencia le hacían levantar la voz para subrayar alguna de sus múltiples imprecaciones, Francis Mendiluce me recuerda que debe continuar viaje a Marbella con su camión y que esta conversación, que se prolonga ya desde hace horas, debe terminar sin tardanza. El no se ha guardado nada y ha derrochado franqueza y espontaneidad hasta límites temerarios. Yo he quedado cautivada por la fuerza y la valentía de este hombre genuinamente vasco, que nos reconcilia con tantas cosas... Antes de poner punto y final a la entrevista, le pregunto por las cicatrices que el asesinato de Iñaki ha dejado en la familia.

R.: —El círculo es muy cerrado, porque estoy en una familia nacionalista por parte de la madre y ellos, ¡hombre!, lo han sufrido porque no dejaba de ser un primo o un sobrino, pero en el contexto político lo han comprendido como un «accidente» dentro de un «conflicto». A mí me lo han llegado a decir los familiares, ¿entiendes?: «Era *ertzaina*, era del bando contrario, un soldado del bando contrario...» ¡No! Un soldado es mucho; un «cipayo», eso es lo que dicen con desprecio y lo que le llegaron a decir a él, a Iñaki, algunos primos nuestros, cuando se metió a *ertzaina*. O sea, que el dolor por los que han matado lo llevamos el padre, la madre y los hermanos, y para de contar.

P.: —¿Y la que era su novia?

R.: —La que era su novia ha rehecho su vida y ya tiene familia. Se ha casado con un nacionalista, pero yo me alegro de corazón, ¡eh! Es un nacionalista de esos que si no existiera ETA y no hubieran sido cómplices de ETA, yo respetaría totalmente, porque todas las ideas son defendibles. Y si tenemos que ser independientes, porque la mayoría lo dice así, seámoslo, pero respeta a los que no queremos. Si no hay ETA y no hay muertos y no

hay sangre inocente, pues estupendo. ¡Qué vas a hacer! A mí me da igual ya, yo seguiré siendo lo que soy: Francis, vasco de sangre pero español, y en España ando más a gusto que la puñeta. Además, lo más grande que tiene este país y lo más bonito es que no todos somos iguales; no es lo mismo un andaluz que un vasco, un gallego que un murciano o un catalán que un extremeño, pero componemos todos un país y ¡autonomista! Cada autonomía tiene su idiosincrasia, y oye, pues, ¡viva España!

JOSÉ ANTONIO ORTEGA LARA

Funcionario de prisiones secuestrado y torturado por
ETA durante 532 días

Su imagen depauperada por el largo cautiverio dio la vuelta al mundo y se convirtió en el mejor y más elocuente alegato posible contra la barbarie terrorista. Aquel hombre de poblada barba, aspecto de anciano a los treinta y ocho años de edad, cuerpo esquelético (perdió veintitrés kilos en los más de diecisiete meses que permaneció encerrado en un lóbrego y húmedo agujero de poco más de cuatro metros cuadrados) y mirada perdida tras una gafas demasiado grandes para su demacrado rostro, había sacudido las conciencias de la sociedad. Ni su mujer, ni sus compañeros, ni los millares de ciudadanos anónimos que no habían cesado de reclamar en calles y plazas la liberación del secuestrado, podían imaginar el grado de crueldad y ensañamiento a que llegaron los servidores del hacha y la serpiente con este funcionario, desconocido hasta el mes de enero de 1996, que alcanzaría con el tiempo, muy a su pesar, la condición de símbolo de resistencia y esperanza.

Nunca ha concedido una entrevista. Jamás ha narrado la dramática vivencia padecida en el interior de aquel siniestro zulo, ni ha confesado públicamente las emociones experimentadas entre aquellas cuatro paredes, ni mucho menos ha expresado sus opiniones políticas al respecto. Hoy lo hace por vez primera, venciendo una casi irrefrenable tendencia a guardar silencio y una profunda aversión a mi condición de periodista, por solidaridad con todas las víctimas de la brutalidad etarra, para mostrar, según sus palabras, «la verdadera faz del terrorismo» y para contribuir con su experiencia a crear una «conciencia social favorable a una convivencia pacífica y de progreso».

Quienes tuvieron ocasión de verle y hablar con él en aquellas dramáticas horas siguientes a su liberación por la Guardia Civil (uno de los más clamorosos éxitos en la lucha de las fuerzas de seguridad contra ETA y una de las mayores demostraciones de perseverancia y tenacidad en el combate contra la banda) recuerdan a una persona entera, aunque abrumada por las circunstancias, que hablaba en voz muy baja y parecía dirigirse a sí mismo al hacerlo... Yo me encuentro a un anfitrión encantador, que me muestra orgulloso los tesoros de su ciudad, Burgos, antes de invitarme a degustar un buen cordero regado con tinto de la tierra, sonríe jovial, cuenta chistes y se expresa con extraordinaria precisión, haciendo gala de un dominio del castellano fruto de su afición a la lectura de los clásicos.

Sólo pone una condición a la hora de encender la grabadora: que la intimidad de su familia quede preservada, ya que como él mismo me repite una y otra vez a lo largo de la conversación, anhela volver a ser el que era antes, e intenta desesperadamente recuperar su vida junto a su esposa, su hijo mayor y una niña pequeña que han adoptado y que les colma de felicidad. Por lo demás, responde a todas las preguntas y me sorprende por la fortaleza y formidable capacidad de recuperación que demuestra su actitud serena al afirmar, sin perder la sonrisa, que «hay que seguir adelante. Yo soy libre, no han podido conmigo, digo lo que pienso y no soy como otros que no se atreven a decir a sus hijos en qué trabajan».

El es libre, sí, de eso no cabe ninguna duda, y hace gala además de una envidiable memoria, capaz de reconstruir hasta el más mínimo detalle de aquel terrible episodio que comenzó una fría tarde de invierno de 1996...

«Me acuerdo perfectamente de ese momento. Era el día de san Antón, el 17 de enero, y además, curiosamente, en Burgos, con el frío que hace, era un día soleado. Yo vine desde mi trabajo y tomé las precauciones habituales al entrar en el garaje, de mirar por los alrededores sin detener el motor, con el fin de captar una perspectiva general antes de pararme. Luego, cuando no vi nada anormal, entré, aparqué el coche y fui a coger del maletero mi neceser. Fue en ese momento cuando ocurrió, cuando me abordaron dos individuos con una pistola cada uno. Yo le di un empujón a uno de ellos y le dije:

“Déjame en paz.” Ellos me contestaron: “Huimos de la Policía y necesitamos el coche.” Entonces le volví a empujar, y uno de ellos me dijo: “O te estás quieto, o te mato.” Ya a la tercera...»

P.: —¿No te dijeron que eran de ETA?

R.: —No, no me lo dijeron hasta llegar al destino.

P.: —Te apuntaron con la pistola una tercera vez y tú obedeciste la orden de quedarte quieto. ¿Qué ocurrió entonces?

R.: —Entonces me dijeron: «Para que no hables te tenemos que meter en el maletero.» Y efectivamente me amarraron las manos atrás con unas esposas que llevaban, me taparon los ojos y luego me quisieron poner una inyección, pero yo, cuando sentí lo que iban a hacerme, me puse muy nervioso y dije: «¡No, drogas no!» Me puse muy nervioso... y ellos aceptaron: «Bueno, bueno, drogas no, pero estáte callado.» Y así fue. En un lugar que desconozco hicimos un cambio, un cambio del coche mío a otro vehículo, y a raíz de ahí, pues todo el trayecto.

El turismo de José Antonio Ortega Lara fue encontrado por la Policía a primeras horas de la mañana del día 18, jueves, en el polígono industrial de Gamonal, cercano a su domicilio burgalés. Para entonces, el Ministerio del Interior ya abrigaba fuertes sospechas de que el funcionario hubiera sido secuestrado por ETA, extremo que se confirmó al día siguiente, al recibirse en la redacción de *Egin* una llamada anónima de un comunicante que dijo hablar en nombre de la organización terrorista y reconoció que la banda tenía en su poder al desaparecido y que «en pocos días habría más noticias». Desde ese mismo instante, el Gobierno, presidido por Felipe González, y con Juan Alberto Belloch en la cartera de Interior, supo fehacientemente que ETA le estaba sometiendo a un chantaje y exigía el reagrupamiento de sus presos a cambio de la vida de Ortega Lara.

P.: —Maniatado, ciego y preso en el interior de un maletero. ¿Qué ibas pensando tú en ese momento? ¿Qué es lo que sentías?

R.: —Bueno, desde el momento en que hicimos el cambio de vehículo, yo ya sabía lo que pasaba. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que se trataba de ETA, pero yo seguía siendo incrédulo con la

situación y me decía: «¿Yo? Pero si yo no soy nadie, si a mí no me va a tocar. ¡A mí! ¿Por qué? Si yo soy de aquí. ¿Por qué me va a tocar a mí? Si yo no pinto nada...»

P.: —¿O sea, que prevalecía la incredulidad sobre el miedo o cualquier otra emoción?

R.: —La verdad es que sí. No acabé de creérmelo yo creo que hasta que pasaron cuarenta y ocho horas. Sabía, antes de que me lo dijeran, lo que sucedía, pero me parecía increíble.

P.: —¿Cómo y cuándo se identificaron? ¿Ya en el interior del *zulo*?

R.: —Sí... ¡No! No, espera. Fue antes, al sacarme del vehículo. Yo estaba vendado, pero me desataron porque tenía unas ganas enormes de hacer pis, y les dije: «¡Por favor!» Y antes de desatarme, estando el motor en marcha (era un camión, no sé ni cómo era, ni de grande, ni nada, pero sé que era un camión; el motor era de un camión) me dijeron: «¿Sabes quiénes somos?» «Pues no.» Yo les dije que no, pero sí sabía quiénes eran, o me lo suponía. Cuando ellos me dieron la respuesta, pensé que efectivamente había acertado. Y les dije: «¿Yo? ¿No os habréis equivocado?» Creo que les dije exactamente: «¿No os habréis equivocado?» Y respondieron: «No, no, no. No nos hemos equivocado, sabemos quién eres.»

»Más tarde, cuando me descendieron al *zulo*, me dijeron: «Estás arrestado.» Arrestado; ellos siempre utilizaban la palabra «arrestado». «Estás arrestado porque formas parte de las fuerzas represivas del Estado Español, porque nuestros compañeros están siendo exterminados en las prisiones y tú formas parte de eso, o sea, que no es nada personal contra ti, sino por lo que representas.»

EL CHANTAJE DEL TERROR

Curiosamente, el 25 de enero de ese mismo año, Herri Batasuna hacía público un comunicado en el que advertía a los partidos políticos: «No nos valen ni sus palabras de firmeza, ni en estos momentos sus falsos e hipócritas lloriqueos ante el *arresto (sic)* del funcionario de prisiones... Sus esfuerzos están condenados al más absoluto de los fracasos, la batalla de la dispersión la tienen absolutamente perdida y más temprano que tarde, el reagrupamiento de los presos políticos vascos va a ser una realidad.»

P.: —¿Te dijeron que estabas secuestrado, apresado o lo que fuera...

R.: —Arrestado.

P.: —...¿para exigir a cambio el reagrupamiento de los presos?

R.: —No, no exactamente eso, sino para que se iniciara un proceso de negociación con el Estado Español. No con el Gobierno español, ellos siempre empleaban la palabra «Estado».

P.: —¿En ese momento creíste que aquello era posible o pensaste que no tenías ninguna oportunidad?

R.: —No, yo sabía que eso era imposible. Sabía que no era viable que un gobierno cediese a la presión de una banda terrorista. Creo que no lo había hecho nunca, pero mucho menos lo iba a hacer por un funcionario. No porque fuera yo, sino por mí, o por A o por B o por el 1.125 o por el 8.430... Yo en aquel momento estaba seguro de que aquello era el final, y en ese momento se te pasan muchas cosas por la cabeza. Se te pasa toda la vida y dices: «¡Hasta aquí he llegado, estoy al borde del acantilado y esto es lo que tengo!» Y sientes un poco la zozobra, otro poco la incredulidad y otro poco de... que piensas que ése es el final...

La sociedad española no pensaba lo mismo. Movilizados por los colectivos democráticos que llevaban meses exigiendo la liberación del industrial secuestrado José María Aldaya, millares de españoles salieron a las calles de Bilbao, Burgos, San Sebastián y otras ciudades al grito de «¡Libertad para Ortega Lara!». Entre tanto, los funcionarios de prisiones de toda

España organizaban paros y encierros en apoyo de su compañero, mientras el Gobierno proclamaba que no cedería al chantaje etarra.

P.: —¿Fuiste consciente en algún momento de que toda la sociedad española estaba movilizada por tu liberación, de que había manifestaciones y concentraciones de protesta por todas partes?

R.: —No, no, eso nunca me lo dejaron ver. ¿Y eso me habría ayudado o me habría perjudicado? No lo sé. Seguro que allí dentro me habría enfadado mucho.

P.: —¿Por qué?

R.: —Seguro que habría pensado: «¡Estaos quietos, que mejor es que os estéis callados!» O a lo mejor habría dicho: «Pues hacéis bien», no lo sé. Lo cierto es que nunca tuve conocimiento, nunca fui consciente de esos acontecimientos.

P.: —¿Lograste mantener la esperanza dentro de ese infame agujero en el que estabas encerrado?

R.: —Sí, durante mucho tiempo, sí, porque se fueron produciendo una serie de acontecimientos que, quieras o no, me daban una esperanza. Cuando el Partido Popular ganó las elecciones, recuerdo que me dijo uno de ellos: «No ha ganado por mayoría absoluta, Aznar no ha ganado por mayoría absoluta...» Hablábamos alguna vez de él, y yo les decía: «A ése ya no le volvéis a pillar.» Recordarás que en el mes de abril anterior le habían puesto una bomba, y les decía: «Ese ya se os escapó y ya no le volvéis a pillar.» Y ellos con lo de la mayoría absoluta. Pero a los pocos meses, no sé si fueron dos o tres meses, creo que hubo un acercamiento de presos de Canarias a la Península. Cuando Jaime Mayor era ya ministro del Interior, trasladaron a todos los presos de ETA desde las Canarias y eso sí que me lo dejaron leer, luego para mí era un síntoma de esperanza, una buena noticia.

»Y es que en esa situación te tenías que agarrar a un clavo ardiendo. Luego parece ser que se habían iniciado conversaciones, y por ciertos detalles que ellos me dejaban leer en la prensa, pues yo pensaba: «A lo mejor vamos por buen camino.» Y es más, recuerdo que en fechas previas a la Virgen del Pilar, a la que yo cantaba esa canción que cantan los maños («A la Virgen del Pilar le dije: cuánto te quiero, nunca te podré olvidar, por

lo mucho que te quiero»), uno de ellos me dijo: «Bueno, a ver si nos animamos, que igual pronto nos vamos para casa, todos: tú de vacaciones y nosotros a nuestra casa.» De esas palabras me acuerdo muy bien y esto fue a principios de octubre. Luego, en noviembre, tuve ya unos días malos, muy malos, tuve una especie de depresión de la que me recuperé, y después llegamos al 17 de enero, que fue un día clave. Estudia en las hemerotecas y verás qué ocurrió el 17 de enero, porque yo no te lo voy a contar.

El 17 de enero de 1997 fue detenido en la ciudad francesa de Burdeos uno de los terroristas más sanguinarios y buscados de la banda: José Luis Urrusolo Sistiaga, alias «Joseba», autor de dieciséis asesinatos, dos secuestros y varios atentados con explosivos, y responsable, en aquel momento, del adiestramiento de nuevos pistoleros a través del «aparato de cursillos» de la organización. Junto a él fueron apresados así mismo su mujer, su hijo y dos de sus hermanos, mientras el secretario de Estado de Seguridad, Ricardo Martí Fluxá, aseguraba que su Departamento esperaba que del interrogatorio del etarra pudiera arrojarse alguna luz sobre el paradero de los dos secuestrados en aquel momento, Álvaro Delclaux y el propio José Antonio Ortega Lara.

P.: —¿Qué fue lo que sucedió dentro del *zulo* del taller de Arrasate aquel día? ¿Cómo te afectó la noticia a ti?

R.: —No te lo voy a contar, pero con lo que venía en los periódicos, más luego lo que ellos me dijeron a mí, que es lo que no te digo, te aseguro que ése fue un día horrible en el que me dije: «Esto se ha terminado. Si hasta ahora había alguna posibilidad de negociación, a partir de hoy se acabó. La baraja está rota.»

»Pero ¡ojo! Hasta ahí fue un proceso muy largo, ¡eh! ¡Había pasado un año! Y es que un año es... Un año haciendo vida normal se pasa sin darte cuenta, pero aquello era otra cosa.

P.: —¿Tú no pensabas que te estaba buscando la Policía, que te podían rescatar?

R.: —Yo supuse que me podían haber estado buscando un buen tiempo, pero después de tantos meses me decía que la gente pensaría que ya estaba

muerto. ¡Lo pensaba hasta yo mismo! Yo pensaba: «¡Hombre, un caso nunca se abandona!... pero se deja en la carpeta de lo residual. Cuando no se obtienen pruebas o no se obtienen resultados, pues se deja ahí... Pero no, nunca supuse que habría tanta actividad como luego he sabido que hubo.

El Gobierno nunca interrumpió la búsqueda. Los responsables de la lucha antiterrorista de aquel entonces recuerdan las constantes llamadas del ministro del Interior interesándose por las investigaciones del caso, y la confianza en encontrarle con vida la noche en que fue rescatado era tal, que en el momento en que un guardia voluntario del cuartel de Intxaurreondo bajaba por las angostas escaleras de la mazmorra en la que estaba recluido Ortega Lara para liberarle, ya había un coche esperando en la puerta de su domicilio burgalés para comunicar cuanto antes a su familia la feliz noticia.

P.: —¿Qué clase de relaciones mantenías con tus secuestradores? ¿Había alguna comunicación entre vosotros?

R.: —Sí, sí, al principio hablábamos más. Me ofrecieron echar alguna partida de mus y hasta quisieron traerme alguna copita de vino, pues sabían que me gustaba, pero yo me negué a jugar al mus, y de lo del vino les dije que no quería privilegios. En fin, cosas que pasan y ya está.

P.: —O sea, que hasta intentaron ser «amables» contigo.

R.: —Sí, bueno... Al principio hablábamos a ratos, e incluso ellos intentaron que yo me desahogara, en cierto modo, con ellos. Pero yo poco a poco me fui encerrando en mi concha, porque cada vez... Me decían una cosa y luego hacían la otra, y si ya de entrada no puedes confiar en una persona que te ha puesto en esa situación, con las cosas que me sucedieron... Porque algunas veces, cuando les contestaba mal, al día siguiente me quitaban el periódico, o no me lo daban, o me quitaban horas de luz por haberles contestado mal, por haberles llamado terroristas, por cualquier cosa.

»Recuerdo una ocasión en que le dije a uno: «¡Qué mala suerte tengo, caigo en manos de terroristas y ni siquiera me matan!» Porque yo ya estaba hasta las narices. Bueno, así se quedó la cosa, pero a la siguiente comida me llegó otro y me dijo: «Oye, de terroristas nada, ¡eh! Nosotros no somos terroristas.» «Pues bueno, tú tendrás una opinión y yo tengo otra.» Pero

cada vez que tenía un enfrentamiento dialéctico con ellos, me pasaba algo; así que tomé la determinación de no hablar, porque así no me pasaba nada.

P.: —¿Intentaste en algún momento dialogar con tus secuestradores de cuestiones de fondo o de política?

R.: —Sí, alguna vez hablábamos al principio, pero después de unas cuantas conversaciones te das cuenta de lo que piensan y de cómo piensan. A ellos les han metido en la cabeza y han aceptado una idea de la que no se desvían, con lo cual no hay diálogo posible.

P.: —¿Cómo justificaban ellos lo que te estaban haciendo?

R.: —Diciendo que yo formaba parte de la represión del Estado y nada más. ¡Que aquello no era nada personal! Ellos estaban con sus compañeros en las cárceles y como yo era un elemento represor del Estado, pues estaba arrestado, y que aquello era *sine die*, ¡*sine die*! Bueno, la expresión «*sine die*» la digo yo. Ellos me decían: «Va para largo, pero saldrás.»

P.: —¿Y tú qué replicabas?

R.: —«¡Pues matadme de una vez y ya está! Acabamos todos, y vosotros os vais a vuestra casa y yo me voy a mi agujero, que en mi pueblo me tienen reservado uno, y acabamos de una vez.» «No, no, tú saldrás de aquí.» Eso me decían ellos siempre. «Saldrás de aquí y saldrás vivo.» Siempre me dijeron que me iban a liberar y que por tanto recordara muy bien las instrucciones que me habían dado de lo que tenía que decir cuando saliera.

P.: —¿Qué tenías que decir cuando salieras?

R.: —Pues que había ido dormido y que no sabía nada.

UN UNIVERSO OSCURO

P.: —¿Tenías alguna idea de dónde estabas? ¿Intentabas memorizar detalles que te pudieran luego ayudar el día que salieras a reconocer el lugar?

R.:—Yo creía que estaba en un sitio bastante cercano a donde estaba. Creía estar en el pueblo de Isidro Usabiaga, del empresario aquél que mataron. Conocía un poco la carretera, la de San Sebastián, porque he ido muchas veces por allí, y por los ruidos que había oído me daba la sensación de que estaba en los alrededores. Ellos me preguntaban: «¿Dónde estás?» Y yo decía: «Pues por la humedad, tendremos que estar en algún sitio cerca del mar.» Y pensaba para mí: «O estamos donde creo que estamos, o estamos en algún sitio muy cerca del mar. Por la humedad.»

Isidro Usabiaga había sido asesinado en julio de aquel año, 1996, en Ordicia, localidad guipuzcoana situada a pocos kilómetros de Mondragón, donde se escondía el *zulo* en el que fue torturado José Antonio Ortega Lara durante 532 días. El funcionario no iba, por lo tanto, muy desencaminado en sus cálculos, aunque sí erraba en lo del mar, ya que la humedad era producida por el río Deba, que corría prácticamente por el mismísimo tabique exterior del agujero en el que se encontraba encerrado.

P.: —¿Veías la cara a tus secuestradores?

R.: —No, iban encapuchados. Yo les distinguía por la voz.

P.: —¿Cómo les llamabas?

R.: —Como ellos me dijeron que les llamara. Eran Iñaki, Pachi, Jon (que era el único con el que más hablaba, y alguna vez hasta nos contamos algún chiste), y el otro ya se me ha olvidado. ¡Fíjate!

P.: —¡Qué suerte!

R.: —Espera, espera a ver... Bueno, es igual, ¡Qué más da! Iñaki, Pachi, Jon y ¡Mikel!

P.: —Aprovechaban cualquier comentario tuyo que no les gustara para quitarte la luz, el periódico, o lo que fuera.

R.: —No siempre. Algunas veces también dependía de a quién pillaras, quién fuera el que estuviera allí contigo. Había cosas que le podías decir a Jon que no se las podías decir a Pachi, aunque luego supongo que entre ellos se comunicarían. Pero alguno era más receptivo para ciertas cosas.

P.: —Mi pregunta se refería a la imposibilidad de dialogar con alguien que te está apuntando con una pistola o que te tiene en esa situación de indefensión absoluta...

R.: —Ya, pero es que eso lo vemos desde aquí. Tú allí estás en un cuadrado pequeñito y no tienes otra comunicación con el exterior, es parte del síndrome también, aquél es tu único contacto, tu único hilo conductor con el exterior. Si lo cortas...

P.: —¿Qué sientes hoy hacia quienes te estuvieron torturando durante 532 días?

R.: —La verdad es que no pienso en ellos. Los únicos que me preocuparon, al principio, fueron sus dos hijos, que parece ser que uno de ellos tenía dos hijos y yo pensaba: «Jo, qué van a hacer estos dos críos ahora sin padre!» Pero en cuanto a ellos, supongo que eran conscientes de lo que hacían y, por lo tanto, que cada palo aguante su vela.

P.: —¿Y cuando estabas allí, qué sentías? ¿Odio, asco?

R.: —En cierto modo, sí: odio. Porque es que no alcanzaba a comprender la situación y mucho menos la perseverancia en el tiempo, tanto tiempo... En cambio el odio después ha desaparecido.

P.: —¿Tú crees que tienes síndrome de Estocolmo?

R.: —Yo creo que algo sí me afecta, algo sí. Pero yo diría que mucho, mucho, no. Quizás sea porque yo mismo me encerré en mi mundo, me hice un mundo con mis pensamientos, mis ideas, y me metí en él.

P.: —¿Qué había en ese mundo?

R.: —¡Mucha fantasía!

P.: —¿De qué tipo?

R.: —Pues de todo, de vivencias, de lo que me habría gustado hacer en la vida y no había hecho, y pensaba que ya se me había acabado la oportunidad. Había sobre todo muchos deseos, y pensaba: «¿Qué será mi hijo el día de mañana? ¿Qué hará? ¿Será o no será buena persona? ¿Vivirán

bien él y su madre? ¿Pasarán necesidades o no las pasarán?» Todo esto me pasaba por la cabeza...

P.: —¿Pensabas en la situación política?

R.: —Sí, también. Muchas veces pensaba en los políticos y me decía: «¡Por qué no se estarán callados, si ahora mismo no hacen más que meter la pata?!»

P.: —¿Por qué? ¿Los terroristas te enseñaban periódicos donde había cosas que te perjudicaban?

R.: —Bueno, pues por las declaraciones y tal... A veces decías: «Por qué no se estarán callados.» Y, sin embargo, otras veces leías y decías: «¡Pues es que tienen razón, es que tienen que decirlo!» De todas formas me dejaban leer sólo lo que querían.

P.: —¿Cuando declaraba el ministro de turno: «No vamos a ceder al chantaje», era cuando pensabas que por qué no se estarían callados?

R.: —Eso no me lo dejaron ver nunca.

P.: —¿Recordabas a tu familia, a tu mujer, a tu hijo; pensabas en ellos?

R.: —¡Todos los días y a todas horas! ¡Claro! ¿En qué vas a pensar? Me acordaba de todas las anécdotas de la vida, porque todas pasan por... Es como esas cosas que se ven en alguna película, toda la vida te pasa por la mente en un instante. Ahora bien, lo mío no fue en un instante... Me acordaba hasta de los detalles más inverosímiles y pensaba: «¿Cómo me puedo acordar yo ahora de aquello?» Pero lo recordaba, sí, hasta el último detalle.

P.: —¿Tenías alguna foto o alguna cosa de tu...

R.: —Sí, tenía unas fotos, que por cierto se estropearon. ¡Me las dieron! Porque las llevaba en la cartera. Me las dieron y acabaron estropeándose por la humedad, pero bueno, sí, las tenía.

Esos retratos de su mujer, su hijo, su madre y su abuelo materno, enmarcados rudimentariamente con plástico y cinta aislante y enmohecidos por la brutal humedad producida por la proximidad del río Deba, aparecieron en el *zulo* junto a los escasos enseres de Ortega Lara (una cruz fabricada con papel de aluminio, algunos útiles de aseo y poco más) tras la liberación del secuestrado por la Guardia Civil, el primer día de julio de

1997. Aquel momento, sin embargo, todavía estaba muy lejano en el tiempo cuando José Antonio mataba la angustia y la soledad de su cautiverio mirando esas fotografías y experimentando las emociones que hoy se esfuerza en recordar...

P.: —¿Qué sentías con más fuerza allá dentro? ¿El miedo, la rabia, la impotencia, la tristeza...?

R.: —Era más la impotencia. Miedo no, porque acabas haciéndolo casi tuyo aquello. Miedo fue sólo al principio, después ya no. Impotencia y rabia, sí.

P.: —¿Fuiste consciente en todo momento de que el Gobierno no iba a acceder al chantaje?

R.: —Estaba convencido de eso.

P.: —¿Seguro?

R.: —Para mí habría sido una sorpresa lo contrario. Ahora me río, pero... Quiero decir que en aquellos momentos yo estaba convencido al cien por cien de que no iban a negociar, vamos... ¡Cómo iban a negociar una cosa de ésas! Habría sido imposible.

P.: —¿Y eso lo vivías entonces con la misma naturalidad con la que me lo estás diciendo ahora?

R.: —Siempre te agarras a un pequeño agujero de esperanza que consiste en decir: «Sin embargo, aunque no negocie esto, a lo mejor negocia aspectos secundarios, u otras cuestiones...»

PENSAMIENTOS SUICIDAS

P.: —¿Cómo pasabas el día y la noche en el *zulo*? ¿Qué hacías durante tantos interminables minutos en ese pozo?

R.: —El habitáculo en el que yo estaba tenía unas dimensiones de 2,40 por 1,75 metros. Tuve tiempo de medirlo... Vamos a ver, a bote pronto yo calculo que tendría unas ocho horas de luz, aproximadamente, y el resto era oscuridad. ¿Cómo pasaba el día? Pues leía lo que podía.

P.: —¿Qué lectura te daban?

R.: —Libros, les pedía libros. Recuerdo que les pedí libros de la Generación del 98; siempre me gustó la Generación del 98, Machado, Unamuno... Ya sé que es una generación triste, pero me gustaba, no sé por qué... El caso es que les pedí libros de la Generación del 98, y uno de ellos me preguntó: «¿Eso qué es?» Entonces yo les dije: «Pues Machado, Unamuno, Baroja, Valle-Inclán...» Y me contestaron: «De eso no tenemos.»

Al final me trajeron varios libros de... Uno era de... ¡Que lo leí, eh! Uno era sobre un obispo y una terrorista, ya no me acuerdo del título, y otro era *La caza (o los asesinatos) de la Foz de Lumbier*, unos etarras que mataron en la Foz de Lumbier la Guardia Civil, ¿te acuerdas? Pues el libro expresaba la particular visión de ellos de lo que había sido aquello. Y después me empezaron a traer libros más conocidos: *El cura de Monleón*, que creo que es de Unamuno, *El cancionero gitano*, ¡fíjate! Y luego ya pues *bestsellers* como *La hoguera de las vanidades*, *Lo que el viento se llevó*... Leí más, de los que ahora no me acuerdo, porque he perdido mucha memoria, y hubo otros títulos que pedí y no me trajeron.

Leía hasta donde me permitían los ojos, porque con aquel foco y sin gafas, que no me las quisieron llevar... ¡Ésa es otra! Cuando me secuestraron, les dije: «Coged mis gafas.» «Ya te las vamos a llevar», me contestaron, y cuando llegué allí, no estaban, supongo que para no dejar pruebas o ¡yo qué sé! No lo sé, pero pasé mucho tiempo sin gafas, así es que paseaba mucho (acabas aprendiéndote que cuatro pasos en esta dirección y dos en ésta, no te das en la esquina). Rezas mucho, yo rezaba siempre ocho o nueve rosarios al día. Piensas mucho, hablas en bajo...

P.: —¿Hablabas solo?

R.: —Sí.

P.: —¿Y a quién te dirigías?

R.: —Pues a mi mujer, a los amigos, al de arriba...

José Antonio, que se queja de vez en cuando de perder el hilo, conserva, sin embargo, una memoria extraordinariamente vívida de los acontecimientos sufridos en aquellos dramáticos días, y los expone con voz sólida y lenguaje detallado y preciso. A la hora de abordar el territorio de las emociones, en cambio, su natural pudor le vuelve mucho más parco en palabras y le cuesta más contestar a mis preguntas...

P.: —¿Estabas enfadado con el de arriba?

R.: —Sí.

P.: —¿Y qué le decías?

R.: —Algunos días me enfadaba y al día siguiente le pedía perdón. No creas que todos los días. Bueno, pues... Son pensamientos tan extravagantes que no tienen mucho sentido, pero estando en esa situación, pues quizá sí lo tenían. Le decía: «Oye y Tú... ¿Cuánto duró tu calvario? Léete el Evangelio —le decía yo—. Cuéntame cuánto duró tu calvario y fíjate lo que lleva el mío. Dame una salida. Yo no te digo que me devuelvas a casa. Si no puede ser, pues no puede ser, pero dame una salida y no me obligues a hacer lo que no quiero hacer.»

P.: —¿Cuándo empezaste a pensar en hacer eso que no querías hacer?

R.: —Básicamente a partir de marzo. El fatídico 17 de enero de 1997 fue el mal día, pero a partir de ahí, como tenía muchísimo tiempo para pensar... Fue a partir de marzo, más o menos a partir de marzo, cuando se me empezó a cruzar la idea de que aquello, como no tenía solución, porque no la tenía, porque los acontecimientos decían que no la tenía, de un modo u otro se tenía que arreglar. Y si a eso añades el sentimiento ése de culpa que te va minando... Porque es verdad, ¡eh!, ese sentimiento existe.

P.: —¿Por qué razón tú, precisamente tú, te sentías culpable?

R.: —Pues acabas sintiéndote culpable de todo lo que está pasando, de que tus compañeros se encuentren maniatados, no porque vayan a hacer

nada, sino sencillamente porque se encuentran extorsionados por tu culpa. Tu familia lo mismo, te sientes culpable de la desgracia de tu familia...

P.: —¿Sufrías más por la gente que estaba ahí fuera que por lo que estabas pasando tú dentro del *zulo*?

R.: —¡Hombre!, también por lo que estaba pasando yo, claro, pero llegó un momento en que me preocupaba más lo de los demás y en que dije: «Mira, que se acabe para ellos y que se acabe para mí también.»

P.: —¿Entonces fue cuando empezaste a preparar un instrumento para quitarte la vida?

R.: —¡Uf! Hice muchas cosas...

P.: —¿Qué hiciste?

R.: —¿En un sitio de éstos hay posibilidades de quitarse la vida? Pues hay pocas. Básicamente hay dos: una que es el corte de venas, que es típico, y otra que es el ahorcamiento, porque la otra no... ¿Inanición? La muerte por inanición debe de ser tremenda. Yo comía muy poco, porque las comidas que me daban un poco más... Como diría yo... más compactas, por decirlo así, enseguida las descomponía, porque entre los nervios, la falta de luz y todo lo demás, yo creo que era ya un cúmulo el deterioro en general y descomponía casi toda la comida, pero las verduras y las frutas las asimilaba, con lo cual me limitaba a comer eso.

P.: —¿Pasabas hambre?

R.: —No me preocupaba.

P.: —¿Frío?

R.: —Humedad. Humedad hasta en los huesos, y si llego a vivir años, supongo que me pasará la cuenta.

P.: —¿Te habías puesto un plazo para matarte si no te mataban ellos?

R.: —Varios, pero ¡era tan difícil!

P.: —¿Por qué?

R.: —Pues porque moralmente es muy duro... Es disponer de tu vida, y uno es humano y quitarse la vida es algo que...

P.: —¿Conservaste la fe dentro del *zulo*?

R.: —Sí, yo creo que sí, sí.

P.: —No llegaste a...

R.: —¿A desesperar de Dios? No.

P.: —¿Ni a renegar de Dios, ni de tu fe? ¿Nunca?

R.: —Si un día renegaba, al día siguiente me arrepentía. Pero bueno, eso era parte también un poco de la situación, del estado anímico.

P.: —¿Ayudó tu fe a evitar que te suicidaras?

R.: —Probablemente sí.

UN MÉTODO PARA LA SUPERVIVENCIA

P.: —¿Qué fue lo que te mantuvo con vida?

R.: —El método.

P.: —¿El método?

R.: —El ser metódico. Con la hora que tenías de hacer los rezos, con la hora que tenías de lavarte, con la hora que tenías de hacer la gimnasia, con la hora que tenías de pasear, con la que tenías de leer, con la que tenías de escuchar: «Dentro de un poquito tiene que empezar a sonar la máquina de arriba porque hoy es jueves...» Y tatatá, tatatá... El método.

P.: —¿En una situación así se conservan cosas como el sentido del pudor, de la intimidad, el deseo de afeitarte o cortarte el pelo?

R.: —¿La higiene? Sí, la higiene, sí. Hombre, con el tiempo igual te descuidas un poco, pero yo me lavaba todos los días, la cabeza dos veces por semana, y hacía ejercicios todos los días. Es así.

P.: —¿Incluso en los peores momentos, cuando estabas convencido ya de que...?

R.: —Al final ya no. Me lavaba, ¡eh!, eso siempre, hasta el último día, pero el ejercicio físico, quizá el último mes o así, ya no.

P.: —¿Nunca perdiste la dignidad allí en el *zulo*?

R.: —Yo creo que no. Humillaciones las sufrí a millares, pero creo que la dignidad no la perdí. Y no sólo yo. Al que le han matado por la espalda, tampoco, no nos vayamos a equivocar. En todo caso, el que se ha degradado y el que ha perdido la dignidad es el otro.

P.: —¿Qué temías más en tu encierro, la pérdida de la dignidad o la de la vida?

R.: —El perder tu dignidad es algo que con el tiempo te preocupa más y llegas a temer no ser capaz de aguantar... Porque perder la vida, llega un momento que dices: «Bueno, soy yo, me ha tocado a mí y ya está.» Pero perder la dignidad es muy duro, intentas por todos los medios no llegar a eso...

P.: —¿No llegar a suplicar, ni a hacer cosas que...? Pues si en 532 días conseguiste no hacerlo, ¡olé tus redazos! Porque no debe ser nada fácil...

R.: —No debe de serlo, ¿no? No debe de serlo... No, no es fácil.

P.: —¿Y cómo lo lograste? ¿Cuál fue la clave para lograrlo?

R.: —Ya te he dicho, la fe influyó mucho, pero el método también. El método es importante. Ambas cosas. Yo creo que es una combinación de ambas y hay un tercer elemento que podríamos añadir, que es la obligación moral que tienes para con los demás de aguantar hasta donde puedas.

P.: —¿Qué recuerdas con mayor dolor, el sufrimiento físico o el psicológico?

R.: —El psicológico, el psicológico es mucho más duro, sin lugar a dudas, es mucho más duro. Hombre, yo creo que todos tenemos miedo al dolor físico, pero en mi caso, para mí, era más duro el psicológico. Mucho más.

P.: —¿Podías dormir por las noches?

R.: —Al principio, sí. Después ya se hizo casi insoportable. Bueno, no insoportable, sino que era imposible. ¡No dormía un segundo! Pero yo lo achaco a la excitación física y a los nervios, era una situación de una excitación tal, que no me permitía conciliar el sueño.

P.: —¿Te daban algo para calmar los nervios?

R.: —No. Una aspirina si me dolía la cabeza y tal, nada más.

P.: —¿Ahora duermes bien?

R.: —¡Como un tronco! No oigo nada. Mi mujer siempre dice: «Pero si no te enteras de nada... ¿No has oído...?» Y yo no he oído llover, ni tronar, ni nada.

P.: —¿Tienes pesadillas?

R.: —Ya no. Duermo bien.

P.: —Un paréntesis. Me imagino que entre los muchos pensamientos que cultivabas allá en la oscuridad, alguno sería para los que estaban secuestrados a la vez que tú y los que lo habían estado antes...

R.: —Sí, primero estuvo José María Aldaya, que por cierto ese hombre sé que lo pasó horrible. Lo sé por el tiempo que llevaba y por las imágenes que vi de él cuando lo liberaron. Creo que después de mí es el que peor lo ha pasado, porque no las tuvo todas consigo de salir bien de allí...

P.: —¡Ni tú tampoco!

R.: —No, yo no tenía ninguna posibilidad. Yo no tenía ninguna. Así como otros tenían... Sabían que tarde o temprano saldrían, pero yo no tenía puerta de salida, porque no la tenía.

P.: —Eso te iba a preguntar. ¿Qué pensabas o qué piensas en este momento de quienes estando secuestrados pueden pagar y pagan o de quienes son víctimas de un chantaje y pagan el mal llamado «impuesto revolucionario»?

R.: —Hacen lo que deben hacer, si pueden. Yo no podía hacer nada. Es más, en una ocasión yo le dije a uno de éstos... ¿A quién fue? A Pachi, le dije: «Esta situación mía, si hubiera tenido yo cien o doscientos millones, se habría solucionado hace tiempo.» Y él me dijo: «Hombre, ayudaría.»

P.: —O sea, que comprendes que la gente ceda a la extorsión.

R.: —¡Pues cómo no lo voy a entender! ¿Acaso puedo prejuzgar yo lo que es su vida? No, no, no. No sólo lo entiendo, sino que creo que hacen lo que deben. Ante la necesidad, ¿qué vas a hacer?

P.: —¿Y el «impuesto»?

R.: —¿El impuesto? Si el miedo es libre... ¡Hombre! Yo creo que ahí sí que debiera de crearse una concienciación social para que eso se fuera... Pero ¿cómo le vas a culpar ahora de tu secuestro a alguien porque haya pagado el impuesto? No, no se me ocurre tal cosa.

EL DÍA DE LA LIBERACIÓN

P.: —¿Qué recuerdas del día de tu liberación?

R.: —El reencuentro con mi mujer y el mal rato que me hizo pasar el guardia civil allí dentro, que yo creía que era uno de ellos, que encima para mayor escarnio mío me quería hacer salir fuera para matarme allí; que estaba disfrazado y quería matarme fuera.

P.: —¿Pensabas que era un etarra que se había disfrazado de guardia civil?

R.: —Sí, sí. Yo pensaba: «Al final se ha disfrazado y, para escarnecerme más, pues se ha disfrazado y me va a sacar fuera para matarme fuera. Entonces es cuando yo le dije: «No, no, no, fuera no. Mira, hazlo aquí que es más fácil y no quiero salir.»

P.: —O sea, que estabas convencido de que había llegado tu hora en ese momento.

R.: —Sí, hacía tiempo que lo asumía y en el fondo casi lo deseaba. Era mejor eso que no la otra solución. Para mí era una liberación el tener que llegar a eso por ellos y no por mí mismo.

P.: —Entonces, cuando bajó el guardia civil aquél a sacarte del *zulo*, ¿tú no pensabas que realmente te pudieran haber encontrado y liberado?

R.: —¡En absoluto! Vamos, yo estaba seguro de que era uno de ellos ¡Fíjate hasta dónde llegan los pensamientos! Estaba seguro de que era uno de ellos que se había disfrazado para humillarme más, y sacarme fuera y matarme fuera.

P.: —¿Entonces fue cuando le dijiste eso de «matadme de una puta vez»?

R.: —Sí. «Mátame de una puta vez, pero hazlo aquí, déjame en paz.»

P.: —¿Y cómo te convenció el guardia de que efectivamente era un guardia civil?

R.: —Pues no sé... Poco a poco me decía: «Que no, que no te preocupes, que tu familia, que ya están avisados, que van a venir a verte...» Y yo estaba en mis trece, yo seguía en lo mismo. Y luego entró otro, y aquello ya me pareció más raro, con la puerta abierta además, porque nunca estaba la

puerta abierta... ¡Qué raro! Y además que no tomaban precauciones, porque las dos o tres veces que habían entrado siempre tomaban la precaución de que uno se quedara fuera y el otro entrara o, si entraban los dos, cerraban la puerta. Y en aquella ocasión estaba todo abierto. Aquello me extrañaba... una cosa muy rara. La verdad es que no sabría darte detalles muy específicos de cómo me fui dando cuenta. Sé que debió de pasar un buen rato...

P.: —Hasta que te convenciste de que...

R.: —Hasta que salí. Bueno, de hecho sé que el guardia me dijo: «Venga, salgamos para fuera...» Y yo le dije: «Bueno, vale, espera un poco, que voy a ver esto, que necesito vestirme», porque yo estaba en chándal. Me vestí, me puse las gafas (porque más o menos a los dos meses de estar secuestrado me proporcionaron unas gafas con una graduación aproximada a la que yo les había dado) y luego al salir le dije: «Espera un momento, que voy a ver esto...» Le estuve echando un vistazo durante un buen rato y luego, al salir y ver tanta gente, pensé: «Justo, tenía yo razón, éste lo que quería era engañarme», y me volví otra vez para dentro, y volví a bajar otra vez hasta el *zulo*.

P.: —¿Y te metiste en el *zulo* otra vez?

R.: —¡Fíjate qué cosas, qué reacciones!

P.: —¿Y entonces qué sucedió?

R.: —Me decían: «Que no, que no, que no pasa nada, tranquilo.» Y decían entre ellos: «No habléis, estaos callados...» Y luego, pues poco a poco volví a salir. Y al salir, la primera persona que se me presentó, cuando yo estaba de cintura hacia arriba fuera del *zulo*, me dijo: «¿Me conoce usted?» Y yo le contesté: «Sí, sí, usted es el magistrado Baltasar Garzón.» Entonces ya me dije: «¡Ah!, esto ya es otra cosa, a éste le conozco.»

P.: —¿Iban de uniforme los guardias civiles que te sacaron, o iban de paisano?

R.: —Yo creo que sí, que iban de uniforme. Además uno de ellos llevaba pistola, recuerdo que uno llevaba pistola, el otro no estoy seguro, pero de uno sí me acuerdo bien.

P.: —O sea, que realmente tenía que haber sido el escarnio muy elaborado para que se vistieran...

R.: —No me hagas mucho caso. Esto contado aquí y ahora, es que... parece de chiste, ¿no?

P.: —No, no, parece terrible.

R.: —Pero en aquel momento, pues uno está pensando en lo que está pensando.

«¡MADRE MÍA, QUÉ PINTA TENGO!»

P.: —¿No tenías un espejo dentro del *zulo*, verdad?

R.: —No, porque el espejo podría ser un arma para cortarme...

P.: —O sea, que no te habías visto reflejado en un espejo desde tu secuestro. ¿Recuerdas la sensación que te produjo hacerlo?

R.: —Me vi en un espejo en el Hospital de Aránzazu, en el lavabo, y me dije: «¡Madre mía, qué pinta tengo!» Tenía mala cara, la barba larga, me pareció que tenía sesenta años. Pero tampoco te creas tú que... Yo me fijaba sobre todo en la luz. Como llevaba mucho tiempo sin ver luz, en la ambulancia o en el hospital miraba hacia la ventana, sólo quería ver luz.

P.: —¿No te creías todavía que estabas libre?

R.: —Miraba la luz.

P.: —¿Y qué viste en los ojos de tu mujer y de tu hijo cuando te miraron?

R.: —Mi mujer se puso a llorar... Ya casi ni me acuerdo, estuvo allí un rato llorando, venga a llorar. En cuanto a mi hijo, me dio mucha pena porque no me reconoció.

P.: —No te reconocería al principio, pero después, cuando te afeitaste y le llevaste a casa, me imagino que sería otra cosa...

R.: —Pero eso fue un golpe muy duro para mí.

Por primera y única vez a lo largo de toda esta larga entrevista, en el transcurso de la cual no ahorro preguntas dolorosas, José Antonio Ortega Lara se emociona demasiado como para continuar hablando. Los ojos se le llenan de lágrimas, por un instante regresa a aquel momento terrible en el que su pequeño Daniel, que apenas contaba tres años de edad cuando se produjo el secuestro de su padre, no fue capaz de reconocerle en aquel hombre encorvado y consumido por la tortura en que se había convertido, y yo tengo la certeza de que si le fuerzo a profundizar en ese recuerdo, nuestra conversación habrá terminado.

P.: —¿Sabes, José Antonio, que constituyes para todas las víctimas del terrorismo un símbolo de esperanza?

R.: —Bueno, me lo han dicho muchas veces. La verdad es que yo nunca he pretendido nada de eso. En cambio, para mí, el símbolo de esperanza está en otra persona.

P.: —¿En quién?

R.: —En Domingo Durán. Ése es para mí un símbolo de esperanza, porque sólo con ver lo que él y su mujer pasan allí, lo que de seguro él tiene que estar pensando, que ha de ser lo mismo que he pensado yo muchas veces...

P.: —¿Que es mejor no vivir así?

R.: —Seguro. Y él lleva así desde el 13 de enero del año 1995. Eso sí es un símbolo para mí. Hoy en día, que estamos en una sociedad en la que todo el mundo, no sé si para evadirse del aburrimiento de sus vidas o de la monotonía, se fabrica ídolos... Ésa es la palabra: que si el triunfo, que si... Creo que para mí el más héroe es el que se levanta cada mañana y saca adelante a su familia con un sueldo de 30.000 duros. ¡Ése sí que es un héroe! No les quito mérito a los otros, ¡eh! Con todo el respeto del mundo, pero para mí el héroe es Domingo, que lleva allí desde el año 95 viviendo, cuando lo fácil sería morir.

R.:—Bueno, tú saliste de aquel *zulo* perfectamente cuerdo, cuando lo lógico habría sido o no salir, o salir absolutamente desquiciado para toda la vida.

R.: —Aguanté hasta donde pude, hice lo que pude, y no creía yo tampoco al principio que fuera a aguantar tanto. Porque la verdad es que me mantuve bastante bien hasta esa fecha que te he dicho; dentro de lo que cabe, pero bastante bien.

P.: —¿Recuerdas la célebre frase de Enrique Múgica cuando mataron a su hermano Fernando?: «Yo ni olvido, ni perdono.» ¿Tú olvidas? ¿Tú perdonas?

R.: —Lo del perdón es una lucha interior. ¿Debo? Sé que debo pero, ¿quiero? ¿Puedo? Es muy difícil, muy difícil. Para mí incluso resultaba más fácil antes que ahora, porque en aquel entonces me decía a mí mismo que si a mí Dios me perdonó lo más, ¿por qué no iba yo a perdonar lo menos?

Pero ahora estoy en un plano más humano, por decirlo así, más terrenal; entonces estaba en el limbo. Ahora me cuesta más, pero como compromiso moral yo sé que es mi obligación de cristiano. Un día u otro tienes que perdonar, tienes que aprender a llegar a perdonar, aunque no te pidan perdón. Ya sé que esto me puede acarrear... digamos que... críticas, pero como cristiano, ésa es una obligación moral. Si lo conseguiré o no, eso es otra cuestión.

P.: —La mayoría de los españoles, afortunadamente para ellos, nunca han tenido la ocasión de hablar con un terrorista, de tener cerca a uno de esos...

R.: —¡Yo tampoco!

P.: —¡Hombre, sí, tú los has tenido, desgraciadamente para ti, muy cerca!

R.: —Pero no he tenido la ocasión de hablar con ellos *vis-à-vis*. Con una careta es distinto, no estás hablando con uno, estás hablando con alguien...

P.: —Bueno, pero has hablado con ellos, los has tenido cerca y has vivido para contarlo... Es que lo pregunto porque para la mayoría de los españoles un terrorista es un monstruo que aprieta un gatillo...

R.: —No, no. Un terrorista parece una persona normal, pero lo que pasa es que yo creo que están convencidos de que lo que hacen, deben hacerlo. No sé cómo han llegado hasta ahí. Lo difícil es saber cómo han llegado a esa conclusión, ¿no? Cómo han llegado a aceptar que la vida de los demás no vale lo mismo que la suya, y que el medio, cualquiera que sea éste, es válido para conseguir sus fines. Yo creo que una persona humana, dotada de razón, no debe admitir eso. Un fin no te puede legitimar cualquier medio. No es posible, porque entonces estaríamos en la ley de la selva.

P.: —Durante los 532 días que conviviste con ellos, ¿percibiste siquiera un atisbo de arrepentimiento, o piedad, o sentimiento de culpa?

R.: —Curiosa manera de convivencia, pero bueno... No, de arrepentimiento, no. De piedad, en algún momento quizá. De cansancio, sí. Estaban cansados, hartos de aquella situación, tanto o más que yo. Estaban hartos, yo creo que porque sabían, o suponían, que cuanto más se prolongara la situación, más arriesgada sería, ¿no? Sí, estaban hartos; yo

creo que ellos habrían deseado que aquello se acabara de un modo u otro, pero muchísimo antes.

P.: —¿Ellos te dijeron claramente que cumplían órdenes, que no tomaban las decisiones?

R.: —Sí, sí, ellos siempre dijeron: «Lo que la organización diga, se hará.» Ellos no actuaban por sí mismos.

A las siete de la mañana del primero de julio de 1997, la Guardia Civil irrumpió en la nave industrial en la que se encontraba enterrado en vida Ortega Lara, escondido bajo una maquinaria de tres toneladas de peso que se levantaba mediante un mecanismo oculto. Tras una intensa investigación, que jamás se interrumpió, y gracias a las revelaciones de un confidente, las fuerzas de seguridad habían logrado detener horas antes en sus domicilios a los torturadores del funcionario de prisiones, los cuales fueron conducidos, en presencia del juez Garzón, hasta el viejo taller de Arrasate en el que José Antonio esperaba resignado la muerte...

P.: —¿Te han dicho que cuando la Guardia Civil llevó a los terroristas que te habían secuestrado hasta la nave en la que estabas tú, no quisieron confesar dónde te habían ocultado. Es decir, que te habrían dejado morir ahí sin la menor vacilación?

R.: —Sí que me lo creo. Sí creo que no lo dijeran, porque yo siempre estuve convencido de que o me matarían, o me dejarían morir. Luego no es descabellado lo que me cuentas. Y, desde luego, si hay instituciones que para mí hayan ganado prestigio, pues una de ellas es la Guardia Civil. ¡Y mis compañeros de Prisiones también!

ENGAÑOS Y DESENGAÑOS

P.: —¿Hay más miedo en ellos después de lo que te pasó a ti?

R.: —Yo creo que no. En todo caso quizás haya una mayor conciencia de qué nadie está libre. Quizás ahora piensan que también a cualquiera de ellos le puede tocar. Pero, ¿más miedo? Yo creo que no. En todo caso, sin hablar de mi familia, por supuesto, que vamos a dejarla al margen, porque está fuera del cuadro, han ganado terreno en mi estima la Guardia Civil, mis compañeros y, ¡fíjate!, curiosamente, la Iglesia.

P.: — ¿Sí?

R.: —Sí. Bueno, yo no sé si por mi condición de creyente, pero aunque haya ciertos miembros de la Iglesia que parece ser que por la noche en vez de... No sé si reflexionan o encienden el ordenador para otras cuestiones...

R.: —¿Leíste la última pastoral de los obispos vascos, aquella que hablaba de la ilegalización de Batasuna en términos muy, muy críticos y decía que el problema vasco sólo se resolvía negociando y que había que acercar a los presos y, en fin, la sempiterna equidistancia entre las víctimas y los presos?

P.: —Ya. Bueno, supongo que tendrán sus razones. Yo a ése respecto pues no sé qué decirte. Creo que las personas, por el hecho de ser humanas, son todas iguales. Todos tenemos una misma naturaleza humana. Todos somos humanos, y aunque aquel que asesina se degrada a sí mismo y se convierte en una aberración, en un ser aberrante, podemos decir, no dejará por ello de ser humano. Para los demás debe seguir siendo un ser humano. Y en ese sentido yo creo que la doctrina cristiana no diferencia. Ahora, otra cosa muy distinta es que determinados ministros [de la Iglesia] tengan una interpretación muy *sui generis*. Pero todos somos iguales, eso es cierto. Yo sí creo que todos somos hijos de Dios. Con independencia de que unos se degraden y otros sigan manteniendo su dignidad. Porque el terrorista humilla a la víctima, pero nunca consigue arrancarle su dignidad.

P.: —¿Estuviste presente en el juicio a tus secuestradores?

R.: —No. Alegué determinados artículos de la Ley de Enjuiciamiento Criminal para que se excusara mi presencia.

P.: —¿Y por qué?

R.: —Pues porque me sentía engañado; pero no por la Justicia, sino por todo lo que había ocurrido con el sumario de mi causa, por la violación del secreto sumarial, porque al día siguiente de mi declaración todo salió en la prensa, y por una serie de circunstancias que... Yo siempre había creído que el sumario era secreto y que por lo tanto sólo tenía acceso a él el juez, y nunca entendí que un magistrado de la Audiencia me tomara declaración y a los veinte minutos estuviera en el Hotel Landa, dando una rueda de prensa sobre lo que había pasado. Eso jamás llegué a entenderlo y sigo sin entenderlo. Debería haberlo denunciado, pero si lo hubiera hecho habría seguido estando en el candelero, más y más, y yo lo que pretendía precisamente era apagar el fuego, no avivarlo.

P.: —¿Qué deseabas más en ese momento, olvidar o que te olvidaran?

R.: —Que me olvidaran. ¿Olvidar? Si hasta en mis pensamientos me sentía bien, a veces. Sí, sí, sí, puede ser también parte del síndrome, pero hasta en mis pensamientos me sentía bien. Paulatinamente te vas dando cuenta de que eso es un proceso que se retroalimenta y que te va minando, pero eso lo ves después, no allí, no al momento de salir. Lo ves después.

P.: —Tampoco de los periodistas tienes un gran concepto ¿me equivoco?

R.: —Bueno, yo siempre había creído que los medios de comunicación estaban para informar, pero después me he dado cuenta de que son un poder fáctico increíble. Vamos, que en algunos casos están bien guiados, y que en otros casos parece que sirven a determinados intereses mercantilistas. No lo sé... Sí, reconozco que para mí los medios de comunicación en general han perdido cierta estima, porque creo que han perdido algo de la objetividad que debían tener.

P.: —¿Confías en que tus secuestradores cumplan íntegramente sus condenas?

R.: —No, porque sé que legalmente no podrán cumplirlas. No sé si con el nuevo Código Penal siguen siendo treinta los años de condena, pero aun así, antes era la redención de penas por trabajo y ahora por no sé qué, la cuestión es que cumplirán ocho o diez años y se irán a la calle... Eso lo sé.

P.: —¿Y no te indigna?

R.: —Es la Ley. Están en su derecho y ya está. Será lo que marque el Código y punto, y nada más. A los diez años se irán a la calle. ¡Tampoco les deseo que se pudran allí!

P.: —¿No? ¿No les desearías la cadena perpetua o la pena de muerte?

R.: —No existe. Es que ni me lo planteo, no existe y punto. En España no existe la cadena perpetua y tampoco existe la pena de muerte...

P.: —No, pero hay mucha gente que lo plantea, una cosa y la otra, sobre todo la cadena perpetua.

R.: —Ni me lo planteo. ¿La cadena perpetua? Es que no me lo he planteado nunca. Prefiero hacer mi vida. Es que si estoy pensando en que si cadena perpetua... estoy perdiendo el tiempo, y tampoco es eso. No, no. Yo hago mi vida.

MIEDO AL DOLOR

P.: —¿Se llega a superar una experiencia como la que tú y tu familia habéis vivido?

R.: —Yo creo que sí. En nuestro caso yo creo que hemos conseguido superarlo, pero, ¡ha costado!

P.: —Y de tu vida, ¿ha desaparecido el miedo, José Antonio?

R.: —No, no, no. ¿Cómo va a desaparecer el miedo?

P.: —¿Tienes miedo? ¿Sigues viviendo con miedo?

R.: —No más que cualquier otra persona. Hombre, yo sé que tengo un riesgo, claro, y le tengo miedo, sí. Tengo más miedo al dolor físico, quizás, que a la muerte en sí misma, porque la muerte... Todos asumimos o tenemos asumido que un día u otro nos va a tocar, dentro de una semana, un mes, un año... o cuarenta años. Pero todos tenemos asumido que nos va a tocar, aunque no sea mañana. Pero al dolor físico, sí le temo.

P.: —¿El recuerdo en voz alta de la experiencia, ahora, es liberador o por el contrario reabre heridas?

R.: —¿A día de hoy? No es doloroso ya como era antes. Yo creo que ya he aprendido a asumir, poco a poco, lo ocurrido.

P.: —¿Hablas de esto en casa alguna vez?

R.: —Hablábamos, ya no.

P.: —¿Tu hijo no te pregunta?

R.: —Sí, alguna vez todavía me pregunta y le contesto con sinceridad, sin tapujos.

P.: —¿Y lo ha asumido él con naturalidad?

R.: —Al principio lo veía como una cosa muy rara, muy rara, y no entendía. Ahora tiene una concepción del terrorismo como de algo que es malo, pero ya no me pregunta. Sólo alguna vez: «Oye, y cuando a ti te ocurrió aquello...» Pero muy rara vez.

P.: —O sea, que de alguna forma estás consiguiendo recuperar tu vida. ¿Es así?

R.: —Creo que sí. Salvo algunos aspectos de mi personalidad que han sufrido un cambio notable: mi carácter es mucho más agrio, soy más

desconfiado, receloso. Excepto eso, lo demás creo que lo he recuperado. Digamos que es como si hubiera perdido un tren y a la vuelta lo hubiera cogido otra vez. ¿No? Es otra vida. En cierto modo podría ser así, pero no soy el mismo. Tengo menos paciencia para algunas cosas; yo siempre era un poco irascible, y ahora lo soy más; tengo peor genio; también soy más desconfiado, pero no con los amigos o con los que considero amigos, sino con las personas desconocidas; soy más receloso; no tengo muchas ganas de conocer gente nueva... La verdad es que me desenvuelvo bien dentro de un ámbito en el que he estado siempre, de mi familia y los amigos de siempre, y nunca me he planteado grandes metas en ese campo.

R.:—¿A qué te dedicas, cómo llenas el tiempo?

R.: —¿Qué hago? Yo creo que hago una vida normal, afortunadamente, o intento que sea normal. Estudio, trabajo, aunque no sea un trabajo remunerado, cuido de mi familia y de mis hijos, hago algo de deporte, leo libros, estudio gramática inglesa y Derecho, y hago de taxista de mis hijos, un chico y una chica.

P.: —¿Sigues algún tipo de tratamiento médico?

R.: —No, eso lo abandoné. Bueno, no es que lo abandonara, sino que al cabo de un año y medio, aproximadamente, los psicólogos y el equipo médico que me ha tratado siempre me dijeron: «No necesitas ya tratamiento, ahora dedícate a tu trabajo y a tus cosas, haz tu vida.»

P.: —Me imagino que eso exactamente quisieras tú: hacer la vida que hacías antes del secuestro...

R.: —Bueno, no sé si exactamente eso, pero si pudiera elegir entre lo que antes era y lo que soy ahora, yo elegiría lo que era antes.

P.: —¿Por el anonimato, por la alegría, por la...?

R.: —Porque controlaba mi vida. Tenía mi familia, tenía mi trabajo, que no era el mejor del mundo, pero era mi trabajo, y por tanto me dedicaba a él. En casa tenía mis aficiones, controlaba... Ahora hay aspectos de mi vida que se escapan de mi control y no puedo hacer nada por evitarlo; ya está.

P.: —¿Te gustaba tu trabajo como funcionario de prisiones?

R.: —¡Hombre! Mi trabajo como funcionario no era vocacional, eso es evidente, ¿no? Pero era mi trabajo. No era el infierno y tampoco el edén, pero era mi trabajo y yo lo hacía con la profesionalidad que me habían

enseñado, y nada más. No era el mejor del mundo, pero no por eso dejaba de ser útil.

R.:—¿Eras consciente del riesgo que entrañaba?

R.: —Bueno, sí, nos habían enseñado que había un cierto riesgo, efectivamente, y de hecho siempre tomábamos ciertas medidas de seguridad, pero nunca piensas que te va a tocar a ti.

P.: —¿No lo habías pensado nunca?

R.: —Unos meses antes, sí. Yo sospechaba que algo pasaba y tomaba precauciones lógicas a la hora de coger el coche y eso, pero no dije nada a mi familia porque no quería preocuparles en exceso.

P.: —¿No comunicaste a nadie tus sospechas?

R.: —Sí, a alguien sí, pero no te digo a quién. En todo caso, no tuvo ninguna utilidad. Y es que, fíjate, ¡si yo era un funcionario! Supongo que como cualquier guardia civil, o cualquier policía, o cualquier persona que pasara por allí. Pero, ¿por qué a mí? ¡Si yo era un don nadie! Eso es lo que yo era, un don nadie, y sigo siendo igual. ¿Por qué me iba a tocar a mí? Pues si un día vienen a por mí —pensaba yo—, me van a pegar un tiro, me van a matar y punto; quiera o no quiera. Si estoy en el punto de mira, me van a matar de un tiro; pero lo del secuestro no lo pensé jamás.

P.: —¿Algo profundo e irreparable se ha roto dentro de ti?

R.: —Sí, la fe en la Justicia es una de ellas.

EL TESTIMONIO DE LAS VÍCTIMAS

P.: —Muchas víctimas del terrorismo intentan dar un sentido a la pérdida de sus seres queridos. ¿Tú has encontrado un sentido a lo que te pasó?

R.: —No, no lo hay. Pero es que tratar de buscar una explicación lógica es absurdo, porque no la hay, no existe. Te preguntas muchas veces el clásico «¿Por qué?», pero después de un tiempo allí llegas a convencerte de que ellos actúan con una mecánica o por unas instrucciones predeterminadas y no hay que buscar razones. Es así, y ya está. Te ha tocado a ti, como le podía haber tocado a menganito o a fulanito; y no pidas explicaciones, ni preguntes los porqués, te ha tocado a ti.

P.: —¿Sientes resentimiento hacia alguien?

R.: —¡Pues hombre...!

P.: —¿Individual o colectivamente?

R.: —Pues hombre... Mi imagen de los vascos, tengo que reconocer que ahora es peor. Yo lo siento, no puedes meter a todos en el mismo saco, porque sería injusto, sería una atrocidad, pero mi imagen del pueblo vasco en general... He de confesar que se ha deteriorado. Antes, siempre me había dicho: el pueblo vasco es un pueblo cristiano, es un pueblo emprendedor, un pueblo que tiene mucha iniciativa... Ahora lo siento, pero tengo peor imagen. Después de todo lo que me ocurrió, no puedo evitar pensar que quienes a mí me hicieron eso eran vascos. No sé si de primera o de segunda o de tercera, no lo sé, pero eran vascos. Y yo donde estuve, donde pasé lo que pasé, fue en el País Vasco, no fue aquí. Y no me lo hizo mi gente, no fue la gente de aquí, ni un andaluz, ni un canario; fueron vascos. Y entonces, quieras que no, sientes un cierto sentimiento hacia los vascos... Pero no es un odio visceral, no. De hecho me reúno con un montón de gente del País Vasco, víctimas también. No, no, no, no es un odio especial, pero sí una imagen peor.

P.: —Hace tiempo le oí decir a Conchita Martínez, la viuda del teniente coronel Blanco, asesinado por ETA, que existe en España un virus procedente del País Vasco —el virus del terrorismo— que ha matado a mucha gente y ha dejado a otra mucha malherida por todo el país. Por esa

razón, sostenía ella, la obligación moral de los vascos sería proporcionar la vacuna contra esa enfermedad. ¿Compartes esa opinión?

R.: —Sí, yo creo que la solución tiene que salir de allí, creo que tienen que ser los propios vascos, primero, los que se quiten el miedo. El miedo es libre, pero si echamos un vistazo a la Historia, comprobamos que hasta que no te quitas el miedo y te enfrentas al mal, en este caso, al enemigo, o a ese problema que te está esclavizando, pues no encuentras la solución. Y esa determinación tiene que salir de allí, porque a los andaluces les matarán a una persona o a dos o a tres, pero no viven diariamente con ello. El problema está allí, en el País Vasco, y de allí tiene que salir la solución. Cuando medio millón de vascos se enfrenten, pero con una resistencia activa, a esa lacra, entonces se acabará el problema. Y cuando los políticos quieran, también. No doy nombres, sólo digo que cuando los políticos quieran.

P.: —¿Cómo crees tú que se ha portado y se porta la sociedad vasca con las víctimas del terrorismo?

R.: —¿Hablamos de la sociedad o hablamos de los poderes fácticos? Si hablamos de la sociedad, mi opinión es que está tomando conciencia del problema, pero desde hace unos seis u ocho años, quizá. Paulatinamente está tomando conciencia del problema.

P.: —¿Desde tu secuestro?

R.: —Desde un poco antes. Un poco por solidaridad y un poco por egoísmo personal de pensar: «Oye, que esto también, a la larga, perjudica nuestra imagen y nuestra manera de vivir.» En cuanto a los poderes, yo creo que el poder político está todavía lejos de la conciencia real de lo que pasa, y no sé por qué. Tengo la sensación (que no pretendo que mi sensación sea la verdad) de que no hay una verdadera intención de acabar, aunque no sé por qué, desconozco el motivo. Mi apreciación es ésta, pero puedo estar equivocado. A lo mejor tienen buenas intenciones, aunque yo no las perciba.

P.: —¿Tú crees que alguien que no ha sufrido en sus carnes la experiencia de un encuentro con el terrorismo es capaz de entender lo que representa?

R.: —Hasta el punto de comprenderlo como lo hacen los que lo han sufrido, no, eso, no. Pero sí pueden entender que el terrorismo es algo que mina las bases o pilares de un modelo de sociedad. El terrorismo, si tuvo alguna base ideológica en su principio, si es que la tuvo, que yo lo desconozco, se deslegitimó por sus propios medios y sus actuaciones, y yo creo que incluso de paso deslegitimó, y sigue haciéndolo, esos fines que dice perseguir y que en principio pueden ser legítimos. Pero con los procedimientos que utilizan, es obvio que no sólo se degradan ellos, sino que degradan también aquello que dicen perseguir.

P.: —¿Se compensa con dinero, con homenajes o con medallas lo que habéis pasado las víctimas?

R.: —No. Es que ni te lo planteas. Yo al menos nunca me lo he planteado. Lo de los homenajes y demás, he aceptado alguno, pero soy bastante reacio. ¿Estamos hablando de una compensación moral? No, yo creo que no. Ahora bien, es cierto que las víctimas de ETA estuvieron abandonadas a su propia suerte durante muchos años, que a partir de la década de los noventa pues ya empezó a extenderse un sentimiento colectivo de que esta gente necesitaba apoyo y que, posteriormente, en el año noventa y seis, creo, se creó la Oficina de Atención a Víctimas del Terrorismo. Económicamente hoy están (estamos) mejor tratados y también hemos recibido ayuda psicológica y demás. Pero, ¿puede eso llegar a paliar la pérdida de una vida humana? Pues no, eso no vuelve jamás. Un muerto está ahí, y no vuelve, y hasta qué punto esa muerte acaba por destruir o por minar la vida familiar, sólo el que lo ha padecido lo sabe. Una compensación total no existirá nunca, ya que es imposible. Aunque quisieran, la sociedad o los gobiernos nunca podrían llegar a conseguirlo; no es posible.

P.: —¿Qué deuda tiene contraída la sociedad española con las víctimas del terrorismo?

R.: —Bueno, básicamente bastaría que fuera capaz de comprender que esas personas han pasado por algo muy duro, sin tener una culpa específica; sólo porque en cierto modo les ha tocado a ellos y ellos han sido un poco el testimonio de la defensa de unos valores con los que todos diariamente vivimos... «Tengo derecho a esto, tengo derecho a lo otro...», pero nunca

nos fijamos dónde ha nacido ese derecho, ni cómo se ha conseguido ese derecho, o en que mantener ese derecho tiene un precio y unas incomodidades que hay que asumir. Esto, el terrorismo y sus víctimas, es parte de esas incomodidades o de ese precio.

P.: —¿Qué papel crees que deberían desempeñar las víctimas en el momento actual y en un futuro esperamos que próximo, si es que llegamos a contemplar el escenario final del terrorismo?

R.: —Ahora, el testimonio de cualquier víctima debería servir para desvelar la auténtica faz del terrorismo y crear una conciencia social de que la convivencia pacífica es el progreso de los pueblos, de cualquier pueblo, y de que cualquier manifestación, en este caso terrorista, que mine nuestro sistema de convivencia, debemos procurar erradicarla de una vez. Si un día se acabara el terrorismo, pues probablemente las víctimas caerían en el olvido, como ocurre con todas las cosas en la vida, ¿no? Con el tiempo caerían en el olvido, pero quedaría escrita la página.

P.: —¿Así, sin más, sin ninguna deuda que pagar? ¿No crees que España les debe algo a las víctimas del terrorismo?

R.: —Pues hombre, yo creo que un mucho de cariño, un poco de reconocimiento y esperanza... Apoyo, pero no estoy hablando de un apoyo económico, sino de un: «Te ha pasado a ti, pero estamos aquí todos, estamos todos en el mismo barco y tenemos que intentar navegar juntos.»

P.: —¿Tú te sientes querido por el conjunto de los españoles?

R.: —Sí.

P.: —Por lo menos hemos logrado eso.

R.: —Yo creo que a mí, José Antonio... Porque Ortega Lara y yo somos el mismo. Antes, cuando salí del secuestro, éramos dos. Ortega Lara era uno y yo era otro, para entendernos; éramos bicéfalos. Pero con el tiempo ambos han resultado ser el mismo, y la respuesta es sí, yo creo que a mí me han querido, y estoy agradecido en ese sentido, pero mi personalidad ha cambiado también, y es que yo... ¡Es que no soy el mismo de antes! Ya te he dicho antes que soy mucho más desconfiado y más receloso y, solamente, pues... que intente comprender la gente que por lo que yo he pasado no ha pasado cualquiera y entonces... A veces tengo reacciones extrañas, me puedo sentir agobiado y comportarme de un modo que haga pensar que:

«¡Este tío está ido!» El caso es que me gusta ser autosuficiente, y el exceso de cariño me agobia tanto como la ausencia total; no sé si me entiendes.

P.: —Y que quieres recuperar tu vida...

R.: —Pues sí... Tengo muy claro que vivo como quiero vivir; hasta allí donde mis posibilidades familiares y económicas me permiten, ¿no? Pero vamos, no vivo condicionado. No quiero vivir ni arrodillado, ni condicionado.

P.: —De ahí mi pregunta sobre si te sientes querido por el conjunto de los españoles, porque una de las tragedias añadidas de la mayoría de las víctimas del terrorismo, y sobre todo de las de los «años de plomo», es que muchas de ellas, especialmente en el País Vasco, han tenido que sufrir una segunda muerte al sentir el desprecio y el vacío que se les ha hecho alrededor. En tu caso no ha ocurrido eso, sino más bien lo contrario, y eso es lo que te convierte en un símbolo de esperanza ...

R.: —Yo creo que en mi caso, en mi caso concreto, la solidaridad se produjo ¡hasta en el País Vasco! Muchísima gente, incluso de su propia ideología, dijo: «¡Ya basta, ya está bien lo que habéis hecho con este hombre!» Sí, sí, hasta en su propio círculo hubo muchas personas que dijeron: «Con este hombre os habéis pasado.» Sí, yo sé que la gente me quiere.

EPÍLOGO

La liberación de José Antonio Ortega Lara por la Guardia Civil fue acompañada por un estallido de júbilo en la sociedad española. Millones de ciudadanos, horrorizados ante los sufrimientos padecidos por aquel hombre, aplaudieron abiertamente la impecable actuación de los cuerpos y fuerzas de seguridad y celebraron el fracaso de los terroristas. Éstos, derrotados y rabiosos, planearon su venganza y apenas tardaron nueve días en ejecutarla de una forma especialmente macabra y cruel: el 10 de julio de aquel mismo año, tres de los sicarios más despiadados de la organización, Francisco Javier García Gaztelu, Valentín Lasarte e Irantxu Gallastegi, secuestraron a un joven concejal popular de Ermua, perfectamente desconocido hasta entonces, dieron al Estado un ultimátum de 48 horas para reagrupar a todos sus presos (la misma exigencia imposible de cumplir que había mantenido al funcionario de prisiones diecisiete meses bajo la tortura) y, vencido ese plazo, ejecutaron a su rehén a sangre fría, sin misericordia, haciendo oídos sordos al clamor popular que de norte a sur y de este a oeste de la Península había suplicado su liberación. En ese mismo instante ETA comenzó la cuenta atrás de su sanguinaria existencia.

La pasión de Ortega Lara y la muerte de Miguel Ángel Blanco marcaron un hito, una frontera, un aldabonazo en la conciencia colectiva de los españoles, que demostraron su hartazgo tomando las calles de todas las ciudades, pintando sus manos de blanco y coreando al unísono el grito de «¡BASTA YA!», que acabaría convertido en lema de la rebelión democrática. Porque aquello fue, exactamente, lo que dio en llamarse «Espíritu de Ermua»: una rebelión democrática de las víctimas, hartas de su propio miedo y hastiadas de silencios cómplices e indiferencias cobardes, que tiraron de las solapas de España y la sacaron de un letargo que duraba ya decenios.

En aquel verano de 1997 acabaron los años de plomo que marcaron a sangre y fuego tantas vidas inocentes. Fue el despertar de una sociedad madura que exigía a sus dirigentes otra respuesta ante la barbarie y que produjo una prodigiosa reacción en cadena. Una a una, poco a poco, todas las instituciones que, en mayor o menor medida, habían permanecido ciegas y sordas hasta entonces, alzaron con fuerza sus voces. La Justicia, con una persecución implacable de la banda en todos los frentes; la Universidad, el Periodismo, la Cultura, la Intelectualidad, con una denuncia sin paliativos de los crímenes firmados con el siniestro anagrama del hacha y la serpiente; la Ciudadanía, con protestas cívicas masivas ante cada asesinato; la Clase Política, con una batería de medidas legislativas nacidas al amparo de un Pacto Por las Libertades y Contra el Terrorismo, que entre otras aportaciones sustanciales (como el endurecimiento de las penas por delitos terroristas, la persecución de la violencia callejera o la ilegalización de Batasuna) sacó a la luz en octubre de 1999 la llamada Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo, que ponía fin a treinta años de abandono económico garantizando que el Estado se hiciera cargo del pago de las indemnizaciones debidas.

En la *Exposición de motivos*, del texto aprobado por unanimidad en el Congreso de los Diputados, se rendía tributo de honor a las víctimas de la violencia terrorista, las cuales —se decía— «constituyen el más limpio paradigma de la voluntad colectiva de los ciudadanos en pro de un futuro en paz que se ha de construir desde el diálogo, el consenso y el respeto recíproco entre las diversas opciones políticas que ostentan la representación legítima de la ciudadanía».

Que así sea. Ni esta ley (imperfecta por cuanto establece diferencias entre víctimas) ni cualquier otra podrán borrar jamás el horror, la impotencia, la tristeza o la soledad de tantas miradas impregnadas de vacío, ni saldar la deuda acumulada, ni devolver los momentos perdidos junto a los seres queridos, pero su significado va mucho más allá de la compensación económica establecida para intentar paliar los daños.

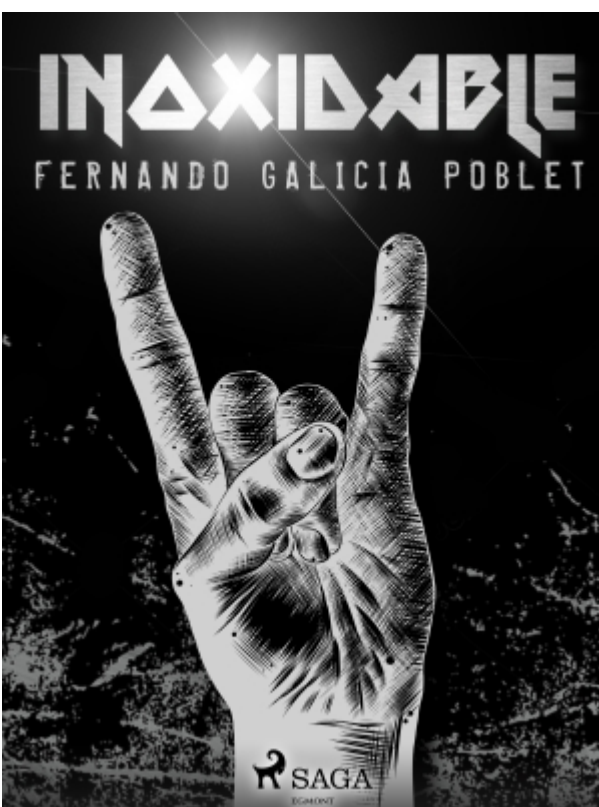
Con esta ley, los españoles aceptamos finalmente mirar de frente a quienes pagaron el mayor tributo por el sistema de garantías democráticas que disfrutamos todos, y dimos un paso de gigante en la consolidación de

nuestras libertades. Fue el principio del fin del terror. El final de los años de plomo. Quiera Dios que para siempre.

Sobre *Los años de plomo*

«Yo pensaba: al final se ha disfrazado de guardia civil y, para escarnecerme más, me va a sacar de aquí para matarme fuera. Entonces fue cuando le dije: "No, no, fuera no. Hazlo aquí, que es más fácil y no quiero salir"». Así describe José Antonio Ortega Lara su liberación en una extensa entrevista en la que relata, por primera y única vez, los detalles de su cautiverio por parte de la banda terrorista ETA en aquel zulo de cuatro metros cuadrados en el que permaneció secuestrado 532 días.

Como él, otras nueve víctimas desgranar ante Isabel San Sebastián los recuerdos que han marcado sus vidas, que la periodista recoge en esta obra «Los años de plomo: Memoria en carne viva de las víctimas». Esas víctimas son Marta Bergareche, madre de Pertur, quien evoca al hijo asesinado por sus compañeros; Álvaro Cabrerizo, quien rememora la tragedia de Hipercor, donde perdió a su esposa y sus dos niñas; o Domingo Durán (policía tetrapléjico fallecido apenas unos días después de aportar su testimonio) y su mujer, Manoli, quienes revelan el horror de las secuelas de un atentado.



Inoxidable

Galicia Poblet, Fernando

9788726939828

620 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Meticuloso ensayo que repasa punto por punto todo el desarrollo del heavy metal en España, empezando por sus orígenes en los años setenta, la época dorada de los ochenta y su devenir con el paso de los años. Un volumen imprescindible tanto para expertos y apasionados en la materia como para aquellos que pretenden zambullirse en una género musical que acabó convirtiéndose en un auténtico estilo de vida. -

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Mónica Pons

A VUESTROS OJOS NEGROS



A vuestros ojos negros

Pons, Mónica

9788726939897

436 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un hermoso tributo a la mejor fantasía épica, bien mezclada con unas gotas de ciencia ficción y con unas gotas de una única sensibilidad. La historia nos presenta un mundo dividido por un muro inabarcable. De un lado, una raza de seres avanzados que emplean la tecnología hasta un grado que la hace indistinguible de la magia. Del otro lado del muro, tribus salvajes que viven de la caza e intentan sobrevivir a la intemperie. Entre estas tribus vive Lena, quien conoce las historias del mundo de antaño, antes de que levantasen el muro, por boca de su madre. Sin embargo, el destino de Lena está a punto de cambiar: algo la espera al otro lado del muro.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JEFFREY ARCHER

Falsa impresión

 SAGA
LIBROS

Falsa impresión

Archer, Jeffrey

9788726491845

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Esta historia empieza en Nueva York, donde Anna Petrescu ha desaparecido y se la considera fallecida, en el Atentado contra las Torres Gemelas. Sin embargo, Anna, viva y coleando, aprovecha la situación para escapar de América. Pronto se verá perseguida por todo el mundo, desde Toronto hasta Londres, Hong Kong, Tokio y Bucarest, en una desesperada búsqueda para responder a estas preguntas: ¿Por qué fue brutalmente asesinada una anciana aristócrata en su casa de campo la noche antes del Atentado contra las Torres Gemelas? · ¿Por qué un exitoso banquero neoyorquino no se sorprendió en absoluto al recibir la oreja cercenada de una mujer con el correo de la mañana? · ¿Por qué trabajaría uno de los mejores abogados de Manhattan para un único cliente sin cobrarle una sola vez? · ¿Por qué le pagaron a una atleta olímpica un millón de dólares cuando ni siquiera tenía cuenta bancaria? · ¿Por qué trabajaba una graduada con honores como secretaria temporal tras heredar una fortuna? · ¿Por qué una condesa británica estaba lista para asesinar al banquero, al abogado y a la atleta, aunque supusiese pasar el resto de su vida entre rejas? · ¿Por qué un magnate del acero de Japon entregaría de buena gana cincuenta millones de dólares a una mujer con la que solo había coincidido una

vez? · ¿Por qué intentaba un veterano agente del FBI dilucidar a conexión entre estos ocho individuos aparentemente inocentes? Serán necesarios todos los recursos del FBI y de la Interpol para averiguar qué es lo que une a este puñado de personajes en apariencia tan dispares. Lo único que tienen todos en común es el autorretrato de Van Gogh con la oreja vendada. En una intriga de infarto llena de giros inesperados, "Falsa impresión" atrapará al lector en la red sagazmente urdida de su trama y no lo dejará marchar hasta la última página. "Falsa impresión", la duodécima novela de Jeffrey Archer, es la atrayente historia de una obra maestra perdida. En "Falsa impresión", el amor y conocimiento de Jeffrey Archer por el mundo del arte reverbera en cada página y, a pesar de que la trama abarca pocos días en lugar de sus acostumbradas décadas, la novela presente la misma épica de las novelas previas del autor.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La camisa del revés

Martín, Andreu

9788726962093

199 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una de las más escalofriantes novelas de Andreu Martín, un coqueteo con el terror dentro de su producción de novela negra y criminal que inspirará los más deliciosos malos sueños a quienes se acercan a ella. Ricardo Maristany, alias el Cardo, se traslada a un pueblo medio vacío para comenzar una plantación de marihuana. Pronto el llanto de un niño empezará a irrumpir en sus noches de sueño. Ricardo no tardará en descubrir que todos los habitantes del pueblo han muerto asesinados. La pesadilla acaba de comenzar.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las crónicas de Clifton

Jeffrey Archer

Los pecados
del padre



Los pecados del padre

Archer, Jeffrey

9788726492026

244 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Los pecados del padre" es el segundo libro de las aclamadas Las crónicas de Clifton, la obra más ambiciosa de Jeffrey Archer tras una carrera de cuatro décadas como autor bestsellers internacionales. Tras la estela del lanzamiento el año pasado de "Solo el tiempo lo dirá", libro que arrasó en las listas de bestsellers de todo el mundo, "Los pecados del padre" lleva al lector a asombroso viaje desde los bajos fondos de Bristol a las salas de juntas de Manhattan. El libro da comienzo en Nueva York, 1939. Harry Clifton, bajo la nueva identidad de Tom Bradshaw, se encuentra arrestado por homicidio en primer grado. Cuando Sefton Jelks, un abogado estrella de Manhattan, le ofrece sus servicios sin esperar pago a cambio, Harry no tiene más remedio que aceptar la oferta, pues no le queda un centavo. Después de que Harry sea hallado culpable y condenado en el juicio, Selks desaparece misteriosamente. La única forma que tendrá Harry de demostrar su inocencia será revelar su verdadera identidad, cosa que ha jurado no hacer para proteger a la mujer que ama. Mientras tanto, su amada Emma Barrington viaja a Nueva York. Ha dejado a su hijo en Inglaterra tras decidir que hará todo lo posible para encontrar al hombre con quien esperaba contraer matrimonio, incapaz de creer que ha muerto en el mar. La única

prueba que posee es una carta que ha permanecido cerrada sobre la repisa de una chimenea en Bristol desde hace más de un año. Sin embargo, la letra de la carta es inconfundible. La nueva novela época de Jeffrey Archer tensa las lealtades familiares hasta el límite a medida que se revelan nuevos secretos. "Los pecados del padre" presenta todos los giros característicos de las clásicas novelas de Archer. Una historia que dejará a los lectores con ganas de mucho más.-

[Cómpralo y empieza a leer](#)